

CLAIRE REED

*Los días
en
Auckland*



Los días en Auckland
Claire Reed

Uno

Estaba lloviendo. Había empezado por pequeñas y escasas gotas, pero ya estaba lloviendo con fuerza. Observaba a las personas correr, buscando refugiarse del agua o intentando llegar antes a su destino para así mojarse menos. La verdad es que, por muy violento que estuviera siendo fuera, verlo desde ahí dentro era incluso relajante.

—Calisto tenía cuatro criados: Pármeno, Sempronio, Tristán y Sosia. Él configura la imagen del perfecto amante cortés. El amor cortés...

Un siseo corto y contundente interrumpió a Andrea recitando sus apuntes de *La Celestina*. Ella miró a la persona que la había mandado callar y, sonrojándose un poco por el hecho de que le hubieran pedido silencio delante de todas las personas que había en la biblioteca, volvió a sumergirse en sus apuntes para seguir estudiando, esta vez sin recitar en voz alta. Sus mejillas seguían rojas cuando se puso a leer.

Sonreí al verla tan avergonzada. Andrea tenía la manía de pensar en voz alta, y no solía darse cuenta de que lo hacía. La conocía desde hacía años, así que ya estaba acostumbrada a ello, pero a veces me hacía gracia cuando lo pensaba. Escuché a Marta reírse por lo bajo a mi lado, y mi sonrisa se expandió.

Eran las tres y media de la tarde de un jueves. En cuatro días teníamos los tres primeros exámenes de la selectividad, y se respiraban nervios en la biblioteca. Estaba llenísima; habíamos tenido que llegar antes de las diez de la mañana, hora de apertura, para poder coger sitio, porque si no era imposible.

Intenté volver a concentrarme en el libro de Química. Era la asignatura que más me estaba costando, las demás ya las tenía prácticamente dominadas. Teniendo unos horarios tan complicados como los míos —que no me quejaba, porque ya me gustaba— había empezado a estudiar hacía ya tiempo, así que lo llevaba todo mejor que mis amigas y me tenían ahí para que les solucionara las dudas.

La media hora que faltaba hasta las cuatro pasó más rápido de lo que esperaba, y empecé a recoger mis cosas para irme a trabajar. Sandra quería ir a fumarse un cigarro fuera de la biblioteca, así que terminaron uniéndose todas y nos quedamos hablando un rato en la puerta. Hacía poco que había dejado de llover y el aire estaba impregnado de ese olor a tierra húmeda que tanto me gustaba, y eso que apenas había tierra donde nos encontrábamos, solo en los alcorques de los árboles de la calle, que se habían salvado del cemento.

—No entiendo cómo puedes vivir con estos horarios —me dijo Marta—. Y menos ahora que tenemos la sele.

—Estoy acostumbrada, supongo. —Me encogí de hombros.

Saqué el móvil de mi bolsillo y lo miré, para ver que solo tenía notificaciones de mensajes en el chat de grupo de clase. Nadie más. Suspiré.

—¿Ya tenéis fecha para iros? —me preguntó Andrea antes de sacar el humo de su cigarro por la boca.

—No —contesté—. Dani pasa de todo. Se me están quitando las ganas de ir.

Puede que, en parte, fuera el estrés el que me estaba llevando a decir eso, pero que mi novio llevara semanas sin hacerme ni caso y no estuviera ayudándome en absoluto a organizar el viaje

que queríamos hacer a Estados Unidos el mes siguiente y para el que llevaba meses ahorrando, era el factor decisivo en el hecho de que ya apenas me apeteciera ir.

—Vaya tío —dijo Sandra—. Yo en tu lugar iba a verlo y le dejaba las cosas claras.

—¿Qué cosas? —pregunté.

—“Daniel, o te implicas en esto o no vamos” —propuso en un intento de imitar mi voz que me hizo reír.

—No es ese el único problema —admití—. Lleva semanas muy raro. Apenas me habla y se enfada por nada.

—Más motivos para ir a hablar con él —me dijo Sandra.

—Está molesto, creo —contesté—, porque le dije que no podríamos vernos hasta que terminara los exámenes. No tengo tiempo.

—Estudiando y trabajando, ¿cómo espera que tengas tiempo? —me preguntó Sandra, que no pudo evitar rodar los ojos—. Te lo he dicho antes y te lo repito ahora: este tío no te conviene.

Sandra siempre había sido así de directa. Te decía lo que pensaba sin tapujos, aunque en ese caso estuviera equivocada. Apenas conocía a Dani, no podía juzgar sin conocerlo.

—¿Me das un cigarro? —escuché que le pedía Marta a Sandra, y la segunda sacó el paquete de tabaco de liar de su bolsillo para dárselo.

—Hay unos cuantos ya liados dentro —le explicó, y Marta asintió antes de abrir el paquete y sacar uno de los cigarros.

La miré, notando cómo una de mis cejas se levantaba de forma casi involuntaria.

—¿Fumas? —cuestioné, ya que era la primera vez que veía a Marta fumar en los quince años que hacía que la conocía.

—A veces, cuando me estreso —contestó sin mirarme, como si se esperara que fuera a reprocharle algo.

Asentí con la cabeza, algo extrañada por su comportamiento. Yo nunca le había cuestionado nada de lo que hacía, no era quién para meterme en la vida de los demás. Solo la había aconsejado cuando creía que estaba haciendo algo mal, pero todo el mundo conoce los perjuicios del tabaco, así que ella sabría lo que hacía.

Mi móvil vibró en el bolsillo trasero de mi pantalón y lo saqué para ver tres cosas: que tenía un mensaje de Adri, que no tenía ninguno de Dani, y que, viendo la hora que era, como no me diera prisa llegaría tarde al trabajo.

Leí rápidamente el mensaje de Adri que, como ya me suponía, decía que iba a llegar un poco tarde. No es que llegara tarde a menudo —aunque de vez en cuando sí—, pero si me escribía a esas horas solo podía ser eso. Me despedí de las chicas y me adentré en la marabunta de gente que caminaba a esas horas por las calles de Gràcia.

Eran las cuatro y diez, lo que significaba que todo el mundo volvía al trabajo después de comer, y tuve que caminar por el medio de la calle en varias ocasiones porque las estrechas aceras del barrio estaban llenas. Además, eran principios de junio, lo que significaba que la temporada alta del turismo había llegado y la ciudad estaba imposiblemente llena.

A veces me daban ganas de irme a vivir a un lugar más tranquilo, pero habiendo vivido toda mi vida en Barcelona probablemente se me habría hecho extraño.

Me puse los auriculares y presioné la opción de música aleatoria en el reproductor de mi teléfono. Caminé calle arriba mientras mis pensamientos se perdieron en mi novio y lo mal que estábamos últimamente. No entendía que tenía que estudiar y se dedicaba a ignorar mis mensajes de forma completamente intencional en una especie de venganza hacia mí por no tener suficiente tiempo para él.

A veces me daban ganas de mandarlo a la mierda, pero ya eran tres años juntos y estaba segura de que podíamos superar esto. Daniel había estado a mi lado en mis peores momentos, y nunca podría agradecerse lo suficiente.

Conseguí llegar a la tienda de ropa donde trabajaba a las cuatro y cuarto, ni un minuto más ni uno menos, y justo cuando estaba abriendo la persiana noté algunas gotas de agua cayendo en la piel descubierta de mis hombros. Sonreí por haber podido salvarme de otra posible tormenta y porque eso significaba que, con la lluvia, ese calor sofocante se suavizaría un poco.

Lo primero que hice al entrar en la tienda fue encender el aire acondicionado. Liberé un suspiro de alivio cuando el aire frío tocó mi piel, y empecé a ponerlo todo en orden para abrir la tienda al público.

Nunca había soportado bien el calor. Para mí, no había nada mejor que el frío, llevar jersey, pantalón largo y una buena bufanda. En verano por mucha ropa que te quites no hay manera de sacarse ese calor de encima.

Cuando ya estaba todo listo para abrir, escuché el tintineo de la campanita de la puerta y me giré para ver a Adri entrando, con la camiseta algo húmeda por el sudor y el pelo completamente despeinado, con cada rizo apuntando a un lugar diferente.

—Hey, ¿qué tal, Julieta? —me saludó usando el mote que me había puesto cuando empezamos a trabajar juntos aquí, hacía ya dos años.

—Llegas justo cuando ya he terminado de preparar la tienda —le reproché a modo de broma—. Han llegado productos nuevos, por llegar tarde te toca etiquetar.

—Mi tarea favorita en el mundo —contestó, fingiendo quitarse una lágrima de emoción.

Sonreí y me dediqué a colocar algunos relojes en el mostrador mientras Adri se fue a dejar sus cosas en el almacén. Cuando volvió vi que se había cambiado la camiseta, y se sentó en el taburete que teníamos al lado del mostrador.

—Oye, mañana por la noche iremos de bares —dijo, y lo miré.

—¿Con Raquel? —pregunté, aunque en cierto modo no quería que fuera solo con ella.

Entendíme: adoraba a Raquel, pero en el grupo de amigos de Adri había más cosas que me interesaban... *No, no. Basta, Julia. No volvamos a ese rincón oscuro de tu mente.*

—No, ella no viene —contestó—. Max vuelve a irse en menos de una semana, así que salimos con los chicos a hacer una despedida.

—Estaba en Nueva Zelanda, ¿no? —pregunté, aunque lo sabía perfectamente.

—Sí. —Asintió con un movimiento de cabeza distraídamente mientras tecleaba algo en su móvil. Dejemos las cosas claras: Max no me gustaba. Me parecía atractivo, pero no me gustaba en serio. Además del hecho evidente de que yo tenía novio, claro está. Aun así, por algún motivo que desconozco, siempre había notado una especie de... tensión, entre nosotros. No sexual... o quizás sí; ni siquiera lo sabía bien. Puede que todo fuera producto de mi imaginación, pero el hecho evidente era que cuando él estaba presente me ponía anormalmente nerviosa.

Y si no entendéis a lo que me refiero es porque no conocéis a Max Elizalde.

Pero nada de eso importaba, porque estaba con Daniel, aunque últimamente se estuviera comportando como un niño pequeño.

—¿Quieres venir un rato? —me preguntó.

—No tengo tiempo. Además, tampoco conozco tanto a Max, y como seguro que la liáis en el bar yo paso —le advertí, aunque sin ninguna seriedad.

—¿Nosotros? —Dejó el móvil en la mesa y se señaló a sí mismo, haciéndose el ofendido.

Lo miré levantando una ceja y se echó a reír. Quería mucho a Adri, pero estaba loco. Cada vez que salía de fiesta con él la noche terminaba en locura —aunque me reía muchísimo—. Y de

Raquel, su novia, ya ni hablemos. Eso sí que era demencia. Si es que voy en serio cuando digo que estaban hechos el uno para el otro.

—Ay Julieta, Julieta... —Suspiró, y me acarició la cara de forma cómica mientras me miraba con una especie de condescendencia fingida—. A ti te falta rebeldía.

—¿Rebeldía?

—Eso mismo —afirmó—. Eres muy cuadrada, deberías soltarte la melena de vez en cuando.

Lo miré como si me hubiera contado un chiste malo, pero antes de que pudiera contestarle entró la primera clienta de la tarde, una mujer con su hijo pequeño, y empezó oficialmente nuestra jornada laboral.

Cuatro horas y media más tarde, Adri y yo estábamos cerrando la tienda. El día había sido tranquilo, ya que la lluvia parecía haber ahuyentado a la gente de las calles y, por lo tanto, a la clientela.

—Mira que apenas hemos hecho nada, eh, pero estoy cansado —comentó Adri tras bajar la persiana de la entrada y dar la tienda por cerrada.

Adri hacía también el turno de mañanas, trabajando el doble de horas que yo.

—Dímelo a mí, la selectividad está acabando con mi salud mental —me quejé, sacando mi móvil de la mochila.

—Diría que te entiendo, pero nunca la hice. —Se encogió de hombros, mirando a su móvil.— Parece que me salvé de una buena. Por cierto, acaba de escribirme Max. Dice que mañana se pasará hacia las siete a recoger una sudadera que le he guardado. Ya te he dicho que tengo médico, así que yo no estaré. Mañana antes de irme te digo dónde está la sudadera.

Y sí, aunque me avergüence admitirlo, me puse nerviosa por la posibilidad de ver a Max. Mierda, no estaba preparada para eso. Cada vez que veía a Max tenía que contenerme, y mi cabeza se llenaba de dudas. Todo por un estúpido flechazo adolescente.

El sonido de una moto acercándose a más velocidad de la que debería al tratarse de una calle estrecha nos interrumpió, y nos giramos para ver a una figura femenina conduciendo una moto pequeña, tipo *scooter*, de color rojo. Aparcó encima de la acera, justo al lado de la entrada de la tienda, y se bajó de la moto.

—Ya era hora —se queja Adrián—. ¿No tenemos una cena en casa de tus padres? Llegaremos tarde.

La chica se quitó el casco, revelando un montón de rizos descontrolados —sí, ambos tenían el pelo parecido— que no podían pertenecer a otra que a Raquel, aunque la había reconocido desde el mismo instante en que había escuchado el sonido de la moto. Una reina de la conducción temeraria a esas horas solo podía ser ella.

—Pero si acabas de cerrar, melón —contestó ella, alborotando el pelo de su pareja, y luego fue hacia mí y dejó un beso en mi mejilla—. ¿Qué tal, Juls? ¿Cuándo es la sele?

—El lunes —respondí, sin poder evitar sentir un poco de agobio. Solo quedaban cuatro días.

—Ya verás cómo te irá bien —me aseguró—. Y, en caso contrario, nos vamos de copas tú y yo.

Me reí, sintiéndome aliviada porque alguien le hubiera quitado ni que fuera un poco de seriedad a la selectividad. En clase nos lo habían planteado como el fin del mundo, como si fuera el momento decisivo en nuestras vidas y, aunque era consciente de que no era así, me hacía sentir muy presionada.

Me despedí de la pareja, que al parecer había quedado para cenar con los padres de ella, y empecé a caminar en dirección a mi casa. Contemplé la posibilidad de coger el autobús, pero la noche era agradable y la lluvia había vaciado considerablemente las calles, así que me apeteció caminar.

Llegué a casa veinte minutos más tarde. Mis llaves estaban perdidas por la mochila y estuve un buen rato buscándolas sin éxito. Eso de tener tantas cosas dentro no era nada práctico.

—¿Ya has vuelto a perder las llaves? —la voz burlona que tan bien conocía me hizo levantar la vista para encontrarme a mi hermana menor, Claudia, con sus llaves en la mano y una media sonrisa. Detrás de ella venía mi padre cargando dos bolsas de la compra.

—No las he perdido —aseguré—. Están en algún lugar dentro de este contenedor de basura y apuntes que es mi mochila.

—Seguro —contestó con sarcasmo, y abrió la puerta para pasar ella primera e ir a las escaleras sin esperarnos.

—¿Te ayudó con eso? —le pregunté a papá, refiriéndome a las bolsas que llevaba en las manos.

—Tranquila, apenas pesan —contestó con una sonrisa cálida.

—¿Qué hacíais comprando a estas horas? —les pregunté a ambos mientras subíamos las escaleras hasta nuestro piso.

—La nevera estaba vacía —contestó Claudia.

—De hecho, le había pedido a tu hermana que fuera a comprar al volver de clase y se le ha olvidado —puntualizó mi padre.

—Ay, ¡qué pesado! —se quejó ella con un gruñido—. Ya te he dicho que lo siento. Se me ha olvidado, soy humana.

—No empieces con el drama —le pedí, porque cuando Claudia empezaba, no paraba.

Ella optó por no contestar, algo raro porque en cualquier otra ocasión me habría mandado a callar, o se habría puesto hecha una furia. Fuera como fuese, lo agradecía. Lo último que quería en ese momento era una pelea.

En cuanto entramos en casa, papá se fue directamente a la cocina a preparar la cena. Era algo tarde y yo estaba hambrienta, pero resistí la tentación de picar algo yendo a mi habitación y echándome en la cama. En realidad corría el riesgo de quedarme dormida, porque el día había sido agotador, pero saqué el móvil y me distraje un rato.

Intenté no pensar demasiado en todo el tema de Daniel cuando vi que seguía sin tener un mensaje suyo, pero me fue imposible. Nunca había sido una de esas personas que se enfada con su pareja si no le habla cada cierto tiempo, pero el tema era que yo sabía que me estaba ignorando expresamente.

Suspiré y terminé en Instagram, mirando fotos de gente cuyas vidas ni siquiera me interesaban. Vi que Adri había subido una historia todo bien vestido y arreglado, con cara de aburrimiento, para la cena con los padres de Raquel y no pude reprimir una carcajada. Adri bien vestido era algo que no se solía ver, y a juzgar por su cara en la foto a él no le hacía demasiada gracia.

Entré en el Instagram de Adrián, y deslizando por sus fotografías, la gran mayoría de él haciendo el imbécil o con Raquel, apareció una en la que salía con Max, ambos sentados en la terraza de un bar, levantando una copa de cerveza. Me quedé unos segundos mirándolo. Max tenía las mejillas coloradas, lo que delataba su estado de ebriedad, y parecía tan feliz como siempre. Hacía tiempo que no lo veía, y saber que pronto iba a hacerlo me ponía algo nerviosa. Suerte que Max no tenía Instagram, porque sino este tipo de pequeña obsesión que tenía con él solo haría que empeorar.

—¡Niñas, a cenar! —gritó mi padre desde la cocina, haciendo que me diera cuenta del mucho tiempo que había invertido pensando en cosas sin sentido. Me levanté, puse el móvil a cargar, y salí de mi habitación.

Dos

—Claudia, deja ese aparato del demonio de una vez —ordenó mi abuela, refiriéndose al móvil que mi hermana estaba usando.

—¡Pero si no estamos en la mesa! —se quejó ella, indignada.

En casa de mis abuelos había una regla: no se usa el teléfono en la mesa. Mi abuela le tenía tirria a las nuevas tecnologías, decía que nos tenían atontadas. A todas, menos a la televisión, claro está, donde daban las series y películas que a ella le gustaban.

—Intento dormir —les recordé, arrastrando la voz porque estaba casi dormida cuando se habían puesto a discutir.

—Pues vete a la habitación de mamá —contestó mi hermana con esa agresividad tan característica suya.

—Ya da igual —dije, incorporándome hasta quedar sentada en uno de los dos sofás que había en el salón.

Mi móvil vibró en mi bolsillo y recibí una mirada asesina inmediata de mi abuelo, que compartía la aversión a la tecnología de su mujer. Aún así, miré rápidamente de qué se trataba, encontrándome, sorprendentemente, con un mensaje de Dani.

Sin preocuparme de si mis abuelos iban a quejarse —no estábamos en la mesa, pero de vez en cuando les daba por recordarnos lo extremadamente enganchadas que, según ellos, estábamos al teléfono—, abrí el mensaje y no pude evitar sonreír al encontrarme con un “Hola, preciosa”.

—Uy, esa sonrisa tonta significa que es Daniel —dijo Claudia, y podía notar el aburrimiento en su voz.

No, Claudia y Daniel no se llevaban demasiado bien.

—Déjame en paz —contesté sin hacerle demasiado caso, repentinamente contenta por el mensaje.

Contesté al mensaje con un “Bien, descansando. ¿Cómo estás tú?”, pero ya no estaba en línea.

En media hora tenía que salir para el trabajo otra vez. Había pasado toda la mañana en la biblioteca, pero el estrés me había podido, así que había decidido ir a comer a casa de mis abuelos y descansar un poco.

—*Souricette*, ¿me pasas el mando? —me pidió mi abuelo— Este programa me aburre.

El abuelo Géraud era francés. Había vivido toda la vida en un pueblo cerca de Perpignan, al lado de la frontera. Luego se fue de visita a Barcelona, conoció a mi abuela y se casaron en Marsella, donde vivieron varios años y donde nació mi madre. Volvieron a Barcelona cuando ella tenía dos años.

Glòria y Géraud eran los únicos abuelos que tenía. Mis abuelos paternos habían fallecido cuando yo era pequeña. Mi padre era considerablemente mayor que mi madre, once años más. Por ese motivo mis abuelos nunca habían tolerado a mi padre pero, irónicamente, fue la muerte de mamá lo que hizo que dejaran sus diferencias aparte. Supongo que el sentimiento de pérdida compartido, y el hecho de que vieron a mi padre luchar incansablemente junto con mi madre y nunca perder la esperanza, hizo que cambiaran su visión de él.

El recuerdo hizo que mirara en dirección a una mesita que había cerca de la del comedor, donde reposaba un marco con una fotografía de mi madre de joven. Nunca me había parado a pensarlo, pero me reconocí en esa imagen. Supongo que cuando papá tenía razón cuando decía que me parecía a ella.

—Guapa, ¿verdad? —comentó mi abuela, sentándose a mi lado.

La miré y sonreí.

—Mucho —contesté.

—Tanto como tú y tu hermana. —Dejó un beso cariñoso en mi frente—. Iguales que mi Isabel.

Lo que dijo hizo que me emocionara. Sentí un extraño impulso de llorar, repentino y fuerte, pero lo conseguí reprimir. La muerte de mamá seguía siendo un tema que, aunque teníamos aceptado, todavía estaba por superar. Al fin y al cabo, apenas habían pasado tres años.

A la media hora tuve que irme a trabajar. Ese día en concreto no tenía nada de ganas, porque después de echarme en el sofá se me hizo mucho más duro que cuando iba directamente desde la biblioteca, pero había algo de lo que, aunque no me gustara admitirlo, sí tenía ganas.

—Hola, Julieta —Adri me saludó nada más entrar en la tienda.

—Has llegado antes que yo —observé, haciendo una mueca de sorpresa.

Levantó un bolígrafo y me señaló.

—No te acostumbres —dijo, en tono de advertencia, y reí.

Dejé mis cosas en el mismo rincón del almacén donde siempre lo dejábamos todo y volví a la tienda para empezar a trabajar.

—Por cierto, ¿sabes qué significa que yo haya llegado antes? —me preguntó.

—¿Qué? —Levanté una ceja.

—Que ha llegado ropa nueva y te toca etiquetar —contestó con una sonrisa de satisfacción.

Dos horas más tarde Adri tenía que irse, así que fui al almacén a esperarlo para que me dijera cuál era la sudadera de Max, y de paso consulté el móvil para encontrarme con varios mensajes de Dani.

Dani: *Hola?*

Dani: *Juliaaaa*

Dani: *Vuelves a no contestar?*

Dani: *Perfecto.*

El último mensaje lo había mandado a las cinco y media de la tarde, hacía apenas una hora y, aunque él sabía perfectamente que estaba trabajando, me sentí mal por no haberle avisado.

Julia: *Lo siento amor, estoy trabajando.*

Vi que estaba en línea, pero no contestó.

Julia: *En un rato vuelvo al mostrador, tampoco podré contestar.*

Ahí sí que obtuve una respuesta.

Dani: *Ok.*

Suspiré. Volvíamos a lo mismo de siempre.

Julia: *No te enfades. ¿Nos vemos mañana?*

Dani: *Tengo planes para mañana.*

Tuve que reprimir un gruñido de frustración. Era tan cabezón...

Julia: *No seas así, ya sabes que no lo tengo fácil.*

—A ver dónde la dejé... —murmuró Adri para sí mismo, entrando en el almacén y mirando en las estanterías.

Esperé unos segundos a ver si obtenía alguna respuesta de Daniel, pero cuando vi que se había desconectado suspiré y guardé el móvil.

—¿Qué suspiras, Julieta? —me preguntó Adri distraídamente, mientras miraba las etiquetas de las cajas para ver cuál era la que contenía lo que buscaba.

—Nada —contesté, negando con la cabeza—. ¿La encontrarás algún día?

—Qué poca fe tienes en mí —se quejó—. Aquí está.

Sacó una sudadera gris envuelta en plástico y me la dio.

—Es bastante sencilla —dije, fijándome en que lo único que había de especial era el pequeño logo de una conocida marca de *skateboard*.

—Sí, pero aquí tiene descuento de amigo —contestó Adri.

—¿Podemos hacer eso? —Levanté una ceja.

—En teoría no, pero yo lo que hago es aplicarles mi descuento de empleado. —Se encogió de hombros y fue a coger su mochila—. Bueno, Julieta, me voy al matasanos. Nos vemos el lunes. Estudia mucho y no te estreses.

—Qué fácil es decirlo.

—Y no seas gruñona. —Dejó un beso en mi cabeza como si yo fuera un cachorro y salió del almacén, dejándome sola.

La siguiente hora hasta las siete de la tarde la pasé bastante ocupada, con muchos clientes entrando y saliendo, algo no tan raro teniendo en cuenta que era viernes. Noté mucho la ausencia de Adri porque tenía que estar haciendo el doble de trabajo. Además, me sentía un poco nerviosa por la visita que estaba esperando, y tuve que suplicarme a mí misma que, cuando Max llegara, tuviera la capacidad de no parecer tonta.

En un momento en que la tienda se quedó vacía, me puse de espaldas al mostrador a escribir en la pizarra que teníamos sobre una nueva oferta.

—Hola —escuché una voz detrás de mí y di un bote que causó que la tiza cayera de mis manos.

Me giré y, cuando lo vi, el sonrojo fue inevitable.

Acababa de llegar, y mi plan de no parecer tonta ya estaba fallando.

Max Elizalde, el protagonista de algunas de mis fantasías —está bien, de muchas de ellas—, estaba ahí, en el mostrador, con la curiosidad manchando sus ojos verdes. Una sonrisa se dibujó en su cara cuando lo miré, y podría haber gemido en ese mismo momento. Su cabello ondulado, castaño con algunos mechones rubios, había crecido bastante desde la última vez que lo había visto, pero no parecía llegarle aún para hacerse una coleta. Un pequeño aro adornaba su oreja, como siempre, y en mi cabeza no paraban de reproducirse imágenes de situaciones en las que yo podría agarrar y tirar de ese cabello crecido.

Basta, Julia, me dije a mí misma.

—Max —lo saludé, intentando recomponerme y empezar a actuar como una persona normal—. Qué susto me has dado.

—Ya lo he visto —contestó con diversión.

Reí, algo más sonrojada. Mis planes se estaban yendo al traste, como siempre que Max Elizalde se veía envuelto en ellos.

—Y, ¿qué tal todo? —pregunté, intentando darle conversación y no parecer una niña tímida, para variar un poco—. Adri me ha contado que pronto vuelves a Nueva Zelanda.

—En menos de una semana, sí —contestó—. Me da un poco de pereza, la verdad. Es un viaje muy largo, pero allí estoy genial.

—Me alegro. —Sonreí—. Qué envidia, debe de ser precioso.

—Lo es, mucho —dijo—. Puedes venir cuando quieras.

—Claro. —Reí, tomándomelo a broma—. Ojalá tuviera el dinero.

—No es tanto. —Se encogió de hombros.

—Ya me voy a Estados Unidos este verano, así que otra vez será —contesté—. ¿Planeas quedarte mucho tiempo allí?

—Todo lo que pueda —respondió—. Estoy trabajando y haciendo proyectos relacionados con lo mío en Auckland, y estoy muy contento.

—¿Lo tuyo? —inquirí.

—Arquitectura —contestó—. Al terminar la carrera estaba tan harto que pensé que nunca llegaría a trabajar de ello, pero ahora que me he puesto me está gustando.

—Uy, yo veo el plano de un edificio y ya me mareo —bromeé, y él volvió a sonreír—. Vienes a por esa sudadera, ¿no? Adri ha estado un buen rato buscándola, casi la pierde.

—Ya sabía yo que no podía fiarme de él. —Rio.

—Esa suele ser una mala decisión —dije—. Ahora te la traigo.

Salí del mostrador a una velocidad que me pareció demasiado rápida como parecer normal y, tras coger la sudadera que había dejado en un lugar accesible, volví a la tienda.

Le di la sudadera, me pagó y estuvimos hablando brevemente sobre Auckland, lo que él había estado visitando de Nueva Zelanda y sus locos compañeros de casa[1]. Se fue poco más tarde porque al parecer tenía una cena, y cuando salió por la puerta, tras volver a invitarme a Auckland de una forma que tampoco supe si tomarme en serio, respiré hondo.

Malditos encaprichamientos adolescentes que no dejaban de perseguirme. Era una tontería en todos los sentidos: yo tenía novio, y Max nunca iba a fijarse en mí. Porque era guapísimo y seguro que ligaba mucho, y porque teniendo a chicas de su edad no iba a fijarse en mí, una niña a sus ojos, ni en mil años. Al fin y al cabo, me sacaba cuatro años.

Cerré la tienda a las nueve, como cada día, y saqué el móvil de mi mochila para ver si tenía noticias de Dani. Para variar, no había vuelto a dar señales de vida. No entendía su comportamiento: primero estaba genial, llamándome preciosa, y pocas horas más tarde se molestaba y ni me hablaba. Y me hacía sentir culpable, porque en el fondo entendía que se molestara. Sí, yo tenía una vida ocupada, pero últimamente había estado descuidando mucho nuestra relación, y eso no estaba bien.

Suspiré y decidí ir a verlo. Tenía tiempo, e incluso podríamos salir a cenar a algún sitio para hablar y hacer las paces. Le mandé un mensaje avisándolo de que iba a ir a su casa, pero ni siquiera lo recibió.

La casa de Dani quedaba bastante más lejos que la mía, así que cogí el metro. En tres paradas ya estaba en la que quedaba al lado de su casa, y salí para encontrarme que, en el poco tiempo que había pasado en el metro, había terminado de hacerse de noche.

Caminé los pocos minutos que me separaban de su casa y, cuando casi había llegado y podía ver su portal, vi a dos personas delante de este. Una de ellas me fue fácil de reconocer, y más teniendo en cuenta que vivía allí: Daniel. La otra estaba de espaldas y a contraluz, así que solo pude distinguir que se trataba de una chica.

Y, de repente, Dani la besó. Besó a la chica desconocida y, cuando ella giró la cara para corresponder a su beso, apenas pude creerme quién era: Marta. La que había sido mi mejor amiga desde la guardería, estaba en el portal de mi novio besándolo como si no hubiera un mañana.

Tres

Llegué a casa con el corazón en la boca. Cerré la puerta detrás de mí, con cuidado. Mi padre estaba en el salón y diría que me saludó, pero apenas lo recuerdo. Fui directamente a mi habitación sin mediar palabra. Mi cabeza estaba intentando comprender lo que había visto, pero nada tenía sentido.

¿Cómo iban a ser capaces de hacerme eso?

Quizás lo había visto mal. Quizás no eran Dani, ni Marta, sino dos personas muy parecidas.

Enterré la cabeza entre mis manos, sentada en mi cama. No quería creérmelo. Todo iba bien hasta entonces —bueno, no realmente, pero dejémoslo en que no iba tan mal como en ese momento—, y lo que había visto no tenía ningún sentido. Puede que no quisiera creerlo porque eso significaría entrar en una fase de mi vida que probablemente no me iba a gustar.

Había conocido a Daniel cuatro años atrás, estando de vacaciones en la playa con mis padres y mi hermana. En aquel entonces yo tenía catorce años, y Daniel quince. Nos conocimos en el camping donde nos alojábamos, empezamos a hablar y descubrimos que teníamos muchas cosas en común.

Poco a poco, casi sin darme cuenta, me fui enamorando de él, pero no empezamos a salir inmediatamente porque la enfermedad de mi madre se complicó y yo no tenía tiempo para dedicar a otra cosa que no fuera ella, aunque a mamá no le gustara. Aún así, Dani estuvo a mi lado como amigo, apoyándome y siendo un hombro en el que llorar siempre que lo necesité. Mamá murió y, cuando empecé a recuperarme, sucedió lo inevitable: empezamos a salir.

Tres años había durado la relación, y ahora él lo había tirado todo por la borda. Y no solo nuestra relación, sino mi amistad de años con Marta.

De repente, más que triste, me sentí enfadada. Muy, muy enfadada. Cualquiera que lo viera desde fuera se pensaría que había perdido la cabeza, pero tenía ganas de golpear algo. O a alguien. A Daniel, por ejemplo.

Y como estaba en contra de la violencia —al menos contra las personas—, le tocó pagar el pato a mi otra fuente de estrés: los apuntes de la Selectividad. Mis libretas, hojas de papel, libros, bolígrafos, subrayadores, *post-its*, archivadores, e incluso el muñequito de Buda que me habían regalado años atrás a modo de broma y que se había convertido en una especie de amuleto de estudio, fueron al suelo cuando mis brazos pasaron de forma agresiva por la mesa, tirándolo todo a su paso.

Solté un grito sin que me importara que papá y Claudia pensaran que había enloquecido y lo siguiente en ir al suelo fue un marco con fotografías de Dani y más que él me había regalado cuando cumplimos dos años. El marco chocó contra el suelo y este se llenó de cristales. Me senté en el suelo y fui a cogerlo, pero un cristal pinchó mi dedo y la sangre no tardó en brotar de la herida. Solté un gruñido de frustración y, entonces, las lágrimas inundaron mis ojos, emborronando el rojo de la sangre en mi visión.

Grité de nuevo, enfadada, y la puerta de mi habitación se abrió.

—¿Qué...? —empezó Claudia, pero cuando vio cómo estaba la situación se quedó muda unos segundos antes de volver a hablar—. ¿Te has vuelto loca?

—Ojalá —contesté, con la voz ahogada y acompañada de más lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, arrodillándose delante de mí y quitándose el marco de las manos.

Miró las fotos que había en el marco, y su ceño se frunció.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó, empezando a calentarse.

—No quiero hablar de eso —gruñí, porque decirlo en voz alta lo haría real, o al menos así lo sentía yo.

—Mira, lo voy a matar cualquier día de estos —contestó ella—. Cuéntamelo, no seas cabezona.

—Se ha liado con Marta —murmuré.

—¿Qué?

—Que se ha liado con Marta —repetí, esta vez en voz alta.

—Chicas, ¿va todo bien? —gritó papá desde el salón, ya que probablemente había notado algo pero con el volumen de la televisión, que estaba bastante alto ya que él no escuchaba bien de un oído, no habría escuchado los golpes y gritos.

—¡Sí! —exclamé de vuelta, secándome las lágrimas como si él pudiera verme.

—¿Con Marta? —preguntó Claudia, incrédula—. ¿Marta Rubio?

—Sí —contesté, mirando a un punto fijo en el suelo pero sin prestarle demasiada atención.

Así que la siguiente media hora la pasé hablando con Claudia, que puso a parir a Daniel todo lo que llevaba guardándose los últimos tres años. Lo de Marta ya le sorprendió más, pero insistió en que lo de Dani se veía venir. Luego sacó su lado más malvado y estuvo recomendándome formas creativas de mandar al imbécil a tomar por culo. Aunque con Marta no sabía qué hacer. Ninguno de los dos me había visto, así que creían que yo no sabía nada.

Admiraba a mi hermana. No nos llevábamos demasiado bien porque ella tenía mucho carácter, pero era justamente eso lo que admiraba de ella. Yo nunca había tenido el genio para ser más dura, para no dejar a los demás manipularme a su manera, pero ella con solo dieciséis años no se dejaba pisar por nada ni por nadie.

En un momento de la noche, cuando me trasladé a la cocina con Claudia para que ella cenara —porque yo no tenía el estómago para comer, me sentía incluso enferma—, decidí mirar al móvil. Y lo que vi me cabreó tanto que se me debió de poner la cara roja.

Dani: *Ahora no puedo quedar, amor, mejor nos vemos mañana.*

Dani: *¿Vuelves a no contestar?*

Dani: *Joder, yo ya paso. Aclárate, tía.*

No me siento orgullosa de ello, pero sentí ganas de estrangularlo. ¿Cómo se podía tener tanto morro?

El último mensaje lo había mandado media hora antes, y cuando escuché el timbre de la puerta se me heló la sangre.

Claudia me miró con una ceja levantada, y yo la miré con exactamente la misma cara. Ella se levantó de la silla de golpe, dirigiéndose a la puerta con rabia, pero la retuve antes de que se le fuera la olla.

—Ni siquiera sabemos si es él —le recordé.

En realidad había muchas probabilidades de que fuera él, porque no habría sido la primera vez que se presentaba en casa sin avisar.

Ella asintió con la cabeza, respiró hondo y volvió a sentarse. Salí de la cocina y fui hacia la puerta, maldiciendo por dentro porque papá acababa de irse a dormir y no quería que se enterara de nada. Suficientes dramas había tenido el hombre en su vida.

Abrí la puerta y, efectivamente, ahí estaba el señor Novio Infiel, viniendo a mi casa como si nada pocas horas después de haberme puesto los cuernos, con dos cojones.

Tuve que contenerme muy fuerte para no recibirlo con una bofetada. Me contenté con respirar hondo e intentar recordar que la violencia no lleva a nada y todos esos discursos que suelta la

gente cuando no está enfadada.

—Julia —me dijo, con voz calmada pero mirándome con algo de pesadez. Como si le aburriera estar haciendo el esfuerzo de venir a mi casa.

—Daniel —contesté con el mismo tono, levantando una ceja—. ¿Qué haces aquí?

Él respiró hondo y se rascó un brazo de forma algo nerviosa.

—He estado pensando mucho últimamente —*Sí, claro, pensar*—, buscando soluciones para todo lo que hemos pasado.

—¿En el coño de Marta? —se me escapó, pero cuando se puso blanco el arrepentimiento se eliminó de mi sistema de forma automática.

—¿Qué? —se hizo el confundido. Para novio no sé, pero para actor sí servía, el muy sinvergüenza.

—Que sé que te has estado tirando a Marta —dije.

—Pero, ¿qué dices? —contestó, y casi me creí la cara de indignación que puso—. Me parece increíble que me creas capaz de hacer eso. Estás paranoica, en serio.

No. No acababa de tratarme de loca. Porque como fuera así, la noche iba a acabar en homicidio.

—Daniel, te voy a dar una sola oportunidad de decirme la verdad —le advertí, y me sentí un poco Claudia con esa seguridad y fuerza tan poco habituales en mí.

Incluso sentí un atisbo de orgullo de mí misma.

—Yo alucino contigo —gruñó—. Que no me he liado con nadie, ¿te enteras? Que solo estoy contigo, aunque ahora que lo pienso ni siquiera sé si debería. Dios, cuando te pones así de histérica no hay quien te aguante.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—Pero, ¡serás capullo! —exclamé, y creo que no había estado tan enfadada en mi vida—. Hoy he ido a verte para, como tú dices, “solucionar lo que hemos pasado últimamente”. Y te he visto, imbécil. Te he visto con mi mejor amiga en tu portal, ¿cómo habéis sido capaces de hacerme esto?

Él se paró un segundo a pensar su próxima excusa de mierda.

—Eso es imposible —contestó, y por un momento, solo por un momento, me lo creí. Me dije a mí misma “a lo mejor te has confundido y estás actuando como una loca”. Pero luego recordé lo que había visto y supe que no había duda.

Y me di cuenta de todas las veces que había hecho eso: tratarme de loca para salirse con la suya. Para hacerme dudar de mí misma e incluso de mi salud mental. Y decidí que esa mierda se había acabado.

—Que te jodan —espeté, roja de la rabia—. Ahora mismo siento que he perdido tres años de mi vida y, ya que nadie me los va a devolver, no voy a perder más tiempo contigo. Por si no lo has entendido aún: esto se ha acabado, y no quiero volverte a ver. ¿Lo has entendido? Ah, y dile a Marta de mi parte que se vaya a la mierda.

Y el muy imbécil decidió cambiar la táctica.

—Julia, esto tiene una explicación. —Su expresión se tornó en una de súplica, y volví a querer golpearlo con mucha fuerza—. Hablemos esto.

—No hay nada que hablar —dije, empezando a cerrar la puerta, pero él puso el pie para evitar que la cerrara.

—Marta no significa nada para mí —me aseguró—. Yo te quiero a ti...

Entonces chuté su pie con todas mis fuerzas y cerré la puerta.

En cuanto escuché el sonido de la puerta chocando contra el marco para cerrarse, me paré a pensar, y apenas pude creerme que yo acabara de decir todo eso. Y me sentí orgullosa de haber

sido capaz. Capaz de decir “basta” y de mandar a ese gilipollas a donde pertenecía: a la mierda.
—Estoy sorprendida —dijo Claudia, y me di cuenta de que llevaba todo el rato detrás de mí—. Gratamente sorprendida.

—Déjate de expresiones formales sacadas de la RAE y saca las magdalenas que comprasteis ayer.

Mientras comía las magdalenas acompañadas de leche con cacao, me empecé a sentir extrañamente aliviada. Era como si me hubiera quitado un peso de encima, pero seguía furiosa. Tanto por lo que había ocurrido como por el hecho de que, tal y como le había dicho a mi ahora ex-novio, sentía que había perdido años de mi vida. Años en los que podría haberme sentido libre y no atrapada con un tío que o no me hacía caso o me controlaba excesivamente, y podría haber estado con personas que valían más la pena. Personas como Max.

Sacudí la cabeza ante ese pensamiento, como si el gesto físico pudiera borrarlo de mi mente. Tenía que dejar de pensar en Max, porque era algo imposible.

Cuatro

Toda la seguridad, el orgullo y la fuerza que había tenido para mandar a Daniel a la mierda se evaporaron, y en su lugar solo quedaba una Julia a la que habían forzado a salir de su zona de confort y que se sentía triste y sin ganas de nada. Un auténtico desperdicio.

Decir que la Selectividad me fue mal habría sido pecar de optimista. No me daría la nota para entrar en Enfermería ni contando con la caridad de las personas encargadas de puntuar. No me daría para ninguna carrera.

Apenas dormía, y despertar me era doloroso. Aceptar que mi ex pareja era un imbécil que no valía la pena, así como mi ex mejor amiga, era mucho más fácil en la teoría que en la práctica. Marta no me habló mientras duró la Selectividad, y yo no le hablé a ella. No quería enfrentarme a eso, era mucho más doloroso que enfrentarme a Daniel. Como era tonta, tampoco le dije nada a Sandra ni a Andrea, porque no quería que sintieran que tenían que elegir entre Marta o yo. Para mí Marta siempre había sido la persona en la que podía confiar para cualquier cosa, y esa confianza se había roto en pedazos.

Y dolía. Joder, si dolía.

—Julia, no puedes seguir así —me dijo Raquel una semana más tarde, cuando junto con Adri me arrastraron al bar a tomar una cerveza después del trabajo.

—Y, ¿qué propones? —contesté con más sarcasmo del que ella merecía—. Lo único que quiero es quedarme en mi cama para siempre o irme muy lejos.

—¿No querías ir de viaje? —propuso—. Pues vete de viaje, pero sola. Seguro que será una experiencia que te irá genial.

—¿Viajar sola? Qué triste —me quejé.

Debo reconocer que en esa época me quejaba más por vicio que por otra cosa.

—No creas —Adri salió a contradecirme—. Yo fui a Tailandia solo hace años y aprendí muchísimo.

—Tú eres muy raro —respondí, y la pareja se echó a reír aunque yo lo decía completamente en serio.

Adri se levantó para ir al baño, y nos dejó a Raquel y a mí solas. Ella escribió algo en su móvil, lo dejó boca abajo en la mesa y me miró.

—Voy a morir sola —volví a quejarme, enterrando la cara entre mis manos.

—No lo creo —contestó Raquel—. Ayer Max nos preguntó por ti.

Mi tristeza y mis ganas de quejarme se fueron de una forma casi ridícula cuando mencionó su nombre.

—Ah, ¿y? —pregunté, haciéndome la desinteresada.

—Nada, lo decía para alegrarte el día.

—¿Por qué iba a alegrarme el día? —Otra cosa no sé, pero ese día lo de hacerme la tonta se me estaba dando bastante bien.

—Porque Max te gusta. —Puso esa cara de morbo tan suya y, para mi desgracia, mi cuerpo decidió traicionarme y me sonrojé.

—¿Qué dices?! —exclamé, alterada, confirmando que lo que decía era completamente cierto—. Estás loca.

—A mí no me engañas, Julia, que he visto cómo lo miras —dijo, y tuve que concentrarme en aguantarle la mirada y no volver a sonrojarme—. Sí, todas sabemos que Max tiene su rollo y que

es guapo, pero yo sé que te pone. Además, no te iría mal echar un polvo.
Como si tuviera alguna posibilidad de echar un polvo con Max. Qué optimista, ella.

—Estás loca —repetí.

—Yo solo lo digo, allá tú si decides admitirlo o no. Max está bueno, es majísimo y parece interesado. Una lástima que esté en Auckland, pero podrías incluso ir a verlo. Te iría bien: vacaciones y sexo.

La idea se quedó en mi mente para ser contemplada durante unos segundos, pero era tan absurda que la descarté rápidamente. No podía presentarme en Nueva Zelanda así porque sí, sería una locura.

—Muchas cosas estás suponiendo tú aquí —contesté, volviendo a apoyar mi mejilla en mi mano con pocos ánimos—. Déjame estar de luto, mujer.

—Mira, voy a serte sincera: mientras tú estás llorando, probablemente esos dos estén follando como locos —me dijo y, aunque me dolió, probablemente tenía razón. Por eso me gustaba Raquel: no se andaba con rodeos, y decía las verdades aunque dolieran—. No tienes por qué irte, o tirarte a nadie, pero un cambio de aires siempre va bien. Apúntate al gimnasio, a yoga, a la piscina, a algo. Yo también pasé por una ruptura y hasta que no me puse las pilas con hacer cosas nuevas y salir de la rutina, no lo superé.

—¿Estuviste con alguien antes de con Adri? —pregunté estúpidamente, porque era algo que era muy posible, solo que a mí me costaba concebir a Raquel con otra persona. Llevaban como doscientos años juntos. Bueno, seis, en realidad.

—No, hija, yo nací saliendo con Adrián. —Rodó los ojos—. Estuve con un tipo que me controlaba, apenas me dejaba salir, me humillaba constantemente, y cuando lo dejamos fui lo suficientemente tonta como para creer que todo había sido culpa mía.

—Joder —fue lo único que se me ocurrió decir.

—El mundo está lleno de imbéciles, Julieta —dijo, usando el mote que me puso su novio y acariciando mi cabeza como si de un perro me tratara—, pero también hay gente que merece la pena.

—¿Cómo conociste a Adri? —le pregunté, porque me di cuenta de que nunca me lo habían explicado.

A lo mejor había alguna historia turbia detrás, quién sabe. Con lo locos que estaban los dos, no me extrañaría... A lo mejor no debería haber preguntado.

—Nos presentó Max, de hecho —contestó, y levanté las cejas con sorpresa—. Hace años Max tenía una novia, la única que ha tenido, de hecho, y ella era amiga de mi hermano. Yo estaba pasando por una mala época, y mi hermano decidió llevarme de fiesta con varios amigos, y allí estaban Max, su ex y Adrián, además del resto de la panda de borregos.

Con “panda de borregos” probablemente se refería al grupo de amigos de Adri y Max, que la verdad es que muy bien de la cabeza no estaban.

—Vaya, no lo sabía —contesté, y de repente esa necesidad de saber más cosas de Max aumentó. Ni siquiera sabía que había tenido una novia, es lo que pasa cuando alguien no tiene redes sociales. Estamos tan acostumbrados a poder saber todo lo que hacen los demás, que cuando alguien no está en ese sistema se convierte automáticamente en un misterio.

Quería preguntarle más a Raquel sobre la exnovia de Max, y sobre el hecho de que solo hubiera tenido una, pero decidí morderme la lengua porque no quería darle más motivos para pensar —o, más bien, saber— que estaba interesada en Max.

Me paré a pensarlo, y ¿qué sabía yo de Max Elizalde? Poca cosa. Que era amigo de Adri desde el parvulario, que era arquitecto, y que vivía en la otra punta del mundo. Nada más. Todo ese

misterio que lo rodeaba solo me atraía más hacia él.

La conversación se banalizó y se alargó una hora más entre Adri contándonos que estaba arreglando su coche y poniéndole no sé cuántas cosas nuevas de cuya existencia yo no había tenido ni idea hasta ese momento, Raquel quejándose de su trabajo y yo de mis desgracias y, cuando vi que eran ya pasadas las once de la noche, decidí que había llegado la hora de irme a casa.

Me despedí de la pareja, que decidió quedarse en el bar a emborracharse hasta morir —palabras suyas—, y salí a una de las muchas plazas de Gràcia, donde se encontraba el bar en el que habíamos estado bebiendo. Me sentía un poco mareada porque hacía bastante que no tomaba cerveza, pero no consideraba que estuviera borracha, así que decidí caminar hasta casa.

Siendo un viernes por la noche, el barrio estaba lleno de gente preparándose para la fiesta o montándose la suya propia en las plazas. Se escuchaba música por todos lados, gente riendo y charlando, gritos de vez en cuando... y, lejos de hacerme sentir bien, o molesta, me hacía sentir sola.

No estaba sola, era consciente de eso: tenía a mi familia, Adri y Raquel, y mi grupo del instituto, pero este último se estaba viendo alterado por lo que había ocurrido con Marta, aunque ellas ni lo sabían. No tenía ni idea de si debería decírselo, pero si no lo hacía solo había dos posibilidades: o que tuviera que verme obligada a hacer como que todo estaba bien con Marta, o que ellas terminaran dándose cuenta de que había pasado algo. Y la primera opción era sencillamente inviable. No podía hacer como si no hubiera pasado nada, porque lo que había hecho era despreciable. Y no porque me lo hubiera hecho a mí en concreto, sino porque liarle con el novio de tu mejor amiga, aún sabiendo que le harás daño si lo descubre, es de ser muy mala persona.

Bueno, mala persona igual no, porque la gente cuando se enamora —si es que ellos estaban enamorados, porque como me hubieran hecho eso sin ni siquiera quererse, los iba a matar— hace tonterías. Tonterías muy grandes. Como yo, que dejé que Daniel me dijera qué hacer y qué no, y me manipulara con sus enfados dignos de un niño de cinco años.

Cada vez que pensaba en ello me sentía más estúpida.

Con el paso de los días, y tras mucho pensar en mis horas de soledad nocturna, cuando no podía dormir, había terminado dándome cuenta de que mi relación con Daniel había tenido mucho que ver con la muerte de mi madre, y con el hecho de que él estuvo a mi lado. Si no lo había mandado a la mierda antes era porque sentía que él era la persona correcta, solo porque había estado a mi lado en el momento más doloroso de mi vida.

Decidí dejar de comerme la cabeza y respiré hondo, aligerando el paso hacia mi casa. Estaba cansada de pensar mil veces en lo mismo, pero me costaba dejar de hacerlo. Ojalá hubiera podido desconectar mi cerebro, aunque fuera solo un rato, pero es que todo me recordaba a ellos. En las plazas de Gràcia había salido mil veces a tomar algo con Marta, riendo y bailando delante de todo el mundo, sin que nos importara nada, y también había paseado mucho con Daniel.

Cuando pasé por la calle Verdi recordé esa vez en la que fui a los cines de esa misma calle con Daniel a ver una película muy rara que solo hacían ahí y que me hacía mucha ilusión ver. Luego pasé cerca de la calle de Marta, y no pude evitar cambiar mi ruta para poder pasar por ahí y hacerme un poco más de daño con todos los recuerdos de todas las veces que había estado en su casa. Me quedé quieta debajo de su ventana y, como una imbécil, me eché a llorar. La luz estaba apagada, lo que significaba que Marta estaba fuera, y me pregunté qué estaría haciendo. Quizás estaba con Daniel, o puede que todo este asunto le hubiera dado igual y estuviera de fiesta, celebrando que había terminado la Selectividad, que seguro que le había ido mil veces mejor que a mí.

Ya no sabía si lloraba de tristeza o de rabia, pero poco me importaba. Me esforcé en dejar de hacerlo, me sequé las lágrimas con la palma de mis manos, y si hubiera habido más luz seguramente habría podido ver que me habían quedado manchadas de negro, lo que significaba que el maquillaje se me había ido al garete. Pero, honestamente, aunque me hubiera dado cuenta me habría dado igual, al menos en ese momento.

Negué con la cabeza para mí misma y decidí seguir mi camino. Quedarme ahí a llorar como una tonta no iba a servir para nada, solo para hacerme sentir peor. Sorbí por la nariz y saqué un pañuelo de mi mochila para sonármela mientras caminaba. Entonces fue cuando escuché sus voces.

—¡Para, tonto! —chilló la voz de Marta entre risas—. Me vas a terminar haciendo daño.

No, no, no. Por favor, no, supliqué mentalmente.

—Solo lo hago para desestresarte —contestó Daniel con tono juguetón.

Me dieron ganas de vomitar. Pero no en plan “ay, qué asco”, no. Ganas de vomitar de verdad.

Eso no podía estar pasando. ¿Tan mala suerte tenía?

Giré hacia la dirección contraria, aceleré el paso e intenté escabullirme antes de que me vieran, pero fue en vano.

—Julia —escuché la voz de Marta llamarme pero no me giré ni me detuve—. ¡Julia!

Escuché sus pasos detrás de mí, corriendo, e hice lo mismo: me eché a correr. Como si estuviera huyendo de un asesino en serie. Me sentí un poco patética, pero mis ganas de hablar con ella eran aún menos que las de hacer el ridículo.

Y, como la persona torpe que era, me tropecé y me caí al suelo, como si fuera la rubia de una película de terror embarazosamente cliché. Me rasqué al menos una rodilla y las dos manos al intentar frenar la caída, y grité.

—Mierda —escuché maldecir a Marta—. ¿Estás bien?

Me tendió una mano, y me acerqué incluso más al suelo para apartarme de ella.

—No me toques —espeté con rabia, y ella suspiró.

—Julia, quería hablar contigo —empezó—. Lo siento tan...

—Me da igual —respondí mientras me levantaba—. Me importa una mierda lo que quieras decirme.

—Quiero a Dani, Julia —dijo, y me dolió muchísimo más de lo que habría cabido esperar—. Pero eso no justifica que te haya hecho esto. Lo siento muchísimo, y sé que nunca podré arreglarlo, pero no me odies, por favor.

—No te me acerques nunca más —fue lo último que dije antes de irme.

Por suerte, esa vez no me siguió.

Seguí mi camino enfadada como nunca lo había estado. Estaba que echaba humo. Podría incluso haber escupido fuego de la rabia que tenía dentro. Yo llevaba días pasándolo fatal, sin dormir y con los ánimos por los suelos y ellos parecía que, ahora que se habían librado de mí, por fin podían vivir felizmente su perfecto romance. Raquel tenía razón: mientras yo lloraba, ellos estaban follando y siendo felices. Y ya no estaba dispuesta a tolerarlo más.

Llegué a casa y cerré la puerta detrás de mí con tanta fuerza que papá y Claudia me miraron, algo asustados.

—Me voy —dije.

Claudia me miró como si hubiera perdido la cabeza, y papá levantó una ceja.

—¿A dónde? —me preguntó.

—A Nueva Zelanda.

Cinco

Puede que hubiera perdido el juicio completamente.

De hecho, era lo más probable.

Nunca había sido de hacer cosas en caliente, sin pensar en las consecuencias. De tomar decisiones a la ligera. Todo eso siempre me había parecido un mal rasgo, pero ahí me tenía: hacía dos semanas que había comprado un billete para un avión que salía en seis días, y estaba empezando a entrar en pánico.

Ah, también cabe decir que en dos días salían los resultados de la Selectividad, y por fin podría saber mi patética nota, lo que probablemente significaría que tendría que volver a presentarme en Septiembre.

Todo en mi cabeza iba a mil por hora, y más cuando tenía un chat abierto —y, por ahora, vacío — con el nombre de Max como destinatario.

Raquel me había dado su número pocos minutos atrás para que le dijera que iba a estar en Auckland, pero no me atrevía a mandar el primer mensaje.

¿Cómo se suponía que iba a empezar la conversación? “Hola, soy Julia, ¿te acuerdas de mí? Porque sé que apenas hemos hablado, pero estoy loca y me tomé tu invitación en serio, así que en dos semanas estaré en la otra punta del mundo contigo. Pero es casualidad, eh, no he elegido Auckland porque me pongas muchísimo, no pienses mal”.

Julia Santacreu, dieciocho años y una tremenda incapacidad para hablarle a la gente que le parece atractiva sin ponerse nerviosa.

Dejé de comerme la cabeza cuando, de repente, Max pasó de estar en línea a estar “escribiendo”. Salí del chat como si acabara de ver una aparición.

Tenía que estar alucinando. No podía creer que los nervios me estuvieran afectando hasta el punto de imaginar cosas.

Pero entonces llegó el mensaje.

Max: *hey, julia!*

Me fijé en que tenía las mayúsculas automáticas desactivadas en el teléfono, lo que le daba una actitud aún más despreocupada... pero apenas podía pensar en eso porque no entendía cómo podía haberme hablado él primero. La respuesta a mi pregunta no tardó en llegar, y fue cuando me salió una notificación de mensaje de Raquel en la parte superior de la pantalla en la que leí “No me mates, le he dado tu número porque sabía que nunca le hablarías tú primero”.

La iba a matar.

Aunque puede que, en realidad, me hubiera hecho un favor.

Max: *raquel me ha dicho que te vienes a auckland. al final resultará que sí eres rica y puedes venir.*

Me reí, olvidando por un segundo los nervios. Por un segundo.

Estuve un rato pensando en qué contestarle, centrándome principalmente en no parecer ni muy loca ni muy tímida, así que decidí corresponder a su sentido del humor.

Julia: *Lo tenía escondido, pero me has descubierto: soy rica.*

Max: *ya decía yo... cuándo vienes?*

Julia: *En menos de una semana estoy ahí.*

Max: *pues estás de suerte, porque uno de mis compañeros de casa se fue el sábado, y tengo una habitación libre.*

Vale, sabía que iba a ver a Max pero, ¿quedarme en su casa? Eso desató tantas escenas imaginarias —casi todas con contenido adulto— que tuve que frenarme.

Yo había alquilado una habitación en casa de una pareja que parecía maja para quedarme allí, pero la oferta de Max era tentadora. Tampoco quería que se pensara que me aprovechaba de él, por eso.

Julia: *No hace falta, ya he reservado una habitación.*

Max: *pero no seas tonta, mujer, que te puedes quedar gratis*

Y, como no era tonta ni quería insistir en no quedarme en su casa porque terminaría descubriendo el efecto que él tenía sobre mí, decidí acceder.

Julia: *Bueno, si insistes, me quedo :)*

Max: *genial! pues te la dejaré preparada. qué día llegas?*

Le informé de que llegaba a Auckland el martes 1 de julio —salía el 30 de junio pero tenía que hacer una escala larguísima en Hong Kong— y que me quedaría tres semanas. Tras volver a asegurarme que lo tendría todo listo y que incluso me pasaría a buscar por el aeropuerto, la conversación terminó. Habría querido hablarle más, pero tampoco quería forzar las cosas.

Me eché en la cama y suspiré. Realmente estaba pasando: me iba a Auckland, y me quedaba en casa de Max.

—Bien, ahora vas a contarme qué es lo que está pasando con Marta y por qué os habéis dejado de hablar casualmente cuando lo has dejado con el imbécil —me dijo Sandra por la tarde, sentada conmigo en la terraza de un bar, con su característico cigarro en la boca.

Siempre que le recordaba que fumar podía matar, ella me contestaba con un “a ver si es verdad”. La máxima expresión de la generación millennial, ella: cero ganas de vivir, aunque bastante fingidas, y sin tener ni idea de qué hacer con su vida en el futuro. Si a eso le sumábamos la casi terrorífica capacidad de leer la mente de la gente y de saber quién era buena persona y quién no —algo que yo había aceptado al romper con Dani, porque ella me había advertido de que el hombre era un imbécil desde el primer día—, ahí teníamos a Sandra Tomás.

Suspiré y di un trago al vaso de zumo de piña que me había pedido, haciendo un contraste gracioso con la cerveza de Sandra.

—Es complicado de explicar —empecé, sin estar segura de cómo seguir.

—Se han liado, ¿no? —preguntó.

Lo que os decía: Sandra leía mentes. Eso, o sabía lo de Marta y Dani desde hacía tiempo... Pero no, Sandra nunca les habría guardado el secreto a mis espaldas. Aunque la verdad era que ya no sabía ni de quién me podía fiar.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí.

—He conectado los hechos y me ha salido esta conclusión. —Se encogió de hombros—. Veo que he acertado.

—Tú siempre aciertas —dije, y ella sonrió.

—Pues vaya putada la que te han hecho. No me lo esperaba de Marta. De el imbécil ese sí, y de sobra.

—Ya... —Suspiré.

—Pero mira, que les den —dijo, dando un golpe con la mano en la mesa, con contundencia—. Ahora tú te vas a Nueva Zelanda con ese bombón y ni te acordarás de ellos.

—Se me ha ido la olla —murmuré.

—La vida está para hacer locuras, Juls —contestó—. Ya me contarás todos los detalles

morbosos.

—No habrá detalles morbosos —intenté romper su burbuja de optimismo—. Max no se fijaría en mí ni en mil años.

—Y, ¿por qué no iba a hacerlo? —Levantó una ceja—. Eres muy guapa, divertida y genial en todos los aspectos.

Agradecí el cumplido por dentro, pero estaba exagerando.

—Sí, guapísima. —Rodé los ojos y solté una carcajada—. Podría incluso ser modelo.

—Si no fueras una vaga e hicieras algo de deporte, podrías —contestó.

Mi vida deportiva había terminado dos años atrás, cuando había dejado de jugar a voley. No me daba tiempo con el trabajo y los estudios y, a decir verdad, había terminado bastante harta.

—Sea como sea, Max no tiene esas intenciones —volví al tema principal.

—Lo que tú digas —contestó, expulsando el humo del cigarro por su boca y mirándome con diversión—. De todos modos, te irá bien.

Eso esperaba.

Seis

Cerré los ojos y respiré hondo. Apreté la hoja rectangular de papel en mi mano con fuerza, quizá demasiada. La noté arrugarse bajo mi presión y aflojé, volviendo a la realidad por unos instantes. La estética fría y estéril del aeropuerto me recibió en cuanto abrí los ojos de nuevo. Varias personas caminaban por delante de donde estaba sentada, arrastrando sus maletas, buscando su puerta de embarque. Otras compraban algo para comer o para entretenerse en las tiendas cercanas. Todos parecían demasiado ocupados en algo como para ponerse a pensar en lo que estaban haciendo, pero yo no podía parar de hacerlo.

Era una locura, probablemente la más grande que había hecho en mi vida, pero sentía que lo necesitaba. Necesitaba irme lejos, desconectar, respirar aire puro y diferente, conocer a nuevas personas y poder volver a ser yo lejos de todo lo que había estado pasando aquí, en Barcelona... Aunque puede que ese no fuera mi único motivo para irme tan lejos.

Saqué el móvil de mi bolsillo cuando vibró, y vi el mensaje de Max en la pantalla.

Max: avísame cuando salgas de hong kong. estaré a las diez en el aeropuerto, si hay retrasos o lo que sea dime algo.

Respiré hondo.

Allá vamos.

El avión aterrizó en Auckland a las diez menos cuarto de la mañana. Estaba cansada, me dolía la cabeza y tenía la espalda destrozada de intentar dormir en esa pesadilla de asientos, pero me sentía más despierta que nunca por la expectación.

La escala en Hong Kong había sido aburrida y eterna. Pasar doce horas en un aeropuerto parece más fácil de lo que es. Ni llevándome el portátil y un libro en el equipaje de mano había conseguido que el tiempo pasara más rápido. Y, además, estaba ansiosa.

La espera para recoger la maleta se me hizo eterna, y en cuanto salió a la cinta la cogí con rapidez, a pesar de lo mucho que pesaba, y me encaminé hacia la salida del aeropuerto algo estresada porque ya eran las diez y cuarto, y no quería que Max tuviera que esperar más.

De camino a la salida le mandé un mensaje a papá diciéndole que ya había llegado y me contestó de inmediato con un “Ok”. Típico de él. No era que mi padre no tuviera sentimientos o que le faltara capacidad para expresarlos, pero se pensaba que un “ok” era una respuesta que no quedaba nada cortante. Tampoco lo iba a culpar, no era de la generación de los mensajes de texto y no conocía las reglas de lenguaje implícitas que teníamos los jóvenes.

Entonces me llegó otro mensaje de Max.

Max: estoy en el parking! voy para allá

Le contesté que se quedara donde estaba, porque como se moviera aún nos íbamos a perder. Me dijo que venía en una furgoneta gris de la marca Volkswagen, y no me fue difícil distinguirla una vez estuve fuera.

Caminé hacia allí, arrastrando la pesada maleta como podía y gruñendo cada vez que se atascaba con algún bordillo. No hacía tanto frío como esperaba, y eso que era invierno, pero por lo que había leído, ahí el invierno era incluso más suave que en Barcelona. Seguí caminando hasta que distinguí a Max mirando el móvil distraídamente, apoyado en un lado de la furgoneta.

Respiré hondo y caminé hacia él con decisión. Él debió escuchar la maleta, porque me miró y sonrió.

Esa maldita media sonrisa.

—¡Julia! —me llamó, entusiasmado, y vino hacia mí.

Le di dos besos, impregnándome de su olor. No era que llevara ningún perfume super masculino y sexy, no llevaba nada, simplemente olía a Max, y eso ya era embriagador de por sí.

—Hola —lo saludé con una sonrisa.

Me ayudó a meter la maleta detrás de la furgoneta, encima del colchón que había, entre muchas otras cosas organizadas de manera que parecía una habitación.

—¿Esta es tu casa? —bromeé, y él rió.

—Es una especie de casa de vacaciones —contestó—, pero es de Hayes.

Me había mencionado antes que vivía con un tal Hayes, un australiano que estaba un poco loco pero que, según él, era muy simpático. Y a mí cuando lo único bueno que me decían de alguien era que es simpático me hacía sospechar.

—¿Vamos? —pregunté en cuanto cerró la puerta trasera de la furgoneta.

—Vamos —asintió con un gesto de cabeza.

Los primeros minutos del trayecto pasaron en silencio. Yo no podía parar de mirar por la ventana, apenas podía creerme que estuviera ahí, en la otra punta del mundo. Estábamos pasando por lo que parecía un tranquilo barrio de casitas, y al fondo se veía el azul del mar. Evidentemente, y como ya esperaba, los increíbles paisajes que se solían relacionar con Nueva Zelanda no estaban ahí, porque había que viajar un poco para verlos. Esperaba poder hacerlo en los próximos días.

Cruzamos un puente que atravesaba el mar, y me quedé embobada mirándolo. No tenía nada de especial, en Barcelona también había mar, pero del Mediterráneo al océano Pacífico Sur había miles de kilómetros de distancia.

—¿Por qué Auckland? —me preguntó Max de repente, y me di cuenta de que ni siquiera le había contado todo lo que me había llevado allí, aunque no había tenido intención de hacerlo. No por nada en especial, pero estaba harta de sentir que solo hacía que quejarme de mis problemas.

—Porque está lejísimo —contesté y, cuando me giré a mirarlo, sonrió—. ¿No es lo mismo por lo que estás tú aquí?

Él soltó una carcajada.

—Es probable —admitió—. Pero, ¿no te ibas a Estados Unidos?

—Ese era el plan. —Me encogí de hombros—. Pero al final he decidido venir aquí.

—Es más exótico que Estados Unidos —comentó.

—Y aquí rodaron *El Señor de los Anillos* —dije, y Max volvió a reír—. Eso siempre suma puntos.

—Pues me alegro de que hayas venido —dijo, y tuve que esforzarme mucho para no sonrojarme. El calor en el pecho no lo pude evitar, por eso—. Estaba empezando a aburrirme.

—Pensaba que tenías un proyecto de arquitectura super guay entre manos.

—Sí, pero ahora lo tenemos pausado porque el director está en Australia y es de esas personas que no quiere que se haga nada si él no está presente —me explicó—. Ah, y me he pedido vacaciones para la semana que viene. Podemos hacer algo.

Creo que él no hubiera querido saber todo lo que pasó por mi mente cuando mencionó la posibilidad de “hacer algo”.

—Genial. —Sonreí—. ¿Te dejan pedir vacaciones así porque sí?

—Me deben un montón de días —contestó.

Llegamos a Blockhouse Bay, donde Max vivía, pocos minutos más tarde. Aparcó delante de una casita pequeña pero agradable, y en cuanto me bajé tomé aire con fuerza.

Corría un viento fresco pero agradable, y sonreí. Haber pasado de un verano húmedo, de altas temperaturas y, en resumen, insoportable, a este clima invernal suave, me hacía feliz. Miré alrededor, sin apenas poder creerme que estuviera en la otra punta del mundo. Era un barrio que me recordaba un poco a los típicos estadounidenses de las películas: una zona de casitas, cada una con su parking en la entrada, en una calle tranquila y con los pájaros cantando de fondo.

—Qué limpio está todo —observé, viendo que la calle estaba impecable.

—Aquí estas cosas se las toman en serio. —Max se encogió de hombros, y sacamos la maleta de la parte trasera de la furgoneta.

Mientras caminábamos hacia la entrada de la casa, me lo quedé mirando. Caminaba detrás de él, y podía ver que su cabello estaba algo más corto que la última vez que lo vi. En su nuca había un par de pecas, y justo cuando estaba embobada como una tonta mirándolas, una de sus manos viajó allí y se rascó. Como si hubiera notado mi mirada, o algo así.

—Bueno, bienvenida a mi hogar temporal. No es enorme, pero se está muy bien —dijo en cuanto entramos, y procedió a enseñarme el lugar.

Era una casita de una sola planta, con tres habitaciones. Me enseñó la suya muy por encima, solo abriendo la puerta y diciendo un “aquí duermo yo” que quedó incluso adorable, y luego dejamos la maleta en la que sería la mía, donde yo iba a quedarme. Era una habitación sobria y blanca, muy blanca. La cama tenía sábanas blancas, las paredes eran del mismo color, y lo único que contrastaba un poco —que no mucho— era el somier, que era de una madera clara.

Pero lo que más me gustó, sin duda alguna, fue la terraza. Era pequeña, con una mesa y cuatro sillas, pero se veía toda la bahía en la que estaba situado el barrio. Me pareció sorprendente que una casa en un lugar tan bonito no costara un dineral, pero poco después comprendería que, allí, todo era espectacular.

—Es precioso —dije, abrumada por la vista del mar y de los árboles a su alrededor. El viento era algo más fuerte en la parte trasera de la casa, y el pelo de Max revoloteaba con él.

Volví a sentir esa urgencia de tocar su pelo, la que sentía cada vez que lo veía.

—No puedo quejarme —contestó, sonriendo, y me miró—. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Comer —contesté con seguridad. Los nervios me habían hecho olvidar el hambre, pero al relajarme había vuelto.

—Oh, tengo una solución efectiva para eso.

Comimos en casa, aunque al ser apenas las doce del mediodía no sé si se podía considerar comida. En realidad, probablemente sí, pero dado que en España la comida se hacía mucho más tarde, era raro para mí. Max se fue a trabajar justo después, porque había conseguido cambiar su turno de trabajo para poder venir a buscarme.

Cuando me quedé sola en casa, decidí hacer una videollamada con mi padre. En Barcelona era muy tarde, pero sabía que él no se iría a dormir sin hablar conmigo. Me contestó casi al instante y se me escapó una sonrisa de ternura cuando vi la cara de cansado que llevaba.

Estuve hablando un buen rato con él y con Claudia, que apareció espontáneamente para saludarme pero luego se encerró en su habitación, que era donde pasaba prácticamente todo el tiempo haciendo vete a saber qué. La adolescencia le estaba pegando duro, a mi hermana, aunque lo de tener tantísimo carácter lo había heredado de mamá, y tenía toda la pinta de ir a ser para siempre.

La próxima persona a la que decidí llamar, cuando mi padre se aseguró de que estaba sana y salva, fue a Sandra. Estaba un poco agobiada, porque cada vez era más consciente de que iba a

pasar tres semanas en la otra punta del mundo, y encima con Max, y Sandra siempre sabía sacarle importancia a las cosas, así que era la persona perfecta a la que llamar. Además, aunque en Barcelona fuera pasada la medianoche, seguro que estaba despierta.

Tardó exactamente cinco segundos en contestar a mi llamada. Opté por una de voz, porque tenía muy pocas ganas de estar sujetando el móvil delante de mi cara durante vete a saber cuánto rato otra vez. Con papá era necesario, porque él necesitaba imagen, vídeo, sonido —e incluso me habría podido llegar a pedir reconocimiento de huella— para saber que estaba bien.

—*Ya tardabas en llamar* —fue lo primero que dijo, y solté una carcajada.

—Hola a ti también —saludé, aún sonriendo.

—*Dime, ¿ya te has tirado a Max?* —preguntó, sin que su tono cambiara ni un poco—. *¿O quieres algún consejo de índole sexual?*

—Acabo de llegar, loca —le recordé—. Y ya te he dicho que eso no va a ocurrir.

—*“Max nunca se fijaría en mí”* —intentó imitar mi voz, pero añadiéndole drama y un punto de tono tiquismiquis—. *Juls, tómame una tila, o drógate, o algo. A lo mejor te abre la mente y por fin te das cuenta de que cualquier tío perdería la cabeza por ti.*

—Dani no lo hizo —dije, sin poder ocultar la amargura que me producía ese pensamiento.

—*Ese es imbécil, no cuenta.*

—No sé. —Suspiré—. Estuve tanto tiempo con él que creo que ya no sé ni ligar.

—*Tonterías.* —Soltó una carcajada muy típica de ella, como si le hubiera contado un chiste malo.

—No lo son —defendí mi argumento—. No sé ni cómo actuar delante de Max, parezco una cría insegura.

—*Juls, si algo tengo claro en la vida es que con los hombres hay que ir al grano* —me dijo con seriedad, como si fuera una experta en el tema.

—Define “ir al grano” —le pedí, aunque no estaba segura de si quería saberlo.

—*Tú tócale la polla, y ya está* —contestó.

—¡Sandra! —exclamé.

—*¿Qué? Es la mejor estrategia* —dijo con tranquilidad.

—¡No voy a tocarlo ahí! —repuse—. ¿Y si no quiere? Además, ¿qué gracia tiene ir al grano cuando puedes ir poco a poco y con seguridad?

—*Pues que la vida es corta, hija.*

—Yo prefiero tomarme mi tiempo —insistí.

—*Pero...* —empezó, pero no registré lo que dijo a continuación porque escuché un ruido, como de una puerta cerrándose.

¿Max se había dejado algo? Hacía ya un rato que se había ido.

—*Tierra llamando a Julia* —la voz de Sandra me devolvió a la llamada—. *¿Me recibes?*

Podría haberle contestado “Houston, tenemos un problema” o algo así de ingenioso, pero seguía escuchando ruidos fuera de mi habitación y me tenían intrigada. ¿Y si era el compañero de casa? Tampoco quería quedarme encerrada como una asocial, así que opté por salir a explorar.

—Sandra, te llamo luego. Creo que ha venido Max, o su compañero.

—*Vale, pero recuerda: tú ve al grano* —repitió—. *Con todo. La vida es corta y tú ya has perdido mucho tiempo con el idiota.*

—Está bien —contesté—. Adiós.

Terminé la llamada y dejé el móvil en la cama justo antes de cambiar de parecer y metérmelo en el bolsillo. A lo mejor era un ladrón y tenía que llamar a la policía. Si es que sobrevivía para poder llamarla...

Déjate de dramas, me dije a mí misma. Me levanté de la cama y salí de mi cuarto para ver que no había nadie, al menos en el recibidor y el pasillo, que era cuanto alcanzaba ver desde mi puerta. Los ruidos que escuchaba en el salón pararon de golpe cuando cerré la puerta de mi habitación, y poco después escuché unos pasos dirigiéndose a mí.

Por el arco que conectaba el pasillo con el salón y la cocina apareció una mujer, que más que eso parecía un ser sacado del mismísimo Olimpo. Rubia natural, de facciones delicadas, ojos claros y grandes, y labios carnosos.

En fin, que era preciosa.

El corazón me dio un vuelco. *Ya está, Max tiene novia*, me dije. Y odiaba compararme, pero frente a ella yo no tenía nada que hacer. Me sentí bastante ridícula de golpe.

—Hola —la saludé en inglés, sintiéndome algo rara por estar hablando ese idioma que no tocaba desde que había dejado de ir a la academia.

—¡Hola! —me saludó con alegría, con un marcado acento británico, cambiando su cara de sorpresa por una gran sonrisa—. ¿Julia?

—Sí. —Asentí, y quise decir algo más pero no se me ocurrió nada.

—¡Es un placer! —Sonrió, y me dio la mano. No me lo esperaba, porque siempre había saludado a la gente con dos besos, y la formalidad me sorprendió, pero le devolví el gesto—. Soy Ellie. Elizabeth —se corrigió. Negó con la cabeza y soltó una carcajada—. Pero puedes llamarme Ellie.

—Encantada —contesté, animándome un poco al ver que era tan amable, y decidí usar el sabio consejo de Sandra e ir al grano—. ¿Eres la novia de Max?

Entonces Ellie se echó a reír, y una parte de mí se sintió aliviada, pero la otra estaba algo preocupada porque la chica se estaba riendo mucho.

—¡No! —Negó con la cabeza—. Salgo con Hayes. ¿Conoces a Hayes?

Ahí sí que me relajé y pude soltarme.

—No, todavía no —contesté con una sonrisa—. Acabo de llegar.

—¡Lo sé! —contestó, entusiasmada, y me cogió de la mano—. Tenía muchas ganas de conocerte. Max nunca ha traído a ninguna chica, y estaba muy contento de que vinieras. No ha parado de hablar de eso y de planear cosas últimamente.

No te sonrojes, Julia. Tienes que superar esa manía de sonrojarte cada vez que te dan una mínima esperanza, me repetí mentalmente, y parece que funcionó porque pude evitarlo.

—Entonces, ¿ya hay planes? —pregunté, cada vez más animada. Acababa de conocer a esa chica, que tendría pocos años más que yo, y ya me había caído bien.

La verdad es que yo nunca había tenido ningún problema para socializar, aunque con los chicos que me gustaban ya era otro asunto. Por eso era tan transparente y se me notaba desde China cuando estaba interesada en alguien. Normal que Raquel lo hubiera adivinado tan rápido.

Ellie me estuvo hablando de todas las cosas que podríamos hacer, empezando por salir a cenar esa misma noche, mientras cocinaba. Al parecer ella ese día había salido antes, así que había aprovechado para venir a casa de su novio y preparar algo para comer para ambos.

—Yo no vivo aquí, pero paso mucho tiempo en la casa —me explicó.

También me habló de ir de acampada, algo que ella y Hayes hacían de vez en cuando y que planeaban hacer la semana siguiente. Yo acepté todo lo que me propuso porque estaba ahí para pasarlo bien, y ella tenía muchas ideas.

A las doce y media escuchamos la puerta abrirse, y Ellie sonrió.

—¡En la cocina! —gritó, y los pasos del que supuse que sería Hayes vinieron hacia nosotras.

Pronto me encontré delante de un australiano de manual: era rubio, alto, con pinta de surfero y unos ojos azules que eran casi tan bonitos como los de su novia.

—¡Julia! —me saludó como si me conociera de toda la vida, y vino a abrazarme, ante lo que me quedé parada unos segundos antes de corresponder el gesto.

No me esperaba tanta efusividad, pero tampoco iba a quejarme.

—¡Hayes! No seas bruto, que la vas a asustar —le regañó su novia con tono jocoso.

—Perdona —me dijo, separándose de mí—. Es que Max me ha hablado tanto de ti, que es como si ya fuéramos amigos.

Me eché a reír y sentí ese calor en el pecho cuando dijo que Max había hablado de mí. Sonará a tontería, pero esas cosas me hacían ilusión. Saber que le importaba a un hombre que me encantaba era algo que me hacía feliz.

A lo mejor tenía que tomarme el consejo de Sandra en serio, dejarme de inseguridades y empezar a vivir la vida como quería.

Siete

Siempre había pensado que eso de despertar con el canto de los pájaros y un rayo de sol entrando por mi ventana era una idea surrealista y cliché a más no poder. Lo único que se le había parecido hasta ese jueves de julio habían sido los insoportables gritos de las cotorras de la vecina del cuarto, hasta que se mudó y por fin nos dejó dormir tranquilos.

Pero el hecho es que esa mañana me levanté así. Los pájaros cantando a pocos metros de mi ventana, un rayo de luz calentando mi espalda y una habitación muy blanca recibéndome al abrir los ojos. Igual que la mañana anterior, empecé mi tercer día en Auckland con mucha energía.

Los dos días que llevaba en Auckland se habían resumido en exploraciones de la ciudad en solitario y cenas bastante entretenidas con la pareja y Max. Este último apenas había tenido tiempo libre, pero me había invitado a una fiesta que organizaba la gente con la que llevaba a cabo el proyecto de arquitectura el viernes por la noche.

El miércoles por la mañana había ido a visitar los lugares más emblemáticos de la ciudad, cosa que me había llevado relativamente poco tiempo. Había visitado museos, la Sky Tower, y algunos parques.

Mi plan de ese jueves era ir a ver una reserva natural que quedaba no muy lejos de la ciudad, famosa por sus cascadas.

Salí de mi habitación en la camiseta de tirantes que usaba para dormir —que venía a ser la que había usado el día anterior— y bragas, algo adormilada, pero sabiendo que no había nadie en casa. Todos estaban trabajando, y normalmente hasta la tarde la casa estaba a solas. Hayes me había dicho que a veces venía a comer, cuando tenía tiempo, y a veces Ellie también lo hacía, pero normalmente comían cerca de sus trabajos, igual que Max.

El caso es que, esa mañana, iba tan adormilada que ni siquiera percibí el sonido de la ducha encendida —que tampoco era tan fuerte, pero de haber estado más avispada lo habría notado—, y cuando abrí la puerta del baño me encontré a Max desnudo. De espaldas, pero desnudo. Y no pude evitar quedarme mirando su culo durante una fracción de segundo antes de soltar un pequeño grito que pretendía ser un “lo siento” justo cuando él giraba la cabeza hacia mí, y salir del baño a la velocidad de la luz.

Cerré la puerta delante de mi propia cara y respiré hondo, avergonzada. Acababa de ver el culo de Max, que tenía algunas pecas al igual que su cara y que estaba mucho más definido de lo que había imaginado —porque sí, lo había imaginado antes—, y él me había visto en bragas. Todo bien.

—¡Perdón! —exclamé, notando el calor en mis mejillas, y no pude reprimir una sonrisa cuando escuché a Max echarse a reír.

Cuando él salió del baño, yo ya llevaba unos pantalones, un sujetador y una camiseta limpia, y estaba preparándome el desayuno. Atravesó el arco del salón secándose el pelo con una toalla y, cuando me vio, una sonrisa divertida se instaló en su cara. Levanté una ceja, mirándolo, y no pude reprimir una carcajada.

—¿Quieres desayunar? —le pregunté, señalando las tostadas que me estaba preparando, y él asintió con la cabeza.

Así que preparé desayuno para los dos y, aunque me hacía ilusión comerlo en la terraza, al salir

ya vi que hacía más frío de lo normal y tuvimos que volver a entrar. Nos sentamos a comer en silencio, pero mirándonos de vez en cuando. Había una especie de tensión extraña en la mesa, no negativa, sino más como que en algún momento uno de los dos iba a estallar en carcajadas.

—¿No entrabas a trabajar a las ocho? —le pregunté, intentando romper esa tensión.

—En realidad, como el director no está puedo entrar y salir cuando quiera, mientras haga mis horas —contestó, untando sus tostadas con algo llamado “Marmite”.

—¿Qué es eso? —pregunté, refiriéndome al alimento desconocido.

—¿Esto? —señaló el tarro de Marmite y asentí con la cabeza—. Es Marmite.

—No me digas. —Levanté una ceja, por si no había pensado en que sabía leer.

Max rió, mostrando sus dientes durante unos instantes.

—Es muy popular en Inglaterra, de hecho es Ellie la que nos ha aficionado a esto —me explicó—, aunque aquí también tiene muchos fans. Creo que es extracto de levadura.

Vamos, que se estaba comiendo algo que ni siquiera estaba seguro de lo que era.

—Muy buena pinta no tiene, la verdad —admití, porque yo no podría untar una pasta negra en mi tostada sin sentir que estaba a punto de comer petróleo.

—Está buenísimo —me aseguró, y cogió el tarro para dármelo—. Pruébalo, ya verás.

Lo cogí, no muy convencida, y tuve que resistir el impulso de oler el contenido. Tenía una pinta horrible. Aún así, cogí un poco con el mismo cuchillo que había usado él, y lo esparcí en una esquina de mi tostada. Al menos había que darle una oportunidad.

Di un mordisco, y noté un sabor como a hierbas, pero hierbas muy fuertes. No como si fuera droga, pero como si me hubiera tomado un chupito de licor de hierbas en forma de comida.

En fin, que era asqueroso, y mi cara seguramente debía reflejarlo perfectamente porque Max levantó una ceja.

—Es lo más asqueroso que he probado en mucho tiempo —sentencié, y él rodó los ojos, divertido.

—No me creo que no te guste —dijo.

—Soy un poco maniática con las cosas nuevas, pero esto —Señalé el tarro—, está malísimo.

Max sonrió.

—Estoy seguro de que podré encontrar algo que te guste —afirmó y, aunque a lo mejor ni siquiera tenía una intención sexual, noté cómo me encendía por dentro.

Y, para variar, volví a sonrojarme.

—Aguacate —instruí, levantando la fruta con mi mano derecha—, pasta y queso. Eso es todo lo que necesitamos.

Hayes me miró con una mezcla entre curiosidad e intriga. Se había puesto un delantal negro y un sombrero de cocinero, de los pequeños, del mismo color, haciendo que pareciera un cocinero de sushi, cosa que decididamente estaba muy lejos de lo que pretendíamos preparar.

Había vuelto apenas hacía media hora del parque nacional, y no había tenido tiempo ni para descansar porque Hayes me había abordado para que le ayudara a preparar una cena para su novia.

—A Ellie le gusta el aguacate. —Asintió con la cabeza.

—A todo el mundo le gusta el aguacate. —Reí, y en ese momento se abrió la puerta principal.

Por el arco del salón apareció Max, pocos segundos después, con la mano en el bolsillo de sus tejanos, de forma despreocupada, y las mejillas coloradas por el frío.

—¿Le estás enseñando las frutas a Hayes? Qué amable de tu parte —dijo al ver el aguacate que

estaba sosteniendo en lo alto—. Mira, Hayes, eso es un aguacate.

—Vete a tomar por culo —contestó su amigo.

—Le estoy enseñando recetas nuevas porque quiere prepararle una cena romántica a Ellie —le expliqué.

Max me miró con diversión, y luego sus ojos verdes fueron a Hayes. Levantó una ceja y volvió a mirarme.

—Eso significa que tenemos que hacer planes para esta noche. —Me dio una de esas sonrisas matadoras marca Max Elizalde y no pude evitar recordar lo que había visto esa mañana en el cuarto de baño.

Eso de vivir permanentemente con la imagen del culo de Max en la cabeza no era sano en absoluto. Y menos si íbamos a salir a cenar, los dos solos, esa misma noche.

Julia, recomposte.

—¿Alguna sugerencia? —pregunté.

Max se paró a pensar unos segundos.

—Mejor que sea sorpresa —contestó, y levanté las cejas con interés.

—Yo que tú decía que no ahora que estás a tiempo —me sugirió Hayes, y Max le mostró el dedo corazón.

—Creo que me arriesgaré. —Sonreí.

Me di una ducha —asegurándome de haber puesto el pestillo— y me vestí, ni muy desarreglada ni demasiado bien vestida, para que Max no se pensara que me lo tomaba como una cita, o algo así. Estaba a punto de coger la chaqueta y salir de mi habitación cuando la pantalla de mi móvil se iluminó, y vi el nombre de Marta sobre lo que parecía ser un mensaje muy, muy largo. Decidí abrirlo, con las manos temblorosas, y cuando empecé a leer me inundó la sensación de que habría estado mejor sin hacerlo.

"Julia, lo siento, siento todo lo que ha pasado. Nunca he querido hacerte daño pero... Quiero a Dani, Julia. Lo sé: soy patética, soy una zorra, soy todo lo que tú quieras, pero no puedo hacerle nada. Sé que te va a doler, pero necesito contarte la verdad. Cuando nos pillaste, Dani y yo llevábamos viéndonos tres meses. Él me prometió que te contaría la verdad la primera vez que nos liamos, pero no lo hizo. Se lo pedí mil veces, pero siempre me decía que ya lo haría, que no quería hacerte daño. Y yo estaba muy mal Julia, me sentía la peor persona del mundo por estar haciéndote eso, pero le quería y no podía dejarle. Tampoco fui lo suficientemente valiente para contártelo yo misma. No espero que me perdones, no me lo merezco, de hecho dudo que quieras volver a hablarme en tu vida, pero espero que seas feliz, y que encuentres a alguien que te ame otra vez. Te quiero."

Las lágrimas inundaron mis ojos a medida que iba leyendo, hasta el punto en que me costaba comprender lo que ponía en el mensaje, pero al acabar la tristeza y la melancolía habían pasado ya a un segundo plano. Mi emoción principal era la rabia.

¿Cómo se podía tener la cara tan dura? Después de lo que me había hecho, iba ella y me mandaba un mensaje que bien podría haberse resumido en “eh, que me follé a tu novio mientras estábais juntos y ahora estamos enamoradísimos, pero tú tranquila, que ya encontrarás a alguien”.

Estaba casi temblando de la rabia, y cada vez me podían más las ganas de abrir la ventana y tirar el móvil, el mensaje y a Marta por ella.

Lo más gracioso de todo era que Daniel se había dedicado a mandarme miles de mensajes diciéndome cosas como que Marta no significaba nada, que había sido solo un desliz, y que podíamos arreglarlo. Por un segundo, Marta me dio pena, porque Daniel claramente la estaba

usando, pero esa lástima se fue en una carcajada amarga. Que les dieran a los dos.

Una parte de mí siempre le había tenido envidia a Marta. Era guapa, lista y con mucho carácter, algo que a mí me faltaba. Por alguna razón, muchas veces nos habían gustado los mismos chicos, y adivinad a quién habían terminado eligiendo. Cuando conocí a Daniel y eligió estar conmigo, sentí que mi mala suerte había terminado, pero esa ilusión vaga y estúpida se había roto en segundos.

Respiré hondo e intenté apartar esas ideas de mi cabeza. Estaba lejos de casa, era libre y tenía tiempo para reflexionar, crecer y deconstruirme. Dejar atrás las envidias poco sanas y empezar a mirar hacia dentro, a valorarme y a no tenerle rabia a nadie por creerlos por encima de mí.

—¿Julia? —Max llamó a la puerta con dos suaves golpes, y salí de mi ensoñamiento.

—Ya voy, estoy casi lista —dije, levantándome de la cama para ir a coger mi chaqueta.

Apagué el móvil y lo dejé encima de la cama, para evitar volver a leer el mensaje, o recibir otro que me hundiera aún más.

—No es nada, solo que Hayes está un poco histérico porque no comprende cómo tiene que mezclar los ingredientes y Ellie está a punto de llegar —me explicó.

Tuve que callarme que era una de las recetas más fáciles del mundo entero, y salí de la habitación para ver cómo de grave era el desastre.

Hayes había cortado el aguacate a trozos, tenía la pasta hecha y el queso rallado en su bolsa.

—Hayes, solo tienes que mezclar eso en una sartén con aceite —le expliqué, y él me miró con una ceja levantada.

—Ah, ¿y ya está? Pues qué fácil —contestó.

—Es un poco corto, no se lo tengas en cuenta —me dijo Max, y cuando me eché a reír Hayes le dio una patada en la pierna.

—Fuera de aquí, pesados —se quejó.

—Tus deseos son órdenes —contestó Max, y se fue hacia la puerta principal.

—No quemes nada —le pedí a Hayes, que me sacó la lengua, y seguí a Max hacia la salida.

—¿Rangiqué? —pregunté, porque no estaba segura de haberlo escuchado bien.

—Rangitoto —me repitió, aguantándose la risa, seguramente por la cara de incredulidad que llevaba yo—, y la otra se llama Motutapu.

—¿Por qué todo aquí tiene nombres tan originales? —pregunté, fascinada.

—Porque los aborígenes se los pusieron hace siglos —contestó él, aunque esa parte ya la sabía.

Acabábamos de salir de cenar de un local de comida japonesa que era todo lo que yo podía desear: barato, rápido y delicioso. La cena había estado tranquila, sin demasiada conversación. Max me había preguntado qué tal las cataratas y otras cosas bastante banales. Yo seguía pensando en su culo, aunque no todo el rato. Tenía momentos de serenidad.

Max caminaba de forma despreocupada, con las manos en los bolsillos y mirando al cielo de vez en cuando. Yo caminaba a su lado, pero siendo consciente de cada paso que daba y sintiendo esa especie de anticipación, de ansia que sentía cada vez que estaba a su lado.

—Entonces, ¿este sábado nos vamos allí? —le pregunté.

—Sí —contestó él—. En Rangitoto no se puede acampar, pero en la isla de al lado, Motutapu, sí, así que dormiremos allí.

—Genial. —Sonreí.— Aunque me da un poco de miedo acampar con Hayes.

—A mí también, no te voy a engañar —contestó con una carcajada—. Oye, ¿te hacen unas

cervezas?

—¿Hacen claras aquí? —pregunté, porque a mí la cerveza a palo seco no me gustaba demasiado. Muy fuerte para mi gusto.

—Eh... Puedes intentar pedirla, pero no lo sé —respondió—. Aunque tienes que probar las cervezas locales, te sorprenderán.

Opté por asentir, porque tampoco me molestaba beber cerveza. No, su sabor no me encantaba, pero con algo de suerte podría encontrar una cerveza afrutada, o de otro sabor.

Entramos en el pub más cercano y, afortunadamente, había una cerveza artesanal neozelandesa con sabor a frutos del bosque, y estaba deliciosa.

Tan deliciosa que me bebí dos sin apenas darme cuenta. Volví de pedir la tercera, agradeciendo que la graduación fuera más baja que la del resto de cervezas, y la dejé en la mesa para sentarme en el cómodo sofá.

—¿Otra? Julia, que al final te tendré que arrastrar hasta casa —bromeó.

—Tú no puedes decirme nada, que te estás acabando la segunda y esa cerveza es más fuerte que la mía. —Señalé su largo vaso, y él levantó las manos en señal de rendición.

Seguimos bebiendo en silencio, cada uno sumergido en sus pensamientos, durante un buen rato. Pero no era un silencio tenso, no sentía la necesidad de tener que decir algo para romperlo, era algo cómodo, familiar. Como si conociera a Max de tanto, que las palabras no hacían falta... aunque eso estaba muy lejos de la realidad.

—¿Por qué no has ido a Estados Unidos? —me preguntó de repente—. Ya sé que esto es más exótico, pero pensaba... bueno, pensaba que tenías pareja y tal, y que te ibas con él.

Me sentí tentada a preguntarle cómo sabía eso, pero entonces una imagen de Raquel sonriendo diabólicamente apareció en mi cabeza, y eso resolvió todas mis dudas.

—Ya no estamos juntos —contesté. No le había comentado nada antes porque no quería ser la típica que se pasa la vida hablando de sus desastres amorosos, ni que se tomara el hecho de que hubiera ido allí justo después de romper con Dani como que él era el siguiente en mi lista—. Hace tiempo que no.

—Oh —murmuró—. Lo siento. Es decir, lo suponía, pero lo siento de todos modos.

—Era un imbécil, así que en realidad me hizo un favor liándose con mi mejor amiga —contarle eso no estaba en mis planes para nada, porque me seguía haciendo sentir insegura y algo patética, pero eso es lo que tiene el alcohol: debilita el filtro entre el cerebro y la boca.

Max levantó las cejas.

—¿En serio? —preguntó—. Qué cliché. Ya podría haberse buscado una forma de cagarla más original y comprensible.

Reí.

—¿Comprensible? —pregunté.

—No entiendo por qué iba a ponerte los cuernos —dijo, y una de sus manos viajó a su cuello para rascárselo. Evitó mi mirada, y juraría que sus mejillas adoptaron algo de color... aunque puede que solo fuera el alcohol—. No entiendo por qué la gente hace esas cosas, y menos a alguien como tú.

Levanté una ceja. Incluso pude reprimir el sonrojo. Gracias, alcohol.

—¿Como yo? —pregunté.

—No importa —contestó, negando con la cabeza y sonriendo.

Pero sí que importaba, porque me hizo ilusionarme un poquito más.

—De todos modos, lo hizo. —Me encogí de hombros—. Así que supongo que tampoco era especial para él.

—Sí eres especial —contestó—. No conozco a muchas chicas que vayan por ahí con bragas de estrellitas.

Oh, joder, se había fijado en mis bragas esa mañana. Ahí sí que no pude evitar que mi cara se convirtiera en un tomate ardiente, pero intenté retomar mi dignidad para contestar.

—Yo tampoco conozco a mucha gente que no ponga el pestillo cuando va a ducharse. —*Genial, Julia, un argumento muy sólido.* Mi yo interior rodó los ojos.

—Si no fuera porque mucha gente se escandalizaría, por mí iría desnudo por casa —contestó, tan tranquilo—. Es mucho más cómodo.

—Yo no creo que Hayes fuera a escandalizarse —respondí.

—Hayes es más maniático de lo que parece. —Rio—. Además, Ellie prácticamente vive con nosotros, y ahora estás tú. Si te ha escandalizado verme en la ducha, imagínate por la casa.

Esa conversación no tenía sentido, pero cuando mirabas las botellas y vasos de cerveza vacíos, ya se empezaba a comprender por qué.

—¿Quién te ha dicho que me he sentido incómoda? —inquirí—. Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Max sonrió.

—Y pretendo descubrirlas todas.

Ocho

—*Ponte ese sujetador que te regalamos, el push-up* —me instruyó Andrea, refiriéndose al sujetador con relleno que me subía los pechos hasta el espacio exterior que me habían regalado ella, Sandra y Marta cuando cumplí los dieciocho.

—No lo he traído —contesté—. Y, de todos modos, ¿cómo me voy a poner ese? Es lo menos sutil que he visto en mi vida.

—*Hija, aquí o vas a por todas o te vas a casa* —replicó Sandra, señalándome con el dedo como si estuviera dándome una lección de vida.

—*Eso, eso* —Andrea concordó con ella.

—Va, en serio —les pedí—. Ayudadme, que no sé qué ponerme.

—*Pero si tú vas monísima con cualquier cosa* —me dijo Andrea.

Me senté en la cama, cogiendo el móvil con la mano para que siguiera enfocándome la cara, y suspiré.

—No quiero ir mona —dije, haciendo una mueca ante la última palabra.

—*Ya.* —Sandra asintió con la cabeza—. *Tú lo que quieres es que Max te empotre contra la pared.*

—Cállate —le pedí en una especie de grito susurrado, con miedo a que alguien pudiera escucharnos, cosa que no tenía sentido en absoluto porque estaba sola en casa.

De todos modos, toda precaución siempre era poca, así que cogí los auriculares del bolsillo de mi chaqueta y me los puse para después conectarlos al teléfono.

—*Mira, Juls, da igual lo que te pongas* —me dijo Andrea—. *No te estreses por ello. Ponte el vestido negro, y pídele unos tacones a Ellie. A Max le gustas de todos modos.*

—*Yo creo que lo pondrías cachondo hasta con una bolsa de basura* —soltó Sandra, y no pude evitar reír.

—No creo que sea el caso, pero Andrea tiene razón —dije—. Me estoy estresando demasiado. Y no quiero ponerme tacones, los odio. Creo que me pondré las botas negras que he traído y ya está.

No creo que fuera algo irracional odiar esos atuendos del demonio que sí, hacían unas piernas monísimas y todo lo que queráis, pero el dolor de pies y de espalda no estaban compensados.

—*Pues solucionado.* —Sandra dio una palmada—. *Julia folla esta noche, y yo me quedo más tranquila.*

—Yo no follo esta noche —rebatí—. Y, ¿por qué ibas a quedarte más tranquila?

—*Porque una Julia con sexo es una Julia relajada, feliz y sin sentirse triste por Danieleles imbéciles ni Martas arrepentidas que le mandan mensajes* —contestó.

Cabe decir que, hacía unas horas, había recibido un mensaje de Dani pidiéndome volver. Ni siquiera había contestado, pero seguía sintiéndome entre triste y molesta. Me daba rabia que lo que él dijera siguiera afectándome tanto, y más cuando podía adivinar fácilmente que el noventa por ciento de las cosas que había escrito en su mensaje eran mentiras y promesas que no tenía ninguna intención de cumplir.

Tampoco me podía culpar, al fin y al cabo apenas hacía un mes que había ocurrido todo aquello, y supongo que era normal sentirse así.

No tardé en terminar la llamada. Todavía eran las once de la mañana, así que tenía tiempo de sobra hasta la fiesta, que empezaba a las ocho. Ese día pretendía ir al centro otra vez, a dar una vuelta y comer en algún sitio interesante, pero antes de eso había querido dejar el tema vestuario resuelto, porque esas cosas, por muy estúpidas que fueran, me ponían muy nerviosa cuando las hacía sin tiempo. Además, en Barcelona ya eran las once de la noche, así que Andrea y Sandra ya se iban a dormir.

Estuve a punto de desnudarme en la habitación, pero recordé que no estaba en mi casa y que no tenía demasiadas ganas de volver a asistir a un episodio de desnudez en la ducha —a no ser que volviera a tener a Max como protagonista—, así que fui vestida hasta el cuarto de baño, toalla y jabones en mano.

Me desnudé, una vez delante de la ducha, me metí y esperé pacientemente a que el agua caliente se llevara mis preocupaciones. No iba a engañarme a mí misma: el mensaje de Dani me había dejado tocada. Por mucho que lo intentara, era imposible olvidar tres años en un mes. Tenía bajones a menudo, pero intentaba que no se llevaran lo mejor de mí. No iba a perder más tiempo, más oportunidades por él. Ni por ella. Aún así, era más fácil pensarlo que llevarlo a cabo.

Mis dedos se clavaron con fuerza en mi costado. Sollocé, y subieron hasta el lado de mi pecho para presionar aún más fuerte. *Nada*. Bajaron a la parte inferior. *Nada*. Al centro, justo encima de la aureola. *Nada*.

Y si mamá hubiera hecho algo tan simple, seguiría aquí.

Me agaché para abrazarme a mis rodillas y permitirme llorar con libertad. La presión en mi pecho era cada vez más fuerte. Eso ya no tenía nada que ver con Daniel, con Marta, ni con el hecho de que fuera a asistir a una fiesta con el chico que me gustaba.

Tendría que haber superado eso hace tiempo. Debería pero, para variar, pensarlo era mucho más fácil que hacerlo.

Salí de la ducha diez minutos más tarde, recompuesta pero cansada. Llorar siempre iba bien para aliviar la ansiedad, pero no pude evitar quedarme dormida en cuanto me eché en la cama.

—¡Hola, ¿hay alguien en casa?! —exclamó una voz que al principio no reconocí, y abrí los ojos. ¿Cuántas horas he dormido?, fue lo primero que me vino a la cabeza. Luego me di cuenta de que la habitación estaba oscura, entraba muy poca luz por la ventana. La poca luz que correspondería a una puesta de sol.

Mierda.

Me levanté de la cama como una exhalación y busqué mi móvil a ciegas, sin recordar dónde lo había dejado. No estaba en la mesilla, ni en la almohada. Sacudí las sábanas y sentí alivio al escucharlo caer al suelo. Lo cogí y maldije para mis adentros. Las seis de la tarde. Joder.

Salí de la habitación como alma que lleva el diablo, y debía tener tan mal aspecto que Hayes, al verme, se asustó.

—Joder, Julia, qué susto —dijo, y luego me miró con más atención—. ¿Estás bien?

—Me he dormido —contesté, con la voz algo ronca, y él se echó a reír—. Joder, llevo cinco horas durmiendo.

—Pues mira, aguantarás mucho mejor en la fiesta. —Sonrió.

La fiesta. Ni me había acordado.

—Debería arreglarme —murmuré.

—Sí, llevas el pelo un poco raro —concordó conmigo, pero luego se corrigió—. Pero oye, que si

te gusta, está bien. Cada uno tiene su estilo.

Solté una carcajada, terminando de despertarme, y fui al cuarto de baño. Efectivamente, tenía el pelo hecho un desastre. Supongo que quedarme dormida con el pelo mojado no había sido una buena idea.

Para cuando Ellie, y posteriormente Max, llegaron, ya había conseguido arreglarme y estaba lista para salir.

—Vaya, pero qué bombón —dijo Ellie al verme, y me guiñó un ojo.

Miré hacia abajo, a mi atuendo, con una ceja levantada. Tampoco llevaba nada especial, solo un vestido azul, unas medias negras semitransparentes, y unas botas con algo de plataforma que le había cogido a mi hermana del mismo color.

Aún así, no veía a Ellie como el tipo de persona que mentiría por condescendencia, así que decidí creérmelo.

—Te ha contado Hayes cómo estaba hace una hora, ¿verdad? —pregunté, y ella soltó una carcajada—. Cualquier cosa es mejor que eso.

Detrás de ella, Max sonrió, observándome. No de una forma rara, sino con su pasividad habitual y con ese toque de misterio que era tan suyo.

—No seas tonta —dijo Ellie, y rompí el contacto visual con los ojos verdes de Max para volver mi atención a ella—. Me encantan tus botas. Creo que yo tampoco me pondré tacones, los odio.

—Una tortura innecesaria —coincidí, sintiéndome contenta porque alguien opinara igual que yo. Max no dijo nada más, y se fue a ducharse. Al parecer Ellie tenía la ropa preparada en la habitación de Hayes, cosa que me explicó este último mientras esperábamos en el salón a que se cambiara.

—¿Cuál es tu segundo apellido? —me preguntó Hayes de repente, interrumpiendo nuestra anterior conversación, y no pude evitar reír porque no me esperaba esa pregunta.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Me da curiosidad —contestó—. De hecho, ¿cuál es tu primer apellido?

—Santacreu —contesté, y la puerta de la habitación de Max se abrió.

—¿Ya estás? —le preguntó Hayes, mirándolo con una ceja levantada—. Joder, qué rápido.

—Tampoco tiene mucho misterio. —Él se encogió de hombros, con una sonrisa de conformidad, y yo me quedé quieta unos segundos.

Max en camisa y pantalones de pinza era algo mucho más sexy de lo que podría haber llegado a imaginar. Siempre iba en ropa cómoda, y nunca me había planteado cómo sería él vestido de una manera algo más formal, pero ahí lo tenía y era caliente, muy caliente.

—¿Deberíamos ponernos corbata? —le preguntó Hayes—. Porque me da mucho palo.

—Qué va, no es algo tan formal —contestó Max, y se sentó en la mesa del comedor, a nuestro lado.

A los pocos minutos Ellie ya estaba cambiada y salimos de casa, no sin antes tener que prometerle a Hayes que le diría mi segundo apellido en la fiesta. No entendía esa obsesión suya con los segundos apellidos, pero por cómo rio Max cuando me lo dijo, intuí que no era algo nuevo.

Llegamos a la fiesta a las ocho en punto. Ni Max, ni Hayes ni yo éramos personas puntuales —por lo que había sabido hablando en el coche—, pero Ellie, haciendo honor a su nacionalidad británica, llegaba siempre a tiempo a los sitios.

—Y, ¿no os da vergüenza presentaros tarde cuando quedáis? —nos preguntó, atónita.

—No —contestaron Max y Hayes a la vez, con toda la tranquilidad del mundo, y yo abrí la boca para responder con una excusa más elaborada pero terminó saliendo una carcajada.

—A ti ya sé que no —dijo, mirando a su novio, y luego se dirigió a mí—. Cuando empezamos a salir llegaba siempre tarde. No sé cómo no lo dejé.

—Yo no sé ni por qué empezaste a salir con él en primer lugar —se mofó Max, ignorando los quejidos de Hayes porque estuvieran hablando mal de él.

—Siempre estáis igual —gruñó el aludido, pero se le escapó una sonrisa.

Entramos en el local, que al parecer era el mismo lugar en el que Max trabajaba, y fuimos recibidos por una chica sonriente.

—¡Hola! —nos saludó con entusiasmo.

—Hola, Meg. —Max le dio una sonrisa y ella se la devolvió, con las mejillas adoptando un suave color carmesí.

Vaya, así que Max tenía ese efecto en más gente además de mí.

La tal Meg nos llevó a todos con un grupo más grande de gente, y todos saludaron a Max. Se quedaron hablando y Ellie se fue a por algo de beber.

—¿Es tu novia? —le preguntó un hombre alto, muy alto a Max, refiriéndose a mí, y a ambos se nos escapó una carcajada.

—No. —Negué con la cabeza y Max me miró con una sonrisa que no supe descifrar.

—No es mi novia —confirmó él, y el hombre que había preguntado nos miró con una ceja levantada, como si no terminara de creérselo.

Max nos presentó a mucha gente en lo que tardó Ellie en volver: Dave —el que había preguntado—, Rosalind, Theodore, Jensen, Chris... Apenas puedo recordar a toda la gente que conocimos Hayes y yo esa noche.

Llegó Ellie con el vino tinto y me dio una copa porque, según ella, el tinto era muy español y por eso tenía que gustarme, sí o sí. Y la verdad era que no era algo que me apasionara, pero lo tomé de todos modos.

—¿De verdad trabajas aquí? —le pregunté a Max mientras Ellie y Hayes estaban buscando comida.

—Sí —contestó—. ¿Por qué, no lo parece?

Me paré a pensar unos segundos.

—La verdad es que nunca me había planteado qué pinta debería tener un estudio de arquitectura.

—Esto es una especie de sala común que tenemos para comer y esas cosas —me explicó—. Los despachos están ahí detrás. ¿Quieres ir a verlo?

—Claro. —Sonreí.

Despachos, soledad, Max y yo. Mi mente estaba empezando a imaginar cosas muy sucias que no iban a ocurrir ni en mil años, y tenía que hacerla parar.

Me concentré en mi copa de vino en lo que íbamos hacia allí, y Max aprovechó para coger una de vino blanco por el camino.

—¿Has estado en algún lugar interesante hoy? —me preguntó, abriendo la puerta que conducía a una sala llena de mesas y ordenadores.

—En la cama —contesté, algo desanimada—. Quería ir al centro a visitar cosas y pasear, pero me he quedado dormida.

—Ya, Hayes me ha dicho algo de que has dormido cinco horas. —Rio—. Al menos aguantarás más que todos nosotros, esta noche.

—Él me ha dicho lo mismo —comenté, y su sonrisa se expandió.

—Mira, aquí trabajo yo —dijo, llevándome hacia un escritorio bastante desordenado, con papeles y lápices por todos lados.

Me paré un segundo a analizar los esbozos que había sobre la mesa, viendo que eran puertas,

ventanas, arcos... y un montón de números y planos indescifrables a mis ojos.

—¿En qué estáis trabajando? —pregunté con curiosidad.

Max sonrió.

—Eso iba a enseñarte —contestó—. ¿Quieres sentarte?

—No diré que no —respondí, y me senté en la silla que había delante del escritorio.

Max se inclinó hacia el ordenador que acababa de encender, rozando su hombro con el mío, y buscó entre el infierno de carpetas que había en el escritorio del ordenador hasta encontrar fotos de unos modelos de lo que parecía un espacio... ¿semiabierto?

—Es un espacio público que se hará aquí, en Auckland —contesta—. El proyecto en sí consiste en varios de estos espacios, y yo junto con Meg y Chris me encargo de este en concreto. Es como un parque, más o menos. La gente puede sentarse a descansar o interactuar con el espacio como ellos quieran.

Siguió explicándome de qué iba y yo asentía con la cabeza, interesada pero a la vez fascinada por lo entusiasmado que parecía él con respecto a este proyecto. Era bonito ver a alguien enseñarme algo que le apasionaba con estas ganas.

—¡Max! —Alguien abrió la puerta de golpe y nos giramos, sobresaltados, para encontrarnos a Chris, uno de los compañeros de Max, que al vernos juntos sonrió con picardía—. Así que ligando en el despacho, ¿eh?

—No sería muy diferente de lo que tú intentas hacer cada día con Meg. —Max sonrió con malicia, y Chris se inclinó hacia atrás como si le hubieran disparado en el pecho.

—Está bien, tú ganas —contestó—. Mira, quería hacer una fiesta en mi casa después de esto pero parece que se va a alargar, ¿qué me dices del finde que viene? A la gran mayoría le va bien.

—No sé si estaremos aquí. —Se encogió de hombros y me miró—. ¿No querías ir a la isla del sur la semana que viene?

—Me gustaría —contesté—. Pero podemos volver antes e ir, no pasa nada.

—Ya te diré —le dijo Max a Chris, y este último asintió con la cabeza.

—Está bien, os dejo solos. —Nos guiñó un ojo y se fue por donde había venido.

Una hora más tarde estaba en la fiesta de nuevo, sentada en una de las mesas hablando con Hayes cuando de repente recordó la promesa que le había hecho.

—Lo prometido es deuda, Julia Santacreu —me exigió, señalándome con un dedo.

Cogí su dedo y lo aparté.

—¿A qué viene esta obsesión? —le pregunté, y en ese momento Max se sentó a nuestro lado con otra copa de vino blanco en la mano.

Dio un trago lento a la copa, mirándome, y tuve que obligarme a aguantarle la mirada para que no supiera el efecto que tenía en mí, que venía a ser el de hacerme pensar en cosas muy sucias cada vez que hacía algo mínimamente sexy.

—¿Cuál es el tema de conversación? —preguntó.

—Hayes estaba empezando a interrogarme sobre mis apellidos, otra vez —contesté cuando mis fantasías con Max cesaron y recordé cómo se hablaba. Luego miré a Hayes—. ¿Es que estás pensando en denunciarme por algo?

Ambos rieron, y Max dio otro trago a su copa.

—A mí también me interrogó hace tiempo —contestó Max.

—¡Es que yo solo tengo un apellido! —se quejó él—. Desde que sé que los españoles tenéis dos, siento que me falta algo.

—Los españoles y casi toda latinoamérica —puntualicé.

—Entonces, ¿cuál es tu segundo apellido? —insistió.

—Seyvet —respondí, y levantó una ceja.

—¿Eso es español?

—No. —Negué con la cabeza—. Mis abuelos maternos son franceses.

—¿Y tu madre no? —preguntó.

—Bueno, nació en Francia. —Me encogí de hombros—. Pero vivió la mayor parte de su vida en Barcelona.

—Vivió... —repitió Hayes para sus adentros, casi sin darse cuenta, intuyendo que no lo había dicho en pasado por casualidad.

—Murió —contesté, y su cara cambió por completo.

—Joder, lo siento —se disculpó, seguramente por haber sacado el tema porque pensaría que iba a traerme malos recuerdos.

—No pasa nada, ya hace tiempo —dije con una pequeña sonrisa, que él me devolvió.

—¡Martinis! —exclamó Ellie, viniendo hacia mí con dos de las típicas copas en las que se servía ese cóctel en la mano—. Los he podido conseguir, ¿te gusta el Martini?

—Me encanta —contesté con una sonrisa, y tomé una de las copas, con aceituna incluida, de su mano para darle un trago.

No solía tomar alcohol, pero el abuelo Géraud había preparado Martini alguna vez para Navidad, y me encantaba. Era casi como si Ellie me hubiera leído la mente.

—El chico de la barra es muy simpático, ¿también es tu compañero? —le preguntó a Max.

—Es Welles. Jim Welles. Es un tiracañas.

—Hmm, lo suponía —murmuró ella—. Ya decía yo que no podía ser tan majo sin motivo alguno. En fin, que quiero bailar. Hayes, ¿bailamos?

—Sabes que bailo como el culo —contestó él.

—Y tú sabes que no es verdad —replicó la rubia—. Venga, va, no seas soso.

Realmente no había ninguna pista de baile de por sí, solo un grupo bastante reducido de gente bailando mientras hablaban y reían, pero parecía divertido.

Así que Ellie consiguió llevarse a Hayes a rastras a bailar, y tuve que resistir la tentación de echarme a reír cuando los vi allí, bailando, con Hayes con cara de no querer estar ahí y Ellie ignorando su mal humor totalmente y moviéndose con alegría.

—Tenías razón —dijo Max de repente, y cuando me giré a mirarlo me encontré con sus ojos verdes mirándome—. Hay muchas cosas que no sé de ti.

Sonreí, y di otro trago al Martini.

El camino de vuelta a casa transcurrió en un silencio cómodo. Me dediqué a mirar la ciudad de noche por la ventana mientras volvíamos en autobús y a disfrutar de la compañía silenciosa de Max, ya que Ellie y Hayes habían ido a dormir casa de esta primera.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó cuando nos faltaba poco para llegar a casa.

—Sí —contesté con una sonrisa, y él imitó mi gesto.

—Mañana tenemos que levantarnos temprano —comentó—. Ellie quiere que estemos allí a las diez.

Miré el reloj en mi móvil. La una de la mañana.

—Es viable —respondí—. Podemos dormir hasta las nueve.

—Sí. —Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos, sin dejar de sonreír.

Llegamos a casa diez minutos más tarde y suspiré al quitarme el abrigo. Lo colgué en la entrada,

junto con los demás, y cuando me giré para darle las buenas noches a Max me lo encontré aún más cerca de lo que esperaba. Sus ojos examinaron los míos y, aún habiendo poca luz, pude distinguir un destello de verde más claro que el del resto del iris en su ojo izquierdo.

Lo tenía tan cerca y tan dispuesto, que solo necesitaba alzarme un poco de puntillas para unir mis labios, que ahora estaban acaparando su atención y que miraba con algo parecido a la lujuria, con los suyos.

Solo tenía que hacer ese simple gesto, y tendría lo que llevaba años deseando.

Pero, como siempre, el miedo fue más fuerte y no me atreví. No me atreví, y él tampoco.

Nos separamos lentamente, como si nuestros cuerpos se estuvieran resistiendo a esa pérdida de calor, y Max se rascó el cuello.

—Buenas noches —dije, algo cohibida.

Max solo me miró otra vez, y sin decir nada más me fui hacia la habitación.

—Buenas noches, Julia —contestó él cuando ya estaba abriendo la puerta.

Nueve

A las diez y cuarto de la mañana siguiente estábamos en el puerto, esperando el ferry que nos llevaría a una isla que quedaba a media hora en barco de la ciudad. Hayes estaba sentado en un banco, intentando mantenerse despierto, pero se le cerraban los ojos y se le caía la cabeza, lo que hacía que Max, Ellie y yo nos riéramos sin parar de mirarlo.

El viaje en tren hacia allí, estando Max y yo solos, había sido callado. Esa vez no era un silencio familiar, ni cómodo, ni nada de eso: era tenso. Tenso porque la noche anterior pudieron haber pasado muchas cosas, y probablemente él ya se estaba arrepintiendo. O quizás no. En mi mente no dejaba de repetirme que había sido un error suyo fruto del alcohol, pero algo dentro de mí me decía que no había sido así, que él quería hacerlo tanto como yo.

—Ah, Julia, te hemos conseguido una tienda —me dijo Ellie, y sacó la bolsa de tela rectangular que llevaba colgada en el hombro.

—Gracias —contesté con una sonrisa, y metí la bolsa en mi mochila. Me entró bastante justa, pero conseguí meterla y que la mochila cerrara bien.

—Es de mi compañero de piso —me explicó.

Muchas veces me preguntaba por qué Ellie y Hayes, siendo de otros países y viviendo ambos en la misma ciudad, no vivían juntos, pero tampoco quería parecer cotilla preguntándoselo. Tendrían sus motivos.

El ferry llegó a las once y nos subimos en dirección a la primera de las dos islas que íbamos a visitar ese día. Ellie se sentó conmigo y Hayes fue a sentarse en la parte delantera para no marearse, a lo que Max lo siguió.

El ferry arrancó y me quedé unos segundos mirando como, poco a poco, dejábamos la ciudad de Auckland atrás. Había barcos pesqueros a lo lejos, gaviotas buscando comida, y el sol haciendo brillar el mar. Hacía muy buen día, y eso me llenaba de energía.

—Mira, voy a ir directa a la cuestión, porque Hayes ha intentado sacarle información a Max pero es imposible: ¿qué hay entre vosotros dos? —me giré hacia Ellie cuando me habló y me la encontré mirándome con una sonrisa pícar.

Al parecer la relación inexistente entre Max y yo era el tema de conversación favorito de esos dos.

—¿Entre Max y yo? —contesté con otra pregunta.

—He visto cómo os miráis —me explicó.

—Y, ¿cómo nos miramos? —seguí mi dinámica de preguntar, y no para distraerla sino porque estaba algo perdida. ¿Que yo me comía a Max con los ojos? Podía ser, pero dudaba que fuera lo mismo al revés.

—Venga, va, se nota que hay algo —me empujó suavemente por el hombro y solté una carcajada.

—Somos amigos —aclaré, muy a mi pesar, aunque en realidad apenas éramos conocidos cuando había llegado.

—¿Tienes novio?

—No —contesté, sintiendo algo de alivio al decirlo.

—Pues yo creo que a Max le gustas —me dijo, y tuve que reprimir otra carcajada—. De verdad.

Seguramente ya lo sepas pero, aunque parezca que Max tenga un ligue nuevo cada semana, no es así. Creo que tuvo algo con una chica de su trabajo hace unos meses, pero tú eres la primera chica que trae a casa desde que estamos aquí.

—Nos conocemos, supo que venía a Auckland y me invitó a quedarme en casa. No significa nada, solo que es amable.

Ella me miró como si no se creyera nada.

—Ya, claro —dijo, con el sarcasmo presente en su voz—. No sé, yo aprovecharía. Max es genial, y encima es guapo.

Reí como si estuviera diciendo una tontería, aunque tenía toda la razón, y no volvió a insistir más.

En media hora llegamos a la primera isla que íbamos a visitar. La idea era solo hacer una excursión por la ruta marcada, pero terminó complicándose porque Hayes quiso ir a explorar, según él, y terminamos perdiéndonos. Afortunadamente, después de un buen rato caminando nos encontramos con un señor que, tras mirarnos como si fuéramos tontos por habernos perdido en una isla minúscula, nos señaló por dónde había que ir para volver a la vía principal.

Toda la tensión que había sentido esa mañana con Max había desaparecido y, aunque mi cabeza seguía hecha un lío, decidí dejar de darle vueltas y todo volvió a fluir con normalidad entre nosotros.

Cuando llegamos a la segunda isla con otro ferry, a las cinco de la tarde, casi caímos muertos en la arena de la playa que había delante de la zona de acampada. Era un lugar bonito y tranquilo. Una isla algo más pequeña que la anterior, con un volcán inactivo en el medio.

—No te haré caso nunca más —le dije a Hayes, y Ellie asintió, sentada a mi lado.

—Yo os he avisado —contestó.

Hayes rio, ajeno a las ganas de matarlo que teníamos todos, y pronto empezamos a montar las tiendas. Una vez conseguido, dejé mis cosas en la mía y me preparé la cama. Tenía un saco de dormir que Max me había dejado, así que iba a dormir calentita. Caliente, y rodeada del olor de Max. Eso me gustaba, aunque sonara un poco como una psicópata.

Cenamos los sándwiches que habíamos preparado mirando a la playa. Habría sido bonito poder hacer una hoguera, pero hacerla en un espacio protegido no parecía una buena idea, así que tuvimos que conformarnos con una lámpara eléctrica que Ellie había traído. Al terminar, Max sacó varias cervezas de su mochila —y unas cuantas de las que me gustaban a mí, las de frutos del bosque—, y él y yo abrimos una botella cada uno. Hayes y Ellie, en cambio, se excusaron de una forma muy poco sutil y se fueron a su tienda.

Nos quedamos Max y yo solos en silencio, cada uno con una botella de cerveza en la mano y mirando al cielo.

A los pocos minutos escuché a Ellie reírse y luego un gemido, dejando claro lo que estaban a punto de hacer. Solté una carcajada y Max se echó a reír también.

—Siempre están igual —dijo, jugando con el cuello de la botella con sus dedos—. Como ahora estás tú en casa se cortan un poco, pero antes era un espectáculo. Tienen a los vecinos escandalizados.

Reí, imaginando la situación, y di otro trago a mi cerveza. Cogí la bufanda, que me había puesto en las piernas, y me la envolví alrededor del cuello, notando algo más de frío ahora que corría el viento. Aún así, nunca había estado tan bien como allí, con una cerveza de sabor afrutado entre las manos, el sonido del mar de fondo, un cielo precioso y Max a mi lado.

—Oye —le dije—. Gracias por dejar que me quede en tu casa.

—Me gusta que estés en casa —contestó. Para variar, me sonrojé, y aunque apenas había luz

estaba segura de que él lo sabía—. Me siento... Te siento como algo familiar. Tener a alguien de Barcelona aquí es agradable. Esto está tan lejos que no recibo muchas visitas, excepto de mi hermana, que vino una vez.

—¿Tienes una hermana? —pregunté.

—Sí, Miriam. Tiene tu edad, creo... Porque tienes dieciocho, ¿no?

—Sí. —Acompañé mi respuesta con un asentimiento de cabeza.

—Entonces, ¿has hecho la Selectividad hace poco? —me preguntó.

—Sí, y la he suspendido —contesté con algo de amargura, aunque tenía mis motivos para haber suspendido—. Me tocará volver a presentarme en septiembre, aunque tampoco me preocupa porque me lo sé bien.

—¿Suspendiste por lo de tu ex?

—Sí —respondí, encogiéndome de hombros—. Patético, pero cierto.

—No es patético —me contradijo—. Yo tampoco habría podido hacer un examen en condiciones si me hubiera pasado algo así.

—¿Alguna vez has pasado por una ruptura? —me aventuré a preguntar, aunque ya sabía que sí porque Raquel me había chivado que él había tenido una novia hace años.

—Sí —contestó—. No fue agradable.

—Nunca lo es. —Suspiré—. Yo creo que ni aún terminando bien es fácil.

—Ya... Con Lidia terminamos bien, pero fue una mierda igualmente. De todos modos, con el paso del tiempo te das cuenta de que la vida sigue, y no merece la pena estancarse estando triste. Sonreí, porque me parecía tierno que Max tuviera un lado sentimental. Hacía apenas dos semanas me parecía una persona más bien lejana, misteriosa, y apenas sabía nada de él, pero en ese momento vi que era mucho más abierto de lo que aparentaba.

—¿Ves eso? —preguntó de repente, señalando el cielo con un dedo.

—¿Cuál de todas las cosas? —Reí, mirando las miles de estrellas que decoraban el cielo.

La noche, igual que el día, estaba acompañada de un cielo despejado, y gracias a la poca luz que había en la isla las estrellas se podían ver perfectamente.

—Eso de ahí, lo que parecen dos nubes pequeñas —concretó, y tardé unos segundos en encontrar lo que parecía una nube blanca en medio del cielo nocturno, y luego otra un poco más a la izquierda de mayor tamaño.

—Ah, ya lo veo. ¿Qué es? No lo había visto nunca.

—Porque solo se ven en el hemisferio sur —me explicó—. Son las Nubes de Magallanes, dos galaxias enanas.

—Vaya, qué informado estás —reconocí—. A mí me gusta mirar al cielo, pero toda la parte teórica no me la sé. De hecho, solo reconozco la constelación de Orión y la Osa Mayor.

—No está mal —contestó, sin despegar la vista de las estrellas—. Cuando era pequeño quería ser astronauta.

Me eché a reír por lo tierno que me parecía.

—Yo quería ser policía.

—¿Policía? —Me miró con una ceja levantada.

—Sí —asentí—. Pero no de las que persiguen a criminales, más como de las que controlan el tráfico.

—Así que supongo que te estarás preparando para las oposiciones de policía ahora —bromeó. Negué con la cabeza, riendo.

—Ahora me va más la enfermería —le conté.

—Esa es una carrera guay —reconoció.

—Lo es. —Sonreí—. Cuando mi madre estaba enferma me pasaba la vida en el hospital, y lejos de terminar odiándolo, no hacía más que admirar la dedicación de las enfermeras. Me gustó de inmediato, y supe que era lo que quería para mi futuro.

—Yo a tu edad no tenía ni idea de lo que quería hacer —admitió.

—Ni que hiciera tanto de eso. ¿Qué edad tienes ahora?

—Veintidós. Acabé estudiando Arquitectura después de muchas dudas, pero no me arrepiento. Terminé la carrera aquí y me encanta mi trabajo.

—Ojalá yo pueda decir lo mismo algún día —murmuré.

La conversación terminó ahí, y nos acabamos la cerveza sin prisa, mirando al cielo y, de vez en cuando, de la forma más sutil en que podíamos, el uno al otro.

Al cabo de un buen rato decidí levantarme.

—Estoy muerta, creo que me voy a dormir —anuncié, y Max asintió con la cabeza antes de coger la lámpara y levantarse.

Caminamos hacia donde habíamos plantado las tiendas en silencio, dejando que nuestros hombros se rozaran ocasionalmente mientras caminábamos y sin decir nada al respecto ni apartarnos. Empecé a sentir esa tensión, esa anticipación que me invadía cuando estaba en estas situaciones con él, y algo dentro de mí gritaba que tenía que hacerlo. Tenía que arrancar esa espina de dudas que había en mi interior y que llevaba el nombre de Max, pero seguía teniendo miedo.

Llegamos a mi tienda, y nos quedamos quietos delante de ella.

—Buenas noches —me dijo Max, pero no se movió ni hizo ademán de irse a su tienda, solo se quedó de pie mirándome.

—Buenas noches —contesté, y cuando cogí la cremallera para abrir la entrada a mi tienda Max empezó a irse.

Hazlo, tonta.

—Max —lo llamé, y cuando él se giró hacia mí y sus ojos verdes me encontraron, supe lo que tenía que hacer.

Cogí todo el coraje que tenía, me acerqué a él, llevé una de mis manos a su mejilla y, tras ponerme de puntillas, junté nuestros labios.

Max respondió de inmediato, y el nudo en mi estómago desapareció de golpe. Sus labios atraparon los míos, con delicadeza pero sin piedad, y sus manos fueron a mi cintura. Y nos quedamos ahí, en medio de la isla, con la lámpara en el suelo, devorándonos el uno al otro durante lo que parecieron segundos para mí, pero probablemente fue más tiempo.

El sabor de su boca me embriagó cuando su lengua encontró la mía, y de forma casi involuntaria mi mano viajó a su pelo, cumpliendo mis fantasías, y tiré de él de forma suave. Cuando Max gimió, tuve que reprimir muchos impulsos.

Podrían haber pasado muchas cosas. Podríamos haber entrado en mi tienda y habernos dejado llevar, pero sentí que era demasiado rápido. No era que esos temas solieran preocuparme, para mí cada cosa pasaba a su tiempo, sin importar si se consideraba temprano o tarde, y por eso supe que Max y yo llevando ese beso más lejos no era algo que debiera ocurrir esa noche.

Me separé lentamente, mirándolo a los ojos, y sonreí.

—Buenas noches, Max.

Diez

—¿Lo tienes todo listo? —me preguntó Max, y yo asentí justo antes de recordar que, de hecho, no lo tenía todo listo.

—Ay, no —me corregí—. Me dejo el jabón.

—Yo creo que como mucho os ducharéis en una cascada —comentó Hayes, sentado en el porche mirando cómo cargábamos su furgoneta—. Que Max es muy hippie, aunque intente ocultarlo.

Sonreí, sin contestar a su comentario, y volví a entrar en casa mientras ellos dos se enzarzaban en una discusión de las suyas. Entré en mi habitación y rebusqué entre mi maleta hasta encontrar la bolsa en la que guardaba el jabón y los champús. No había querido llevarme la maleta entera porque ocuparía demasiado espacio en la furgoneta, así que había cogido la mochila que había llevado como equipaje de mano en el avión.

Al volver a salir, metí la bolsa con los jabones dentro de la mochila, que ya estaba en la parte trasera de la furgoneta. Un colchón doble. Ahí era donde íbamos a dormir Max y yo.

No habíamos hablado del beso del sábado ni había pasado nada más desde entonces, pero las cosas no se habían puesto incómodas entre nosotros. Aún así, estaba bastante claro que, en ese viaje a la Isla del Sur que empezábamos ese mismo día, lunes, iba a pasar algo. Y sabía que estaba preparada, pero eso no me quitaba los nervios o la vergüenza.

Miré a Max, que seguía discutiendo con Hayes —ni siquiera recuerdo cuál era el motivo de su discusión, pero seguro que era una estupidez—, y carraspeé, atrayendo la atención de los dos chicos.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Nos vamos. —Sonrió.

—Joder, te tiene bien dominado —le dijo Hayes, y luego se dirigió a mí—. Contróllalo bien, que está muy loco.

—Tú cállate y preocúpate por ti mismo, que con eso ya tienes suficiente —le contestó Max.

Me reí y cerré las puertas traseras de la furgoneta. Max se fue directamente al asiento del conductor y yo me despedí de Hayes con la mano antes de entrar en el del lado.

—¿Todo listo? —me volvió a preguntar Max—. ¿No te dejas ningún jabón, ni champú, ni nada? Negué con un movimiento de cabeza.

—Ya podemos irnos.

Las primeras horas del trayecto pasaron con tranquilidad. La furgoneta de Hayes era algo vieja y no tenía para conectar el móvil, así que probamos a escuchar los CDs que tenía en la guantera, pero al cabo de unas horas ya estábamos hartos y optamos por poner la radio.

El plan de ese día era parar en cualquier lugar a dormir lo más cerca de donde salía el ferry posible, ya que lo cogíamos al día siguiente por la tarde. Conducir hasta allí en un solo día habría sido demasiado, ya que eran más de siete horas de viaje, y dado que solo había un conductor —me sentía algo inútil, pero no había tenido tiempo de sacarme el carné de conducir— era mejor hacerlo en dos días.

—Me sabe mal que tengas que conducir tú —confesé tres horas después de haber empezado el viaje—. Vas a acabar muerto.

—No tenemos otra opción, ¿no? —Se encogió de hombros, hablando con tono tranquilo—.

Además, llevo más de medio año en este país y todavía no he visitado la isla Sur, era algo que tenía que hacer sí o sí, así que no me importa.

—En realidad sí sé conducir, pero no me he sacado el examen —le dije, y no mentía: mi padre me había enseñado a conducir a los diecisiete por pura diversión, y no se me daba mal. Sobra decir que no conducía nunca, solo lo había hecho alguna vez y en sitios sin apenas tráfico, con mi padre al lado.

—¿Has probado a sacártelo? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—No, no he tenido tiempo —respondí—. Entre el Bachillerato y el trabajo apenas me daba tiempo a vivir.

—Segundo de Bachillerato es una mierda.

—Lo es —contesté—. Solo espero que la Universidad sea un poco menos estresante.

—No hay tanta presión como en Bachillerato, pero como te relajes empezarás a saltarte clases y todo irá cuesta abajo, es la maldición del universitario.

—Eso suena como algo que podría pasarme fácilmente.

—Yo tuve que recuperar un par de asignaturas —me explicó—. Teníamos esas dos clases por la tarde, y con mis amigos tomamos como costumbre ir a tomar algo antes de ir. En fin, que siempre terminábamos quedándonos en el bar y no íbamos a clase. Fue un desastre, pero al menos nos lo pasamos bien.

La conversación siguió durante un buen rato más, y de repente a Max se le iluminó algo en la cabeza —en la parte del cerebro destinada a las malas decisiones, probablemente— y paró el coche en una área de descanso.

—¿Quieres conducir? —me propuso, y lo miré como si se hubiera vuelto loco—. Va en serio. Estamos en el culo de la isla, aquí apenas hay coches o policía.

—Tú estás loco —contesté, sin cambiar mi expresión de horror—. Al final resultará que Hayes tenía razón.

—Hayes está mucho peor, así que no sé de qué habla —se defendió—. Va, será divertido. ¿Sabes conducir bien, por eso?

—Sí —admití, aunque probablemente debería haberle dicho que no—, pero nunca he conducido por la autopista.

—Seguro que hay alguna carretera pequeña que salga de esta, es una zona de montaña. Va, hacemos un trato: si encuentro una calle donde no haya nadie, conduces. ¿Qué te parece?

Debí de sufrir un breve episodio de demencia, porque accedí. En el fondo me hacía gracia, aunque todas las cosas que podían salir mal no dejaban de repetirse en mi cabeza.

—Pero primero comemos algo, que me muero de hambre —dije.

Comimos en el pequeño restaurante que había en el área de descanso y, cuando volvimos a la autopista, no pasaron ni veinte minutos cuando Max encontró un desvío hacia un pueblo perdido de la mano de Dios y salimos por ahí. Paró al lado de la carretera, y me miró.

—Nos vamos a arrepentir de esto —le aseguré.

—Pero admite que será divertido —contestó con esa media sonrisa que estoy segura que usaba para aumentar su poder de convicción.

Se me escapó una carcajada, y supe que había perdido la batalla. La voz de Sandra animándome a vivir la vida sin preocuparme por nada vino a mi cabeza como si de una aparición divina se tratara, y me bajé del coche. Max sonrió e hizo lo mismo, y nos cambiamos los asientos. Me metí en el de la izquierda, e inmediatamente vi que algo iba mal.

—Esto de conducir por el lado izquierdo es una locura —me quejé, tocando la palanca de

cambios con la mano izquierda y sintiéndome rara.

—Al final uno se acostumbra —contestó él, abrochándose el cinturón—. Ahora que lo pienso, debería haberme traído un casco.

—Cállate, que esto ha sido idea tuya —le recordé, y se echó a reír.

Respiré hondo, pisé el embrague y puse la primera marcha. Pisé el freno, quité el freno de mano y volví a respirar hondo. Max estaba aguantándose la risa al verme tan estresada, y agradecí que no se riera porque me habría desconcentrado y algo malo habría ocurrido.

—Allá vamos —dije, y solté el freno y el embrague suavemente.

El coche empezó a avanzar y Max se quedó en silencio, pero yo sabía que estaba reprimiendo muchas bromas para evitar ponerme más nerviosa.

—Venga, va, dilo —suspíré cuando sentí que ya empezaba a ir bien.

—No tengo nada que decir —contestó, pero una sola mirada hacia él me bastó para ver que se seguía aguantando las ganas de reír—. No lo haces nada mal.

—Ya, claro. Estás tan loco como Hayes ha dicho.

—Puede que sí. —Esa sonrisa traviesa suya bailaba en sus labios y me quedé mirándola más tiempo del necesario.

Max tampoco dejaba de mirarme, sentía sus ojos sobre mí, y cuando subí la mirada y me encontré con la suya, quise decir algo pero el coche empezó a ir más rápido de lo normal. Volví mi atención a la carretera y vi que estábamos en una bajada.

¿Quién había puesto esa bajada ahí?

Solté un grito e intenté retomar el control de la furgoneta mientras Max se moría de risa a mi lado. Intenté cambiar la marcha y poder seguir adelante, pero vi que nos íbamos a matar, así que pisé el freno con todas mis fuerzas y la furgoneta se caló de golpe, frenando con tanta fuerza que mi cabeza casi golpeó el volante.

—Joder, pues como conductora de carreras no te iría mal —soltó Max, y los dos nos echamos a reír como idiotas, aliviando toda la tensión que había sentido.

—Todo esto es culpa tuya —dije cuando recuperé el aliento.

—Algo bueno habrá tenido —contestó, con aire de misterio—. Avanza un poco más, va.

Arranqué la furgoneta de nuevo, haciendo caso a sus indicaciones sobre cómo maniobrar para arrancar en una bajada tan pronunciada y, tras conseguir recuperar el control de la maldita furgoneta, seguimos avanzando. Gané seguridad poco a poco hasta que pude conducir a una velocidad decente, y en cuanto giramos por la siguiente curva, tuve que frenar porque era imposible no distraerme.

Delante de nosotros había una enorme masa azul, un lago gigantesco rodeado por montañas verdes, con algunas ya cubiertas por el blanco de la nieve más a lo lejos. Ni siquiera me había parado a pensar en el buen día que hacía hasta que vi el sol reflejado en el agua.

—Bienvenida al lago más grande del país —me dijo Max.

—Es enorme —murmuré, fascinada. Yo no había viajado mucho, solo alguna vez por Francia y Bélgica con mi familia, y allí no había lagos tan grandes. Miré a Max—. Lo has hecho expresamente. Sabías a dónde llevaba la carretera.

Sonrió.

—Es posible.

Nos cambiamos los sitios de nuevo, porque yo no me veía capaz de concentrarme en conducir con semejante espectáculo de la naturaleza delante —y no, por una vez no estaba hablando de Max— y condujo varios kilómetros más hasta llegar a un descampado al lado a la orilla, en una zona alejada del pueblo más cercano.

En cuanto Max puso el freno de mano y apagó el motor, salí, cogiendo mi jersey, y fui hasta la orilla del lago. Me puse el jersey sin dejar de mirar el paisaje, e inspiré con fuerza. Escuché a Max cerrando la puerta y sus pasos acercándose a mí, hasta que llegó a mi lado.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Me encanta —contesté, maravillada, y cuando me giré a mirarlo no pude reprimir una sonrisa. Max me imitó y se sentó en el suelo.

—No hemos pensado en comprar nada para cenar.

—¿Ya estás pensando en cenar? —bromeé—. No hace ni una hora que hemos comido.

Habíamos comido muy tarde, así que los últimos rayos de sol ya estaban empezando a esconderse detrás de las montañas nevadas, a lo lejos, y el cielo empezaba a teñirse de un color rosado.

—Ya, pero pensaba dormir aquí —contestó—. ¿Te parece bien?

—Sí —contesté sin vacilar.

Me senté a su lado y nos quedamos en silencio durante rato, mirando cómo el sol se despedía y el cielo mudaba sus colores poco a poco. Era un espectáculo digno de ver, y me sentí más agradecida que nunca de estar allí. Sí, había sido una idea loca y muy precipitada, pero no me arrepentía en absoluto.

—Julia —me llamó Max, y giré mi cabeza hacia él.

—¿Qué?

—¿Quieres hablar de lo que pasó el otro día? —preguntó, y pude jurar que noté mi pulso acelerarse de golpe.

—¿Qué hay que hablar? —respondí con otra pregunta, porque realmente no lo sabía. Lo único que podía querer hablar de ello era algo malo, como decirme que había sido un error o algo así, y sinceramente no me sentía preparada para llevarme tal palo.

Max suspiró, jugando con sus manos como había aprendido que hacía cuando estaba nervioso.

—No quiero que me malinterpretes. —Hizo una pausa y tragué saliva porque la conversación cada vez pintaba peor—. No quiero que pienses que me estoy aprovechando.

Espera, ¿qué?

—¿Aprovechando? —Levanté las cejas.

—Acabas de salir de una relación, supongo que estarás dolida y no quiero que pienses que he visto una oportunidad de... bueno, de hacerte hacer algo que realmente no quieres —siguió, sin mirarme—. Joder, yo no hago estas cosas, y no quiero que pienses eso de mí.

Me quedé callada unos segundos, sin saber bien qué decir porque no me lo esperaba para nada.

—Max —lo llamé, y me miró—. No estoy dolida, y mi ex no podría importarme menos. Esto no tiene nada que ver con él, tiene que ver contigo. Quiero hacer esto, de verdad que quiero.

No sé de dónde saqué el coraje para soltar tal discurso, pero funcionó porque Max rio.

—Y yo que estaba preocupado.

Reí con él y volví a mirar al lago. Ahí vino otro de mis momentos de demencia ese día.

—Oye, ¿quieres meter los pies en el agua?

Max me miró con interés y sacó su móvil para mirar algo rápidamente y volverlo a guardar en su bolsillo.

—Estamos a tres grados —explicó—. ¿Quiero meter los pies en el agua y que probablemente me los tengan que amputar por congelación? Puedes apostar que sí.

Me eché a reír y él se levantó. Me tendió la mano para ayudarme a levantarme, pero luego no la soltó. Nos sacamos los zapatos con los pies, rápidamente, y fuimos al agua cogidos de la mano. El calor de su mano contrastaba con el frío que hacía. Me arrepentí de no haber cogido la

chaqueta de la furgoneta, pero estaba a punto de meterme en agua casi congelada, así que en el fondo daba igual.

Cuando mis pies tocaron el agua solté un grito, porque sentí como si se estuvieran helando, y Max gimíó antes de empezar a reírse.

—Luego soy yo el que está loco —dijo. Me mordí el labio y tiré de él, con su mano aún envolviendo la mía, para volver a la orilla—. Ah, no. Ahora nos quedamos aquí.

—Sí hombre —me quejé—. Me voy a quedar sin pies. Va, vamos.

—No quiero —insistió.

Tiré de él más fuerte y él hizo lo mismo, hasta que de un tirón acabé pegada a su cuerpo. Miré hacia arriba para quejarme, pero cuando me encontré con sus ojos me quedé sin palabras, como siempre. No sé qué es lo que tenían los ojos de Max, pero siempre me perdía en ellos. Y, como si no supiera el efecto que tenía en mí, encima desvió la mirada lentamente hasta fijarla en mis labios. Otra vez. Y supe que, aunque hubiera querido, no habría sido capaz de negarme a lo que pasó a continuación.

Bajó la cabeza y presionó sus labios sobre los míos, y de repente ya no importaba el clima, mis pies fríos o si iba a morir congelada. Solo importaba el calor de su boca y cómo esta se abría, incitando la mía a hacer lo mismo para introducir su lengua sin prisa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Sus manos soltaron la mía y subieron por mis brazos y mis hombros, acariciando mi cuello hasta llegar a mis mejillas.

Pasé mis brazos por sus hombros y lo acerqué a mí, poniéndome de puntillas y recordando, solo por un breve instante, que apenas podía sentir mis pies. Mis manos lo rodearon y fueron directamente a su pelo. Enredé mis dedos con sus mechones y subí, tirando un poco de su pelo, hasta que tocaron la goma que había usado para recoger su pelo despreocupadamente para poder conducir más cómodo. Entonces mis pies dijeron “basta”, y tuve que moverlos, separándome de Max.

—Apenas me noto los pies —le dije, y soltó una carcajada.

Me tendió la mano otra vez.

—Vamos —propuso, y cogí su mano para seguirlo hacia la orilla de nuevo, fuera del agua.

Las toallas estaban en el coche, y ponernos los calcetines y los zapatos con los pies mojados sonaba como una pésima idea, así que fuimos a la furgoneta dando saltitos para hacernos el mínimo daño posible con las piedras. Max abrió directamente las puertas traseras y nos subimos a la cama.

—Joder, ahora noto el frío todavía más —dijo, envolviendo sus pies en una de las toallas que habíamos cogido de casa y dándome la otra a mí—. Voy a poner la calefacción.

Se fue a los asientos delanteros mientras yo seguía secándome los pies e intentando hacerlos entrar en calor, y cuando volvió ya empezaba a notar el aire caliente viniendo de la parte delantera.

—¿Mejor? —preguntó, y se subió a la cama.

Cerró las puertas de la furgoneta de nuevo. Decidí coger una de las mantas que había y ponerla encima de mis pies, tapando además los de Max.

—Mucho mejor —contesté—, pero falta algo.

Y, en otro de esos arranques de valentía que estaba teniendo y que me hacían sentir cada vez más segura de mí misma, lo besé. Noté la sonrisa de Max en mi boca y profundicé el beso. Mis manos fueron otra vez a su pelo —¿qué puedo decir? Me gustaba mucho— y, con unos pocos movimientos, me senté encima suyo. Por algún motivo, cada vez que estaba con él me sentía más segura, pero cuando estaba sentada en su regazo casi sentí que había ido demasiado a saco...

hasta que lo noté. Su erección contra mi abdomen.

Moví mis caderas en dirección a su miembro y Max gimió en mi boca. Joder, me encantaba ese sonido. Volví a hacerlo y Max me acompañó moviendo sus caderas contra las mías. Lo hacíamos lenta y repetidamente. Max me regalaba gemidos de vez en cuando y yo no podía reprimir los suspiros de placer que escapaban de mi boca.

—Joder —susurró, separándose por un momento, y me mordió el labio con suavidad antes de volver a besarme. Luego se volvió a separar, haciendo una mueca—. Mierda, no he traído condones.

—Max, estaba muy claro que esto iba a terminar pasando. —Reí, aún a pocos centímetros de su boca—. Eres poco previsor.

Rozó su nariz con la mía y se separó lo justo para poder mirarme a los ojos. Sus manos se colaron debajo de mi jersey y de la camiseta, tocando la piel de mi abdomen.

—Julia —Mi nombre en sus labios sonaba tan tentador que por un segundo casi me dio igual que no tuviéramos preservativos. Suerte que el sentido común hizo una oportuna aparición—. ¿Qué te gusta?

—¿Mm? —pregunté, sin saber a qué se refería.

—¿Dónde quieres que te toque? —su voz era un susurro y noté la humedad en mis bragas. Tragué saliva y Max sonrió. Su boca rozó mis labios brevemente antes de viajar por mi mejilla hasta llegar a mi oreja. Mordió el lóbulo con suavidad antes de volver a susurrar—. Quiero ver cómo te corres, Julia.

Si yo alguna vez había valorado algo en un hombre, sexualmente hablando, era que supiera hablar sucio cuando tocaba. Honestamente, me ponía muchísimo, y si sumamos eso a que Max ya me ponía de por sí, os podréis imaginar cómo estaba.

Cogí sus manos, que seguían trazando círculos en mi abdomen, y tiré suavemente de ellas hacia arriba. Max entendió la indirecta y acarició mis pechos por encima del sujetador. Toda la sensibilidad de mi cuerpo parecía haberse concentrado ahí, y cuando bajó una de las copas y su pulgar rozó mi pezón, se me escapó un gemido. Cuando bajó el sujetador por completo y sus manos empezaron a acariciar, pellizcar y rozar mis puntos más sensibles, inconscientemente mordí su labio para acallar todos mis gemidos. Mis caderas volvieron a moverse contra las suyas y Max sonrió.

Entonces recuperé el control, me aparté y me quité el jersey, arrastrando la camiseta junto con este. Quedé semidesnuda, con el sujetador bajado de cualquier manera, pero duró poco porque lo quité del medio, tirándolo a un lado de la cama.

—Joder —murmuró, con los ojos manchados de deseo, y llevó sus dos manos a mis pechos, acariciándolos por encima.

Apenas pude reaccionar cuando Max nos cambió de posición, cogiéndome de la cintura y girándonos, de forma que quedó él encima. Sus manos desabrocharon el botón de mis pantalones y los deslizó por mis piernas. Cuando estuvieron fuera, se quedó mirando mis bragas un segundo antes de esbozar una sonrisa.

—Hoy no llevas las de estrellas —comentó.

—Lo siento, aspirante a astronauta —respondí, y me incorporé para quitarle la camiseta.

Sentía que necesitaba tocar su piel tanto como respirar, pero cuando la camiseta cayó al colchón, no pude evitar distraerme a ver los tatuajes que tenía en el hombro y el abdomen. Eran dibujos que apenas me pude parar a examinar porque él ya estaba volviendo a besarme. Me eché hacia atrás, y su boca se separó de la mía para bajar y centrarse en mis pechos. Me volví un desastre de gemidos y suspiros, pero entonces sus dedos acariciaron mis bragas y presionaron en el punto

exacto. Fue como magnetismo: dedos, clítoris. Gemí aún más fuerte, y clavé mis uñas en sus hombros de forma instintiva. Masajeó ese punto, y entre lo excitada que ya estaba y su destreza con los dedos tardé tan poco en llegar al orgasmo que fue impresionante.

Normalmente no tardaba en llegar, pero eso era cuando lo hacía yo misma porque me conocía bien, con alguien más —Daniel, vamos— nunca había conseguido llegar tan pronto.

Cuando pude recuperar el aliento, me incorporé y, mientras volvía a besar a Max, mis manos desabrocharon sus pantalones rápidamente. Los bajé, junto con su ropa interior, y cogí su miembro en una mano. Max gimió en mi boca y empecé a subir y bajar con mi mano, aumentando el ritmo progresivamente.

—No duraré mucho —dijo a centímetros de mi boca—. Joder, me gustas tanto...

Seguí tocándolo hasta que se corrió en mi abdomen y pecho entre gemidos y besos descoordinados. Lo último que había dicho se quedó resonando en mi cabeza mientras nos limpiábamos y nos volvíamos a vestir. No sabía si iba en serio o lo había dicho por la excitación del momento, pero decidí no darle más vueltas a la cabeza y simplemente dejar que todo fluyera.

Contemplamos la idea de ir a buscar algo de cenar, pero entre que hablábamos y, de vez en cuando, nos besábamos, Max se quedó dormido, y yo no tardé en seguirlo.

Once

Me gustaría poder decir que desperté con el canto de los pájaros, con un rayo de luz agradable dándome calor, o con el cuerpo de Max haciendo la misma función, pero desperté porque el susodicho me había robado la manta mientras dormíamos y me estaba muriendo de frío.

Dormir a la orilla de un lago, en una furgoneta y en un país del hemisferio sur puede sonar precioso, y lo es, pero la cosa se tuerce un poco cuando duermes con un ladrón de mantas.

Mi primer instinto, antes incluso de abrir los ojos, fue tirar de la manta para que volviera a su lugar, es decir, a mi cuerpo, pero me era imposible. Por más que tirara, no había manera de sacarla de ahí. Abrí los ojos y comprobé que ya era de día, antes de ver que Max estaba completamente enrollado en la manta.

—Max —lo llamé en un susurro y ni siquiera se inmutó, así que volví a probar en voz alta—. Max, la manta.

Entonces sí que reaccionó, pero en forma de un gruñido y de aferrarse aún más a la manta. Visto el poco éxito, no me quedó más que pasar a la acción y tirar de la manta. Max volvió a quejarse pero se despertó a los pocos segundos y me miró con una ceja levantada.

—Así que intentando robarme la manta, ¿eh? —preguntó, divertido.

No entiendo cómo podía estar de tan buen humor segundos después de levantarse.

Abrí la boca para protestar y defenderme, pero la mano de Max en mi brazo tirando de mí hasta que aterricé a su lado me lo impidió. Se desenrolló de la manta y me tapó con ella, pegándose a su cuerpo. Él no llevaba camiseta ni pantalones y yo solo llevaba una camiseta y mis bragas, y por mucho que hubiera pasado la noche anterior, de repente me sentía muy expuesta. No hasta el punto de estar incómoda, sino más como que me daba vergüenza.

Aún así, cuando me topé con el calor del cuerpo de Max, fue como si toda la tensión desapareciera. Mi cuerpo se relajó y, cuando los nervios desaparecieron, cerré los ojos. Nos quedamos en silencio durante varios minutos, hasta que la alarma que habíamos puesto empezó a sonar. Entonces nos separamos, nos vestimos y el viaje continuó.

Llegamos a la isla Sur a las seis de la tarde. El trayecto en ferry había durado tres horas que Max y yo habíamos pasado escuchando música y durmiendo. Por la mañana habíamos viajado cuatro horas más desde el lago hasta Wellington y habíamos visitado la capital muy rápidamente, así que estábamos cansados.

La ciudad en la que nos dejó el ferry no tenía nada de interesante, así que simplemente cogimos la furgoneta y nos fuimos. La idea era ir hasta un pueblo cercano a una playa muy famosa, que quedaba a una hora de allí, pero a medio camino hubo un... llamémosle giro inesperado de los acontecimientos.

Paramos en una gasolinera porque la furgoneta llevaba ya un buen rato en reserva. Además, estirar las piernas nunca iba mal, y más cuando llevabas horas metida en diferentes medios de transporte que apenas te permitían moverte.

Max se quedó en el coche para poner la gasolina y yo fui a la tienda a pagar y a comprar algunas cosas para el viaje de dos horas que todavía teníamos por delante. Cogí un par de chocolatinas, más agua, galletas, y estuve buscando a ver qué más podía coger cuando pasé por la sección de los preservativos. Por suerte había la misma marca que en España, así que ya me conocía la gran mayoría, pero había algunos que no había probado y no pude evitar examinarlos durante un rato para ver cuál podíamos probar. Y eso me llevó a pensar en lo que el hecho de comprar

preservativos nos permitiría hacer.

Estaba nerviosa, pero me moría de ganas de que ocurriera. Para mí estaba siendo casi como un sueño, porque ni en mil años me habría imaginado que habría hecho eso con Max. Hasta aquel entonces, yo pensaba que para él era una cría y que no me tomaba demasiado en serio, y darme cuenta de que no era así fue, por decir poco, inesperado.

—¿Con puntos y estrías? Suena interesante —la voz de Max leyendo la descripción de la caja de condones que tenía en la mano me sacó de mi ensoñación y lo miré como si se hubiera aparecido cual fantasma.

—¿De dónde sales tú? —pregunté, devolviendo la caja a su sitio como si me hubieran pillado haciendo algo malo.

—No venías y me estaba aburriendo. —Se encogió de hombros, y alzó la mirada a la sección de condones—. ¿Alguna preferencia?

—¿Tú tienes alguna? —respondí con otra pregunta para evitar contestar, porque preferencias sí tenía, pero me daba algo de corte comentarlas con él cuando tampoco éramos tan íntimos.

—Si me pusiera gracioso te diría que los XL para aparentar, pero ya sabes que no es el caso, así que el de puntos y estrías me parece interesante —contestó, cogiendo la caja que yo acababa de dejar.

Fui a pagar la comida, los preservativos y la gasolina y volvimos a la carretera. Todo fue bien durante la primera media hora, pero de repente notamos un golpe, como si hubiéramos pasado por un pequeño bache, o algo así. Max frunció el ceño y noté cómo la furgoneta se desviaba ligeramente hacia la derecha.

—Joder —gruñó.

—¿Qué pasa?

—Creo que hemos pinchado.

Condujo como pudo hasta una zona en la que pudo salir de la carretera y nos bajamos de la furgoneta para comprobar que, efectivamente, una de las ruedas delanteras estaba pinchada. Y, por si fuera poco, no teníamos rueda de repuesto.

La poca suerte que nos quedaba quiso que hubiera un pueblo a pocos metros de esa salida, así que Max condujo a velocidad reducida hasta el primer taller mecánico que vio y dejamos la furgoneta ahí. Tuvimos que pagar la rueda y, ya que estaban, nos la pusieron, pero para cuando terminamos ya habían pasado dos horas, se nos había hecho de noche. Además, tener que pagarlo todo no fue una buena noticia para el bolsillo de ninguno de los dos, así que los ánimos no estaban muy altos, que digamos.

—No creo que nos dé tiempo a ir hasta donde queríamos —dije, mirando las indicaciones del mapa en mi móvil y viendo que todavía nos quedaban dos horas de viaje—, aunque podemos intentarlo.

Max se quedó callado unos segundos, y se quedó mirando algo al otro lado de la calle. Seguí su mirada hasta que vi yo también el bar de carretera que había justo delante del taller, y al lado de este había un edificio más alto con un cartel en el que se leía “Motel”.

—¿Y si...? —empezó a plantear.

Media hora más tarde ya estábamos registrados en el motel y habíamos pedido la cena en el bar. Apenas había gente a esas horas, solo algún que otro anciano que leía el periódico y un par de personas más cenando. Comimos en silencio, porque estábamos cansados del viaje y porque sonaba música de los ochenta y no podía evitar centrarme en ella mientras cenaba. En lo que sí que me fijé fue en que, a medida que pasaba el tiempo, el bar se iba llenando más y más, hasta el punto en que cuando terminamos de comer estaba lleno.

No lo habría definido como un pub juvenil porque era demasiado cutre para serlo y porque, aunque había un grupo de gente de jóvenes, la media de edad estaba en los cuarenta años.

—Oye, ¿quieres tomar algo? —sugirió Max, y miré a la barra para ver que tenían todos los licores que uno podía imaginar.

—No es mala idea —concordé con él y fuimos a pagar la cena y a pedir algo de beber.

Max pidió una cerveza; yo necesitaba algo más fuerte para resistir la tentación de irme a dormir, así que pedí un Martini. Y, aunque el bar era muy cutre, sabían hacer buenos cócteles.

—Vale, vamos a ver: en una escala del uno al diez, ¿cómo de insoportable es trabajar con Adri?

—me preguntó Max cuando yo iba por el segundo Martini y él se había pasado al ron cola.

Me eché a reír como si me hubiera contado el mejor chiste del Universo —el alcohol, que hace esas cosas— y me paré a pensarlo unos segundos.

—Tampoco es tan malo —dije, y él me miró con una ceja levantada.

—Eso es que aún no lo conoces bien —me aseguró—. Llevo con él toda la vida, está fatal.

—Como si tu estuvieras mejor —contesté, y él solo sonrió.

Nos quedamos callados unos segundos, cada uno bebiendo lo suyo, y Max se me quedó mirando.

—¿Qué planes tienes para cuando vuelvas a Barcelona? —me preguntó, seguramente para sacar algún tema de conversación, pero pensar en un futuro después de volver de Auckland se me hizo extraño, e incluso un poco doloroso.

Estar en Nueva Zelanda era como vivir otra vida. Sí, tenía presente a mi familia y a mis amigas, pero estando tan lejos y en un entorno tan diferente, era como estar en una nube... Aunque quizás “burbuja” se acercaría más al término correcto, porque en algún momento iba a estallar y me iba a encontrar de nuevo en Barcelona, y sin Max.

—Me iré unos días a la Costa Brava con mis amigas —comenté—. Ah, y también me tocará volver a estudiar para la Sele. Qué palo.

—¿Con la amiga de los cuernos incluida? —inquirió.

—No, no. Sería rarísimo.

Marta no entraba en ese plan. Decididamente no.

—Ya decía yo...

—Y tú, ¿qué harás en las próximas semanas? —le pregunté antes de dar otro sorbo a mi copa.

—Pues mira, esta semana y la que viene seguiré disfrutando de una muy agradable compañía femenina —respondió, intentando sonar formal y serio, y me hizo sonreír—. Y luego... pues seguir con el proyecto, supongo.

En ese momento empezó a sonar *September*, de Earth, Wind & Fire y sonreí como una niña porque de pequeña me encantaba esa canción.

—Con el repertorio de hoy están abarcando casi cuarenta años de historia musical —comentó Max, y me eché a reír porque tenía razón. En media hora habían sonado, que yo recordara, Lady Gaga, Elvis Presley, Nirvana y My Chemical Romance, y si ahora le sumábamos este grupo quedaba un popurrí de lo más extraño, pero le añadía aún más encanto al lugar.

—A mí no me parece mal —contesté—. De hecho, me gusta mucho esta canción.

—¿Quieres ir a bailar como si estuviéramos en los setenta? —propuso—. Es lo que está intentando hacer toda la gente en la pista.

Miré hacia el pasillo entre el bar y las mesas, que no podía considerarse una pista de baile pero la gente se había conformado con eso, y vi que, efectivamente, había personas haciendo movimientos dignos de *Saturday Night Fever*.

—Me encantaría —contesté, y tendí mi mano como si fuera una señorita de la era victoriana, que decididamente estaba lejísimo de la época disco, y Max se mordió el labio, divertido, antes de

levantarse y cogerme la mano.

Nos llevamos las copas, porque el alcohol acallaba el sentido del ridículo, y nos pusimos al lado de un grupo que lo estaba dando todo con la canción. Hicimos ademán de bailar pero terminó rápidamente en un ataque de risa porque, siendo honestos, no teníamos ni idea de bailar, y menos música disco. John Travolta había contribuido a que bailar eso pareciera muy fácil, pero no lo era en absoluto.

Cuando se nos pasó el ataque, Max coló una mano por mi cintura, pasándola por mi espalda, y me pegó un poco más a él. Sonreí y di un trago a su copa sin pedirle permiso, algo a lo que él no se opuso en absoluto, y al mirar hacia arriba me encontré con sus ojos verdes mirando a los míos. Lo miré y, de repente, me entró miedo. Miedo por todas las cosas que podían salir mal, que eran muchas. En menos de dos semanas yo me iría y él se quedaría ahí, a miles de kilómetros de mí, y pensé que no podía permitirme caer demasiado por él justo antes de darme cuenta de que ya lo había hecho.

Max pareció ver el miedo en mis ojos, y me besó. Me besó en esa pista de baile improvisada, haciendo que la gente cantando a gritos, *September* y el tacto frío de la bebida en mi mano dejaran de existir. De repente solo estábamos él y yo, en la otra punta del mundo, y todo lo que podía salir mal ya no tenía importancia. Durante unos segundos, solo estaba el calor de su boca tocando la mía, y su lengua pidiendo permiso para entrar. Tranquilamente, sin prisa, porque en ese momento no la teníamos.

Dejamos las bebidas a medio terminar y en cuestión de minutos estábamos en la habitación del motel, besándonos con su espalda contra la puerta y mi cuerpo presionándose con el suyo como si necesitara de su calor para poder funcionar.

—Julia —dijo contra mi boca—. ¿Estás borracha?

—No —contesté—. ¿Tú?

Estaba bebida, achispada, pero no se podía decir que borracha. Era plenamente consciente de todo lo que estaba pasando.

—No —respondió, y su boca volvió rápidamente a la mía.

No tenía tiempo para tener vergüenza o cortarme, así que mis manos se deslizaron por debajo de su camiseta y acaricié su suave piel. Apenas tenía pelo en el torso, solo una fina línea debajo del ombligo, que acaricié y noté cómo su abdomen se tensaba por la proximidad a su zona más sensible.

Sus manos jugaron por un segundo con el borde de mi jersey hasta tirar de este hacia arriba, junto con mi camiseta, y me separé de sus labios el tiempo justo para sacármelo.

Él se sacó su camiseta rápidamente y la dejó caer al suelo, al lado de la mía. Llegamos a la cama sin apenas separarnos y Max se echó hacia atrás, quedando echado conmigo encima. Su dedo índice recorrió mi escote, acariciando los bordes de mi sujetador, y pude notar mi piel erizarse. Ni siquiera habíamos encendido la luz de la habitación, pero la luz roja del rótulo de neón que anunciaba el motel me permitía verlo bien y le daba un toque aún más erótico a toda la situación. En su clavícula había tatuado un avión de papel. Lo acaricié,, pero no pregunté qué significaba.

Me levanté, decidida a pasar a la acción, y me deshice de mis pantalones. Max no hizo nada, solo se quedó mirándome con expectación. El bulto en sus pantalones era más que notable, y me acerqué a él de nuevo para desabrochárselos y bajarlos. Ya estábamos los dos en ropa interior, y yo podía notar la humedad en mis bragas. Llevaba tiempo sin estar tan excitada, y no sabía ni por dónde empezar.

No quise esperar más. Cogí un preservativo de la caja que habíamos comprado ese mismo día, lo abrí y Max se bajó los calzoncillos para que pudiera ponérselo. Sujeté la punta del plástico entre

mis dedos pulgar e índice y lo desenrollé por su polla.

Ni siquiera me quité las bragas. Di gracias a la existencia de la ropa interior elástica, la hice a un lado y me senté encima de Max poco a poco, introduciéndolo en mi interior y notando cada centímetro que entraba en mí. Cuando llegué hasta abajo, gemí y empecé a moverme.

En condiciones normales me habría dado vergüenza ponerme encima, pero el alcohol me había metido en la cabeza la muy acertada idea de que no tenía tiempo para andarme con tonterías, así que me desinhibí e hice lo que quería.

Max gimió y me bajó el sujetador para pellizcar mis pezones, consiguiendo que soltara un grito que lo hizo sonreír. Siempre habían sido mi punto débil, y como quedaba poco para que me viniera la regla estaban todavía más sensibles.

Sus manos se posaron en mis caderas y acompañaron mis movimientos, dándome cuerda para ir aún más rápido. Entonces las movió a mi cuello y me acercó a él para besarme, empezando a moverse él también. Fue un beso húmedo y descoordinado. Yo no podía parar de gemir en su boca y Max también lo hacía de vez en cuando, excitándome cada vez más y más.

Entonces me abrazó, y nos giró en la cama de forma que quedó él encima. No perdió ni un segundo y empezó a moverse, dentro y fuera de mí. Se separó lo justo para poder mirarme a los ojos, y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—Max —gemí su nombre y su rostro adoptó una expresión de placer.

—Julia —susurró, acercándose a mi oído—. Me correré.

Mis manos fueron a su culo y lo apreté aún más contra mí, desesperada.

—Hazlo —supliqué, porque me moría por ver cómo se corría estando dentro de mí.

No se hizo esperar; pronto sus gemidos fueron más fuertes y constantes, y noté su polla contraerse en mi vagina hasta que paró de moverse.

Se quedó unos segundos abrazado a mi cuerpo y acaricié su espalda con los ojos cerrados, absorbiendo todo lo que había ocurrido.

Pero, entonces, se separó y, tras deshacerse del preservativo, se arrodilló delante de mí.

—¿Qué...? —iba a preguntar, pero la respuesta llegó por sí sola cuando su lengua encontró mi clítoris— ¡Oh!

Si antes de eso pensaba que no había nada que Max hiciera mal, me reafirmé aún más en esa idea cuando me dio el mejor sexo oral de mi vida.

Parecía saber todo lo que me gustaba. Lamía, succionaba en los puntos exactos, y cuando subió las manos por mi cuerpo para jugar con mis pechos, creí que iba a deshacerme. No pasó mucho hasta que noté el orgasmo empezar a construirse, y apenas tuve tiempo de extrañarme por estar llegando tan rápido cuando había tenido un orgasmo el día anterior, porque llegué. Gemí sin que me importara si los vecinos venían a quejarse, y me removí en la cama mientras todo dentro de mí estallaba para convertirse en placer.

Cuando Max se levantó, vi que volvía a tenerla dura, y reí.

—Creo que no aguantaré uno más, me dará un infarto —dije, aún recuperandome del orgasmo.

—Yo tampoco creo que pueda —contestó con una sonrisa, y se echó a mi lado—. Estoy hecho polvo.

Me mordí el labio, y Max dejó un beso en mi frente antes de que nos metiéramos en la cama. Y nos quedamos dormidos, agotados pero satisfechos, sin ni siquiera habernos vestido.

Doce[2]

Los días en la Isla del Sur pasaron tan rápido que apenas me di cuenta. El tiempo parecía haber dejado de existir, porque ni siquiera estábamos siguiendo un plan, solo íbamos a los sitios que más interesantes nos parecían y nos quedábamos allí el tiempo que creíamos necesario.

El sexo era intenso, y cada vez más íntimo. Lo hacíamos en cualquier lugar, simplemente porque nos apetecía, y nada parecía más fácil y lógico que eso. Todo fluía con tanta naturalidad que, cuando me paraba a pensarlo, incluso me asustaba un poco. No quería volver a donde todo era complicado y necesitaba una explicación, me habría quedado meses allí, en Nueva Zelanda, con Max.

No quería pensar en que tendría que irme en algún momento, pero la realidad se hacía difícil de evitar.

El día antes de que tuviéramos que coger el ferry para volver a la Isla Norte, me desperté a las seis de la mañana con un dolor insoportable y habiendo manchado los pantalones de chándal que usaba para dormir.

Pasé toda la mañana sin poder apenas moverme y Max tuvo que ir a por tampones y algún medicamento, porque había sido tan tonta como para dejarme la copa menstrual en casa. Resultó que, para variar, las pastillas no sirvieron para nada y lo único que me provocaron fue vómitos para expulsarlas de mi cuerpo, en el que no fueron bien recibidas.

Estaba al borde de la desesperación cuando Max abrió las puertas traseras y se sentó a mi lado en la cama con una cajita metálica entre sus manos.

—Oye, ¿los porros van bien para la regla? —me preguntó, y me habría reído si no hubiera sido porque apenas podía hablar sin querer vomitar de nuevo.

—No lo sé —contesté, aunque me daba curiosidad.

Y así fue como descubrí que la marihuana, efectivamente, me servía para aliviar el dolor, y que Max fumado era lo más gracioso del mundo... o puede que solo me hiciera gracia porque yo iba fumada también. Probablemente un poco de ambas.

—Y luego nos dimos cuenta de que en realidad le habían vendido orégano en vez de marihuana, y eso era lo que estábamos fumando —me contó Max, refiriéndose a algo que le había pasado un par de años atrás—. El novio de mi hermana es todo un personaje.

—¿Cuánto llevan juntos? —pregunté.

—Pues ahora ya hará dos años, creo —contestó—. Lo del orégano pasó cuando acababan de empezar a salir, me lo presentó y nos caímos bien.

—¿Es una especie de ritual de iniciación esto que haces de fumar porros con la gente? —le pregunté, divertida.

—Solo con los que me caen mejor. —Me guiñó un ojo y sonreí.

Max cogió una piedra e intentó hacerla rebotar en el agua del mar, que se alzaba frente a nosotros, pero no le funcionó y terminó hundiéndose a la primera.

—¿Tú tienes hermanos? —me preguntó, girando la cabeza hacia mí.

—Sí, una, Claudia —contesté antes de darle otra calada al porro que Max había liado para mí.

—¿Os pareéis?

Solté una carcajada.

—Para nada —respondí—. Físicamente supongo que un poco, pero de forma de ser somos prácticamente contrarias.

—¿Tiene muy mala leche o algo así? —inquirió.

Me paré unos segundos a pensar cómo decir que sí sin poner a mi hermana como un monstruo

lleno de rabia —aunque a veces lo era, un poco—, porque al fin y al cabo la chica solo tenía mucho carácter, pero a veces eso se hacía difícil de soportar.

No llegué a contestar, porque me vibró el móvil varias veces en el bolsillo. Lo saqué, pensando que era una llamada, pero luego vi que eran muchos mensajes de Dani.

A lo mejor eso de coger una tarjeta de prepago para poder tener Internet no había sido tan buena idea.

Aún así, la curiosidad me pudo y abrí los mensajes, encontrándome con cosas que me dolieron y me molestaron en partes iguales. Podía decir que ya no quería a Daniel, para nada, pero todo lo que había pasado seguía doliendo.

Dani: *Juls, tenemos que hablar.*

Dani: *No puedo seguir así...*

Dani: *Sé que la cagué mucho, pero Marta no significa una mierda y te echo de menos.*

Dani: *Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, joder.*

Dani: *Desde que me dejaste no paro de beber y de tomar mierdas, esto tiene que acabar.*

Dani: *Solo quiero que todo vuelva a ser como antes.*

Dani: *Joder, te quiero más que a mi vida.*

No, si ahora iba a ser culpa mía que se drogara y bebiera, como si no hubiera sido una persona influenciable desde siempre. Y, encima, en Barcelona eran las cinco de la mañana y seguro que el muy imbécil me estaba escribiendo toda esa basura borracho.

Respiré hondo y por un milisegundo pensé en no contestar, pero estaba harta de él y de sus mensajes de mierda.

Julia: *Pues no haberte liado con mi mejor amiga, imbécil. Ahora te vas a la mierda, con tus drogas, tu alcohol y tu Marta. A mí déjame en paz.*

Su respuesta no tardó en llegar, y me hizo plantearme seriamente que él pudiera tener algún tipo de problema, porque ese cambio de tono no fue normal.

Dani: *Eh, que no me hables así.*

Dani: *Sigues siendo igual de exagerada. Que el mundo no gira a tu alrededor, pava.*

Dani: *Y no te creas que no sé que te has ido a Nueva Zelanda a follarte al amigo de Adri.*

Dani: *Hay que ser guarra, y encima hipócrita.*

Dani: *Me criticas y vas tú y haces lo mismo.*

Podría haberlo mandado a la mierda otra vez, o haberle explicado, porque su cerebro de mosquito parecía tener problemas de comprensión, que no era lo mismo acostarse con alguien teniendo pareja que hacerlo sin tenerla. Podría haberme ofendido muchísimo por sus palabras, pero luego pensé que tenía que dejar de permitir que lo que ese imbécil dijera o hiciera me afectara tanto. Así que tal y como había hecho con Marta y debería haber hecho con Daniel hacía mucho tiempo, bloqueé su contacto.

Y entonces el muy estúpido decidió llamarme. Como si fuera a contestarle o a querer hablar con él. Rechacé la llamada y decidí apagar el móvil, porque hasta hacía unos minutos estaba pasándolo genial y ahora mi aventura con la marihuana tenía pinta de estar pasando a ser un mal viaje.

—¿Julia? —preguntó Max, sacándome de mis pensamientos nada agradables—. ¿Tengo que preocuparme por que vayas a tirarme una piedra en la cabeza? Parece que quieras matar a alguien.

Y quería —aunque no a él, obviamente—, pero no pude evitar reír ante su comentario.

—Mi ex me acaba de mandar como mil mensajes, y ha intentado llamarme. A ver cuándo entiende que no quiero saber nada de él.

Max asintió con la cabeza con una pequeña sonrisa bailando en sus labios.

—Los mensajes de resentimiento, un clásico. Mi ex también me mandaba muchos, hasta que le dije que ya no aguantaba más sus paranoias y, milagrosamente, se calmó.

—A Dani le digo eso y se emparanoia aún más. —Reí—. ¿Eran mensajes duros?

—Generalmente, no. —Se encogió de hombros—. Me dejó ella, pero luego cuando sabía que salía de fiesta me montaba dramas por mensajes porque decía que iba a follarme a nosecuántas chicas y que era una falta de respeto hacia ella. Se le fue un poco la olla, pero bueno.

—¿Te dejó ella? —Levanté una ceja.

—Se iba a vivir a Estados Unidos, y una relación a distancia no habría funcionado —contestó, y noté mi pecho hundirse un poco.

—Estados Unidos —dije, recomponiéndome un poco porque, fuera por la maría o porque realmente me había afectado, lo que había dicho me había hecho recordar que lo nuestro era, de hecho, algo efímero—. Suen a guay.

—Supongo. —Se encogió de hombros, rascándose la nuca.

Nos quedamos en silencio unos segundos, cada uno fumando de lo suyo, pero Max hizo un movimiento raro con las manos y se le cayó el porro al agua, donde tenía los pies sumergidos.

—Mierda —se quejó, intentando rescatarlo pero viendo que no se le podía hacer nada.

Sonreí.

—Ven aquí —le dije, y él me dio una media sonrisa antes de venir y sentarse entre mis piernas, con su espalda en mi pecho.

Llevé mi cigarro a su boca y dejé que fumara de él, mientras notaba el tacto cálido de sus labios en mis dedos.

—Cuéntame un secreto —dijo de repente.

—¿Un secreto?

—Algo de ti que poca gente sepa —contestó, e inclinó la cabeza hacia arriba para mirarme con una sonrisa que dejaba entrever sus dientes.

Me quedé pensando unos segundos, con la mente un poco nublada, y decidí decir la cosa más aleatoria que pasó por mi cabeza.

—No supe lo que era un orgasmo hasta hace unos meses —dije, y Max se echó a reír.

—¿En serio? —preguntó, girándose sobre su propio cuerpo y apoyando el torso en la playa pedregosa para mirarme, aún echado delante de mí. Asentí con la cabeza, sonriendo y fumando de nuevo—. ¿Cuánto tiempo estuviste con tu novio?

—Tres años.

—¿Y ni un orgasmo hasta hace meses? —inquirió.

—Ni uno. —Negué con la cabeza y él levantó las cejas.

—Joder, vaya locura —dijo—. Supongo que para nosotros es algo muy... fácil de conseguir, diría. Pero para vosotras ya es más complicado.

—Y no tenemos ningún tipo de educación con respecto a eso —contesté—. Es bastante triste. Lo peor es que yo ni siquiera me lo planteaba, para mí el sexo era follar, él se corre, fin. El orgasmo me parecía algo tan complicado de conseguir que ni me lo planteaba.

—Pues te corres con bastante facilidad —observó, y solté una carcajada, sonrojándome un poco.

—Porque a la que lo intenté y conseguí descubrí que era muy fácil. —Me encogí de hombros—. Tantos años de vida malgastados...

Max se echó a reír y apoyó su cabeza en mi pierna.

—¿Y tu ex tampoco se lo planteó nunca?

—Creo que le daba bastante igual —contesté—. De hecho, cuando lo conseguí fue porque le fui

de cara y le dije “Dani, quiero un orgasmo”. Luego le dije que eso implicaría sexo oral y me dijo que le daba un poco de asco, así que me compré un vibrador.

—¿No te lo comió en tres años? —preguntó, incrédulo.

—Sí, pero muy poco —dije, haciendo una mueca—. Era algo casi simbólico.

Max solo asintió, como si estuviera asimilando la información, y robó el porro de mis dedos para darle una última calada, ya que estaba ya casi por la boquilla que habíamos improvisado con el cartón del ticket del ferry del otro día.

—Cuéntame tú un secreto —le dije, acariciando su pelo.

Max expulsó el humo y me miró con una sonrisa traviesa.

—Tengo muchas, muchas ganas de darte un orgasmo —confesó, y no pude evitar sonrojarme.

—Eso no es un secreto —bromeé, y él rio.

Antes de que pudiera darme cuenta, ya no estábamos riendo y Max tiraba de mis pantalones hacia abajo. Me levanté un poco para facilitarle el trabajo y me los bajó hasta las rodillas, arrastrando mis bragas con ellos. Intentó acercarse pero vio que era complicado, así que me bajó los pantalones hasta los pies.

Abrí las piernas delante de él y lo miró como si fuera la octava maravilla, algo que me puso aún más caliente de lo que ya estaba.

—¿Te apetece? —me preguntó, mirándome con precaución—. Como tienes la regla y...

—Joder, sí —contesté en un tono casi desesperado, porque desde que me había pasado el dolor llevaba un calentón encima que no había forma de quitármelo.

Agradecí haberme cambiado el tampón poco antes, y cuando la lengua de Max encontró mi clitoris gemí sonoramente, sin que me importara demasiado si nos escuchaban o veían porque no había gente por ahí —y, en ese momento, si la había me daba igual—. El calor de su boca contrastaba con el viento frío y hacía que la sensación de su lengua moviéndose y dándome placer fuera aún más intensa.

Y, para corroborar lo que había dicho Max, tardé poquísimo en llegar al orgasmo. Cuando lo hice, Max se apartó y vi el bulto en sus pantalones de chándal.

Ni siquiera hizo falta decir nada: nos levantamos, me subí los pantalones y fuimos casi corriendo hacia la furgoneta. Al entrar y subirnos a la cama, nos desnudamos con la rapidez que solo dos personas con muchas ganas de darle al tema pueden tener, y me quité el tampón para envolverlo en papel y meterlo en la bolsa que usábamos como basura.

Volví a besarlo mientras, sin mediar palabra, puse una toalla sobre el colchón para evitar mancharlo.

—Yo encima —susurré entre beso y beso, y Max me mordió el labio antes de separarse y sentarse encima de la toalla.

—Me vas a dejar las piernas que va a parecer esto *Viernes 13* —bromeó, y reí antes de empujarlo hacia atrás hasta que quedó echado en la cama.

No perdí el tiempo: le puse un condón rápidamente, y me senté encima. Gemimos a la vez y empecé a moverme. Sus manos atraparon mis caderas y fueron subiendo por mi cuerpo, acariciándolo mientras me movía lo más rápido que podía, y cuando llegaron a mis pechos acarició los pezones con sus pulgares, demostrándome una vez más que, pese a que solo hacía unos días que hacíamos esto, ya conocía mi cuerpo a la perfección.

Él llegó varios minutos más tarde, y estuvo tocándome hasta que decidimos echar un segundo, pero seguía tan sensible que no pude llegar a otro orgasmo.

Una vez estaba todo limpio, nos metimos en la cama y apoyé mi cabeza en su pecho notando su mano acariciando mi espalda.

Me iba a doler dejar todo eso atrás.

Trece

—Madre mía, lleváis una cara de haber echado un polvo que se ve desde China —dijo Hayes en cuanto cruzamos la puerta de entrada a casa, de vuelta en Auckland.

—Gracias, Hayes. Muy sutil —contesté, y se echó a reír antes de abrazarme.

—Tu furgo tiene una rueda nueva —le dijo Max, dejando su chaqueta en el colgador de la entrada, y Hayes levantó una ceja.

—¿Habéis pinchado? —preguntó.

—Es una historia larga. —Reí y me fui a mi habitación mientras Hayes interrogaba a Max sobre lo que había ocurrido.

Dejé las cosas sobre la cama y me eché, soltando un suspiro. Era tarde, y al día siguiente Max ya volvía a trabajar con normalidad. Mi plan era coger un bus bien temprano e irme hacia el norte de la isla, que era la parte que aún no conocía. La verdad es que estaba aprovechando mucho el viaje, había visto gran parte de la isla Sur y la mitad de la Norte. Obviamente, en una semana no habíamos visto toda la isla, pero sí una gran parte, y había sido precioso.

Estuve hablando durante un rato con mi padre por teléfono, ya que llevaba unos días sin llamarlo y, al terminar, me fui a ver si cenábamos.

—¿Ellie no está? —le pregunté a Hayes mientras sacaba de una bolsa la caja de cartón con la pizza que habíamos cogido por el camino a casa.

Hayes me cogió la pizza de las manos, y la llevó a la mesita de delante del sofá, donde nos sentamos.

—No, mañana tiene que levantarse temprano y su casa queda más cerca de su trabajo —contestó, abriendo la caja—. Ha estado aquí este fin de semana. Tener la casa libre no es algo que ocurra a menudo.

—¿No estáis buscando más compañeros de piso? —pregunté, recordando que yo me estaba quedando en la habitación que tenían libre.

—Sí, pero por ahora solo nos ha contactado gente muy rara —me contestó Max.

—Vosotros no es que seáis muy normales, eh —les recordé, y ambos sonrieron.

—Me refiero a raros de verdad —dijo, sentándose a mi lado—. La última fue una chica que decía que buscaba una casa en la que no se respirara un ambiente sexual ya que era de no sé qué rama del cristianismo. De una secta, vamos.

—Y, como comprenderás, con dos bombones como nosotros iba a caer en pecado —dijo Hayes, y me eché a reír.

—Seguro —dije, cogiendo un trozo de pizza.

Max se fue a la cocina un momento a buscar algo de beber, y Hayes se acercó a mí sutilmente.

—Así que ahora sois pareja, ¿eh? —me preguntó con una sonrisa de lado que me recordaba bastante a la de Max.

—Eh... no —contesté, algo insegura pero sin querer entrar en el eterno e incierto debate de “qué somos Max y yo”.

—¿Follamigos? —inquirió.

—Podrías llamarlo así, supongo. —Me encogí de hombros.

—Interesante... —murmuró para sí mismo, y levanté una ceja antes de que Max volviera con

una jarra llena de agua y un par de latas de cerveza.

—¿Quién quiere? —preguntó, levantando la mano en la que llevaba las dos latas.

Hayes ni siquiera contestó, directamente le cogió una de las latas de la mano y la abrió para dar un largo trago.

Max me miró, ofreciéndome la otra lata con la mirada, y negué con la cabeza.

—Yo con agua ya hago —dije, y Max se sentó a mi lado de nuevo dejando la jarra de agua encima de la mesa.

—Deberíamos haber comprado cervezas de esas de frutos del bosque que te gustan a ti —dijo, y sonreí.

—Para cuando vuelva —contesté.

Iba a estar fuera durante tres días en la zona del norte de la isla. Luego, me tomaría un cuarto día para ir al sur de Auckland hasta Matamata, donde se había rodado la parte de la Comarca en *El Señor de los Anillos*. La idea había sido ir con Max en nuestro viaje camino a la isla Sur, pero no nos había dado tiempo y me hacía especial ilusión ir. Había sido mi trilogía favorita de pequeña, y la de mi hermana también, tanto que nos sabíamos todos los diálogos. Seguramente era lo único que compartíamos en lo que a gustos se refiere.

Cenamos quejándonos de nuestros respectivos trabajos. La verdad era que yo tenía suerte con mi trabajo, me habían dado un mes entero de vacaciones en verano, algo que no pasaba en casi ningún lado, porque cogían gente para trabajar temporalmente en verano. Max también estaba a gusto, pero no pagaban demasiado bien y el director del proyecto era algo dictatorial, al parecer. Hayes trabajaba en un restaurante y hacía muchas más horas de lo legal a veces, pero al menos estaba compensado económicamente.

Vamos, que nos quejábamos por vicio.

Al terminar, lo recogimos y fregamos todo, y me quedé en la cocina hablando con Hayes de vete a saber qué mientras Max se iba hacia el pasillo.

—¿Vienes a la cama? —me preguntó.

Sonreí, y fui hacia su habitación haciendo caso omiso a la cara de morbo de Hayes.

—¡No hagáis mucho ruido! —gritó cuando ya estábamos en la habitación.

—Haremos el mismo que hacéis Ellie y tú —contestó Max, y cerró la puerta.

—¿Tan horrible es? —pregunté.

—Una vez vinieron los vecinos a ver si todo iba bien, y mira que ni siquiera compartimos paredes —contestó, y estallé en carcajadas—. Es que les va el sexo duro.

—¿A ti no? —Levanté una ceja y sonreí con picardía.

—A mí me gusta tomarme mi tiempo y disfrutar cada segundo —dijo, sentándose en la cama y mirándome con deseo, y me senté encima de él.

A las diez de la mañana siguiente ya estaba a casi tres horas de Auckland, y acababa de llegar a la habitación que había alquilado para quedarme esa noche. Dejé mis cosas y empecé a prepararme la mochila para ir a visitar un parque nacional cercano, cuando mi móvil empezó a sonar indicando que había una videollamada entrante.

Sonreí al ver el nombre de Sandra en la pantalla y acepté la llamada, sentándome en la cama.

—*Ya nos estás contando todo lo que ha pasado esta semana* —me exigió Sandra en cuanto ella y Andrea aparecieron en pantalla.

Se me escapó una carcajada y me las quedé mirando durante unos segundos, cosa que a Sandra le sirvió para comprender todo lo que había pasado.

—*¡Se lo ha follado!* —exclamó, dando una palmada.

—*No pierdes el tiempo, eh* —dijo Andrea con una sonrisa de oreja a oreja.

—La vida es corta, ¿no? —contesté, repitiendo lo que Sandra me había dicho mil veces antes.

—*¿Tengo que sacar el “te lo dije”?* —me preguntó Sandra.

—¿Qué me dijiste?

—*Que Max tenía tantas ganas de empotrarte contra la pared como tú a él.*

—Técnicamente nadie ha empotrado a nadie —aclaré, pero luego recordé la escena en el motel, cuando se pinchó la rueda de la furgoneta y Max terminó contra la pared mientras lo besaba —. Bueno, en realidad un poco...

—*Eres una leona, tú* —dijo Andrea, y me eché a reír.

Fui interrogada durante más de quince minutos sobre todo lo que había ocurrido, y cuando estuvieron saciadas de información elegí el momento para cambiar de tema.

—Por cierto —empecé—, ¿cómo sabe Dani que estoy en Nueva Zelanda?

Las dos me miraron con una ceja levantada.

—¿Qué? —preguntó Andrea.

—Me mandó como mil mensajes pidiendo volver, lo mandé a la mierda y luego pasó a llamarme guarra por haberme ido a Nueva Zelanda con Max —expliqué de la forma más resumida que pude.

—*Vaya imbécil de mierda* —dijo Sandra, rodando los ojos.

—*Eh... Puede que lo sepa por Marta* —contestó Andrea—. *La vi hace unos días y le comenté que estabas en Auckland, pero no le dije nada de Max. No te lo tomes a mal, lo que ha hecho Marta es horrible, pero quería al menos hablarlo con ella, no sé, hemos sido amigas muchos años.*

—Andrea —dije, mirándola a través de la pantalla—, nadie te está obligando a elegir. Puedes ser amiga mía y de Marta, que no pasa nada, eh.

—*Lo sé.* —Suspiró.— *Pero se me hace difícil quedar con ella como si no hubiera pasado nada. Siento que no puedo ni confiar en ella, y además me enfada que te hiciera daño.*

—Ya —dije, rascándome la nuca—. Yo tampoco sabía cómo actuar al principio. Honestamente, por mi parte mi relación con Marta se ha terminado. Y es una mierda porque habíamos estado juntas desde siempre, y ahora es rarísimo no poder hablar con ella o contarle mis cosas, se me hace raro incluso no poder contarle lo de Max, pero así es la vida, supongo.

Nos quedamos calladas unos segundos, porque era un tema sensible y ninguna sabía qué más decir, y vi que Sandra estaba pensando algo que decir, cosa que normalmente no le costaba tanto, hasta que me miró.

—*Entonces, ¿qué harás con Max?* —hizo la pregunta del millón y suspiré—. *Oye, que siempre puede ser un polvete de vacaciones, no tenéis por qué casaros.*

—No lo sé... Creo que me gusta demasiado para que sea solo un “polvete de vacaciones”, pero me niego a meterme en una relación a distancia, y menos de punta a punta del mundo —respondí—. De momento disfrutaré mientras pueda, y luego cuando vuelva ya lo pasaré mal.

—*¿Max no se plantea volver a Barcelona?* —me preguntó Andrea.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. De momento no tiene pinta. Y, de todos modos, ni siquiera sé qué significo yo para él. Es un poco confuso todo, pero es lo que os digo: mientras lo tenga, lo disfrutaré.

—*Es una forma de verlo* —contestó Sandra—, *pero intenta no pillarte mucho por él.*

Demasiado tarde, pensé.

Estuvimos hablando un rato más y terminamos la llamada porque ellas iban a salir esa noche y querían terminar de arreglarse. Al parecer iba a ir con ellas Nico, un chico que a Andrea le gustaba, y según ella quería estar “perfecta” —aunque con la cara de Andrea poco se necesitaba para estar radiante—.

Dejé el móvil encima de la cama y me eché hacia atrás, suspirando cuando mi cabeza tocó la almohada. No podía dejar de pensar en Max y en lo que inevitablemente iba a ocurrir en poco más de una semana, y quería dejar de preocuparme y salir de la casa para ir a visitar todo lo que tenía planeado ver, pero mi cabeza iba a mil por hora.

Volví a coger el móvil y me puse a mirar las fotos que tenía de las últimas dos semanas. Tenía varias de Hayes y Max haciendo el imbécil por casa y el día que habíamos ido de acampada a la isla, alguna con Ellie también, y luego una, solo una de Max sentado en una roca delante del mar cuando nos habíamos ido a la Isla del Sur. Me quedé quieta mirándolo, pensando en todo lo que había cambiado mi concepto de él en tan poco tiempo e intentando imaginar lo que me quedaría por descubrir sobre Max, si es que tenía la oportunidad.

Como si lo hubiera invocado involuntariamente, el nombre de Max apareció en la parte superior de mi pantalla seguido de un mensaje suyo.

Max: *¿todo bien?*

No pude evitar sonreír como una tonta.

Julia: *Sí, he llegado hace poco y ahora iré a ver si esos parques son tan bonitos como decías.*

Max: *lo son, y mucho, pero dejaré que juzgues por ti misma.*

Max: *por cierto, ¿recuerdas a chris? el de mi trabajo. iba a hacer una fiesta en su casa el finde pasado pero al final nada, así que dice de hacerla este viernes. ¿vendrás?*

Volvía a Auckland el jueves, así que era viable y sonaba como un buen plan.

Julia: *Claro :)*

La conversación terminó ahí y abrí su foto de perfil. No se la había cambiado al menos desde que tenía su número, y era una en la que aparecía en una pose un poco rara sujetándose en una farola con Hayes haciendo como que le daba una patada en el culo. Muy normal todo.

Decidí dejar de comerme la cabeza y salir de la habitación. Me despedí de la propietaria de la casa en la que me estaba quedando y fui a coger el autobús que me llevaría a una zona de cascadas cercana.

Me senté en el bus y dejé que mi mente volara al día en que había conocido a Max.

Yo acababa de empezar a trabajar en la tienda, y mi problema con los sonrojos incontrolables era aún peor. Adri y yo nos estábamos haciendo amigos, y un día Max vino a la tienda a buscarlo porque habían quedado para cenar. Recuerdo perfectamente la primera vez que lo vi: me pareció tan guapo que me quedé cortadísima. Entre los ojos verdes y el pelo rebelde —aunque cuando lo conocí lo llevaba corto—, sumado a la seguridad y el buen rollo que desprendía, hacía que fuera irresistible.

En esa época yo no estaba en mi mejor momento porque la muerte de mamá era mucho más reciente, no hacía ni un año que había ocurrido y todo lo que llevaba encima hizo que fuera mucho más introvertida.

—¿Quieres venir? —me había preguntado Adri mientras cerrábamos la tienda y Max esperaba fuera—. Vamos a un sitio de esos de comida asiática para llevar. Bueno, bonito y barato.

Siendo como era yo en esa época lo más normal habría sido que hubiera dicho que no, pero mi plan ese día ya había sido salir a cenar con Dani y, como me había dado plantón y me había quedado con las ganas de cenar fuera, le había dicho que sí a Adri.

No recuerdo de qué habíamos hablado, ni cómo había ido la noche, solo sé que me hicieron sentir como una más y que Max era más encantador por cada palabra que decía. Ahí empezó mi encaprichamiento adolescente, el que podría ser el típico que siente una chica de dieciséis por un hombre mayor —aunque él solo tenía veinte por aquél entonces, pero para mí eso era mucho—, y apenas podía crearme que hubiéramos llegado a follar, y menos tantas veces. Sonaba como algo que la Julia de dieciséis, aún estando con su novio el imbécil, habría considerado ideal, pero la verdad es que las condiciones no eran las mejores. Aún así, seguía siendo mejor que no tener nada y seguir imaginando cómo sería estar con él.

Catorce

—¡Pero si ha venido todo el equipo europeo! —exclamó Chris en cuanto nos abrió la puerta de su casa, refiriéndose a Max, Ellie y yo.

—Australia no es Europa —le recordó Hayes, porque él muy europeo no era.

—Participáis en Eurovisión, eso ya es suficiente —respondió.

Max soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro a su amigo, entrando en su casa con toda la tranquilidad. Desde fuera se escuchaba música alta pero parecía pacífico, pero cuando entramos casi se podía respirar el nivel de intoxicación ética de la mayoría de la gente.

—¡Hola! —nos saludó una chica muy sonriente y muy rubia—. ¿Queréis mojitos? Estamos haciendo en la cocina.

Según me explicó Max, esa chica se llamaba Marie y era la novia de Chris, aunque tenían una relación abierta o algo así. Todo eso me lo contó mientras íbamos, junto con Ellie y Hayes, a la cocina a por los mojitos prometidos, aunque mucha más información no tenía porque no se enteraba de nada, el hombre.

—Debe ser complicado tener una relación abierta —dijo Hayes mientras, a falta de mojitos ya preparados, nos hacíamos los nuestros propios con los ingredientes que había en la mesa.

—Supongo que es saber gestionarlo. —Me encogí de hombros, vertiendo lo que suponía y esperaba que fuera zumo de lima en mi vaso—. Hay gente que lo lleva muy bien.

—¿Y la gente poliamorosa? —preguntó Ellie—. ¿Te imaginas administrar más de una relación a la vez? Yo me pego un tiro.

—Oye, que tampoco es tan difícil administrar una —contestó Hayes.

—Claro que no, si cuando tenemos problemas tú ni te enteras —dijo ella con una sonrisa y la ceja levantada, mirando a Hayes como si fuera un animalito tonto.

Hayes fingió que se reía, y Max a mi lado sacó las hojas de hierbabuena del tupper en el que estaban puestas de cualquier manera.

—Yo creo que cada pareja tiene la que mejor le va —dijo, aportando algo a la conversación—. Hay gente que no puede con una relación abierta, gente que se siente en una cárcel si tiene que estar en una relación cerrada... Todo es ponerse de acuerdo.

—¿Y si no se pueden poner de acuerdo? —preguntó Ellie.

—Pues si alguno de los dos no va a ser feliz y tiene que conformarse con lo que la otra persona quiere, casi que mejor no estar juntos. —Se encogió de hombros y le dio un último toque al mojito con algo más de zumo de lima.

Salió de la cocina sin decir nada más, dejándonos a los tres con el ceño fruncido.

—¿Habéis tenido la clásica discusión del “qué somos”? —me preguntó Ellie.

—No. —Negué con la cabeza, y miré hacia fuera de la cocina para ver a Max hablando con esa chica que conocí en la fiesta de su empresa, la tal Meg a la que claramente le gustaba.

Noté un conocido ardor en el pecho y cerré los ojos, respirando hondo. No, no podía involucrar los celos en esto. Había comprendido hacía tiempo que no eran sanos, pero de la teoría a la práctica había un trecho, y más aún después de lo que había pasado con Dani y Marta. Era algo que todavía tenía que conseguir dominar, pero no iba a dejar que afectara a mi toma de decisiones.

Tomé un sorbo del mojito y me fui con Ellie y Hayes al sofá, aunque al no haber sitio para los tres Ellie se sentó en el suelo, delante de nosotros.

Una hora más tarde, estábamos bebiendo a morro de la botella de vino blanco que habíamos llevado. Max había estado un rato con nosotros, actuando con normalidad pese al comportamiento raro que había tenido, pero luego había vuelto a irse para hablar con no sé quién.

—¿Deberíamos ir a hacer amigos? —preguntó Ellie.

A ver, habíamos estado hablando con bastante gente, pero porque habían venido ellos. No es que estuviéramos en modo asocial —al menos por mi parte—, simplemente estábamos cómodos ahí.

—¿Para qué? —Hayes se encogió de hombros.

Solté una carcajada y le robé la botella a Ellie para dar un largo trago.

En ese momento, Hayes miró hacia la entrada con una ceja levantada.

—Oh, oh —dijo, haciendo una mueca.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirando a donde él miraba para ver a una chica de pelo castaño y piel pálida cerrando la puerta de la entrada detrás de ella, con la chaqueta aún puesta, indicando que acababa de llegar.

—Esa es Sarah —contestó Hayes—. Estuvo con Max hace un tiempo... No se llevan muy bien.

—¿Max se lleva mal con alguien? —preguntó Ellie, sorprendida.

—No voluntariamente —contestó él—. La dejó él de buenas maneras, pero ella se lo tomó bastante mal.

—Oh... —murmuré distraídamente, observando con disimulo la mirada no muy agradable que la tal Sarah le daba a Max.

Y, aunque me intrigaba qué habría pasado y por qué la habría dejado, no pregunté porque no quería parecer una fisgona.

Max volvió con nosotros y, de alguna manera, terminamos jugando a *beer pong* en el jardín. Esa noche hacía bastante frío, pero entre el alcohol en los cuerpos y la fiebre por la competición, apenas nos dimos cuenta.

—¡Tú puedes! —me animó una persona con la que no recordaba ni haber hablado antes cuando me faltaba solo una pelota por meter en el vaso, estando a punto de batir el récord de esa noche.

Respiré hondo, pelota de ping pong en mano, y la puse delante de mis ojos para calcular la distancia y dirección de la pelota. La gente a mi alrededor quedó en silencio, y decidí no darle más vueltas y tirar. La pelota rebotó en el borde de uno de los vasos y suspiré, dándolo por perdido justo antes de que entrara en el único vaso vacío y la multitud empezara a gritar. Abrí los ojos de par en par, sin apenas poder creérmelo, y liberé un grito de satisfacción cuando Ellie se abrazó a mí.

—¡Tenemos una campeona! —gritó Marie, levantando una pala de ping pong y dándomela como premio.

La cogí como pude a la vez que Hayes colisionaba contra su novia para unirse al abrazo. Cuando nos separamos, fui abrazada por gente desconocida, incluyendo a Meg y Chris, y finalmente Max me abrazó como si hubiera ganado una medalla de oro en los Juegos Olímpicos.

—Eres la mejor —dijo, dándome un beso en la mejilla, y me eché a reír.

Me permití alargar ese abrazo durante más rato, enterrando la cara en el cuello de Max por unos segundos, él tampoco parecía querer soltarme.

—Ahora tienes que beberte todo eso, eh —me dijo Chris en cuanto nos separamos.

Miré a la mesa con los diez vasos de cerveza en los que había metido las pelotas y levanté una ceja.

—¿Puedo pedir refuerzos?

Y así fue como Max, Hayes, Ellie y yo nos bebimos dos vasos de cerveza cada uno, lo que sumado al vino y los mojitos no hizo más que empeorar nuestra situación de ebriedad. Tampoco es que nos preocupara demasiado, la verdad.

—El viernes pasado follamos en la encimera de la cocina —me contó Ellie mientras nos terminábamos la última cerveza y Max y Hayes estaban en el jardín—. Estábamos haciendo raviolis y nos entró el calentón.

Me eché a reír y di un último trago, para luego dejar el vaso encima de la mesa.

—Espero que al menos la limpiarais al terminar—bromeé.

—¿No te daría morbo hacerlo en un lugar así? —preguntó—. Aunque seguro que con Max lo has hecho en todos lados.

—No me puedo quejar —contesté, encogiéndome de hombros.

—Va, ¿no me darás ni un detallito de lo que hicisteis en la isla Sur? —me pidió.

—Pues mira: fuimos a la playa, vimos el monte Cook de lejos, visitamos como cinco lagos...

—Tonta. —Rio, empujándome con suavidad—. Ya sabes a qué me refiero.

—¿Tanto te interesa? —Levanté una ceja y sonreí con maldad.

—¡Es que Max nunca me cuenta nada! —se quejó, exasperada—. No llegas a venir y ya lo habría clasificado como asexual.

—¿No estuvo con esa tal Sarah? —pregunté, encontrando mi oportunidad para indagar sobre ese tema.

—Ya, en realidad sí. —Asintió con la cabeza—. Aunque nunca vino a casa, al menos no mientras estábamos Hayes y yo. Simplemente desaparecía algunas noches y fines de semana. Cuando le preguntaba qué había hecho solo me daba una de esas sonrisas que son de entre maldad y misterio.

—Qué raro —comenté.

—Le gusta tener su espacio, supongo. —Se encogió de hombros—. Me sorprendió que invitara a alguien a quedarse en casa, pero ahora que te conozco lo entiendo todo.

—¿El qué?

—Que le gustes. Congeniáis muy bien. Parece que estéis hechos para estar juntos, de verdad.

Me sonrojé un poco —bastante— pero no dije nada, porque no supe qué contestar. ¿Que pegábamos? Seguramente, pero nos quedaba menos de una semana para estar juntos.

Un buen rato más tarde salí a ver si Hayes y Max seguían fuera o se habían congelado, y me los encontré hablando sentados encima de la mesa de ping pong.

—Hola —los saludé, y Max sonrió—. ¿De qué habláis?

—Cotilla —me dijo Hayes, señalándome con el dedo índice—. ¿De qué hablabais Ellie y tú?

—De que la mayoría de actrices porno que se supone que hacen *squirting* en realidad se están meando encima —contesté con honestidad.

Hayes se atragantó con la cerveza y Max estalló en carcajadas, a lo que el australiano no tardó en unirse. No pude evitar reírme también al darme cuenta, al decirlo en voz alta, de lo raro que era el tema de la conversación que había tenido con Ellie minutos antes.

—Un tema complejo —dijo Max cuando él y Hayes consiguieron dejar de reír, aunque a Hayes aún le iban dando pequeños ataques de risa.

—Bastante —contesté, y me senté con ellos.

—¿Quieres otra cerveza? —me ofreció Hayes, tendiéndome su vaso.

—No, gracias. No tengo ganas de morir.

Max sonrió sin decir nada y Hayes se encogió de hombros antes de terminarse la cerveza de un

solo trago.

—Qué ganas de que sea verano —dijo, dejando su vaso de lado.

—¿En serio? Yo prefiero el invierno —contestó Max.

—Yo también, pero en unos días vuelvo al verano infernal de Barcelona —me quejé.

—Qué envidia. —Hayes suspiró—. Lo que daría yo por estar derritiéndome.

—Tú no estás bien. —Lo miré con una ceja levantada.

—Es australiano, no está acostumbrado al frío —me dijo Max en voz baja, como si fuera un secreto pero dejando que él lo oyera.

—Perdona, pero en Australia también hace frío —rebatí el aludido.

—Muchísimo —murmuró Max con sarcasmo.

Nos quedamos callados un buen rato hasta que Max se levantó.

—Voy a tomarme una última copa —anunció—. ¿Alguien quiere una?

Tanto Hayes como yo nos lo pensamos unos segundos antes de dar una respuesta.

—Venga, va —dije—. Pero que sea un mojito o algo suave.

Max asintió con la cabeza y miró a Hayes.

—Yo creo que como me tome otra me va a dar algo. —Hayes optó por declinar la oferta.

Max se fue a por las bebidas y me quedé a solas con el australiano.

—Le gustas mucho —me dijo, y lo miré levantando una ceja—. A Max, digo. Lo tienes bien pillado.

Solté una carcajada a la vez que notaba que el rubor en mis mejillas, ya presente por el alcohol, se intensificaba.

—Es complicado —contesté, no sé muy bien por qué, y cuando me di cuenta de que realmente no quería hablar de ese tema, opté por cambiarlo—. ¿Cómo es que Ellie y tú no vivís juntos?

—Ya teníamos cada uno una casa cuando empezamos a salir —me explicó—. Tampoco llevamos tanto tiempo saliendo, y los dos sentimos que es pronto para vivir juntos.

—Parece que llevéis mucho tiempo —comenté—. No sé por qué, pero lo parece.

—Porque nos entendemos a la perfección —respondió—. Tengo veinticuatro años, he estado con bastantes chicas antes de conocer a Ellie, pero nunca había sentido una conexión tan fuerte con ninguna. Es una mujer increíble.

Sonreí, deseando internamente que, algún día, alguien pudiera hablar maravillas de mí como Hayes las hablaba de Ellie. Dicen que la gente se sincera al beber, y que su forma de sincerarse fuera decir lo genial que era ella me pareció precioso.

Max volvió poco después y Hayes se fue a buscar a Ellie. Cogí el mojito que me tendió y di un sorbo, viendo que realmente lo había cargado poco, tal y como le había pedido.

—¿Tienes ganas de volver a Barcelona? —me preguntó tras unos segundos de silencio, y lo miré con una ceja levantada.

—Pues no, la verdad —contesté, aunque era obvio, y Max rio.

—Al menos podrás ir a la playa —dijo, como si eso fuera a arreglar algo.

—Uy, sí, qué alivio —contesté, y esta vez nos reímos ambos.

En ese momento pasó Sarah, su ex —o antiguo rollo, lo que fuera—, y ni siquiera miró a Max, aunque se notaba de lejos que lo estaba haciendo expresamente. Max suspiró, y me aventuré a preguntar.

—¿Mal rollo?

Asintió con la cabeza.

—Eh... Estuve con ella hace unos meses, poco después de llegar aquí. No era nada serio, pero ella quería más y yo no estaba interesado en eso. —Se encogió de hombros y dio un sorbo a su

mojito— Se lo tomó bastante mal, y mira que se lo dije con todo el respeto. Por suerte, no trabajamos en el mismo departamento.

Me quedé sin palabras unos momentos porque, sin quererlo, me había sentido algo identificada con esa chica. No por nada, sino porque tenía la sensación de que Max tampoco quería nada serio conmigo. Lo entendía, y en el fondo yo tampoco quería porque la distancia significaría pasarlo mal, pero si hubiéramos estado en Barcelona, sin océanos ni kilómetros por el medio, ¿habría querido él que fuéramos algo más, o solo amigos que se acuestan de vez en cuando?

Max debió notarme un poco tensa, y probablemente lo asoció a que hubiéramos estado hablando de la chica con la que se había enrollado y, aunque en realidad no tuviera nada que ver, se movió para quedar más pegado a mí y nuestras piernas se tocaron. Entonces me miró como siempre hacía antes de desatar la locura.

—¿Te puedo besar? —me pidió en un susurro.

Solo pude asentir con la cabeza, y sus labios ya estaban sobre los míos.

—¿Estás bien? —me preguntó, separándose unos instantes, sin cambiar el tono de voz.

—Sí —susurré antes de volver a besarlo.

No sé exactamente cómo ocurrió, pero diez minutos más tarde Max estaba sentado en la tapa del inodoro, en el cuarto de baño, y yo me movía encima de él como no me había movido nunca.

Lo más probable es que fuera el alcohol lo que me hacía estar tan fogosa, y no me importaba que Max pudiera ver que lo estaba porque parecía encantarle. Mi mano fue a la suya y la llevé a mi cuello, instándolo a apretar un poco, y cuando lo hizo ambos gemimos. Seguramente al día siguiente me daría vergüenza haber dado rienda suelta a mis fantasías, pero en ese momento me daba igual.

Ahí también pasó otra cosa que no me había pasado nunca: me corrí mientras me penetraba. Sus dedos estimulando mi clítoris también tuvieron mucho que ver, pero nunca antes lo había conseguido con alguien dentro, y creo que Max tampoco lo esperaba porque le excitó tanto que se corrió conmigo.

—Joder —jadeó, abrazado a mi cuerpo tan sudado como el suyo, sin salir de mi interior—. Ha sido increíble. Eres increíble.

Quince

Mi penúltimo día en Auckland lo empecé como me habría gustado seguir empezando todos mis días: desnuda, envuelta en las sábanas y con Max abrazado a mi cuerpo, su cabeza reposando en mi pecho.

Fui la primera en despertarse, y quise quedarme un rato más en esa posición, porque iba a ser la última vez. Mi vuelo salía la mañana siguiente, muy temprano, y no tendría tiempo para disfrutar de esto. Max seguía durmiendo, imperturbable, y podía escuchar su respiración tranquila.

Cerré los ojos y respiré hondo. No quería volver. En Barcelona solo me esperaba lo de siempre y cosas peores, como venían a ser la Selectividad y la cercanía de mi ex novio, al que ya había bloqueado de toda red social habida y por haber, y mi ex mejor amiga. Evidentemente, no podía estar evitándolo para siempre, pero solo quería un poco más de tiempo en mi burbuja sin preocupaciones y con Max a mi lado.

Cogí mi móvil y vi que tenía varios mensajes de mi padre, preguntándome mil cosas diferentes sobre mi viaje de vuelta —que si cuándo iba a volver, a qué hora despegaba, a qué hora llegaba, a qué terminal tenía que ir a buscarme, si tenía las maletas hechas...—, y un par de Sandra proponiendo planes de fiesta para cuando volviera.

De repente, el móvil de Max empezó a vibrar encima de la mesilla, y miré en su dirección para ver una llamada entrante de Miriam, cuyo nombre relacioné rápidamente con el de su hermana. Eran las ocho de la mañana en Auckland, ocho de la tarde en Barcelona, y me planteé despertar a Max por si era importante, pero lo noté moverse encima de mí y soltó un gruñido.

—¿Qué hora es? —fue lo primero que me preguntó, con voz ronca y los ojos aún cerrados.

—Las ocho —contesté.

—Aún puedo dormir media hora más... —murmuró, separándose de mí y apoyando la cabeza en la almohada.

—Es una llamada —le dije—, de Miriam.

Abrió los ojos con una ceja levantada, repentinamente despierto, y se incorporó para coger su móvil de la mesilla de noche.

—Voy a preparar algo para desayunar —le dije, y me levanté para empezar a vestirme, queriendo darle intimidad para hablar con su hermana.

Me puse unas bragas y unos leggings, junto con la primera camiseta que encontré, que era una de Max.

—¿Qué pasa, Mir? —le preguntó, frotándose un ojo con la mano que no tenía ocupada.

—*Siento despertarte...* —escuché una voz suave viniendo del teléfono y, tras ponerme el jersey, salí de la habitación.

Fui a mi cuarto para buscar unos calcetines limpios, y cuando me los hube puesto salí a la sala de estar. Allí vi a Ellie sentada en el sofá, con el portátil encima de las piernas y envuelta en una manta.

—Buenos días —me saludó con una voz que delataba que las cosas no iban muy bien en sus fosas nasales.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estoy resfriadísima —contestó—. Me he levantado hecha una mierda.

—¿Te has tomado algo? —pregunté, y ella asintió.

—Una pastilla, pero de poco ha servido. —Suspiró—. ¿Dónde está Max, muerto por agotamiento sexual?

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

—Está hablando con su hermana —le dije—. ¿Quieres algo para desayunar?

—Eres un ángel —contestó con una pequeña sonrisa—, pero con tanto moco no tengo ni hambre.

Empecé a preparar café y un par de tortillas francesas, y pocos minutos más tarde, cuando ya las estaba poniendo en platos, Max salió de la habitación bostezando. Solo llevaba unos pantalones de chándal, y me quedé unos segundos mirando su torso desnudo. No importaba las veces que lo hubiera visto, para mí esos abdominales ligeramente marcados, el sutil hilo de vello bajando desde su ombligo hasta el elástico de los pantalones y los pocos tatuajes esparcidos por ahí, siempre serían algo digno de observar.

—¿Ellie? —preguntó al ver a la rubia sentada en el sofá, levantando una ceja.

—Resfriado —resumió ella, y Max asintió antes de venir a la cocina.

Todavía tenía cara de dormido y, cuando pasó por detrás de mí, rodeó mi cintura con un brazo y apoyó la barbilla en mi hombro. Pude notar el calor que desprendía su cuerpo rodeando el mío, y cerré los ojos durante un segundo.

—Huele bien —comentó, refiriéndose a la comida, y sonreí.

—¿Todo bien? Sonaba a emergencia —le pregunté, refiriéndome a la llamada.

Max asintió con la cabeza y se separó de mí.

—Era mi hermana diciendo algo de que se había dejado las llaves y no podía entrar en casa —explicó mientras vertía café en dos tazas diferentes—. Parecía triste, supongo que se habrá peleado con Oscar.

—¿Tus padres no están? —inquirí.

—Vive con su novio —contestó Max, pasándome una taza.

—¿Dieciocho años y ya independizada? Joder, qué envidia.

—El tiene veinticinco y un trabajo estable. —Max se encogió de hombros—. Ella ahora dice que no quiere ir a la universidad ni estudiar más, cuando siempre había querido ser abogada. ¿Quién la entiende? No sé ni para qué hizo la Selectividad.

—¿Aprobó? —pregunté.

—Sacó un doce y medio —contestó, y mis ojos se abrieron de par en par.

Un doce y medio sobre catorce era como un sueño hecho realidad. Y más para mí, que había sacado una nota tan baja que no merecía la pena ni mencionarla.

—¿Y no va a ir? Pero si con esa nota puede entrar en la carrera que quiera —dije, sorprendida.

Max se encogió de hombros.

—Yo ya estoy cansado de insistir, y mis padres igual. Es su vida, ella sabrá lo que hace.

No pregunté más porque no era asunto mío, pero me había sorprendido ver a Max contrariado por algo —aunque solo hubiera sido ligeramente—. Tampoco parecía excesivamente preocupado, se notaba que era un tema que ya tenía aburrido, pero a mí tampoco me hubiera hecho gracia que Claudia hubiera decidido tirar su futuro a la basura. Que sí, que hay más opciones a parte de la universidad, pero querer hacer algo con todas tus fuerzas y luego decidir no hacerlo de golpe sonaba muy extraño.

Desayunamos tranquilamente, hablando con Ellie, que se quejaba de tener que estar trabajando incluso enferma, aunque fuera desde casa. Me preparé un té, y Max añadió a su desayuno unas tostadas con esa pasta negra asquerosa que me había dado a probar días atrás.

—¿No vas a llegar tarde? —le preguntó Ellie a Max, viendo que ya eran casi las nueve.
Me miró y sonrió.

—Me he pedido el día libre.

—Pero, ¿cuántos días libres te tomas tú? —cuestionó Ellie, con envidia—. ¿Tan mal trabajas que no quieren ni que vayas?

Max soltó una carcajada y se apoyó en el respaldo de la silla.

—No he tenido días libres desde que empecé —explicó, untando otra tostada—. Me debían dos semanas de vacaciones.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunté, ilusionada.

Pensaba que iba a pasar mi último día en el país haciendo cosas sola, así que esa noticia había sido todo un giro en los acontecimientos.

—¿Qué tenías pensado? —contestó con otra pregunta.

Me paré a pensar un segundo.

—Pensaba ir a la playa —contesté—. He visto que en la costa este, aquí al lado, hay playas bonitas.

—¡Dejad de hablar en español, que no puedo cotillear! —gritó Ellie desde el salón, y Max soltó una carcajada.

—Te aguantas —le contestó lo suficientemente alto para que lo escuchara.

Así que Max y yo volvimos a adueñarnos de la furgoneta de Hayes, que por suerte tenía un coche aparte, porque sino tendríamos que haber ido con transporte público, que era mi plan inicial, y al parecer la comunicación desde Auckland hasta el parque natural en el que estaba la playa era casi inexistente.

Llegamos a Waitakere Ranges, el parque, media hora más tarde. Vimos una gran parte desde la furgoneta, y finalmente llegamos a la zona de la costa. Estuvimos gran parte de la mañana caminando sin rumbo fijo, paseando por las playas, mojándonos los pies y casi entrando en hipotermia de nuevo, besándonos de vez en cuando.

Era pasado el mediodía cuando nos sentamos en unas rocas al lado del agua.

—Al final no me contaste ningún secreto —dije tras unos minutos en silencio, observando las olas romper contra las muchas rocas que había en esa zona.

Pensé que Max ni se acordaría del día en que me pidió que le contara un secreto y terminó en sexo, pero rio.

—Vamos a ver —murmuró, pensativo—. ... No sé silbar.

—¿No sabes silbar? —Levanté una ceja, con una sonrisa divertida asomándose por mis labios.

—Nunca he sabido. —Se encogió de hombros—. Supongo que me perdí esa valiosa parte de la infancia.

Solté una carcajada.

—Max, silbar es básico. Si quieres te enseño.

—Ni hablar.

Sonreí con malicia y me acerqué a él.

—¿Te da vergüenza?

Max me miró, sin perder la sonrisa.

—No voy a malgastar parte de tu último día aquí intentando aprender a silbar. Créeme, es un caso perdido. Mi padre intentó enseñarme un verano y no funcionó.

—Está bien, está bien —contesté, intentando no volver a reír, aunque a Max también le hacía gracia—. Yo aprendí tarde, si te consuela. A los once, o así.

—Eso no es tarde —se quejó.

—Bueno, para la gente normal sí —lo piqué—. Me enseñó mi madre.

Mi mirada se desvió hacia el paisaje, recordando a mi madre reír mientras yo intentaba silbar y terminaba resoplando. “Pareces un caballo”, me había dicho, acariciándome la cabeza. “Más bien un pony, así de pequeña”. Había suspirado antes de continuar. “Ojalá os quedarais así siempre”. Y, en cierta forma, tanto mi hermana como yo nos habíamos quedado pequeñas para siempre en su cabeza. Con trece y quince años.

—¿Cómo era? —preguntó Max, sacándome de unos recuerdos que se estaban volviendo dolorosos.

—¿Hmm?

—Tu madre —especificó—. Bueno, entiendo si no quieres hablar de eso.

—Siempre reía —respondí, sin hacer caso a su último comentario, porque sí quería hablar de ella con él. Ojalá se hubieran podido conocer. A mi madre le habría encantado Max—. Era como si fuera feliz todo el tiempo. Mi padre también era así cuando ella estaba. Ahora no es que no sea feliz, sigue siendo muy tranquilo y optimista, pero se le nota que está triste. Mi madre tenía sus cosas malas, como todo el mundo, pero no puedo quejarme de nada.

—¿Cuánto hace que no está?

—Tres años. —Suspiré—. No sabía que se podía echar tanto de menos a alguien hasta que la perdí.

No me dijo “lo siento mucho” ni “te acompaño en el sentimiento” ni ninguna de esas cosas que ya había escuchado mil veces, la mayoría en el funeral, cosa que agradecí. Solo extendió su brazo para pasarlo por mis hombros y me acercó a él.

Nos quedamos en silencio de nuevo, con el sonido de las olas rompiendo y los pájaros silbando de fondo. Hacía viento; no tanto como para que fuera molesto, pero suficiente como para que el pelo de Max ondeara con él, mientras sus ojos verdes se perdían en el horizonte.

—¿No echas de menos a tu familia? —me dio por preguntar.

—Bastante —respondió—. A veces me gustaría poder ir a Barcelona más fácilmente. No porque no me guste estar aquí pero, no sé, poder coger un avión y estar ahí en un par de horas, pasar un fin de semana en casa y estar cerca por si hay alguna emergencia. Mi abuela ya es mayor, y aunque vive con mi tío y mi primo, nunca se sabe lo que puede pasar. No me arrepiento de haber venido, pero a veces me doy cuenta de lo lejos que estoy y me siento raro.

—¿No te has planteado nunca volver? —inquirí.

—Sí, claro, muchas veces —contestó—. No llevo ni un año aquí, pero al principio era rarísimo estar tan lejos. Tardé relativamente poco en acostumbrarme, pero a veces lo mandaría todo a tomar por culo y me iría a casa. Suerte que son solo momentos puntuales, porque me gusta estar aquí. Me siento mucho más libre, aunque Barcelona siempre será mi hogar.

—¿Volverás algún día? —pregunté, intentando que no se notara mucho que hacía rato que lo mío había dejado de ser curiosidad sino que necesitaba saberlo, necesitaba oír que volvería a verlo.

—Sí, supongo —respondió—. Pero no sé cuándo.

Volvimos a casa sin haber vuelto a sacar ese tema, por mi parte porque era mi último día y no quería pasarlo pensando en que me iba a ir y Max se quedaría allí, a miles de kilómetros de mí.

No sabía cómo se sentía él al respecto, si me iba a echar de menos o si seguiría con su vida tranquilamente, y pronto encontraría a otra chica con la que hacer lo mismo que conmigo. No eran celos, en absoluto, era incertidumbre. Quería convencerme de que lo nuestro, para él, había significado algo más que unos cuantos —muchos— polvos durante una época determinada de su vida, pero tampoco quería preguntarlo porque, si la respuesta era negativa, me iba a doler, y no

habría podido con dos dramas amorosos en tan poco tiempo.

En el fondo daba igual, porque al día siguiente me iría para no verlo hasta vete a saber cuándo. Quizás incluso decidía quedarse allí y no volvía a verlo nunca más. Joder.

—¿Un dólar neozelandés por tus pensamientos? —preguntó en tono de broma.

Reí, volviendo a la realidad.

—Esa frase está muy usada.

—¿Alguna vez la has escuchado con dólares neozelandeses? Porque yo no —rebatí, y volví a reír, pero esta vez él se unió con una suave carcajada y una sonrisa de lado.

—Estaba preparándome mentalmente para volver a casa —simplifiqué mis pensamientos, contestando a su pregunta—. Todavía tengo muchas cosas por hacer.

—¿Has hecho el *check-in* de los billetes? —preguntó.

—Lo haré ahora, cuando lleguemos.

Max aparcó la furgoneta delante de casa, y entramos para ser recibidos por un silencio sepulcral. Pasamos por delante de la habitación de Hayes y, por la puerta entreabierta, pude ver que Ellie se había quedado dormida en la cama, aún enrollada en la manta del sofá. Sonreí al verla y pensé que, aunque hiciera solo tres semanas que la conocía, a ella también la iba a echar de menos. Y a Hayes, y la casa, y todo lo que había allí.

Nos planteamos hacer algo de comer, aunque era tarde, pero Max me dijo que había un pequeño restaurante que abría a todas horas cerca de allí, y que no se le había ocurrido enseñármelo hasta entonces. Así que comimos en el acogedor restaurante, hablando de trabajo, estudios y otras banalidades, y por la tarde fuimos al puerto. Volvimos a casa horas más tarde, a las nueve, y me encontré con que Ellie y Hayes habían preparado una cena de despedida.

Tras terminar de cenar y despedirme de ellos, me fui a la habitación de Max. Empecé a hacer la maleta porque, aunque había organizado ya algunas cosas, me faltaba bastante por terminar. Max se ofreció a ayudarme pero le dije que no hacía falta, así que se echó en la cama y me miró mientras recogía. Sentía sus ojos sobre mí mientras hacía las maletas, intentando no pensar demasiado en lo que eso conllevaba.

Estaba terminando de cerrar la maleta cuando escuché a Max levantarse y acercarse a mí por detrás. Sus manos encontraron mis caderas y su boca el hueco de mi cuello, donde dejó un beso. Dejé lo que estaba haciendo, aún de pie, y cerré los ojos.

Me quitó la camiseta despacio. Mis ojos seguían cerrados y aún podía sentir sus labios dejando lentos besos en mi cuello. Solo se separó para terminar de quitar la prenda por mi cabeza. Entonces la dejó caer al suelo, y noté sus dedos en mi cintura desnuda. Trazó círculos con ellos en mi piel, que noté erizarse bajo su tacto.

Cuando apartó su boca, me giré hacia él. Acaricié su mejilla, y lo besé. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuvimos besándonos; puede que fueran segundos, minutos... La verdad es que había perdido completamente la noción del tiempo.

La ropa empezó a sobrar, y las prendas fueron cayendo una a una al suelo hasta que solo estaban mis bragas y sus calzoncillos, en los que se marcaba su erección, haciendo de última barrera entre nosotros. Empecé a caminar, sin dejar de besarlo, hasta que Max cayó sobre la cama y me senté encima de él. Sus manos tantearon mi piel hasta agarrar mi culo, aumentando la intensidad del momento, y con un dedo atrapó el elástico de mis bragas para bajarlas sin prisa.

Ni siquiera llegó a quitarse los calzoncillos del todo, solo se los bajó y alargó el brazo hasta coger un condón de la mesilla de noche. Se lo puse rápidamente y me senté encima de él. No perdí ni un segundo: empecé a moverme, y a los pocos segundos ambos estábamos gimiendo. Sus manos tocaban y acariciaban todo mi cuerpo, mientras que las mías se apoyaban en su pecho

para poder moverme bien.

Se corrió él primero, minutos más tarde, y estuvo besándome y tocándome hasta que yo también llegué.

—Ojalá no tuvieras que irte —murmuró cuando mis párpados empezaban a pesar, y poco después me quedé dormida.

Llegamos al aeropuerto a las seis de la mañana. Mi vuelo salía a las ocho pero, aún teniendo dos horas para facturar la maleta, pasar el control de seguridad y llegar a la puerta de embarque, estaba estresada. Estresada y triste, pero no dejé que eso último se notara.

Max estuvo conmigo, ayudándome con la maleta y el equipaje de mano. Se quedó mientras facturé el equipaje. Se quedó a desayunar conmigo en una de las cafeterías que había antes del control de seguridad, pero hablamos más bien poco, y todo lo que decíamos tenía que ver con mi vuelo. No hablábamos más allá de eso, porque en menos de un día yo volvería a estar en Barcelona y él seguiría en Auckland.

Cuando quedaba menos de media hora para que se abrieran las puertas de embarque de mi vuelo, fuimos a la zona del control de seguridad. Nos miramos unos segundos y, sin querer darle más vueltas, lo abracé.

—Gracias por todo —murmuré, con mi cara escondida en su cuello e intentando controlar todo lo que estaba sintiendo.

—Ha sido un placer —su voz salió grave y la noté vibrar en su pecho.

Me separé de él y forcé una sonrisa.

—Adiós, Max.

—Adiós, Julia.

Sin querer alargarlo más, cogí la mochila que llevaba como equipaje de mano y caminé hasta la cola del control de seguridad. Me giré un momento, solo para ver cómo Max caminaba hacia la salida del aeropuerto, de espaldas a mí.

Dieciséis

Ese martes salí de la facultad y respiré hondo, aliviada. La mochila pesaba en mis hombros, cargando libretas y carpetas llenas de apuntes entre muchas otras cosas que llevaba dentro y que, si todo iba bien, no tendría que volver a usar.

Caminé hacia la parada del tranvía y, cuando llegué, me senté a esperar a que pasara uno en mi dirección. Saqué el móvil y entré en el grupo que tenía con Sandra y Andrea para escribir un mensaje.

Julia: *Sele terminada. ¿Estáis libres para ir a tomar algo en media hora? ;)*

Recibí una respuesta afirmativa de ambas casi de inmediato, y reí antes de mandarle un mensaje a mi padre informándole de que ya había terminado el último examen de la Selectividad para luego guardar el móvil de nuevo en el bolsillo de mi pantalón.

El tranvía llegó pocos minutos más tarde y me subí. Había poca gente a esas horas, así que no me costó encontrar un sitio para sentarme.

La tarde empezaba a caer sobre la ciudad. Ese año, el otoño estaba llegando antes de lo previsto. Eran los primeros días de septiembre, y ya estábamos empezando a entrar en esa época en la que el tiempo era impredecible y nunca sabías si debías coger una chaqueta al salir de casa o no.

Cerré los ojos y respiré hondo cuando el tranvía cerró las puertas y arrancó. Solo me iba a acercar un poco a casa, luego me tocaría coger un bus. Podría haberlo cogido directamente en la parada de la facultad, pero me apetecía coger el tranvía simplemente porque no lo cogía nunca. Era como un pequeño cambio en mi rutina, y eso me gustaba.

Cuando los volví a abrir ya habíamos pasado el Palau Reial, y podía ver los característicos jardines verticales del edificio Planeta. Decenas, cientos de coches pasaban por el lado del tranvía; algunos con personas que conducían distraídamente, otros con parejas, una de ellas discutiendo por algo de lo que seguramente se acabarían arrepintiendo, y un anciano con su perro sentado en el asiento del copiloto, algo que me pareció adorable pese a que probablemente fuera ilegal; pero el perro sacaba la cabeza por la ventana del coche, con la boca abierta, y parecía tan feliz que no pude evitar sonreír.

Mi móvil vibró en mi regazo y no pude evitar sentir esa emoción inútil que sentía a veces cuando el aparato vibraba. Lo cogí y miré la pantalla. Era papá preguntándome cómo había ido. No era Max. Nunca era Max.

Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo del cómodo asiento. Sentada delante de mí, una chica le sonreía a su móvil, seguramente con más suerte que yo. Con más suerte, más coraje, o unas condiciones mejores. Puede que ni siquiera fuera un mensaje de la persona a la que quería, quizás solo era un vídeo gracioso y ella no se preocuparía en absoluto porque alguien no le hubiera escrito en más de un mes.

Tampoco podía quejarme: yo tampoco le había escrito, pero es que odiaba sentirme como un estorbo, como una pesada. Nunca había tenido la oportunidad de descubrir qué significaba para Max, pero ya era tarde. Yo estaba en Barcelona y él en Nueva Zelanda. Fin de la historia.

Evidentemente, y como todo, admitir que ese era el fin de la historia era mucho más fácil en la teoría que en la práctica. No podía dejar de pensar en él, en nosotros, en sus dedos en mi cintura, en sus labios húmedos en mi cuello...

—Deberías mandarle un mensaje —sugirió Andrea media hora después, refresco en mano y asintiendo con la cabeza como si lo que decía fuera la opción más lógica y sencilla del mundo.

—Yo creo que tienes que pasar página —Sandra la contradijo—. En cualquier otra ocasión te habría dicho que te lanzaras a la piscina pero, joder, el hombre vive en la otra punta del mundo.

—Pero pueden encontrar la forma de estar juntos —replicó Andrea—. Juls podría estudiar en Nueva Zelanda, o él volver aquí.

—Tú es que vives en una peli de Disney, Andrea —rebatió la otra.

—Eh, frenad —las interrumpí—. No voy a hacer un sacrificio tan grande por él, ni él por mí. Estuvimos tres semanas como follamigos. Por una vez, estoy de acuerdo con Sandra. Debería pasar página.

—Joder, Daniel te hizo dejar de creer en el amor —Andrea me miró con lástima.

—Ni menciones su nombre, que me pone de mal humor —gruñó Sandra.

Cualquiera diría que había sido Sandra la que había sufrido lo que Daniel y Marta me habían hecho, pero lo que le pasaba era que había odiado al chico desde el primer momento.

—No, Daniel me enseñó a no sacrificar tanto por nadie. —Me encogí de hombros y le di un sorbo a mi zumo de piña—. El amor no funciona así.

—¿Estás enamorada de Max? —Sandra levantó una ceja.

—No —contesté, pero me corregí casi de inmediato—. No lo creo. No lo sé.

—El tema se complica —murmuró.

—En realidad da igual —insistí—. No hay nada que hacer. Lo superaré, se me da bien superar las cosas.

Eso era una mentira como una casa, y habría colado si Andrea y Sandra no me hubieran conocido perfectamente, pero me miraron con una ceja levantada.

—Ya, claro —dijo Sandra—. Tú lo que necesitas es una buena fiesta, y probablemente echar un polvo.

—La última vez que te hice caso con lo de echar un polvo terminé donde estoy ahora —le recordé—. Y no necesito echar un polvo, necesito dedicarme tiempo a mí misma.

Al final terminamos comiendo en el bar, y me fui a trabajar aún dándole vueltas al tema. Las horas pasaron más rápido de lo que esperaba mientras doblaba ropa, atendía la caja y hablaba con Adri, que siempre tenía alguna broma en la manga para animar a cualquiera.

Adri y Raquel sabían lo que había ocurrido entre Max y yo. Al parecer, Max se lo había contado a Adri pero muy por encima, y en cuanto Raquel se había enterado me había sometido a un tercer grado, poco después de que yo volviera de Nueva Zelanda. Me recordaba un poco a Ellie, con ese ansia por saber hasta los detalles más morbosos. Yo me moría de ganas de saber lo que Max le habría contado a Adri, pero no quería preguntárselo porque no quería que se notara que seguía pensando en él.

Como cada día, cerramos la tienda a las nueve. Me despedí de Adri y volví a casa a paso tranquilo. Cualquiera diría que, siendo un martes, no habría nadie en la calle, y no había tanta gente como de costumbre, pero en este barrio siempre había ambiente. Caminé por una calle estrecha, alejándome de las plazas y de las acumulaciones de gente para hacer de mi camino a casa algo más relajado.

Estaba llegando a casa cuando vislumbré una silueta en mi portal. Una silueta femenina. Inevitablemente me vino a la cabeza la escena del día en que encontré a Marta y Dani en el portal del primero, y no me había alejado tanto porque al estar a escasos metros pude ver que se trataba de mi ex mejor amiga. Me quedé quieta ahí, a metros de mi propio portal, y respiré hondo.

Marta había estado tratando de hablar conmigo hasta unas semanas atrás. No había vuelto a

insistir y pensé que ya habría desistido, pero al parecer me equivocaba.

—Julia —dijo mi nombre y me di cuenta de lo mucho que había echado de menos su voz, algo que me entristeció y me hizo enfadar al mismo tiempo.

—¿Por qué lo hiciste? —le hice la pregunta que llevaba meses haciéndome.

Podía intentar hacer teorías y adivinar qué diablos le había pasado por la cabeza para haberse liado con mi novio, pero necesitaba oír su versión, escuchar qué tenía que decir al respecto. Por una vez, realmente sentía que teníamos que hablar.

Su expresión cayó y pude escuchar cómo tragaba saliva. Respiramos hondo a la vez, y contestó.

—No tengo excusa —dijo—. De verdad que no la tengo. Ni siquiera pude seguir con él porque no dejaba de pensar en lo que te habíamos hecho.

—Qué considerada. —Solté una carcajada amarga, porque había que tener narices para soltar eso.

—No quería... —murmuró—. No quería decir eso. Lo que quería decir es... Lo siento. Eso es todo. No sé qué más decir. El amor vuelve idiota a la gente, aunque eso sigue sin ser una excusa. Fui una imbécil, te perdí y me arrepentiré toda la vida.

Asentí con la cabeza lentamente, asimilando lo que estaba diciendo y su presencia en general. Es curioso cómo algo a lo que estabas acostumbrada puede volverse así de extraño en tan poco tiempo.

—Ya —fue lo único que pude contestar.

Marta tenía lágrimas en los ojos, y se notaba que estaba haciendo un esfuerzo por no llorar. Yo no sabía cómo sentirme. Estaba triste, enfadada, decepcionada, todo mezclado en forma de un nudo en el estómago que me hacía incluso encontrarme mal.

—Sé que... Sé que no podrás perdonarme nunca, y no lo busco —prosiguió con un hilo de voz—. Pero necesitaba decírtelo. No quería que dejáramos cosas sin hablar. Fui una estúpida, y lo siento.

—Sí que puedo perdonarte —contesté, porque era algo en lo que llevaba tiempo pensando—. No quería hacerlo, pero necesito pasar página, y es la única forma. No volveremos a ser amigas, aunque supongo que eso ya lo has deducido, pero puedo perdonarte. El amor nos hace hacer cosas estúpidas, aunque yo nunca habría hecho lo que tú hiciste.

Ella asintió con la cabeza, provocando que algunas de las lágrimas que había conseguido retener hasta entonces se deslizaran por sus mejillas.

—Está bien —dijo, y se quedó callada unos segundos—. Eh... Me voy. Espero que te vaya todo muy bien, Julia, y lo digo de verdad.

—Lo mismo digo —contesté, porque por mucho daño que me hubiera hecho, yo nunca le habría deseado nada malo—. Adiós, Marta.

Agradecí que no intentara abrazarme ni nada de eso, porque me habría hecho sentir incómoda, y seguramente me habría echado a llorar. Ella se fue, sin mirar atrás ni una sola vez, y entré en casa.

Diecisiete

El tiempo hasta fin de año pasó tan rápido que, cuando quise darme cuenta, ya llevaba casi tres meses en la Universidad, cursando Enfermería, tenía amigos nuevos, y estaba vistiéndome para salir.

—Creo que me pondré esto —dijo Sandra, enseñándome un vestido corto mientras yo intentaba pintarme la raya superior del ojo sin hacerme una desgracia, porque no paraba de distraerme.

—Sandra, el verano acabó hace meses —le recordé, porque en esas fechas hacía un frío espantoso.

Ella soltó un gruñido y se sentó en mi cama.

—¿Puedo robarte algo? —me preguntó.

Me giré hacia ella.

—Pensaba que para eso habías venido a cambiarte en mi casa.

Sandra rio, y se levantó de la cama para abrir mi armario y examinarlo.

—Entonces... ¿Qué tal con ese Fede? —me preguntó, y levanté una ceja.

—¿Con Fede? —contesté—. Somos amigos. Puede que ni siquiera eso, no lo conozco tanto.

—Elisa dice que cuando estáis juntos hay una tensión sexual insoportable —comentó, y solté una carcajada.

Había conocido a Elisa y Fede en la universidad. Él era un chico argentino —de hecho, solo había nacido en Argentina; por lo que me había dicho, se había criado en España— que me sacaba solo un año y con el que me llevaba bien, pero no había nada más, al menos por el momento.

—No creo —dije mientras cogía un peine para arreglarme un poco el pelo—. Además, ya te lo dije: necesito estar sola.

—¿Para siempre? —inquirió.

—Solo hace cuatro meses que no estoy con nadie —expliqué—. Cuando esté lista y se dé el caso, ya ocurrirá.

Lo decía de verdad: necesitaba tiempo para mí misma. Precipitarme a otra relación tras el desastre con Daniel y sin haber superado a Max habría sido un completo suicidio. Porque no, no había superado a Max. Era como si todos mis sentimientos por él, que llevaban latentes desde que lo había conocido, se hubieran disparado y alimentado aún más desde que ya no lo veía. Tampoco llegaba hasta el punto de hacérseme insoportable, pero cuatro meses y ningún mensaje dolían.

Media hora más tarde, a la una de la mañana, estábamos entrando en la discoteca. Estaba llenísimo de gente, algo no tan raro porque era fin de año. De hecho, teníamos suerte de poder movernos, porque en otros sitios habría sido mucho peor.

Estábamos con Fede, Elisa y otra compañera llamada María. Se suponía que iba a venir más gente de la universidad, y Andrea nos había dicho que ya aparecería si se veía con ganas —lo que solía significar que no iba a venir—.

—No me digas que no te pone ni un poquito —insistió Sandra cuando ya llevábamos cada una una copa encima, refiriéndose a Fede, con quien había estado bailando un buen rato.

En ese momento él estaba pidiéndose una bebida, y suspiré.

—Pues claro que me pone —contesté—. Pero no es tan fácil. De verdad que no quiero saltar a otra relación, aunque solo sea sexual, tan precipitadamente.

—Es el acento argentino, eso le pone a cualquiera —prosiguió Sandra, sin hacer caso a lo último que le había dicho.

—Pero si no tiene acento argentino. —Reí—. Se ha criado aquí, tiene acento de Barcelona.

—Puedes pedirle que te hable con acento argentino mientras lo hacéis, eso sí que suena sexy —dijo con una sonrisa pícara, y reí antes de darle un empujón.

—Si tanto te pone, folla tú con él —contesté, sin perder la sonrisa.

—Mis necesidades sexuales ya están más que cubiertas, yo ahora solo miro por ti —respondió.

—Qué considerada. —Rodé los ojos y la cogí de la mano para llevarla de nuevo a la pista, donde estaban Elisa y María esperándonos para bailar.

Fede se unió poco después y bailamos todos juntos hasta que una de sus manos se posó en mi cadera. Sonreí cuando las tres chicas me miraron con picardía, aunque Elisa ya estaba bastante ocupada con su novio, un chico de clase que había llegado hacía poco. Empecé a bailar con Fede detrás, notando el calor de su cuerpo contra el mío, y cerré los ojos para dejarme llevar por la música. No sé cuánto tiempo pasó hasta que escuché su voz en mi oído.

—Julia... —susurró, erizándome la piel.

Y me odié a mí misma durante unos segundos, porque lo primero que pensé cuando me dijo eso fue en la voz de Max susurrando mi nombre en mi oído, moviéndose dentro de mí, cuando estábamos en la Isla del Sur en la furgoneta de Hayes. Me odié unos segundos porque no me podía creer que en cuatro meses no hubiera podido superarlo, y más sabiendo que, si es que volvía a verlo, iba a pasar mucho tiempo hasta eso.

Fue entonces cuando se escuchó el grito.

—¡Serás zorra! —gritó una voz masculina que no reconocí.

—¡Déjala en paz, imbécil! —exclamó la voz contundente de Sandra, sonando por encima de la música, y abrí los ojos rápidamente, justo a tiempo para ver cómo el puño de un hombre musculoso chocaba contra la cara de María.

Me separé rápidamente de Fede y fui corriendo a ayudar a mi compañera, que había caído al suelo y se sujetaba la nariz con las manos. Solo acercarme vi que empezaba a tener la cara empapada de sangre, y gemía de dolor.

—Pero, ¿de qué coño vas? —volvió a gritar Sandra, y empujó al agresor.

No tuve tiempo de ponerme a separarlos porque estaba intentando, con los pañuelos que llevaba en el bolso, limpiar la sangre que no dejaba de brotar de la nariz de María, pero tampoco me preocupaba porque sabía que Sandra era perfectamente capaz de defenderse contra ese tipo, varios cinturones de karate lo aseguraban.

El tipo se abalanzó sobre Sandra pero esta lo terminó inmovilizando en el suelo, y aproveché la ocasión para coger a María y levantarla. Salimos de la pista en dirección a los baños y tanto Fede como Elisa nos acompañaron. El chico esperó fuera y entré con ella para poder revisar su cara a la luz.

—Creo que está rota —dijo, con los ojos aún llorosos por el impacto.

—Espera —le pedí, y di un suave toque a su nariz. Ella soltó un gemido de dolor y suspiré—. Tiene pinta, sí. Hay que llevarte al hospital.

María suspiró y se frotó la cara con las manos en un impulso, pero cuando se dio en la nariz por accidente soltó un pequeño grito.

—Joder —gruñó.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Que el imbécil ese me ha metido mano, lo he empujado y se ha cabreado —contestó, enfadada—. Ni siquiera le he dirigido la palabra y me ha dado un puñetazo, ¿a ti te parece normal?

—Menudo gilipollas —contesté.

Salimos del baño y le dije a Fede que había que llevar a María al hospital. Él asintió con la cabeza.

—Tu amiga, Sandra, se ha liado a hostias con el tipo ese —me comentó—. Elisa los ha separado, me han dicho que nos esperaban fuera.

Así que salimos y allí estaban las dos, sentadas en la acera. Sandra lucía un hematoma en el pómulo izquierdo, pero la experiencia me decía que el tipo había acabado peor. No es que Sandra fuera una persona violenta, nunca iniciaba una pelea si no la atacaban antes, pero era perfectamente capaz de pegarle una paliza a ese tío, aunque le sacara dos cabezas.

Nos subimos en el coche de Elisa y lo condujo Fede, que solo había tomado una cerveza y ya hacía un buen rato. María nos repitió mil veces, durante todo el camino, que estaba bien, que no hacía falta ir al hospital y que debíamos seguir la fiesta sin ella, que no pasaba nada, pero no la escuchamos. Una nariz rota no era algo que tomarse a la ligera, e igualmente, si se proponía denunciar a ese imbécil, le haría falta un informe de urgencias.

Dos horas más tarde llamaron a María en la sala de espera de urgencias y entró.

Me senté al lado de Sandra, agotada. Cerré los ojos y apoyé mi cabeza en el hombro de mi amiga. Cuando los volví a abrir, me fijé en que había una chica sentada justo delante de nosotras, y me extrañó no haber reparado en ella antes. Tenía la cara llena de moretones, y lo que parecía una ceja partida. Me quedé sin aire unos segundos, porque las probabilidades de que se hubiera hecho eso solo cayéndose por las escaleras eran casi nulas, pero algo me decía que era el argumento que iba a darle a la enfermera cuando la trataran. Además, su cara lo decía todo. Sus ojos parecían vacíos, cansados, y miraba al suelo como si le diera vergüenza estar allí.

—¿Estás bien? —le pregunté, porque no pude resistirlo.

Era obvio que la chica no estaba bien, pero sentía la necesidad de preguntárselo, de preocuparme por ella, de ofrecerle ayuda.

Ella levantó la mirada hacia mí, sorprendida, y se quedó callada unos segundos. Justo cuando abrió la boca para decir algo, una enfermera habló.

—¿Miriam Elizalde? —preguntó, mirando la lista que había en su mano, y cuando la chica se levantó mis ojos se abrieron de par en par.

Dieciocho

—Estoy viendo que voy a sufrir con esta asignatura —me dijo Elisa nada más salir de Bioquímica y Nutrición.

—Tampoco tiene tan mala pinta —contesté, encogiéndome de hombros.

—Tú eres muy optimista —me dijo, soltando una carcajada—. Nos van a destrozar, ya verás.

Sonreí y salimos de la facultad a paso tranquilo. Hacía frío, aunque menos de lo normal teniendo en cuenta que ya estábamos en febrero. Los últimos meses me habían pasado volando, entre los estudios, los exámenes de final del segundo semestre, pero también por lo bien que me lo había pasado.

El único incidente destacable, a parte del de fin de año, había sido cuando Dani se había presentado en mi casa y Claudia casi le da en la cabeza con la sartén que estaba usando para hacer patatas fritas. Ni siquiera le dio tiempo a explicar por qué había tenido la brillante idea de venir a mi casa y llamar al timbre como si nada hubiera ocurrido, porque Claudia estaba hecha una furia y tuve que cerrar la puerta para que no intentara atacarlo de nuevo.

—Hola, chicas —Fede apareció de la nada y nos saludó.

—¿De dónde vienes tú? —le preguntó Elisa—. No estabas en clase, ¿no?

—Estaba en el bar con María y Pablo y ni nos hemos enterado de que había empezado la clase —contestó—. Nos hemos dado cuenta casi una hora más tarde, y ya no merecía la pena.

—Empezando el semestre con buen pie —contesté en tono de broma, y él se echó a reír.

—No todos somos tan aplicados como Julia Santacreu —dijo con una sonrisa.

—Ojalá —contestó Elisa, y miró al frente—. Oh, ahí está Edu. Me voy, chicos, hasta mañana.

—Querrás decir hasta el lunes —respondió Fede—. No tengo ninguna intención de venir a la uni un sábado.

Elisa rodó los ojos sin poder evitar soltar una carcajada, dándose cuenta de su error, y se fue con su novio, que estaba unos metros más adelante, dejándome a solas con Fede. Los ojos marrones del chico me miraron.

—¿Quieres ir a tomar algo? —me propuso.

—Tengo que ir a trabajar, y luego ya he quedado para ir a un bar —respondí, y tuve que contener una carcajada al ver la cara de tristeza exagerada que puso.

—Me rompes el corazón, Julia Santacreu —dijo, llamándome por mi nombre y apellido, como hacía a menudo.

—No he dicho que no puedas venir. —Sonreí, y Fede me imitó—. A las nueve y media en ese bar al que fuimos el otro día. No llegues tarde.

—Está bien, entonces.

Dicho eso, me despedí de él y fui a coger el autobús, que estaba pasando justo en ese momento.

Fede me caía bien. No iba a negarlo: me sentía atraída por él, pero tampoco quería nada serio, y necesitaba asegurarme de que él tampoco antes de hacer cualquier otro avance. No habría sido justo que me acostara con él —porque sabía que él también quería— si era consciente de que él quería algo más porque, por estúpido que fuera a sonar, no había olvidado a Max. Me había costado menos de un mes olvidarme de mi ex con el que había estado tres años, y me estaba costando horrores superar a Max, con el que apenas había pasado tres semanas, y ni siquiera

estaba segura de si para él había sido solo sexo, o algo más. Supongo que el factor determinante en esas ecuaciones era la intensidad, y no la duración.

Miré la pantalla de mi móvil y vi que eran las tres. Me daba el tiempo justo para pasar por casa a comer algo rápido e irme a trabajar. Combinar la uni, y más una carrera como la mía, con el trabajo a veces se hacía complicado, pero prefería mantenerme ocupada y tener algo de dinero.

Seis horas y media más tarde, llegaba al bar en el que había quedado con Sandra, Andrea y Fede. También se nos unió Nico, el chico con el que Andrea llevaba en un tira y afloja desde hacía ya casi un año. Estaba por suplicarles que se acostaran de una vez, porque la tensión sexual que había entre ellos podía llegar a hacerse insoportable si pasabas demasiado tiempo a su alrededor. Pese a ser febrero, la terraza estaba llena y, aunque a Sandra y sus hábitos de fumadora les fastidió, fuimos a sentarnos al interior del bar. Todos se pidieron una cerveza y yo me pedí una clara, haciendo que se rieran de mí, para variar, porque según ellos las claras eran para gente que no aguantaba el alcohol. Lo que yo no aguantaba era el sabor asqueroso de la cerveza sola, pero allá ellos con sus teorías.

—Te iba a preguntar qué te ha parecido la introducción a la asignatura de Bioquímica y Nutrición, pero luego he recordado que te has pasado las tres horas de clase en el bar —le dije a Fede, ya sentados en una de las pocas mesas vacías que habíamos podido encontrar, con la intención de molestarlo un poco.

—Como ya te he dicho antes, no todos somos tan aplicados como usted, señorita —contestó, y solté una carcajada.

—Luego no me pidas los apuntes —le advertí.

Un rato más tarde, Fede y Nico se fueron a por la siguiente ronda de cervezas, y me quedé con mis amigas.

—Deberíais follar ya —dijo Sandra—. Y os lo digo a las dos: tanta tensión sexual me está empezando a afectar.

—Cada cosa a su tiempo —contestó Andrea, dando el último trago a su botella.

—Exacto —la apoyé.

—Pero si debéis estar que os subís por las paredes —se quejó Sandra—. Yo no aguantaría tanto sin follar.

—El otro día tuve un orgasmo en sueños —comenté, y ambas se echaron a reír como si hubiera contado un chiste graciosísimo—. ¿Qué? Estas cosas pasan.

—Cuando llevas mil años sin echar un polvo —respondió Sandra—. Mira, a Fede le gustas, se nota, y no me vengas con el rollo de que no quieres nada serio, deja de complicarte tanto la vida.

—Justamente eso es lo que intento evitar, hija: complicarme la vida —le recordé.

—Lo que deberías hacer es olvidarte de Max y seguir adelante —comentó.

—Yo sigo pensando que acabaréis juntos —dijo Andrea.

—¿Con Max? —Levanté una ceja—. Lo dudo. Y estoy en proceso de olvidarme de él, pero no sé qué me pasa que se me está haciendo difícil.

—El amor —contestó Andrea con mirada soñadora.

—Claro, será eso. —Sandra rodó los ojos y tuvimos que terminar la conversación porque los chicos volvieron con más bebida.

A las once y media Fede anunció que se iba a casa, y Andrea se unió a su plan. Sin Andrea, Nico no tenía motivos para quedarse, así que nos quedamos Sandra y yo solas.

—Última ronda, que mañana Adri tiene una boda y tengo que cubrir los dos turnos —le dije a mi amiga cuando ya íbamos a por la quinta ronda.

—Está bien —asintió.

Me levanté y fui a la barra. Siendo viernes por la noche, el bar estaba aún más lleno que cuando habíamos llegado, y me costó lo mío hacerme un hueco en la barra para pedir. Conseguí que un camarero me hiciera caso y, mientras me preparaban la clara, alguien me habló.

—Tú eres la chica del hospital —dijo una voz a mis espaldas, y me giré para encontrarme con una chica a la que me costó reconocer al principio, pero luego me di cuenta de que era porque su cara ya no estaba llena de moretones y su ceja ya se había curado.

Era la hermana de Max.

—Sí... ¿Cómo me has reconocido? —pregunté, sorprendida.

Aunque me había costado lo mío, era normal que yo la hubiera reconocido, porque no veías cada día a una chica joven con la cara magullada, pero me sorprendió que ella sí se hubiera acordado de mí.

—Tengo buena memoria. —Sonrió.

—Entonces, ¿ya estás mejor? —le pregunté, porque me había quedado preocupada tras encontrármela en la sala de espera del hospital.

Iba a ser una enfermera horrible, preocupándome por cada persona que veía. Lo de no implicarme emocionalmente con los pacientes me iba a costar.

—Sí —contestó—. Un accidente de moto, podría haber sido muchísimo más grave. Tuve suerte de salir de ahí con solo algún golpe y rasguños.

—Me alegro —dije con una sonrisa.

No me creí su historia, pero no dije nada al respecto porque tampoco la conocía de nada. Nos quedamos calladas unos segundos, sin saber qué decir, cuando el camarero dejó mi copa sobre la barra junto con la cerveza de Sandra. Pagué el importe correspondiente, y volví a girarme hacia Miriam.

—¿Puede ser que tengas un hermano que se llame Max? —ni siquiera me planteé si esa pregunta sonaría rara, porque llevaba haciéndomela desde fin de año y necesitaba conocer la respuesta.

En realidad ya había intentado investigar el asunto, buscando a Miriam por redes sociales, pero al parecer les tenía la misma aversión que su hermano, porque no usaba ninguna.

—Sí —contestó con una media sonrisa que me recordó a la de Max, ya fuera porque sabía que era su hermana y les buscaba parecido o porque realmente el gesto era el mismo—. Y, ¿puede ser que tú seas Julia?

Ahí sí que me pilló desprevenida.

—¿Cómo sabes quién soy? —pregunté, intrigada.

—Max me habló de ti —contestó—. Era la primera vez que me hablaba de una chica en años, así que me acuerdo bien. Además, me mandó fotos de cuando fuisteis de acampada a una isla y salías en varias.

E, inevitablemente, volví a sonrojarme. Una se podía pensar que ha superado su problema con los sonrojos, pero cuando se ponía el nombre de Max sobre la mesa, siempre volvían.

—Oh —respondí, algo cortada—. Sí, estuve unas semanas en su casa, en Auckland.

—Lo sé —dijo, aunque era obvio porque acababa de decirme que tenía fotos mías en la isla—. A ver cuándo vuelve, este hombre, que ya tengo ganas de verlo. ¿A ti te ha dicho algo de cuándo viene?

—Eh... No hablamos demasiado... Por no decir nada —contesté, rascándome la nuca—. No he hablado con él desde que volví.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Él tampoco te ha dicho nada? Si estuvo hablándome de ti el verano pasado. ¿Acabasteis mal?

Me paré a pensar unos segundos, esforzándome para que el alcohol que había en mi sistema no me hiciera decir cosas de las que luego me arrepentiría. Al fin y al cabo, era la hermana de Max, y no quería que se pensara que estaba perdidamente enamorada y sufriendo por su hermano. Sí, Max me gustaba mucho, muchísimo, puede que fuera incluso algo más, pero tenía que aceptar que se había acabado.

—No. —Me encogí de hombros—. Simplemente... No sé, nos lo pasamos bien mientras estuvimos ahí, y ya está.

—¿Ya está? —Levantó una ceja—. ¿Seguro?

—Él vive en Nueva Zelanda —le recordé.

Miriam suspiró.

—Ya, en realidad es una putada. Pero oye, no estará ahí para siempre. Max me matará si sabe que te he dicho esto porque en el tema mostrar sus sentimientos es un poco negado, el hombre, pero yo creo que le gustabas mucho. Hace ya un tiempo que no me habla de ti, pero no sé, se lo veía contento cuando estabas en Auckland con él.

Mi corazón dio un vuelco y descarté el plan de olvidarme de Max, al menos en un futuro próximo, porque eso me daba esperanzas que iban a estar alimentando lo que sentía por él y, siendo honesta, era una mierda.

Al final hicimos otra ronda de bebidas además de la que ya habíamos pedido, pero ambas con Miriam y una amiga suya, Elena. El tema de Max no volvió a salir, pero también me fijé en que Miriam no hablaba demasiado sobre su vida, solo hacía preguntas y hablaba de cosas banales, sin revelar demasiada información.

Incluso nos dimos los números y descubrí que, aunque pensaba que no, Miriam sí tenía una cuenta de Instagram, solo que no ponía su apellido y por eso no la había encontrado. En ella, había varias fotos en las que salía con un hombre alto y de piel pálida, que supuse que sería su novio, e incluso encontré, horas más tarde, cuando ya estaba en mi cama, una foto en la que salía con Max, en el sofá de la que supuse que sería la casa de sus padres.

Y Max salía tan sonriente, tan feliz, y hacía tanto que no veía una foto de él que no hubiera visto antes, que no pude evitar dejar volar mi mente, una vez más, de vuelta a Auckland, al verano pasado, a él.

Diecinueve

El calor había vuelto. Parecía mentira que hubiera pasado tanto tiempo, pero había estado tan ocupada estudiando y pasándolo bien —a partes iguales— que apenas lo había notado.

—Sesenta —concluyó Fede sentado en mi cama, sin camiseta, mientras repasábamos los apuntes para los exámenes finales, para los que quedaban apenas un par de días.

—Pero, ¿qué dices? —contesté con una carcajada—. ¿Cómo va a dar sesenta?

Al final resultó que el cálculo de Fede sí había sido correcto, me había equivocado yo, y él se aseguró de restregármelo por la cara durante un buen rato. Me estresé un poco porque había cometido un fallo muy básico y quedaba muy poco para los finales, pero seguramente había sido el cansancio.

Miré a Fede, que se rascaba el hombro desnudo mientras leía una de las hojas de apuntes que había desparramadas por mi cama. Acabábamos de comer y estábamos haciendo un último repaso antes de que yo tuviera que ir a trabajar.

El sexo con Fede era bueno, y mucho. Cada vez pasábamos más tiempo juntos y, aunque al principio eso me asustaba, ya estaba aprendiendo a dejarme llevar, y debía admitir que me gustaba. Fede me gustaba. No sabía adónde nos llevaría lo que teníamos, pero cada vez me sentía más dispuesta a descubrirlo. No habíamos definido nada, no nos habíamos puesto ningún título y parecía que por el momento iba a bien; al menos a mí, no me hacía falta nada de eso.

—¿Un último antes de que te vayas? —me propuso mientras me preparaba para ir a trabajar, besando mi hombro por detrás.

Sus manos acariciaron mi cintura y me estremecí, pero recuperé rápidamente la compostura. Reí y acaricié su pelo oscuro.

—No nos da tiempo —contesté.

Tenía ganas, pero si empezábamos íbamos a estar bastante más de cinco minutos, y ese era todo el tiempo que tenía. Dejé un beso en sus labios, y él sonrió antes de empezar a vestirse.

Salimos juntos de mi casa, y decidió acompañarme al trabajo. Las calles de mi barrio volvían a estar más llenas de lo normal, síntoma inequívoco de que el verano y la temporada alta del turismo habían llegado. Técnicamente seguíamos en primavera pero, exceptuando la agradable brisa aún refrescante que corría por la noche, hacía un calor horroroso.

Por el camino, recibí un mensaje de Sandra diciéndome de quedar para cenar con Andrea. Últimamente no nos habíamos visto demasiado, porque cada una estaba liada con su carrera y en época de exámenes se hacía complicado quedar si no era para estudiar, y las bibliotecas solían estar llenas así que esa opción quedaba descartada. Contesté que ahí estaría y volví a guardar el móvil.

Mi vida social se estaba viendo afectada por los exámenes, pero tampoco era algo que me preocupara en exceso porque, estando a las puertas de las vacaciones de verano, ya tendría tiempo para hacer cosas con mis amigas.

Habían pasado muchas cosas en los últimos meses. Contra todo pronóstico, Andrea había empezado a salir con un chico llamado Aitor, y su historia con Nico al final había terminado en nada. Sandra seguía en su línea, pero estudiando mucho más de lo normal. En cuanto a Claudia, se había animado a contarme que estaba conociendo a una chica, amiga de una amiga, pero no

había podido sonsacarle mucha más información.

También había visto a Miriam, la hermana de Max, unas cuantas veces antes de que los estudios hubieran absorbido mi vida. En lo que se refiere al asunto del hospital, no había vuelto a ver señales de alarma. No más marcas en la cara, ni en ningún lado. Quizás no me había mentido, y cuando nos habíamos conocido en el hospital realmente había tenido un accidente de moto. Algo en mi cabeza me impedía llegar a creérmelo, pero tampoco podía culpar a nadie basándome en suposiciones. Seguía preocupada por ella, aunque no quedaba para tomar algo con ella por lástima, ni siquiera por Max. Miriam me caía bien. No hablábamos nunca de Max. Ella sabía que era un tema sensible y que no quería hablar de ello.

Diez meses hacía ya que había vuelto de Nueva Zelanda, y Max Elizalde seguía en mi maldita cabeza. No tanto como antes, eso era cierto, pero era como si se hubiera clavado en mis entrañas y se negara a salir, como una espina que no me podía quitar. Sobra decir que seguíamos sin haber hablado, pero es que ya no tenía sentido intentar hablar con él, había pasado demasiado tiempo. Solo quedaba terminar de aceptar que no iba a pasar nada más, y la verdad es que su ausencia y la falta de noticias sobre él estaban ayudando a ello.

Me despedí de Fede justo después de que él saludara a Adri —quien, sorprendentemente, había llegado antes que yo— y entré en la tienda.

—Hace un calor horrible aquí dentro —me quejé—. ¿Aún no han arreglado el aire?

El aire acondicionado llevaba más de una semana sin funcionar, y habíamos instalado un par de ventiladores de forma provisional, pero no servían de mucho. Y menos aún si Adri y su impresionante capacidad de resistir el calor se olvidaban de ponerlos en marcha.

—No tiene pinta de que vayan a arreglarlo pronto —contestó, terminando de subir la persiana de la tienda para indicar que estaba abierto, mientras yo encendía los ventiladores.

—Pues a mí cualquier día de estos me va a dar algo —dije, abanicándome con una libreta que había encima del mostrador.

—Eres una exagerada —contestó con una sonrisa de lado—. Ni siquiera es verano del todo.

—No, qué va. —Rodé los ojos.

—Oh, por cierto —me dijo mientras iniciaba sesión en el panel de la caja registradora—. Max ha vuelto. Esta noche salimos a cenar, ¿te vienes?

Espera, ¿qué?

Se me cortó la respiración durante un segundo, y cuando asimilé lo que acababa de decirme fue como si me cayera un balde de agua fría encima.

—¿Max ha vuelto? —pregunté, haciendo ver que ordenaba una estantería para que no se notara lo nerviosa que me había puesto de repente.

—Sí, volvió ayer por la noche —contestó—. ¿No te lo ha dicho Miriam? El tío debe de estar durmiendo como un oso ahora. Entre la escala y tal, ha estado viajando durante más de treinta horas.

—Y, ¿cuándo se vuelve a ir? —pregunté, con la esperanza de que me dijera “ah, no, ya no vuelve a irse, Max se queda para siempre”, o algo que me aliviara, pero no fue así.

—Se queda hasta finales de agosto, creo —respondió.

Casi tres meses. Iba a quedarse casi tres meses, y luego se iría de nuevo. Joder.

—Ya me dirás qué tal está —murmuré, cambiando unas prendas de sitio.

—Puedes preguntárselo tú misma. —Adri me miró—. Max no muerde... O puede que sí. Lo sabrás tú mejor que yo, pero no tengo ganas de saber lo que le gusta hacer mientras folla.

Pese a lo tensa que estaba, no pude evitar reírme. Adri tenía esa habilidad de quitarle la seriedad a las cosas, y en ese momento lo agradecí mucho.

—Tampoco iba a contártelo —respondí, intentando desviar un poco el tema, convertir esa conversación algo gracioso y dejar de pensar en que Max estaba en Barcelona.

—Eso espero. Entonces, ¿vendrás?

—He quedado para cenar —contesté.

Me miró con una ceja levantada.

—¿Justo hoy? —cuestionó—. Llevas días encerrada en casa estudiando, y justo esta noche has quedado para cenar. Julieta, que es Max, sabes que es buen tío. No sé exactamente lo que pasó entre vosotros, pero... Bueno, tú sabrás.

Precisamente ese era el problema, que era Max. No podía arriesgarme a vivir eso de nuevo, a caer por él como una tonta y luego tener que pasar más meses intentando olvidarlo.

—No te estoy mintiendo —aclaré, porque era cierto—. He quedado para cenar con Sandra y Andrea.

—Uy, necesitaré un justificante firmado por Sandra y Andrea para dejártelo pasar —bromeó, y volví a reír—. En fin, es cosa tuya. Max me preguntó por ti cuando hablamos por teléfono, ayer, cuando llegó. Llevaba siglos sin preguntar por ti.

—¿Había preguntado por mí antes?

—Alguna vez —contestó, encogiéndose de hombros.

No pregunté más porque, aunque Adri no se enteraba de nada y tener miedo a que se diera cuenta de todo lo que sentía por su amigo era una tontería, no quería hacerme más daño a mí misma echándole sal a la herida.

El resto de la tarde pasó rápidamente. Vino más gente de lo normal, pero no creo que se debiera a nada en concreto, solo que había mucha gente masoquista que quería salir de compras con ese calor infernal. La primera hora me la pasé comiéndome la cabeza con lo de Max, pero luego conseguí apartarlo de mi mente lo suficiente como para hacer mi trabajo bien y calmar esos nervios.

Cerramos a las nueve, como siempre, y estuvimos cerrando la caja y ordenando la tienda menos rato del normal. Como ambos habíamos quedado para cenar a las nueve y media —aunque en sitios distintos, por suerte— nos pusimos las pilas recogiendo, y a y cuarto ya teníamos la persiana de la tienda bajada, confirmando el fin de nuestra jornada laboral.

Nos despedimos rápidamente. Adri se fue hacia su moto, que estaba aparcada no muy lejos de la puerta del local, y yo bajé la calle caminando lo más rápido que pude para coger el metro, pero a medio camino cambié de idea y di la vuelta. No me apetecía en absoluto meterme en el metro, que a esas horas estaba abarrotado de gente. Estaba estresada y los nervios me provocaban ansiedad, y todo por lo que Adri me había dicho. ¿Cómo podía seguir dejando que me afectara así? Me moría por ver a Max, pero sabía que luego iba a ser peor cuando volviera a irse. No sabía qué hacer.

Decidí caminar, con los auriculares puestos, y dejar que la música me relajara mientras iba hacia el restaurante en el que había quedado con mis amigas. Las avisé con un mensaje de que llegaría diez minutos tarde. Andrea dijo que ella acababa de salir de su casa, lo que significaba que llegaría un poco antes de y media, y Sandra ni siquiera contestó, lo que probablemente significara que estaba terminando de ducharse a ultravelocidad porque, para variar, iba a llegar tarde.

Conseguí llegar a las diez menos cuarto. Andrea ya estaba allí, y pasaron otros cinco minutos hasta que Sandra llegó. Suerte que, al ser un restaurante asiático barato, normal y corriente no hacía falta reservar.

—Max ha vuelto —comenté casualmente mientras cogía sushi con mis palillos.

Mojé el rollo de arroz en la salsa de soja sin mirar a mis amigas, pero se quedaron en silencio. Cuando las miré otra vez, Sandra tenía las cejas levantadas y Andrea una sonrisa tonta en la cara. —¿Lo has visto? —me preguntó la segunda.

Negué con la cabeza.

—¿Te lo vas a follar otra vez? —preguntó Sandra con su tosquedad habitual.

La miré como si hubiera enloquecido y volví a negar con la cabeza.

—No estoy loca —contesté.

—Pero por él, sí —me recordó.

Suspiré.

—No sé cómo sentirme al respecto, la verdad —confesé.

—¿Va a volver a irse? —preguntó Andrea, y asentí con la cabeza—. ¿Cuándo?

—En tres meses.

—Tienes dos opciones: volver a lo que tenías con él, ser feliz un tiempo y, cuando se vaya, pasarlo mal otra vez; o pasar de él —explicó Sandra con honestidad—. Dudo que puedas resistirte a sus encantos de chico guapo, pero todo se puede conseguir en esta vida. Además, tienes a Fede.

Ojalá solo fuera porque es guapo, pensé.

—No es cuestión de si tengo a alguien o no, ese no es el tema —contesté—. No necesito a Max, ni a Fede, ni estar con nadie. Son mis sentimientos lo que me preocupa, porque no puedo resistirme a Max, tienes razón. De hecho, sí que puedo, pero no sé si quiero.

Sandra solo sonrió.

—Esa es mi chica —dijo, como una madre orgullosa.

Solté una carcajada, pero luego volví a serenarme.

—Eso no soluciona mi dilema.

—Eso, Julia, está en tus manos.

Veinte

La primera noche después de mi último examen final dormí durante doce horas. Un sueño ininterrumpido, largo y que me era muy necesario. Desperté a las diez de la mañana y me quedé un buen rato en la cama, saboreando la sensación de estar, por fin, de vacaciones.

Inevitablemente, el tema que había conseguido apartar de mis pensamientos para poder concentrarme en los exámenes volvió a instalarse en mi mente: Max estaba en Barcelona, y ya hacía una semana.

La verdad es que no sabía ni por qué estaba comiéndome tanto la cabeza, al fin y al cabo hacía casi un año de lo nuestro; probablemente habían pasado muchísimas cosas en su vida, puede que incluso tuviera pareja. Puede, también, que se hubiera olvidado de mí. Diez meses son mucho tiempo, y aunque hubiera preguntado por mí a sus amigos tiempo atrás, seguramente no tenía las mismas dificultades para superar a la gente que tenía yo.

Suspiré, aún echada en la cama, y decidí levantarme porque quedarme ahí tendida pensando no iba a aportarme nada bueno. Me puse los primeros pantalones de chándal que encontré, y salí de mi habitación vistiendo eso y la camiseta larga que usaba para dormir.

Me preparé una infusión junto con un desayuno elaborado porque, por una vez, tenía tiempo, y me senté a tomármelo mientras miraba los mensajes en mi móvil. De la gente de mi universidad nadie había dicho nada, y asumí que estarían aprovechando que podían dormir más horas, como yo. Estaba contestando a un mensaje de Sandra cuando recibí uno de Fede.

Fede: *¿Nos vemos?*

Lo contemplé unos segundos. ¿Me apetecía pasar un buen rato, con buena conversación y buen sexo? Sí. Mi padre estaba trabajando, y Claudia estaba en clase. Por otro lado, por algún motivo sentía que, ese día, no estaba para eso. Aun así, tardé poco en darme cuenta de que mi cerebro traicionero estaba conectando esas pocas ganas al hecho de que Max estuviera a pocos kilómetros de mí, así que intenté bloquear esa idea.

Julia: *Claro :)*

Dos horas más tarde estaba de nuevo echada en mi cama, pero esta vez desnuda y con Fede a mi lado. Ambos estábamos sudados, y yo tenía una sonrisa de satisfacción en la cara. Fede rió cuando me miró.

—Alguien necesitaba un polvo.

—¿Después de todos estos exámenes? Creo que los dos lo necesitábamos —contesté.

La verdad es que, para aliviar estrés, me había ido genial. Además, siempre estaba bien pasar tiempo con Fede. Podríamos decir que seguíamos en esa fase típica de conocernos, pero no le veía defectos por ningún lado. Era amable, simpático, con un sentido del humor muy particular pero que solo le daba más encanto, y además era bueno en la cama. Mi mente masoquista se sintió tentada a compararlo con Max, que seguía siendo el que más placer me había dado en la cama —se había preocupado de que llegara al orgasmo todas y cada una de las veces que lo habíamos hecho; con eso lo digo todo—, pero le di una patada a ese pensamiento porque me habría hecho sentir fatal.

Él soltó una carcajada y se giró para dejar un beso en mi hombro. Volví a sonreír y él se levantó de la cama.

—¿Quieres salir a comer? —propuso, poniéndose los calzoncillos.

Miré la hora en mi móvil: la una.

—Les había dicho a mis abuelos que comería con ellos —contesté, y Fede asintió con la cabeza.

—Otro día, entonces. ¿Qué planes tienes para el verano?

Me paré a pensar unos segundos. Realmente tampoco había hecho muchos planes, pero algo había.

—Seguramente vaya a la Costa Brava con Sandra, Andrea y quien se una —contesté—. ¿Quieres venir?

—¿Cuándo? —preguntó, interesado.

—En julio, probablemente.

—Estaré en Argentina todo ese mes —me dijo, aunque ya me lo había contado antes. Se iba a ver a su familia, ya que sus abuelos, tíos y primos seguían ahí.

—Es verdad, ya me lo comentaste.

Terminó de vestirse, y se puso un poco serio. Me extrañó, porque con él siempre era todo risas y alegría, pero cuando se sentó en la cama me di cuenta de que quería decirme algo, y para ser honesta entré un poco en pánico.

—Julia —me llamó, y lo miré—. Sé que no hemos hablado esto, y supongo que ya sabes que me gustas, pero quería preguntarte... ¿Qué somos? Porque joder, me gustas un montón y podría estar bien llevar lo nuestro a otro nivel.

Ahí estaba, la pregunta del millón. Tuve que reprimir el impulso de respirar hondo, porque habría quedado bastante mal en esa situación. ¿Qué éramos Fede y yo? Amigos que tenían sexo y lo pasaban muy bien. Fede me gustaba, y desde hacía meses pero, por estúpido que pudiera parecer, seguía sin sentirme preparada para tener algo más. A la vez, no quería perderlo, pero el sentimiento que dominaba a los otros dos era el de que no quería jugar con él, y en mi mente se había instalado una alarma desde hacía una semana que me iba repitiendo que Max estaba en Barcelona y que sería tonta si no lo aprovechara, así que decidí ser honesta.

—A mí también me gustas, y mucho —confesé, y él sonrió un poco—. Me gusta lo que tenemos, pero no sé si estoy lista para llevarlo más allá. No te voy a mentir: hay alguien a quien no he olvidado, y no quiero estar contigo si estoy pensando en alguien más.

Era la decisión más sabia y más estúpida, a partes iguales, que había tomado en mucho tiempo. Sabía, porque Fede no se merecía que estuviera con él mientras en mi mente seguía apareciendo la imagen de Max —desnudo, la mayoría de las veces— con corazoncitos a su alrededor, y me habría hecho sentir muy culpable. Estúpida, porque hacía diez meses de lo mío con Max, y ni siquiera sabía si a él le importaba lo más mínimo. Ya me tocaba pasar página, pero es que cada vez que sentía que lo había superado tenía otra noticia de él —ya fuera que había preguntado por mí, o que había vuelto—, como si se negara a salir de mi cabeza.

—Lo entiendo —contestó, y me pareció tan honesto que me sentí aún peor por haberle dicho eso—. Superar a alguien toma su tiempo, me ha pasado y lo sé, pero si quieres podemos seguir viéndonos así, ya sabes, en tu cama.

Sonreí.

—Me encantaría.

Pasé el resto del día dándole vueltas al asunto. Comí con mis abuelos y se fijaron en que estaba más ausente de lo normal, así que dedujeron que me había enamorado, cosa que tampoco estaba alejadísima de la realidad, pero no era el caso. O, al menos, eso creía.

A las cinco de la tarde estaba trabajando, con Adrián al lado hablando de tonterías para no morirnos del aburrimiento, e interrumpí nuestra profunda conversación sobre si la nueva

temporada de Black Mirror iba a cumplir nuestras expectativas para ir al almacén a buscar papel para hacer las etiquetas, que se nos había acabado. Aproveché el viaje para echar un rápido vistazo a mi móvil, y vi que tenía tres llamadas perdidas de Miriam. Aunque me supo fatal, relacioné su nombre rápidamente con Max, y pensé que quizás sus llamadas tenían algo que ver con él, pero luego empecé a preocuparme, y muy acertadamente. Decidí devolverle la llamada, y contestó al primer tono.

—*Julia* —me dijo con un hilo de voz temblorosa—. *Necesito ayuda.*

Mi mente fue a las heridas del día que la conocí, en el hospital, y empecé a preparar las cosas en mi bolso para salir.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—*Es... Es complicado* —murmuró—. *¿Puedes venir? Sé que estás trabajando, pero...*

—Dime dónde estás, ahora mismo voy —contesté.

Me dijo que estaba en el portal de la casa que compartía con su novio, y salí del almacén con el bolso colgado del hombro.

—Tengo que irme, es una emergencia —le dije a Adri sin ni siquiera parar de caminar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Es complicado —repetí las palabras de Miriam porque tampoco quería decirle nada a Adri. Él la conocía, y si me había llamado a mí en vez de a alguien de su familia era porque probablemente no quería que lo supieran.

Llegué a la dirección que ella me había dictado y entré en el edificio porque la puerta estaba abierta. Empecé a subir las escaleras con la intención de ir a su piso, pero no me hizo falta porque me la encontré ahí sentada, en medio de las escaleras, abrazándose las piernas y mirándome con los ojos llenos de lágrimas. Vi un moretón en su pómulos izquierdo, pero nada más, al menos nada visible.

—Lo siento —fue lo primero que me dijo—. No sabía a quién llamar. Ya no me queda nadie...

Seguía llorando mientras me lo decía, y me acerqué a ella para abrazarla. Cuando lo hice soltó un quejido y me aparté. Sin preocuparme de que fuera adecuado, le levanté la camiseta y mis ojos se abrieron de par en par. Decenas de enormes hematomas se esparcían por su torso, y no quise ni necesité ver más.

—Nos vamos al hospital ahora mismo.

—No... No puedo —murmuró—. ¿No puedes mirármelo tú? Eres enfermera...

Podría haber tratado esos hematomas con hielo, y el corte que me fijé que había en su brazo, que probablemente necesitaría puntos, se lo podría haber apañado de alguna manera, pero ni tenía el material ni quería que ella dejara eso pasar. En el hospital harían una denuncia, y era lo que necesitaba para parar eso de una vez por todas.

—Solo estoy en primero de enfermería —le recordé—. Ese corte tiene muy mala pinta, y si no te lo cierran ya se pondrá mucho peor.

Asintió con la cabeza lentamente, sorbiendo por la nariz, y nos levantamos. Llamé a un taxi mientras salíamos y llegó en pocos minutos. Miriam no dijo nada por el camino, pero noté que, por el color que iba cogiendo su mano y lo poco que la movía, era posible que estuviera rota.

—¿Tus padres lo saben? —pregunté, y negó con la cabeza—. ¿Max?

Volvió a negar con la cabeza, y suspiré.

—Ha sido él, ¿verdad?

Cuando asintió con la cabeza, sin decir nada como si le aterrara la idea de darme más información al respecto, me sentí culpable. Culpable por no haber notado que era tan grave antes, por no haberle preguntado pese a mis sospechas. Si hubiera hecho algo antes, esto no habría

pasado... o quizás sí. No había forma de saberlo, pero en ese momento no tenía tiempo para sentirme culpable.

Llegamos al hospital y la atendieron con rapidez porque no había demasiada gente, además de que la enfermera seguramente pudo notar en la voz alterada de Miriam cuando le pidió los datos que era un caso grave. Aun así, tardaron diez minutos que aproveché para volver a sacar el tema.

—Tienes que salir de ahí —le dije—. Tienes que hacerlo, o será peor. No va a mejorar nunca, Miriam.

Ella se quedó callada unos segundos, mirando el asiento vacío que había delante de nosotras.

—Si lo dejo sí que será peor —contestó, con la voz temblando de miedo.

—El hospital hará una denuncia —le expliqué, y me miró con los ojos muy abiertos, señal de que la idea no le hacía ninguna gracia, así que se lo aclaré—. No se lo dirán a él. Quedará en tus manos si quieres llevarla adelante o no. En tu historial estarán anotadas las heridas de la otra vez, y las de todas las veces que hayas venido. No podrá ni acercarse a ti. Además, me tienes a mí, tienes a tus amigos y a tu familia.

No sabía si tenía una situación familiar complicada, pero nunca me lo había parecido así que decidí tomar el riesgo.

—Ellos no saben nada —murmuró—. ¿Cómo se lo voy a decir? Ya les he hecho mucho daño...

—Eres su hija —le recordé, aunque ni siquiera sabía qué daño les había hecho, pero cualquier madre o padre con dos dedos de frente estaría con su hija en un caso así—. Estarán contigo.

—Y Max... Oh, joder, Max —sollozó—. No sé qué le voy a decir. Se pensará que soy tonta.

La cogí de la mano que no tenía herida y la miré.

—No eres tonta. Esto podría haberle pasado a cualquiera, y tiene solución. Solo tienes que atreverte a dar el paso, y todos estaremos contigo.

Ella solo asintió. Entonces apareció la enfermera, llamándola por su nombre como el día en que la había conocido en el hospital, pero la diferencia era que, esta vez, no estaba sola.

—Llama a Max —me pidió, reprimiendo otro llanto, cuando se iba hacia el consultorio—. Dile que venga, que lo necesito. Sé que no quieres hablar con él, pero...

—Lo llamaré —le aseguré.

Ni siquiera noté los nervios por tener que llamar a Max, ni la incertidumbre de qué ocurriría si lo veía, solo busqué su nombre en mi agenda, pero justo antes de presionar al botón de llamar vi que el número que tenía era el que usaba en Nueva Zelanda, y supuse que no usaría el mismo en Barcelona. Lo solucioné con una rápida llamada a Adri para pedirle el número, y cuando me lo dio y lo tuve en la pantalla, delante de mí, empecé a sentirme nerviosa.

Sacudí la cabeza para dejarme de tonterías, y presioné a llamar. Por cada tono que sonaba, mi ansiedad iba en aumento, hasta que contestó.

—¿Sí? —preguntó, seguramente sin tener mi número por el mismo motivo por el que yo no tenía el suyo.

Y su voz me trajo tantos recuerdos que se me hizo incluso complicado articular las palabras que quería decir, pero una vez más me armé de valor porque, esta vez, era importante.

—Soy Julia —dije, y antes de que él pudiera contestar, seguí—. Estoy con tu hermana. Es una emergencia, me ha pedido que vengas.

Pude escuchar a Max respirar hondo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, pero no estaba en mis manos explicárselo, tenía que hacerlo ella.

—Estamos en el Vall d'Hebrón, en urgencias, es importante —insistí—. Ven lo antes posible.

Cuando escuchó el nombre del hospital, se quedó callado unos segundos.

—*Ahora mismo voy.*

—Hasta ahora —contesté, y terminé la llamada.

Me quedé sentada en la sala de espera, jugando con mis manos de forma nerviosa. Me puse a mirar Instagram para distraerme, y sirvió durante un corto plazo de tiempo, pero luego mis pensamientos sobre el hecho de que en unos minutos iba a volver a ver a Max tomaron el papel protagonista. No sabía si estaba preparada, aunque ni de broma iba a irme antes de que él viniera y dejar a Miriam ahí. Además, ¿cuándo iba a estar preparada para ver a Max? Si me ponía así, nunca, pero era algo que habría tenido que afrontar en algún momento. Solo esperaba que el verlo no me dejara hecha polvo, porque no quería pasarme las vacaciones pensando en él.

Miriam salió veinte minutos más tarde, con el corte cosido y tapado, y la mano vendada. Me dijo que estaba rota, y que le habían puesto tres puntos en el corte. Yo solo pensaba en Max y en matar al malnacido del novio de Miriam, Oscar. ¿Cómo podía haber gente que le hiciera eso a su pareja? Tendrían que estar todos en la cárcel, pero la mayoría, incluso con denuncias, ni siquiera llegaban a pisarla.

—Creo que no ha sido una buena idea —dijo Miriam, nerviosa.

—¿El qué? —pregunté.

—Lo de que llamaras a Max —contestó—. No sé qué decirle, ni qué me dirá él. Sonará estúpido porque es mi hermano, pero siempre me ha preocupado lo que piense de mí, y mira que parece que le dé igual todo.

—Tú no le das igual —aclaré—. Me habló de ti muchas veces cuando estuve con él.

—Ya lo sé, sé que se preocupa por mí, y por eso antes cuando estaba nerviosa quería que viniera, porque él siempre ha estado ahí para mí, incluso viviendo en Nueva Zelanda —contestó—. Tú tampoco le das igual, aunque sé que lo piensas. Desde que sabe que nos llevamos bien ha intentado colarme preguntas sutiles, pero se le nota desde China que sigue pensando en ti.

Noté que estaba intentando cambiar de tema pero se lo permití porque entendí que quisiera hablar de otra cosa, y porque estaba muy concentrada intentando no emocionarme con lo que me había dicho, pero no tuvimos tiempo de seguir hablando.

—Max —dijo Miriam, mirando hacia la puerta de entrada de urgencias, y se levantó con los ojos volviéndose a llenar de lágrimas.

Me giré hacia donde ella empezaba a caminar y ahí estaba él, que incluso con esa cara de preocupación estaba tan guapo que dolía, y sus ojos verdes se desviaron un momento de su hermana para mirarme a mí. No me molesté en apartar la mirada, y él no mostró ninguna expresión porque volvió a mirar a su hermana y la abrazó con fuerza mientras ella sollozaba entre sus brazos. Le susurró palabras tranquilizadoras al oído y dejé de mirar, porque sentía que estaba metiéndome en un momento importante entre ellos.

Cuando se separaron, me levanté y fui hacia ellos.

—Hola —lo saludé casualmente, como si no llevara diez meses sin verlo—. ¿Te quedas con ella? Tengo que volver al trabajo.

—Julia —dijo mi nombre casi con alivio, y tuve que reprimir el impulso de tocarlo—. Sí, me quedo con ella. Gracias, de verdad.

—Faltaría más —contesté, y miré a Miriam—. Si necesitas cualquier cosa llámame, escíbeme, o lo que sea.

—Sí. —Ella asintió con la cabeza—. Gracias, Julia. Te debo una enorme.

—No me debes nada. —Sonreí—. Solo cuídate, ¿vale? Te iré a ver lo antes que pueda.

Cogí mi bolso de la silla en la que había estado más de media hora sentada.

—Adiós —les dije a ambos, acompañando mi despedida con un movimiento de mano.

Miriam solo sonrió, y Max me miró.
—Adiós, Julia.

Veintiuno

—Julia, ¿estás ahí? —me preguntó Sandra, haciéndome volver a la realidad.

Parpadeé varias veces, sentada en el sofá de casa de Andrea, y centré la atención en mi amiga, que me estaba contando no sé qué de un tío con el que se había liado unos días atrás, pero hacía rato que había dejado de prestarle atención, y me cuando me di cuenta me sentí muy mala amiga.

—Joder, lo siento —contesté, medio aturdida—. ¿Por dónde ibas?

—El resumen es que el tío ese no sabía usar las manos como Dios manda —me explicó—. ¿Dónde tienes la cabeza?

¿*Dónde la voy a tener?*, le pregunté mentalmente, con más sarcasmo del que me habría gustado, pero no había profundizado con ella en el desastre mental que tenía desde que había visto a Max porque no quería ser pesada con ese tema.

—Perdona, estaba distraída —me disculpé.

Sabía que Sandra no iba a tomarse mal que me distrajera mientras me contaba sus desgracias, entre otras cosas porque ella también lo hacía a menudo, pero eso no quitó que me sintiera mal.

—Está pensando en Max —concluyó Andrea, que seguía teniendo su película mental en la que Max y yo, al final, éramos felices y comíamos perdices.

—No estaba pensando en él —mentí.

—¿En Fede? —inquirió Andrea.

—Hay más cosas a parte de hombres en mi vida —rebatí, porque era verdad, aunque en ese momento estuviera pensando en un hombre. Decidí cambiar de tema, porque no quería entrar en el ciclo infinito de mis dudas con respecto a mi vida amorosa—. Y, ¿qué tal con Aitor? Sigo sin entender qué pasó con Nico.

Andrea procedió a explicarnos el complicado proceso mental por el que había pasado para decidir que Nico y ella no estaban destinados a estar juntos, y esta vez me centré en prestar atención, aunque las imágenes de Max entrando en la sala de urgencias del hospital, una semana antes, no dejaban de reproducirse en mi cabeza. El condenado estaba tan guapo como siempre, con el pelo algo más corto y un poco más moreno, lo que le daba incluso más encanto, y mira que parecía imposible.

Había ido a ver a Miriam a casa de sus padres un par de veces desde entonces —en una ocasión con Sandra—, e incluso había conocido a su madre, que tenía los ojos claros como su hijo mayor. Pilar —la madre— me había agradecido mil veces que hubiera ayudado a su hija, y la verdad es que me había caído muy bien. Max no había estado en casa ninguna de las dos veces que había ido, y en el fondo lo prefería así. Si con solo verlo una vez mi mente ya me estaba torturando, no quería ni imaginarme cómo sería si lo viera más. Necesitaba distraerme. Me estaba rayando por tonterías.

—¿Queréis salir esta noche? —propuse cuando hacía ya un rato que no hablábamos de nada en concreto—. Todavía no hemos celebrado que hemos terminado los exámenes.

Así que salimos de fiesta. Y bailamos, nos abrazamos, bebimos bastante y nos reímos muchísimo. Apenas pensé en lo que llevaba días preocupándome, solo me centré en pasármelo bien con mis amigas. Fue un alivio, la verdad, como un descanso de todas las preocupaciones. No ocurrió nada destacable, pero para eliminar el estrés y dejar de pensar me fue

maravillosamente. Terminé volviendo a casa a las seis de la mañana, y me quedé dormida en cuanto toqué la cama.

—Alguien tiene resaca —observó Adri con una sonrisa divertida cuando entré a trabajar, con las gafas de sol puestas y el pelo recogido de cualquier manera.

—Solo un poco —mentí con una sonrisa, y Adri rio.

—Mientras no te mueras aquí en medio, no hay problema.

Empecé la jornada laboral con poquísima energía y mirando al reloj constantemente. No me encontraba mal, pero el haber dormido en un horario tan distinto al habitual me había dejado descolocada, y estaba cansada.

—Voy a ir con Pablo a hacer birras cuando salga, ¿te apuntas? —me propuso Adri, refiriéndose a un chico de su grupo de amigos con el que había coincidido varias veces.

Me quedé pensando unos segundos, buscando excusas para decir que no, pero pronto me di cuenta de que ni siquiera sabía por qué no quería ir, solo estaba acostumbrada a declinar sus ofertas. No tenía clases al día siguiente, ni exámenes, ni nada, así que ¿por qué no?

—Claro —contesté, encogiéndome de hombros.

—¿Me has dicho que sí? —Se llevó una mano al pecho como si estuviera en *shock*—. Creo que me voy a desmayar.

Lo miré como si fuera imbécil, pero no pude ocultar una sonrisa.

Contemplé el hecho de que Max pudiera aparecer por ahí, pero también descarté ese pensamiento porque tenía que dejar de no ir a sitios y de preocuparme por no verlo. Compartíamos amigos y vivíamos en el mismo barrio, algún día íbamos a encontrarnos, e iba a estar bien. Tenía que dejar de permitir que me afectara tanto.

En cuanto la tienda estuvo cerrada, poco antes de las nueve y media, caminamos hasta una plaza cercana con varios bares, y Pablo ya nos esperaba en la terraza de uno de ellos.

—¡Pero si ha venido Julia! —exclamó al vernos.

—Oye, ni que fuera algo tan raro —contesté, sentándome a su lado.

Pablo me miró con una ceja levantada.

—Si empezaba a creer que nos tenías miedo o algo así —dijo, y solté una carcajada.

—Solo un poco —bromeé.

Me pedí una clara y ellos una mediana cada uno. Adri empezó a contarnos, para variar, lo que le estaba haciendo a su coche, y aunque no entendí ni la mitad, al menos parecía que Pablo tampoco. Adri era una de esas personas tan transparentes que te lo cuentan todo de su vida, aunque sean conscientes de que no les sigues la corriente, la mayoría de las veces porque ni siquiera sabes de qué habla.

—¿Y los demás? —preguntó Pablo justo después de que le trajeran la segunda cerveza.

—Max tiene no sé qué con su familia —contestó Adri—. Una cena, creo. Albert está liado currando hasta las mil, y Miguel... No tengo ni idea de dónde está Miguel. A lo mejor se ha muerto y no nos hemos ni enterado.

Pablo rio y yo sonreí, terminándome la clara de un trago.

—Oye, ¿dónde está Raquel? —me dio por preguntar, ya que hacía días que no la veía por la tienda.

—Trabajando muchísimo —contestó Adri—. Está de muy mala leche últimamente, pero no la culpo. Solo temo por mi vida, eso es todo.

—Creo que todavía no sé exactamente de qué trabaja —comenté, ya que no me sonaba haber

hablado el tema con ella. De hecho, cada vez que había salido el tema me había dicho que no tenía ganas de hablar del trabajo, que estaba harta.

—Trabaja en una agencia de viajes —respondió él—, y ahora que es verano están saturados.

—Suen a putada —dije, y los dos chicos asintieron con la cabeza.

Pablo se encendió un cigarro, y me recordó a Sandra. Se me ocurrió que, ya que vivía prácticamente al lado de esa plaza, a lo mejor quería pasarse, así que le mandé un mensaje invitándola, y a los pocos minutos contestó diciendo que se vestía y venía.

—¿Queréis jugar a cartas? —propuso Adri de repente, estirándose hacia atrás con los brazos levantados antes de volver a sentarse bien.

—Claro —asentimos Pablo y yo a la vez.

Pedimos la baraja de cartas que sabíamos que siempre había en el bar y empezamos a jugar al póquer —cabe decir que ninguno de los tres sabíamos jugar, hasta el punto en que tuvimos que buscar las reglas en Internet— pero nos cansamos pronto y pasamos a jugar al mentiroso.

—Pero, ¡serás mentirosa! ¡Embustera, farsante! —me estaba gritando Adri cinco minutos más tarde, cuando había ganado la primera partida con una mentira.

—El juego va de eso —le recordé, y me miró con odio fingido justo antes de que su mirada se desviara hacia detrás de mí.

—¡Pero mira quién ha decidido venir! —exclamó, dando una palmada.

Ni siquiera me giré porque asumí que sería Sandra, seguí mezclando las cartas para jugar otra partida y, cuando escuché la silla de mi lado moverse, giré la cabeza ligeramente para encontrarme con que no era Sandra, ni de lejos.

—Hola —me saludó Max casualmente, y me quedé callada mientras se sentaba a mi lado.

Diez segundos. Diez segundos llevaba Max ahí, y ya empezaba a parecer tonta. Genial.

—¿Cómo es que has venido? —pregunté con una sonrisa muy bien fingida. Que no es que estuviera sufriendo ni nada, no me costó sonreír, solo que no me esperaba que fuera él, estaba sorprendida y no quería que se notara.

—Pensaba que no podría venir porque mis padres querían ir a cenar fuera, pero al final se han rajado, así que aquí estoy —contestó, y miró el montón de cartas—. ¿Póquer?

—Lo hemos intentado pero se nos da como el culo, así que estamos jugando al mentiroso —le explicó Adri—. Ve con cuidado: Julia miente que da miedo.

Ni siquiera barajé la posibilidad de que estuviera mandándome una indirecta porque, como ya he comentado, Adri era una persona muy transparente. Si quería decirte algo, te lo decía sin tapujos. Además, yo ni siquiera tenía fama de mentirosa, simplemente era muy buena en ese juego.

—Eres muy mal perdedor —contesté con una sonrisa malvada, y me miró fingiendo asco.

—Esta vez ganaré —sentenció con seguridad, y me reí antes de empezar a repartir las cartas.

Miré a Max.

—¿Juegas? —le pregunté.

Max sonrió, mirándome con la curiosidad de siempre, como si no conociera ya cada centímetro de mi cuerpo.

—Claro.

Sandra llegó cinco minutos más tarde y, aunque yo lo noté porque la conocía casi más que a mí misma, disimuló muy bien el asombro al ver a Max ahí. También hizo un buen trabajo intentando que no se notaran las miraditas de morbo que me iba dando de vez en cuando.

También terminó viniendo Raquel, que al parecer había tenido que hacer horas extra trabajando desde casa y estaba tan harta de estar encerrada que necesitaba salir.

—¿Adónde fuisteis ayer? —nos preguntó Adri cuando ya íbamos por la tercera partida de cartas,

refiriéndose a cuando habíamos salido de fiesta.

—Razz —contestamos Sandra y yo a la vez. Nos miramos con una sonrisa, y Sandra prosiguió—. Donde siempre, vamos.

—Hace siglos que no voy a Razz —dijo Raquel—. ¿Vamos este finde? Por un par de días que no trabajo, al menos quiero pasármelo bien.

—A mí me va bien. —Me encogí de hombros, organizando las cartas que Max acababa de repartir.

—Yo me apunto —dijo Max.

—Me uno —murmuró Pablo distraídamente.

—Yo creo que ni siquiera tengo opinión en este asunto, pero voy —dijo Adri, mirando a su novia con una sonrisa.

—Pues yo también, ¿por qué no? —Sandra fue la última en unirse al plan.

Una hora más tarde y con un plan para salir el sábado, la gente empezó a retirarse. Primero fueron Adri y Raquel, luego Sandra, y finalmente nos levantamos los que quedábamos para irnos.

—Nos vemos. —Pablo acompañó sus palabras con un gesto de despedida con la mano, yendo en dirección contraria a la que yo iba, y a la que Max, teniendo en cuenta que ya sabía donde vivía, iba a ir.

—¿Vas para allá? —me preguntó él, señalando la dirección a la que él iba.

—Sí. —Asentí con la cabeza, y Max me dio una de esas medias sonrisas suyas tan irresistibles.

Caminamos juntos durante un buen rato, en un silencio que me gustaría poder decir que era cómodo, pero no lo era en absoluto. Estaba pensando constantemente en algo que decir para romper el hielo, algo despreocupado, alejado de lo que había pasado casi un año atrás.

—Gracias por ayudar a mi hermana —dijo él de repente—. De verdad. No sé qué habría pasado si no hubieras estado ahí para ella.

—No iba a dejarla sola, y menos tratándose de algo así —contesté—. ¿Habéis hablado de ello?

—Le está costando, pero sí, más o menos —respondió—. Sigue sin querer poner una denuncia, pero al menos ha accedido a ir a un psicólogo.

—Tampoco se la puede presionar —dije, refiriéndome a lo de la denuncia.

¿Que el malnacido del ex de Miriam se merecía una multa, la cárcel y todo lo malo que pudiera pasarle? Sí, pero no se podía obligar a Miriam a pasar por todo el proceso de denuncia y juicio, y menos con lo destrozada que la había dejado todo aquello.

—Ya. —Suspiró—. ¿Sabes? Me jode no haberme dado cuenta antes. Lo tenía ahí, delante de mí, y me pensaba que era un tío decente.

—Esto no es culpa tuya —lo corté—. La única culpa la tiene él.

Max asintió con la cabeza y volvió el silencio, otra vez. No quise dejar de hablar con él; quería saber cosas, saber cómo estaba... Joder, llevaba un año sin verlo.

—¿Cómo están Ellie y Hayes? —le pregunté.

—Lo dejaron hará un par de meses —contestó, y debo admitir que me sentó mal. No por nada, sino porque parecían la pareja perfecta... Aunque supongo que visto desde dentro, nada es tan bueno como parece.

—¿Y eso? —inquirí.

—No lo sé muy bien. —Se encogió de hombros—. Llevaban semanas discutiendo mucho, y supongo que decidieron que no merecía la pena seguir estando juntos. Se llevan bien, por eso. Sigo viendo a Ellie de vez en cuando.

—Bueno, dentro de lo que cabe tampoco está mal —contesté.

—Y tú, ¿cómo estás? —me preguntó—. Dice Miriam que estás haciendo Enfermería. Así que al final entraste.

—Sí. —Sonreí—. Me pegué una maratón de estudiar durante todo el agosto y conseguí una plaza. Lo demás muy bien, también. ¿Cómo va tu proyecto?

—Ya está terminado —contestó—. Ahora he querido tomarme unas vacaciones, y en septiembre vuelvo a trabajar en algo parecido.

—¿No te aburre?

—A veces sí, pero en general me gusta bastante —dijo, y se rascó la nuca, mirándome con precaución—. Oye, Julia... ¿Estamos bien? Es decir, puede que no sea nada, pero te noté un poco incómoda el otro día, en el hospital...

—Claro que estamos bien —contesté rápidamente—. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

Acompañé esa última pregunta con una suave carcajada, como si sus suposiciones me parecieran algo surrealista, porque no quería que se pensara que estaba siendo sarcástica —que no era el caso—.

—No lo sé, con lo que pasó ahí, en Auckland... —respondió.

—¿Te arrepientes? —No sé de dónde diablos salió esa pregunta, ni por qué creí que era una buena idea hacerla, pero ya no podía deshacer esa acción.

Max me miró con el ceño fruncido.

—No, claro que no. ¿Tú te arrepientes?

—No —contesté, negando con la cabeza.

Justo en ese momento llegamos a mi portal y me paré.

—Vivo aquí —expliqué.

Max se paró delante de mí y se me quedó mirando. Por un instante casi creí que iba a besarme, pero agradecí que no lo hiciera. Es decir, me habría encantado, pero solo habría complicado más las cosas.

No iba a negarlo: me habría gustado mandarlo todo a la mierda, invitarlo a subir a mi casa, y que pasara lo que tuviera que pasar. Había varios problemas en eso que parecía tan fácil, sin embargo, entre ellos el de que se iba en menos de tres meses y que yo me habría quedado ahí, en Barcelona, sin poder dejar de pensar en él... otra vez. También estaba el tema de que ni siquiera sabía si él quería. Ah, y además de eso, que estaban mi padre y mi hermana en casa, y habrían hecho preguntas. Tampoco es que quisiera follar en casa con mi familia a una pared de distancia, la verdad.

En fin, que era una pésima idea.

—¿Nos vemos el sábado? —preguntó.

—Nos vemos el sábado. —Asentí.

Veintidós

—¿Andrea viene, al final? —le pregunté a Sandra, que estaba echada en su cama, mirando el móvil.

—Dice que no —contestó, sin despegar la mirada de la pantalla.

—Desde que está con Aitor casi ni la vemos. —Suspiré, desistiendo de la idea de plancharme el pelo.

Hacía un calor horrible y de noche la temperatura seguía siendo bastante alta, así que decidí recoger mi pelo en una cola y terminar con el problema. Me había obsesionado con estar perfecta para esa noche, pero luego me di cuenta de que si me arreglaba demasiado ni siquiera estaría cómoda, así que lo dejé correr.

—Están en la fase de luna de miel —dijo, bloqueando su móvil y dejándolo en la cama—. Se le pasará.

—Eso espero —murmuré, sentándome a su lado.

—¿Cómo va tu plan de no tirarte a Max? —me preguntó con una sonrisa malévola.

—Fatal —contesté con honestidad, echándome hacia atrás hasta apoyar la cabeza en una de las almohadas—. Ganas no me faltan, y el otro día va el tío y me dice que no se arrepiente de lo que pasó en Auckland.

—¿Por qué iba a arrepentirse? —Sandra levantó una ceja.

—No lo sé —dije con otro suspiro, porque realmente no tenía motivos para pensar que lo hacía, pero que me lo hubiera dicho solo me había dado más ganas de volver a lo que habíamos tenido un año atrás.

—Y, ¿qué harás con Fede? —hizo la pregunta del millón y tuve que reprimir otro suspiro porque aún habría parecido mucho más dramática de lo que soy, que ya es decir.

—Tampoco lo sé. —Me encogí de hombros—. Lo vi el martes, follamos y luego estuvimos hablando un rato, parecía que iba todo bien pero en cuanto se fue volví a rayarme. Ayer me dijo de quedar y tuve que inventarme una excusa tontísima. ¿Tú te crees lo patética que estoy siendo? Lo peor es que Fede me gusta, pero estando Max por aquí la cosa se complica. Ay, no sé. Supongo que cuando vuelva a irse me serenaré otra vez.

—Puedes intentar olvidar a Max a base de echar polvos con Fede —sugirió.

—¿Puedes parar de recetar el sexo como remedio a todos los males? —le pedí.

Sandra rio.

—Es que lo es —contestó—. Mira, yo no te recomiendo que lo hagas con Max, pero es probable que termine pasando. Deberías haber visto cómo te miraba el otro día. Parecía que quisiera darte como cajón que no cierra.

Solté una carcajada.

—Tú estás loca.

—Tengo ojos en la cara y, como tú siempre dices, se me da bien leer a la gente —respondió.

La conversación murió ahí porque entró el hermano pequeño de Sandra buscando la PlayStation que sus padres le habían escondido —tenía trece años, una edad muy mala, el pobre— y empezaron a discutir porque Sandra decía que siempre estaba husmeando entre sus cosas.

—Y si lo que buscas es dinero, soy pobre, así que olvídate —finalizó la bronca que le estaba

echando con esa frase.

—Vale, histérica. —Él levantó las manos como pidiéndole que se calmara, haciéndose la víctima como si no hubiera empezado él la discusión, y salió de la habitación.

—¿Claudia también es así de pesada? O, ¿lo era a los trece? —me preguntó, exasperada, cuando los pasos de su hermano se alejaron del cuarto.

—Claudia pasa de mí la mayor parte del tiempo, excepto cuando tiene un mal día y necesita gritarle a alguien —contesté.

En realidad últimamente Claudia estaba de mejor humor, y tenía la firme convicción de que tenía que ver con la chica esa que me había comentado, tiempo atrás, que le gustaba, pero era imposible sonsacarle ninguna información porque era un libro cerrado herméticamente.

—Un ángel caído del cielo, tu hermana —bromeó Sandra, y empezamos a ponernos los zapatos para salir.

Nos miramos al espejo. Sandra llevaba el pelo rubio suelto, algo que no podía considerarse un suicidio en verano porque apenas le llegaba a los hombros, y se había puesto unos pantalones cortos negros y una camiseta blanca. Todo eso con bambas. Tenía el superpoder, a parte del de leer mentes, de poder llevar lo que le diera la gana y parecer una diosa griega. Yo había optado por un vestido azul sencillo y unas sandalias con algo de plataforma, la suficiente para no matarme por la calle ni tener dolor de espalda para el resto de mi vida.

Cuando llegamos a donde habíamos quedado, el parque más cercano a la discoteca, nuestros amigos ya estaban bastante perjudicados. Y digo “bastante” por ser amable. Raquel estaba intentando enseñarle a Pablo a bailar un estilo musical que probablemente acababa de inventarse, y Max y Adri se estaban muriendo de risa mirando algo en el móvil del segundo, sentados en un banco.

—¿Nos habéis dejado algo, al menos? —les preguntó Sandra antes de ni siquiera saludarlos, mirando las botellas vacías de alcohol.

Habíamos quedado en que comprarían ellos la bebida, pero creo que habíamos hecho bien en comprarnos una botella de cerveza por el camino.

—Pues claro —contestó Max, desviando la atención del móvil y mirándome a mí, como si lo hubiera dicho yo.

Sus ojos verdes se encontraron con los míos y sonreí.

De una bolsa de tela que creo que era de Raquel, sacó una botella y no pude reprimir una carcajada. Martini.

—¿Martini? —preguntó Sandra—. Pareceremos una especie de burgueses cutres, bebiendo Martini a morro en un parque.

—Yo no me quejo. —Me encogí de hombros y me acerqué a Max para cogerle la botella de la mano—. Gracias.

—Siempre es un placer. —Me dio una de esas medias sonrisas matadoras marca Max y solo me entraron más ganas de comerle la boca. Y eso que ni siquiera había bebido.

—Ay, Julieta, mi Julieta —me llamó Adri, dejando el móvil encima del banco para cogerme de las caderas y sentarme encima de él. Me acarició el pelo como si fuera una niña de tres años y reí.

—Alguien ha bebido mucho —me burlé.

—Es que habéis tardado una eternidad en venir —se defendió.

—Hemos llegado quince minutos tarde —puntalicé, y él hizo una mueca como si lo hubiera pillado mintiendo.

Raquel y Pablo dejaron de bailar para venir con nosotros, y la primera se sentó encima de mí

mientras yo seguía sentada en las piernas de su novio.

—Tranquilas, eh, que no pesáis nada —dijo Adri con sarcasmo mientras yo saludaba a Pablo entre risas porque Raquel se estaba moviendo encima de mí como si fuera un pez fuera del agua—. Me voy a quedar sin piernas.

—Podríamos hacer un trío —propuso Raquel, y ni siquiera sé si estaba bromeando—. Quedamos bien, los tres juntos. Puede unirse Max, también.

Le di las gracias mentalmente con todo el sarcasmo que pude acumular porque solo me había dado más imágenes mentales de Max desnudo, y no me estaba ayudando en nada.

Max rio y me miró de forma sugerente, y ahí sí que me quise morir. “Muerta por represión sexual”, eso iba a poner en mi epitafio.

—Y, de mientras, Pablo y yo nos vamos al rincón a llorar —dijo Sandra, y nos echamos a reír.

Por fin Raquel, cuando se le pasó la risa, salió de encima y pude levantarme. Abrí la botella de Martini y di un largo trago ante los aplausos y los gritos de Raquel, que me animaba a beber más.

—Aquí, o vamos todos pedo, o no tiene gracia —afirmó.

—A eso vamos, tranquila —contestó Sandra, abriendo la botella de cerveza que habíamos comprado en el supermercado veinticuatro horas que había de camino. Eran ya casi las doce de la noche y pretendíamos entrar antes de la una, así que había que espabilar.

Una hora más tarde, se podría considerar que Sandra y yo habíamos alcanzado el nivel de ebriedad los demás. Ella estaba hablando con Pablo sobre algo que a ambos les parecía muy gracioso, cuando de repente le vino una especie de iluminación divina.

—La semana que viene nos vamos a la Costa Brava, ¿quién viene? —exclamó, emocionada.

Andrea nos había dicho un par de horas antes que no iba a poder venir, dándonos una excusa bastante poco creíble que se traducía en “quiero pasar tiempo con mi novio-siamés”, y la verdad es que me había molestado. Fue por eso que Sandra decidió invitar a todo el mundo, y a mí no me pareció mal en absoluto. Y menos aún cuando Max decidió unirse, después de que Adri y Raquel confirmaran que vendrían y Pablo dijera que tenía que mirárselo, pero que probablemente sí podría.

—Decidido —sentenció Sandra, golpeando el banco sobre el que nos habíamos reunido todos; ella, Pablo, Max y Raquel sentados, y Adri y yo en el suelo, delante de ellos—. Tendremos que volvernos a mirar el tema de la casa.

—¿Te acuerdas de esa casa enorme que vimos? —propuse—. Ahí podría estar bien.

—Era carísima —me recordó.

—Era carísima para dos —argumenté—. Ahora somos seis.

—Creo que la capacidad máxima era de ocho —dijo ella—. ¿Alguien más querría unirse?

—¿Miriam? —Miré a Max con una ceja levantada—. ¿Tú crees que querrá?

—Es probable —contestó—. Se lo diré mañana.

—Oye —dijo Adri—, ¿y si acampamos?

—Yo tengo la tienda en Auckland —contestó Max.

Sonreí al recordar cuando habíamos ido de acampada a esa isla cuyo nombre aún me costaba pronunciar, y Max pareció recordar lo mismo porque imitó mi gesto, mirándome.

Deberíamos haberlo hecho en esa tienda de acampada, la noche en la que nos besamos por primera vez. Habría tenido otro recuerdo para mi lista.

—Yo prefiero una casa —respondí con honestidad, volviendo mi mirada a Adri.

—Mírala, la marquesa —bromeó él.

—Tiene piscina.

—Decidido, entonces: vamos a la casa —Adri cambió de opinión rápidamente y reí.

—Tres camas dobles y dos individuales —leyó Sandra, mirando la descripción de la casa en el móvil—. Si no viene nadie más, me pido una doble.

—Ni hablar —me negué—. Te va a tocar dormir conmigo, lo siento.

—Si Max y tú acabaréis en la misma cama y yo sola, que lo veo venir —contestó, y quise matarla—. Solo estoy adelantando acontecimientos.

Raquel se puso a gritar y aplaudir, Adri y Pablo rieron, y Max... Max me miró con su maldita media sonrisa y esa expresión que invitaba a hacer cosas muy sucias. Lo odié durante un momento porque solo me hizo querer aceptar su invitación no verbal a sexo muy, muy bueno, pero es que no podía odiarlo ni durante cinco segundos porque me ponía demasiado.

—Oye, que lo del sexo en grupo sigue en pie —empezó Raquel, poniéndose entre Adri y Max para pasar los brazos por los hombros de ambos.

Max la miró con una ceja levantada, divertido, y Adri rodó los ojos.

—Yo a Max lo quiero mucho, pero no quiero su polla tan cerca de mí —le dijo a su novia.

—Míralo, el de la heterosexualidad frágil —se burló Sandra entre risas.

—Técnicamente la tienes cerca de ti ahora mismo, solo que no puedes verla —contestó Max, y Raquel se moría de la risa.

No pude evitar reírme yo también y negué con la cabeza antes de ir a sentarme con Sandra, que se había mudado al banco del lado con Pablo.

—Te odio —le dije en cuanto me acerqué a ella.

—No es verdad. —Sonrió—. ¿Has visto cómo te ha mirado Max? Te quería empotrar contra la pared, te lo digo yo.

—¿Max y tú tenéis algo? —preguntó Pablo, sin comprender de qué estábamos hablando.

—Tuvimos —puntalicé.

—Y volverán a tenerlo —dijo Sandra—. Yo creo que esta noche, pero todo depende de lo tozudos que sean.

—Estoy aquí, ¿sabes? —me quejé.

Ella siguió hablando con Pablo como si yo no estuviera justo delante de ellos.

—¿Quieres apostar? Yo digo que se lían en menos de dos horas —dijo, y Pablo rio.

—Yo necesito más contexto para poder apostar —contestó él.

Sandra procedió a contarle a Pablo toda la historia de la relación entre Max y yo y decidí irme al otro grupo, porque lo último que necesitaba era que me recordaran lo bueno que había sido estar con Max. No quería alimentar mi frustración sexual.

Caminé los apenas diez metros que separaban los dos bancos y me puse en cuclillas delante de la pareja y de Max, que hablaban de vete a saber qué.

—¿Qué te cuentas, Julieta? —me preguntó Adri, y me alivió saber que ya habían dejado correr el tema de Max y yo.

Me encogí de hombros mientras cogía la segunda botella de Martini que Max había traído —esta vez era Rosso, que me gustaba aún más que el Martini normal... si es que este hombre acertaba siempre— y empezaba a abrirla.

—No mucho —contesté antes de dar un trago a la botella.

—Tú vas muy pedo, eh —dijo Raquel con una risita malévola.

—No más que tú —contesté con una sonrisa, porque era verdad.

Raquel siempre bebía hasta el infinito y más allá. Lo raro es que no le hubiera dado nunca un chungo, al menos que yo supiera.

—La resistencia de Raquel al alcohol supera incluso la evidencia científica —dijo Max, y ella se llevó las manos a la cintura, triunfante—. Aunque la tuya tampoco está mal. La noche de la fiesta

de Chris... Bebimos un montón, y aquí seguimos.

—Aquí seguimos, un año más tarde —dije, con todo el doble sentido del mundo, levantando la botella de Martini hacia él como si de un brindis se tratara.

Max sonrió y me cogió la botella de las manos.

—Eso es mío —me quejé.

Él me dio otra de esas sonrisas mojadoras de bragas marca Max, y tuve que centrarme en no calentarme cual adolescente, aunque el alcohol que había en mi sistema no me lo estaba poniendo fácil.

—Ven aquí —dijo, y esta vez la que sonrió fui yo.

Me levanté de la incómoda pose que llevaba ya unos minutos haciendo y fui a sentarme en el banco, a su lado. Raquel, divertida, se apartó para dejarme un hueco, y me senté entre ella y Max, poniendo una de mis piernas encima de la de este.

Su brazo se posó en el respaldo del banco, justo encima de mis hombros, y yo me acerqué aún más a él. Cogí la botella de Martini de sus manos a la vez que hablaba.

—Max —susurré en su oído—. Cuéntame un secreto.

Max sonrió al escuchar mis palabras, seguramente recordando esa vez en que me lo había pedido él a mí, en la Isla Sur, y terminó dándome un orgasmo; o esa vez, en el mar, cuando se lo dije yo a él y me confesó que no sabía silbar.

—Te he echado de menos —contestó, y entre su tono de voz, algo ronca y endiabladamente sexy, y lo que había dicho, empecé a calentarme seriamente.

—Mierda —dijo Raquel de repente, y me aparté de Max como si nos hubieran pillado haciendo algo malo—. Que ya son las dos. Habrá que pagar en Razz.

—Yo paso de pagar —dijo Adri, bostezando—. Podemos quedarnos aquí.

—Yo quiero moverme —se quejó ella—. Tengo el culo acartonado. ¿Y si vamos a alguno de los bares de por aquí?

—Decidido. —Sandra, pese a estar algo lejos, escuchó la conversación y sentenció nuestro destino con una palmada.

Así que decidimos ir de exploración de bares. Nos echamos a caminar y se empezó a notar mucho que querían dejarnos solos a Max y a mí, porque empezaron a caminar muy rápido y nos quedamos atrás. Sonreí por lo mal que se les daba disimular, y miré a Max.

—Qué sutiles —dijo él, coincidiendo con mis pensamientos, y asentí con la cabeza.

Caminamos en silencio un par de minutos, hasta que Max pasó su brazo por mis hombros y yo decidí pasar el mío por su cintura. Su mano fue a acariciar mi pelo y me acercó más a él. Apoyé la cabeza en su pecho y me invadió ese olor suave y dulce a la vez que caracterizaba a Max. No era ninguna colonia, puede que ni el jabón que usaba; era olor a él.

—¡Follad de una vez! —nos gritó Raquel, demostrando que estaba atenta a lo que hacíamos, y pude notar la risa de Max vibrando en su pecho.

Sonreí, sintiéndome en una nube otra vez. El problema era que volvía a ser una burbuja como la de Auckland, y esta vez iba a explotar cuando Max se fuera. Joder. Quería besarlo, tenía muchísimas ganas, pero sabía que iba a pasarlo mal, y puede que fuera el mismo motivo por el que Max tampoco me había besado. A lo mejor era tan consciente de la triste realidad como yo y no quería hacerme daño, aunque él tampoco tenía ni idea de lo mal que lo había pasado al volver de Auckland.

Pero, luego, me di cuenta de que, realmente, el daño ya estaba hecho. Solo con verlo, con estar con él y con haberlo abrazado ya iba a sentir ese vacío que se había vuelto incluso familiar cuando se fuera. ¿Realmente quería quedarme imaginando lo que habría pasado si nos

hubiéramos vuelto a atrever a besarnos?

En resumen: que todo era una mierda, y lo iba a pasar mal de todos modos.

A mi mente vino Fede y, por un momento, me sentí mal por estar perdiendo la cabeza por otro cuando él me había dicho que quería algo más, pero ¿qué culpa tenía yo? Puede que suene insensible, pero yo le había dejado claro a Fede que había alguien a quien no podía olvidar, y puede que me tocara, por una vez, anteponer mis sentimientos a los de los demás.

—¿Estás bien? —me preguntó Max, sacándome de mis pensamientos, y levanté la mirada para encontrarme con sus ojos verdes, mirándome con una mezcla entre preocupación y curiosidad.

Y no pude hacer nada por reprimir mis impulsos, así que lo besé. Lo besé, y fue como si todo volviera a tener sentido. Mis labios sobre los suyos parecían ser lo único correcto en el mundo, lo más lógico, incluso cuando estábamos hablando de sentimientos, la cosa más irracional que existe.

Max me besó de vuelta, y escuché a Raquel aplaudiendo de fondo, lejos, y a alguien más gritar algo, pero no me importó, y a él tampoco. Solo me importaban sus manos, que subieron, acariciando mis costados hasta llegar a mi mandíbula, y sus pulgares acariciaron mis mejillas mientras él dejaba pequeños besos en mi boca, separándose apenas unos milímetros en los pocos segundos que había entre beso y beso.

Noté su sonrisa en mi boca y sus dientes aprisionaron mi labio inferior con suavidad antes de volver a besarme, esta vez añadiendo su lengua al juego. Había echado tanto de menos su boca, su sabor, sus besos y sus manos, que eran incapaces de quedarse quietas y acariciaban mi cara y mi cuello mientras me besaba...

No sé cuánto tiempo pasó hasta que Max se separó y pegó su frente a la mía, con los ojos cerrados.

—Podríamos ir a mi casa y hacer todo en lo que llevo pensando desde que te fuiste —dijo, con la voz agravada por la excitación, pese a que su tono era serio—, pero...

—Pero hemos bebido mucho —terminé por él, porque era cierto, y asintió con la cabeza.

—Y nos vamos a hacer mucho daño, Julia. —Suspiró, bajando la cabeza y apoyando la frente en mi hombro—. Me voy a ir en dos meses. Joder, me voy a ir...

Respiré hondo, porque volvía a tener razón y, aunque quería decirle que el daño ya estaba hecho, me paré a plantearme si esa no era una excusa que me estaba poniendo a mí misma para seguir en ese camino hacia el dolor.

Cerré los ojos y apoyé mi cabeza en la de Max, que seguía con la cara escondida en mi cuello.

Eso solo hizo las cosas aún más difíciles.

Veintitrés

Era un miércoles por la tarde. Podría haber estado fuera, aprovechando el verano, tomando algo con mis amigas, preparándome para salir, o haciendo planes de interior como mirar una buena peli en Netflix, aunque cada vez eran más difíciles de encontrar y empezaba a estar harta de las películas mal actuadas y cuya trama apenas tenía sentido.

La cuestión es que, en vez de estar haciendo algo productivo, estaba leyendo artículos cutres de las profundidades de Internet, con mis amigas al teléfono.

Se suponía que Sandra y yo nos habíamos llamado para planear el viaje a la Costa Brava ese fin de semana, que empalmaríamos con el lunes siguiente porque era San Juan, pero Andrea se había unido a la llamada y se había pasado la última media hora hablando de lo maravilloso que era Aitor y describiéndonos su pene y sus habilidades sexuales de una forma un poco demasiado explícita. Que el chaval me caía bien, pero ahora cada vez que lo viera me lo iba a imaginar meneando la mandinga con cara de seductor —aunque se ve que a Andrea eso le ponía mucho... En fin, cada una con sus gustos y sus cosas raras—.

—*Tiene un miembro muy grande, y sabe usarlo bien* —concluyó su extenso relato porno con ese pequeño y recatado resumen.

En realidad, con el resumen habría bastado, pero no iba yo a contradecirla, que se pondría triste.

—*¿Acabas de decir “miembro”?* —preguntó Sandra, incrédula—. *Se le llama polla de toda la vida, hija.*

—*Oye, eres muy basta tú, eh* —protestó Andrea.

—Pero si nos acabas de contar mil cosas de su polla y sus habilidades sexuales —le recordé, riendo—. Eso sí, con un lenguaje impecable. Tendrías que escribir erótica.

—*Ay, no, qué vergüenza* —dijo con una risita tímida.

—*Claro, ahora* —dijo Sandra, y me eché a reír mientras leía los consejos de mierda que daban en el artículo que estaba leyendo—. *Y a ti, Julieta, ¿cómo te va con tu Romeo?*

—No me seas Adri —le pedí al escuchar el apodo.

—*Me faltan como tres metros de altura para ser Adri. Ah, y la barba. Y la polla.* —Rio—. *¿Sigues rayada por el beso?*

—*Qué pesada con decir “polla”* —murmuró Andrea, y Sandra soltó una carcajada.

—Solo te diré que estoy leyendo un artículo de estos cutrísimos dignos de la *SuperPop* que se llama “Diez pasos para olvidar a tu amor” —comenté, contestando a la pregunta de Sandra.

—*Oh, y ¿qué tal?* —preguntó.

—Son una mierda —me quejé—. Mira este paso: apunta cinco cosas malas de esa persona. ¡Pero si no tengo nada malo que decir! Y este: haz una lista de personas que te resulten atractivas. Madre mía, vaya porquería de consejo.

—*Eso de hacer listas suena divertido* —dijo ella—. *¿A quién pondríais vosotras?*

—*¿Tiene que ser gente famosa o de verdad?* —preguntó Andrea.

—*Ni que los famosos fueran de mentira* —se burló Sandra y, aunque no la estaba viendo, estoy segura de que Andrea rodó los ojos—. *No sé, ambas. Y Andrea, no puedes decir a Aitor.*

—*¿Cómo que no? Pero si es mi novio* —se quejó ella.

—Te puede poner más gente a parte de él —le recordé.

—*Pero me siento mal enumerándolos* —dijo.

—Ay, *Jesús* —murmuró Sandra, que era la persona menos religiosa que conocía pero le encantaba usar expresiones de ese tipo—. *Haré como si no hubiera escuchado nada. Yo creo que voto a Halsey y Tom Holland. Y, de conocidos... Uy, eso es más complicado.*

—*¿Lo ves?* —le reprochó Andrea.

—*No, si lo digo porque conozco a demasiada gente que me pone, no porque me cueste encontrarlos* —dijo Sandra, y reí.

—Yo elijo a Angelina Jolie y... No sé, ¿Heath Ledger? —dije, respondiendo a la pregunta.

—*Angelina Jolie no cuenta, le gusta a todo el mundo* —repuso Sandra.

—Pues Rihanna —contesté—. Pero no nos desviemos: ¿qué hago con Max? Me entran ganas de llorar y de acostarme con él, todo a la vez.

—*Desde mi punto de vista, tienes dos opciones: pasar de él, bloquearlo en todos lados y hacer listas de sus cosas malas y de personas atractivas, o tirártelo* —sugirió—. *La segunda opción es muy sugerente, yo lo haría.*

—¿No eras tú la que me decía que era una mala idea? —le recordé.

—*Ya, eso fue antes de verlos juntos el sábado* —contestó—. *La tensión sexual me dolió incluso a mí. Además, el chaval está como un queso. Me lo tiraba hasta yo.*

—¡Oye! —protesté.

—*Tranquila, que a mí los tíos que viven en la otra punta del mundo no me van* —se burló.

—Te odio.

—*Yo estoy de acuerdo con Sandra* —dijo Andrea, aportando algo a la conversación—. *Aunque él se vaya, al menos no te quedarás con las ganas. Lo vas a pasar mal de todos modos.*

Suspiré, y cerré el portátil junto con todos los artículos estúpidos que estaba leyendo.

—Ay, no sé. Además, he quedado con Fede en una hora. Se va a Argentina en una semana, y quería verme antes de irse. Soy tontísima: tengo a un tío genial y alcanzable en las narices, y prefiero al que se irá en nada y vete a saber cuándo volverá, si es que vuelve.

—*No puedes elegir lo que sientes* —me recordó Andrea.

—Ya, pero me siento tonta —me quejé—. Además, este finde nos vamos a la Costa Brava, y Max estará. Es que acabaremos en la cama, lo estoy viendo.

—*Un polvete nunca le va mal al cuerpo* —dijo Sandra, que parecía haberse pasado por completo al equipo Max.

—*Es una idea de mierda* —insistí, aunque no conseguía convencerme a mí misma de que realmente lo era.

Una hora y media más tarde estaba sentada encima de Fede, sin camiseta—al igual que él—. Sus labios recorrían mi cuello, acariciándolo, y sus manos exploraban mi cuerpo, aunque ya lo conocía bien. Entonces subieron a desabrocharme el sujetador.

Fue ahí cuando empecé a agobiarme.

Algo no iba bien. Empezó como una sensación desagradable en el estómago, pero fue a peor hasta que llegó un punto en el que no podía más, y ni siquiera sabía por qué.

—Fede —lo llamé, pero mi voz salió en un susurro, sin que se notara la urgencia en mi tono.

Él no pareció notar mi respiración agitada, y si lo hizo seguramente lo asoció a la excitación que se suponía que yo debería estar sintiendo, así que bajó las tiras de mi sujetador ya desabrochado.

—Fede —repetí—, para.

Él se apartó, mirándome con las cejas levantadas. Sus manos se quedaron en mis hombros y me miró, preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No... No puedo —murmuré, sin saber muy bien qué decir—. Lo siento, solo... No me siento muy bien.

—¿Te encuentras mal? —inquirió—. ¿Te estoy haciendo sentir incómoda?

—No, no. —Negué con la cabeza, intentando explicar algo que ni siquiera yo entendía—. Es que... Mira, llevo unos días un poco complicados, tengo muchas cosas en la cabeza, y...

—No pasa nada —me interrumpió, separándose—. No te preocupes, lo entiendo.

Se sentó a mi lado, en la cama, y suspiré.

—No sé qué me pasa —dije, pasándome una mano por el pelo, aunque cada vez lo tenía más claro.

Algo dentro de mí me decía que estaba usando a Fede para olvidar a Max. Pero, ¿realmente lo estaba haciendo? Eso era lo peor, que ni siquiera lo sabía. Sí, Fede me gustaba, pero con Max era mucho más que eso. Y estaba harta de pasar de él, de comerme la cabeza, de no hablarle, de echarlo de menos. Evitarlo no estaba funcionando, así que tocaba cambiar de estrategia.

—Lo siento —volví a decir, y Fede me acarició la cabeza.

—No tienes que disculparte —dijo, y luego su expresión cambió. Se rascó la nuca—. Eh... ¿Tiene algo que ver con esa persona a la que no puedes olvidar?

—Sí —respondí con honestidad, porque mentirle para suavizar la situación solo me habría hecho sentir peor. Entonces lo miré—. Fede, creo que deberíamos dejar de... de hacer esto. Sé que mucha gente sabe separar el sexo de los sentimientos, pero yo no, y si tengo en mente a otra persona y estoy haciendo esto contigo... Joder, no quiero hacerte daño.

Fede me miró. Luego miró al suelo, y suspiró. Estuvimos en silencio durante varios segundos, que se hicieron eternos porque la tensión aumentaba por momentos. Finalmente, habló.

—He conocido a una chica —empezó—. Me gusta, me atrae y tenemos química. Pero, ¿sabes qué pasa? Que no puedo sacarte de mi cabeza.

—Fede... —murmuré, pero me interrumpió.

—No estoy diciendo esto para darte lástima, no quiero que estés conmigo si piensas en otro y te doy las gracias por ser honesta. Supongo que me irá bien irme un mes a Argentina. Necesito aclarar las ideas.

—Pero seguiremos siendo amigos, ¿no? —pregunté.

—Claro. —Me miró y sonrió, aunque no parecía muy convencido.

No nos abrazamos, ni nos dimos dos besos, ni nada de eso. Le deseé que le fuera muy bien el viaje y se fue, pero la tensión seguía en el ambiente cuando cerró la puerta detrás de él.

Caminé hasta el sofá de mi casa y me senté, suspirando. Tenía ganas de llorar, no voy a negarlo, pero sabía que había hecho lo correcto, y eso que ni lo había planeado. Así que respiré hondo, me aclaré la garganta, me preparé un té y cogí el móvil para mandarle un mensaje a mis amigas, pero en cuanto desbloqueé la pantalla, vi que Andrea se me había adelantado.

Andrea: *Reunión de emergencia, lo antes posible.*

Solté una carcajada por la casualidad, porque iba a escribir exactamente lo mismo. Andrea, Sandra y yo incluíamos cualquier pequeño drama o cacao mental que tuviéramos en la definición de “emergencia”, y a nadie le parecía mal quedar porque era verano, así que normalmente tampoco teníamos nada mejor que hacer.

Después de casi matarme por la calle tras haber tropezado con una baldosa de la acera —con una baldosa, madre mía, si es que cada día daba más pena—, conseguí llegar al bar conservando mi integridad física. Ya estaban todas ahí, incluida Miriam, y me di cuenta de que tendría que hablar de las ganas que tenía de tirarme a su hermano delante de ella, pero supongo que para eso están las amigas, para aguantar estas cosas.

Las saludé rápidamente, me senté en su mesa y un camarero vino a toda velocidad a tomar nota de lo que quería beber, a lo que pedí un zumo de piña.

—¿Un zumo de piña? —Sandra soltó una carcajada, y cuando miré a Andrea vi que tenía los ojos rojos, seguramente por haber llorado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, poniendo mi mano sobre la suya.

—Me he liado con Nico —dijo con un hilo de voz—. Soy un desastre. Dime que tú has hecho algo peor.

Yo había contestado a su mensaje pidiendo una reunión de emergencia diciendo que también tenía una emergencia, así que Sandra y Miriam nos miraban, expectantes —y mira que Miriam ni siquiera estaba en el chat grupal, pero seguro que Sandra ya se lo había contado todo—.

—No he podido acostarme con Fede —contesté—. Mi conciencia no me lo ha permitido, así que le he dicho que es mejor que dejemos de vernos de esa forma.

—Sois un desastre las dos —dijo Sandra—, pero os quiero igual.

—¿Alguien más tiene algún drama que compartir? —miré a Miriam y a Sandra, pero especialmente a la primera porque hacía mucho que no me contaba nada.

A ver, mejores amigas no éramos, pero habíamos cogido mucha confianza en muy poco tiempo, y sabía que me preocupaba por ella, así como ella se preocupaba por mí... Ah, y también era del equipo Max: estaba convencida de que iba a casarme con su hermano y tener mil hijos, o algo así, y mira que ella no es que creyera en el matrimonio.

—Oscar intentó contactarme hace unos días, y tuve que volver a amenazarlo con ponerle una orden de alejamiento —nos explicó—. Pero, si os digo la verdad, no tengo ganas de hablar de eso. Ya he perdido suficiente tiempo de mi vida con él.

—Ese es el espíritu. —Sandra le dio una palmada en la espalda, y yo le sonreí. Luego siguió dirigiéndose a Miriam como si estuvieran solas en la mesa—. Entonces, analicemos: Andrea nos dijo que pasaba de Nico, pero era mentira, y Julia se quiere follar a tu hermano.

Miriam se echó a reír y yo rodé los ojos, pero no pude evitar que se me escapara una sonrisa.

—Os he dejado solas dos horas, y mirad la que habéis liado. —Sandra cerró los ojos y negó con la cabeza, como si estuviera decepcionada—. ¿Sabéis qué he hecho yo en esas dos horas? Masturbarme, que suele dar menos problemas.

Como siempre que Sandra soltaba alguna tontería de esas, estallamos en carcajadas, quitándole toda la seriedad a la reunión “de emergencia” —que de emergencia no tenía nada, porque tan mal no estábamos—.

Entre charlas, risas y varias —muchas— cervezas, los problemas dejaron de parecer tan graves y todas conseguimos relajarnos, como siempre. Por eso quedaba con ellas, o las llamaba, o les mandaba un mensaje cuando me sentía mal: siempre conseguían hacerme sentir mejor. Terminé volviendo a casa pasadas las doce y con una turca considerable. No me encontraba mal y era consciente de lo que estaba haciendo, pero me sentía muy valiente. Y fue por eso que, en cuanto me metí en la cama, mandé el mensaje.

Julia: *Max*

Me quedé mirando el chat vacío durante un rato, pero en cuanto vi que Max estaba en línea me entró una especie de subidón de adrenalina raro y bloqueé el móvil. Tardé exactamente cinco

segundos en darme cuenta de lo patético que había sido eso, así que volví a desbloquear el móvil y vi su respuesta.

Max: *julia*

Sonreí. No la percibí como una respuesta borde porque no sentía que fuera propio de Max, así que respiré hondo y seguí con lo que iba a decirle.

Julia: *Estoy cansada de no hablar contigo*

Ahí estaba: bomba soltada. No escribí nada más y Max siguió estando en línea durante un buen rato pero sin contestar, así que decidí ir a por un vaso de agua fría porque me moría de sed, y porque estaba algo nerviosa y necesitaba moverme. El alcohol seguía presente en mis venas, y en bastante cantidad —aunque veía perfectamente y podía caminar en línea recta sin problema, no iba a entrar en un coma etílico ni nada de eso—, así que estaba menos nerviosa de lo normal.

Cuando volví, vaso en mano, y lo dejé en la mesita de noche para volver a tumbarme, Max ya había contestado.

Max: *yo también*

Max: *joder, quiero verte*

Ahí fue cuando empezó a liarse la cosa. Ese “quiero verte” despertó demasiadas cosas en mí, principalmente entre mis piernas, y tuve que reprimir el impulso de reírme porque me sentí como una salida al pensar directamente en sexo. Me obligué a devolver mi atención a la conversación, aunque con Max como destinatario tampoco me costó mucho.

Me sentí tentada a contestar “pues ven a verme”, pero luego recordé que, para variar, mi familia estaba en casa y no era plan de meter a Max a escondidas. Cuando estaba con Daniel a mi padre no le importaba que se quedara a dormir de vez en cuando, pero porque era mi pareja y se conocían.

Así que le dije a Max lo que pensaba así, sin filtro y sin preocuparme por a dónde nos llevarían mis palabras.

Julia: *He bebido y no paro de pensar en ti*

Julia: *No quiero que te vayas y nos quedemos con las ganas*

Julia: *El daño ya está hecho, lo pasaremos mal igual*

Julia: *No quiero echarte de menos mientras estás aquí*

Esta vez, su respuesta no se hizo esperar.

Max: *yo también he bebido y no sales de mi cabeza*

Max: *esto se está haciendo más difícil de lo que pensaba*

Ahí fue cuando se me fue la olla. Mi parte irracional tomó el control sobre mi cuerpo, o algo, porque empecé a escribir y ya no paré.

Julia: *Te echo de menos*

Julia: *Echo de menos los días en Auckland*

Julia: *En tu cama, tú y yo*

Julia: *Joder, era muy muy bueno, lo que hacíamos*

Max empezó a escribir.

Max: *joder julia*

Max: *estoy en un bar con adri, de pie*

Max: *llevo pantalones de chándal*

Max: *adri lo va a notar*

Max: *oh joder, lo ha visto*

Max: *se va a reír de mí toda la vida*

Me eché a reír al leerlo, porque podía imaginarme la situación y, efectivamente, Adri no iba a

dejarlo estar nunca. Cuando se me pasó la risa tonta, me quedé quieta, callada, releyendo los mensajes, y decidí que no quería esperar más, que estaba harta de hacerlo.

Julia: *Ven*

Pensé que me diría que estaba ocupado, o que se pensaría que lo estaba tratando como alguien a quien llamas cuando estás caliente, pero debería haber sabido mejor que era Max, y era impredecible.

Max: *voy*

Me volví a reír porque pensaba que bromeaba, pero no dijo nada más hasta diez minutos más tarde, y cuando lo hizo me quedé a cuadros.

Max: *estoy abajo*

Parpadeé varias veces.

Julia: *¿En serio?*

Max: *sí*

Max: *baja*

Me mordí el labio y sonreí antes de levantarme, ponerme las chanclas que usaba como zapatillas en verano y coger las llaves. Salí de casa intentando hacer el mínimo ruido posible y bajé las escaleras sin poder ocultar la sonrisa tonta que llevaba en la cara. Como fuera una broma, iba a matar a Max. Después de acostarme con él, seguramente. Como una viuda negra.

Julia, *hazte un favor y deja el alcohol para siempre.*

Pero cuando llegué abajo, vi a Max de pie en la calle a través del cristal de la puerta. Estaba ahí. El muy loco se había presentado ahí, y supe que todo había cambiado. El beso del sábado anterior podría haberse considerado una recaída pero eso, eso era una continuación, o incluso un nuevo inicio. A no ser que viniera a insistir en que no podíamos estar juntos. Uy.

Dejé las inseguridades atrás, abrí la puerta y, cuando me miró, supe que no venía a decirme que lo dejáramos estar, supe que tenía las mismas ganas que yo. Así que caminé hacia él, sin decir nada, y lo besé. Sus manos fueron a mis mejillas rápidamente, como si ya estuviera listo, y su cuerpo condujo el mío hasta que mi espalda tocó la pared. Abrí la boca y él coló su lengua para jugar con la mía. Acaricié su espalda, su nuca y sonreí en su boca cuando empecé a notarlo duro contra mi pierna.

Max se separó, me miró a los ojos y su boca bajó a mi cuello para dejar varios besos húmedos, sabiendo perfectamente lo mucho que me gustaban.

—Max —gemí, y lo escuché suspirar.

Volvió a subir, dejando besos en el camino, hasta que acarició mi nariz con la suya y, separándose lo justo para poder mirarme, habló.

—¿Hay alguien en tu casa?

—Sí —dije, sin ocultar la frustración en mi voz.

—Joder —murmuró—. Si fuera por mí, lo haríamos aquí mismo, pero aún me queda algo de sentido racional.

Estaba riéndome cuando me besó otra vez.

—Dos días —proclamé, acariciando su cara—. El sábado nos vamos a la Costa Brava, ¿recuerdas?

Él sonrió y se mordió el labio, haciendo que me dieran ganas de unirme a su propuesta de hacerlo ahí mismo.

—¿Tengo que estar dos días más sin ti? —Hizo un puchero y reí.

—Sobreviviremos.

Max volvió a besarme, sin dejar de sonreír, y cuando se separó, nos miramos durante unos

instantes.

—Buenas noches, Max —me despedí.

—Buenas noches, Julia —contestó justo antes de irse.

Veinticuatro

El viaje empezó el sábado por la mañana, temprano, conmigo sentada en el asiento del copiloto y Raquel conduciendo mientras cantaba canciones de High School Musical a gritos, y eso que ni siquiera había visto las películas, pero decía que le gustaban las canciones.

—Me parece un insulto a nuestra generación que no las hayas visto —le dijo Sandra, sentada en uno de los asientos de atrás, mientras se liaba un cigarro para cuando llegáramos a Begur, el pueblo en el que íbamos a quedarnos hasta el lunes.

Según el GPS, quedaba media hora para eso, pero teniendo en cuenta la afición de Raquel por la conducción temeraria, todo apuntaba a que llegaríamos antes. Los chicos iban en otro coche y los habíamos perdido hacía un rato, pero ya habíamos quedado en encontrarnos al llegar, en una gasolinera cercana.

—Ni siquiera somos de la misma generación, listilla —contestó la conductora, mirándola por el espejo.

—Está claro. La palabra “listilla” es muy del siglo pasado, de cuando eras joven —contraatacó ella, y Miriam a su lado se echó a reír.

—Miriam, no me traiciones —le advirtió Raquel.

Miré por el espejo de mi retrovisor y vi que Andrea seguía callada, mirando por la ventana, como llevaba haciendo todo el viaje. Suspiré y pensé en decirle algo gracioso para animarla —aunque eso se le daba mejor a Sandra—, pero decidí dejarlo estar. Lo había dejado con Aitor el jueves, y había decidido unirse al viaje en el último momento. Bueno, eso de “decidido” puede que sea decir demasiado, porque Sandra y yo prácticamente la habíamos obligado.

Efectivamente, en veinte minutos —diez menos de lo normal, que ya era mucho decir— ya estábamos en la gasolinera, y Raquel se puso a aplaudir, a lo que Sandra, Miriam y yo nos unimos, porque habíamos ganado a los chicos, y eso que ni siquiera sabía que fuera una carrera. Cuando llegó el coche de Pablo y aparcaron a nuestro lado, lo primero que vimos fue una de las puertas traseras abrirse y Adri salió disparado de esta, corriendo hacia la tienda de la gasolinera.

—Este se está meando, como siempre —dijo Raquel, y salió del coche.

Nosotras hicimos lo mismo menos Andrea, que tardó un poco más y se quedó apoyada en el coche, en silencio. Del coche de Pablo salieron su propietario y Max, que iba en pantalón de chándal —cosa que me hizo reír internamente al recordar nuestros mensajes del miércoles—, una camiseta blanca básica y sus habituales bambas. Había ido a la playa y se le notaba, porque estaba más moreno. Más moreno y más guapo, el muy capullo.

—¿A qué hora podemos ir a la casa? —preguntó él, mirando algo en su móvil.

—A las tres, en teoría —contesté—. Le he dicho a la propietaria que estaríamos ahí a esa hora, así que no podemos encantarnos demasiado en la playa.

—Pero si quedan como tres horas para eso, yo con media hora en la playa ya tengo más que de sobra —comentó Miriam.

—Así de blanca estás —dijo Sandra, tocando la piel de Miriam como si le pareciera graciosa.

—También hay que ir a comprar —comenté, repasando las cosas que teníamos que hacer ese día.

—Adri y Pablo han dicho que harán una paella, ¿verdad? —preguntó Raquel, y este último se encogió de hombros.

—Si en la casa hay lo que necesitamos para hacerla, sin problema —contestó este.

Adri volvió del baño poco después y decidimos dejar los coches en la misma calle de la casa para poder ir caminando a la playa. Max me regaló una sonrisa antes de meterse de nuevo en el coche, y se la devolví con el sentimiento de expectación que revoloteaba en mi estómago desde la noche anterior.

Tal y como nos esperábamos, la playa estaba llenísima. El plan del resto del fin de semana era irnos a explorar para ver si encontrábamos alguna cala menos concurrida, pero ese día no íbamos sobrados de tiempo, así que nos conformamos con la playa más accesible.

—Yo voto por ir a la cala nudista mañana —dijo Sandra—. Es preciosa y no hay ni la mitad de gente que hay aquí.

—Yo no sé si tengo muchas ganas de tener que soportar a los mirones —comentó Miriam.

—Pues les tiramos una piedra, si no pasa nada —contestó Sandra con tranquilidad y Max, a su lado, rio—. Al resto de la gente de la playa no le parecerá mal.

—Bueno, ya veremos. —Andrea habló por primera vez en un buen rato.

Nos colocamos donde pudimos, pusimos las toallas en el suelo y plantamos la sombrilla que muy inteligentemente habíamos traído.

No pude evitar quedarme mirando a Max —y sin ningún disimulo, además— cuando se quitó la camiseta. Me fijé en que tenía un tatuaje nuevo en el abdomen. No era muy grande, de hecho solo ocupaba una pequeña parte de su piel, pero pude distinguir el dibujo característico de *El Principito*, la serpiente que se traga un elefante.

Me quité la ropa hasta quedar en el bikini blanco que tenía desde el año anterior, siendo consciente de que Max también me estaba mirando. Estaba debatiéndome entre tomar el sol un rato o ir directamente al agua cuando Sandra decidió por mí, tirando de mi brazo para llevarme al mar con ella.

No dije nada, solo sonreí y la seguí. Le hice señales con la mano a Andrea para que se uniera, ya que parecía igual de desanimada que cuando habíamos venido, pero negó con la cabeza.

Metí los pies en el mar y me quedé quieta unos segundos por el frío, soltando la mano de Sandra.

—Lo mejor que puedes hacer es tirarte de golpe, te lo digo yo —me aconsejó ella.

—No, si ya lo sé, pero hay que atreverse —contesté, mirando el agua fría.

A ver, que tampoco era un frío ártico, pero comparado con el sol y el calor horrible que hacía fuera, era una diferencia bastante grande. Sandra rodó los ojos y siguió caminando como si a ella nada le afectara en la vida hasta que, cuando el agua ya era lo suficientemente profunda, se dejó caer.

Estaba a punto de decidirme por seguir adelante cuando unos brazos me rodearon, cogiéndome por la cintura, y me levantaron del suelo. Me giré justo a tiempo para identificar a Adri como el propietario de dichos brazos y para ver a Max acercándose a cogerme por las piernas con una sonrisa maligna. Solté un grito que pretendía ser un “no”, pero Adri subió los brazos hasta sujetarme por los hombros y empezaron a balancear mi cuerpo.

—¡Ni se os ocurra! —grité, pero fue en vano porque lo siguiente que pude registrar fue cómo caía al agua fría y esta me envolvía.

Cuando salí y me froté los ojos, Sandra se estaba muriendo de la risa y Adri corría hacia mí para volver a hundirme. Corrí todo lo que pude y, cuando mis pies ya no tocaban el fondo, nadé. Adri consiguió atraparme pero me defendí, y terminé cogiéndolo por la cabeza y hundiéndolo.

—¿Quién se ríe ahora, eh? —pregunté con satisfacción mientras lo mantenía debajo del agua usando manos, pies y lo que hiciera falta.

—Parece que estéis follando —bromeó Raquel, entrando en el agua—. Tantos años juntos y no sabía que le iba el sexo salvaje, a este hombre.

—Le gusta que lo ahoguen —dije, y solté a Adri para que pudiera respirar, porque tampoco tenía ganas de que se me muriera ahí abajo.

—Serás capulla —fue lo primero que me dijo al salir a la superficie, señalándome con el dedo de forma amenazadora—. Me vengaré. Puede que no hoy, ni mañana, pero cuando menos te lo esperes, lo haré.

—Venganza era lo mío, ya estamos en paz —zanjé el asunto y él levantó una ceja, no muy convencido.

—La idea ha sido de Max, ahora tortúralo a él —me dijo.

Oh, sí que planeaba torturarlo, sí, pero no de esa forma.

El muy malnacido llevaba todo el día sonriéndome de esa manera que me volvía loca, y la anticipación me estaba matando. Tenía ganas de que ocurriera, y sabía que iba a ocurrir, lo que no sabía era cuándo. Ahora al menos tenía una excusa para jugar un poco con él e igualar la balanza.

—Así que la idea ha sido tuya —le dije a Max, levantando una ceja, cuando se acercó a nosotros.

—¿Mía? —Se señaló con el dedo índice—. Yo nunca haría algo así.

—Tú eres el diablo en persona, deja de ir de cachorrito inocente —le recriminó Adri, y Max rio.

Sin decir nada más, se fue a nadar con su tranquilidad habitual. Era una de las muchas cosas que me gustaban de Max: parecía imperturbable. Nunca lo había visto enfadado, y Miriam decía que era algo que apenas ocurría. Lo observé mientras nadaba, con calma, hasta que Adri decidió que no podía dejar a su amigo en paz ni dos minutos y fue a por él para retarlo a una competición de a ver quién llegaba antes a la boy. Veintitrés años tenían.

Decidí salir del agua y me uní a Andrea y Miriam, que hablaban entre ellas. Pablo estaba en el mar con el resto de la tropa, así que me senté en mi toalla, que quedaba justo al lado de las suyas.

—¿No os bañáis? —les pregunté.

—A mí el mar me da un mal rollo horrible, pero me gusta tomar el sol —contestó Miriam con una pequeña sonrisa, y levantó la muñeca que aún tenía vendada—. Además, tampoco puedo mojarme el brazo con esto.

—Yo no tengo ganas ni de levantarme de la toalla —dijo Andrea con un suspiro.

—Oye, que estamos de vacaciones —le recordé, trasladándome a su toalla y pasando un brazo por sus hombros—. Sé que todo el tema con Aitor ha sido una mierda, y que estás confusa, pero oye, estamos en la playa, hace un tiempo estupendo y el mar nos queda al lado de casa. Intenta centrarte en eso, y si necesitas hablar ya sabes que estamos aquí. Eso sí, te recomiendo que con Adri no intentes hablar de nada de eso, que los temas sentimentales se le dan fatal.

Conseguí que riera un poco y ya me sentí satisfecha con eso, al menos por el momento. Andrea era una persona muy sensible y odiaba hacerle daño a la gente, así que sabía que no iba a perdonarse haber engañado a Aitor, al menos no en un futuro cercano. Que sí, que habían estado relativamente poco tiempo juntos, pero ella parecía que iba en serio con él, y que la que había arruinado sus propios planes hubiera sido ella misma le dolía, evidentemente. No justificaba sus acciones, lo que mi amiga había hecho estaba muy mal y se lo había dicho, pero ya se estaba torturando lo suficiente a ella misma como para que yo insistiera más.

—¿Hay planes para salir esta noche? —preguntó Miriam, desviando el tema hacia algo más ameno.

—Creo que Raquel ya se sabe el nombre de todos los sitios a los que podemos ir, así que no te preocupes por eso, que ella se encarga —contesté.

Que Raquel era una fiesterera indomable —frustrada por culpa de su trabajo, pero lo era de espíritu— no era un secreto para nadie, y todos sabíamos que eso significaba que íbamos a salir ese día y el siguiente, aunque no salir en la verbena de San Juan, que era el domingo, habría sido un crimen a ojos de cualquiera.

—Pablo nos estaba diciendo que han traído una bolsa entera llena de petardos, así que vamos apañadas —comentó Andrea.

—Por una vez al año en que la gente puede dar rienda suelta a sus impulsos pirómanos, se lo dejaremos pasar —respondió Miriam.

Pablo, Adri y Sandra salieron del agua y empezamos una conversación de cuyo tema ni me acuerdo, solo sé que a media charla Pablo se estaba fumando un porro. Adri se puso a compartirlo con él y la conversación degeneró hasta el punto en que no tenía sentido alguno, cosa que hacía que Miriam e incluso Andrea se estuvieran muriendo de la risa. Al poco rato decidí que no aguantaba más el sol y me fui al mar —el sol fue mi único motivo, eh, que Max estuviera ahí no tuvo nada que ver—.

—Mira quién ha vuelto —dijo Raquel en cuanto me acerqué a ellos—. Adri ha dicho algo de que te tocaba vengarte de Max, pero no he preguntado más porque no sé si quería saberlo. ¿Vas a echarle un polvo mortal?

En cualquier otra ocasión habría querido pegarle un tiro por decir eso delante de Max, que se reía, pero me dio bastante igual, no sé si por lo relajada que me sentía siempre en la playa, o porque cada vez me sentía menos nerviosa con respecto a ese tema.

—Por ahora, no —bromeé, y Max levantó las cejas, haciéndose el sorprendido, a la vez que Raquel se me abrazaba.

—Tú tienes una faceta de diosa sexual muy bien escondida —dijo, palmeándome el hombro con orgullo—. Estoy segura. ¿Alguna vez habéis follado en el mar? No vosotros dos juntos, aunque no me extrañaría, me refiero a con otra gente.

No mencioné la gracia que me hacía que hubiera cambiado de tema así, a lo bestia, porque me parecía interesante, y además eso de escuchar de la vida sexual de Max, lejos de darme celos o alguna tontería de esas, me parecía muy sugerente.

—En una piscina sí, pero en el mar la verdad es que no —contesté, recordando cuando lo había hecho una vez con Daniel en una piscina, por la noche. No había sido mi experiencia favorita, la verdad, fue incluso un poco doloroso porque el agua no era muy compatible con mi lubricación. Había estado tres años con Dani, y ahora el simple recuerdo de haberme acostado con él me hacía poner una cara de asco involuntaria. Qué cosas tiene la vida.

—Yo en el mar tampoco, pero una vez casi lo hago en la playa —nos contó Max, y lo miré con interés, aunque intentando que no se me notara demasiado—. Suerte que me di cuenta a tiempo de que era una idea de mierda. El sexo y la arena no deberían ir nunca juntos.

—Pues estoy de acuerdo —dijo Raquel—. Yo he follado en el mar, en la piscina y en la playa. El mar estuvo bien, pero las otras dos, una mierda.

—Mírala, la de la vida sexual intensa. —Reí—. ¿Hay algún lugar en el que no lo hayas hecho?

—Me falta por tachar de la lista follar en una estación espacial —bromeó—. A parte de eso, nada, todo hecho. Pero en serio, lo de follar en el mar os lo recomiendo. Yo os voy dando ideas por si queréis ponerlos creativos estos días.

Volvimos a reír y, cuando le comenté a Raquel que Adri y Pablo iban fumados, su rostro adoptó una expresión de maldad y se fue a las toallas, probablemente a reírse de ellos.

—Esta mujer es un personaje —le comenté a Max mientras veíamos cómo Raquel se sentaba encima de la barriga de Adri, sin hacer caso a sus quejas.

—Lo es —contestó él—, pero tiene muy buenas ideas, eso no se puede negar.

Aproveché que estábamos justo al lado de unas rocas para subirme a una de ellas y sentarme. Max me miró con curiosidad, la misma de siempre, y le di una sonrisa antes de preguntar.

—¿Qué pasa? —cuestioné en tono juguetón, y Max rio antes de ponerse algo más serio.

—Oye —empezó—. Que el otro día habíamos bebido los dos, y necesito asegurarme... ¿Estás segura de que quieres seguir con esto? Porque me voy a ir, y si yo estoy rayado por eso ni me imagino cómo estarás tú, aunque puede que ni siquiera te importe tanto...

—Max —lo interrumpí para que dejara de divagar—. Estoy segura. Sé perfectamente que te vas a ir, pero sería una lástima no hacer nada este verano, ¿no?

Él se sonrojó un poco, y un himno de victoria empezó a sonar en mi cabeza. Había conseguido que Max se sonrojara. A esas alturas ya iríamos mil a uno en el tema de provocar sonrojos, pero poder anotar un gol a mi favor siempre era bueno, además de que Max sonrojado era adorable.

No dije nada más, simplemente me deslicé de nuevo al agua y envolví su torso con mis piernas para abrazarme a su cuerpo. Sus manos encontraron mi espalda y dejó un par de caricias antes de besar mi cuello. Sus labios estaban fríos por el agua y me provocó un escalofrío de placer.

—Y tú, ¿quieres seguir con esto? —le pregunté casi en un murmullo, y él respiró hondo.

—¿Cómo no iba a querer? —respondió, y sonreí antes de acercar mi boca a la suya lentamente.

Max me miraba con expectación, dejándome hacer la mía, pero justo cuando iba a juntar nuestros labios, me aparté. Me separé de él con una sonrisa de satisfacción y Max hizo una mueca.

—¿Así me devuelves lo de antes? —preguntó, divertido—. Yo también sé jugar, Julia, y sé jugar muy bien.

No dije nada más antes de volver a la arena, pero la sensación caliente entre mis piernas solo hizo que aumentar. Eso prometía cada vez más, y sabía que forzar a Max a sacar a su diablo interior iba a dar resultados muy, muy satisfactorios.

Veinticinco

Llegamos a la casa pocos minutos después de las tres, y tuvo que ser Miriam la que nos arrastró a todos porque era la única con un mínimo sentido de la puntualidad. Andrea también se obsesionaba mucho con esas cosas, pero no estaba de humor para meterle prisa a nadie.

Pablo y yo nos pusimos a hacer la comida —no daba tiempo para una paella ese día— y los demás empezaron a ir a la ducha por turnos. Cocinamos un par de tortillas de patata y volvimos al sofá con el resto, donde Sandra buscaba la primera película de High School Musical en la cuenta de Netflix que la dueña de la casa —un ser de luz, os lo digo— nos había dejado puesta en la tele.

—Solo está la tercera —se quejó—. ¿Por qué ponen solo la tercera? No tiene ningún sentido.

—Podemos ver la tercera —dijo Raquel, echada en el sofá con toda la cara de estar a punto de quedarse dormida.

—No puedes empezar por la tercera —contestó Sandra—. Primero, porque es la peor, y segundo, porque no podrás ver la evolución de la historia de Troy y Gabriella.

—La mejor historia de amor de este siglo—bromeé.

—Pero si se dan solo un par de besos en todas las pelis —dijo Miriam—. Es un aburrimiento. ¿Te imaginas una relación así? A mí me da algo.

Me eché a reír, y en ese momento se abrió la puerta del cuarto de baño, que quedaba al lado del salón donde estábamos todos, y salió Max llevando solo una toalla que le cubría de las caderas a las rodillas. Volví a quedarme mirándolo de una forma muy poco sutil, porque estaba para comérselo. Él lo sabía, yo lo sabía, así que ¿para qué disimular?

—Pero qué guapo —le dijo Adri después de silbarle—. Enséñamelo todo, nene.

Max sonrió y se giró para ir hacia las escaleras, pero no subió sin antes bajarse la toalla y enseñarnos medio culo.

Había olvidado lo glorioso que era el culo de Max, y lo peor es que parecía más musculado que la última vez que lo había visto —media vida atrás—. Adri volvió a silbar y todos se rieron. Yo hice lo mismo, notando el calor en mis mejillas pero sin intentar disimularlo. Max me sonrió, se subió la toalla de nuevo y se fue hacia arriba.

—Te está haciendo un *preview* —me dijo Raquel cuando Max ya estaba en el piso superior—. Para que veas lo que te espera. Luego, por la noche, te empotraré...

—No quiero escuchar esto, gracias —Miriam la interrumpió antes de que pudiera empezar a narrar lo que creía que iba a ocurrir con la explicitud que la caracterizaba y yo volví a reír.

Comimos todos juntos y la gran mayoría se quedaron dormidos después, en sus respectivas camas. Yo, por mi parte, no tenía demasiado sueño así que me puse una serie que encontramos por Netflix con Andrea. Estuve hablando con ella un buen rato, también, sobre todo el tema de Aitor y Nico. Sabía que lo único que podía calmar su sentimiento de culpa eran el tiempo y el esfuerzo, porque ya se había disculpado mil veces y había cortado todo contacto con Nico. Era complicado, porque odiaba saber que lo estaba pasando mal y estaba intentando hacer lo posible para alegrarla, aunque fuera solo a ratos, pero había que aceptar que solo habían pasado dos días y era un proceso que tomaba tiempo.

Por la tarde, aprovechamos que teníamos una piscina en la casa y nos quedamos ahí, bañándonos

y tomando algo. La cosa se alargó hasta la noche y se convirtió en cena con copeo. Habíamos ido a comprar antes de comer, pero en el supermercado del pueblo no había Martini, así que lo sustituí por vino blanco. Tampoco bebí mucho porque no quería estar hecha un asco al día siguiente, así que me moderé y, habiendo cenado antes, tampoco me subió demasiado.

—Yo solo digo que el porno ha hecho mucho daño —argumentó Raquel, copa en mano, hablando de su tema favorito en el mundo: el sexo. Según ella, todo en la vida podía explicarse con eso—. Tenemos unas expectativas surrealistas por su culpa.

—Ya ves —contestó Sandra. Creo que Sandra y Raquel se acababan de dar cuenta de que podrían ser, perfectamente, mejores amigas—. ¿Eso de que las tías se corran con que les toquen un poco una teta? Venga ya.

—¿Y las pollas enormes? —prosiguió Raquel—. A mí me dan puto miedo, eso es lo que me dan. Nos echamos a reír y me serví más vino.

—En la antigüedad, las pollas pequeñas estaban mejor vistas —comenté—. ¿No os habéis fijado en que las estatuas de dioses griegos la tienen todas pequeña? Es porque representaba moderación sexual, capacidad para reprimirse. A los sátiros, en cambio, se los representaba con penes enormes.

—¿En serio? —me preguntó Miriam, interesada—. ¿Dónde has aprendido eso?

—En Twitter —contesté, y ella rio.

—Twitter es la universidad del siglo XXI —dijo Raquel, convencida—. Aunque hay mucho bulo por ahí.

—Es la universidad de las curiosidades —especifiqué—. Solo hace falta comprobar por Google para ver si es un bulo o no. Además, que hay cosas que se nota de lejos que son mentira, pero muchísima gente se las cree.

—La posmodernidad, que ha hecho mucho daño —comentó Pablo, divertido.

Solté una carcajada y, de repente, una de las manos de Max, que estaba sentado a mi lado, se posó en mi pierna. No dijo nada, ni siquiera me miró, pero cuando mi mirada se dirigió a él, vi que tenía una sonrisa en la cara. Era sutil, los demás ni siquiera lo notaron, pero ahí estaba. Y, lejos de ponerme nerviosa, sus caricias en la pierna me tranquilizaban.

—Venga, vamos a recoger esto, que la fiesta nos espera —dijo Raquel media hora más tarde, cuando ya estábamos cansados de jugar a cartas.

Empezamos a recoger todo lo que había encima de la mesa. Quisimos dejarlo todo fregado antes de irnos, porque hacerlo al día siguiente nos iba a costar más. Max y Raquel se encargaron de ello y yo fui a cambiarme a la habitación que compartía con Sandra. Andrea y Miriam vinieron con nosotras, y empezamos a sacar ropa de las bolsas.

—No sé ni para qué estamos haciendo el paripé de hacer ver que compartimos habitación, si acabaré durmiendo con Pablo —dijo Sandra.

—¿Te gusta Pablo? —Levanté una ceja.

—No, pero él duerme con Max y, como Max y tú acabaréis en la misma cama y esta es la única habitación con dos camas individuales, Pablo dormirá aquí—explicó—... A no ser que queráis dormir los tres juntitos.

—¿Y tú aquí sola como una reina? Ni hablar —bromeé.

Andrea se sentó en una de las camas y suspiró.

—Chicas, creo que no voy a salir esta noche —anunció, y las tres nos giramos rápidamente hacia ella.

—Ah, no —Miriam fue la primera en intentar disuadirla de su plan, que probablemente era quedarse llorando en la cama—. Hoy vamos a salir y nos lo pasaremos bien, tú y yo. Somos las

de las relaciones rotas, aunque en mi caso me alegro, pero ya te digo que no puedes quedarte en casa esperando a que se te pase, porque no lo hará.

—Eso mismo iba a decir yo. —Sandra asintió con la cabeza—. Excepto por lo de las relaciones rotas, porque yo soy la eterna soltera. Venga, Andrea, que será divertido.

Ella volvió a suspirar.

—No me siento con ganas.

—Si quieres quedarte me quedo yo contigo —dijo, sin intención de presionarla, porque no quería que se quedara sola.

—No, tonta, tú sal y pásatelo bien —me dijo ella.

—No voy a dejarte aquí sola —contesté—. Si me dices que necesitas quedarte para llorar y desahogarte un rato, lo entiendo, pero si vas a quedarte comiéndote la cabeza y sintiéndote culpable, no te lo recomiendo.

Ella me miró. Luego miró a Sandra y a Miriam, y respiró hondo.

—Bueno, vale.

—Así me gusta —Sandra le palmeó la espalda con demasiada fuerza y ella soltó un quejido, golpeándola de vuelta—. Te invitaré a un cubata y todo.

—Pero si eres pobre —contestó ella.

—No me hagas enfadar que no te invito ni a un vaso de agua de mar, eh —le advirtió Sandra, divertida.

Así que nos vestimos, nos peinamos y Raquel se nos unió para la parte del maquillaje, ya que según ella Miriam maquillaba muy bien y quería una de sus obras maestras en la cara —palabras tuyas—. Me estuvo acosando un buen rato a mí también porque decía que era una maestra haciendo la raya del ojo, y al final se la hice solo para que se callara.

Yo opté por no maquillarme, porque la verdad es que no me apetecía nada. Sandra se unió a mi plan y nos quedamos echadas en su cama mientras las demás acababan de arreglarse.

—Ayer me habló Marta —me comentó—. Creo que está hecha mierda. Sus padres se están separando, o algo así. Me dijo si podíamos quedar algún día de estos, y le dije que sí. A ver qué se cuenta.

Me quedé callada unos segundos, pensando en ello. En el último año Marta se había trasladado a un rincón remoto de mi mente, pensaba poco en ella, pero saber que le iban las cosas mal me dolió. Más de una vez me había planteado volver a quedar con ella, pero recordaba lo que me había hecho y se me pasaban las ganas.

La fiesta, por suerte, era al aire libre. Habíamos tenido que ir hasta un pueblo cercano. Max y Sandra se habían ofrecido a conducir de vuelta, así que no iban a beber mucha cosa.

—El cubata que no me bebo yo es para ti, pequeña saltamontes —le dijo Sandra a Andrea, acariciándole la cara.

A Sandra le daba igual, porque no necesitaba beber para soltarse ni para actuar como una demente.

Nada más entrar en la zona, fuimos directamente a la barra. Yo me pedí otra copa de vino, porque no tenía ganas ni de mezclar ni de coger un pedo brutal. Los demás cogieron cosas más fuertes excepto Max y Sandra, que optaron por cosas sin alcohol.

—¡Oye! No cojas pajitas, que contaminan —escuché a Miriam regañando a Pablo, y el susodicho dejó la pajita que estaba a punto de coger para luego levantar las manos, mostrando su inocencia.

Raquel ya venía contentísima y quiso irse a bailar, pero como la noche acababa de empezar solo se le unió Sandra. El resto fuimos a sentarnos en los sofás que rodeaban una de las muchas mesas que había en la zona. Pablo se encendió un cigarro y Max, sentado a su lado, le robaba caladas de vez en cuando. Adri propuso liar un porro pero Miriam le sacó la idea de la cabeza alegando que nos echarían, cosa que era muy posible, y Andrea parecía más animada.

Yo estuve hablando un buen rato con ella hasta que, para sorpresa de todos, se terminó el cubata y decidió que quería unirse al plan de bailar, así que se fue con Raquel y Sandra. Pude ver a la segunda soltar un grito de alegría y abrazarla, contenta de que por fin se hubiera animado.

Habiéndose ido Andrea, decidí sentarme al lado de Max. Miriam me dio una sonrisa divertida, leyendo mis intenciones con su hermano, y siguió hablando con Adri de vete a saber qué. En cuanto me hube acomodado al lado de Max, su mano volvió a encontrar un lugar en mi pierna, esta vez algo más arriba que horas antes. Tomó un sorbo de su refresco y se echó hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá para mirarme.

—Hoy no te puedo pillar con la sinceridad alcohólica —le dije, y sonrió.

—No necesito alcohol para decirte las ganas que tengo de llegar a casa y encerrarme en la habitación contigo —contestó, y me pilló tan desprevenida que me callé unos segundos antes de asimilarlo bien y echarme a reír.

—Joder, no te andas con rodeos, tú —observé.

Él solo me dio otra de sus sonrisas, esas que parecían esconder sus intenciones y todo lo que ocurría en su cabeza, algo que sentía que siempre sería un misterio para mí.

Media hora más tarde, estaba presenciando una escena que nunca había visto antes: Raquel y Adri siendo pegajosos. Los había visto besarse y tal, pero en ese momento estaban en la pista de baile, enrollándose como si no hubiera nadie a su alrededor, e incluso los envidié un poquito.

—Ahí va algo que no había visto nunca —murmuré.

—Oh, eso es que no has salido lo suficiente con ellos —me dijo Max—. A partir de cierto número de cubatas, empieza su espectáculo porno.

Me reí mientras seguía mirándolos, terminándome la segunda copa de vino. En realidad eran una pareja sexy, alocada y que pegaba perfectamente, pero supongo que llevaban tanto tiempo juntos que ya no sentían la necesidad de estar tocándose todo el rato, al menos cuando estaban sobrios.

Al poco rato decidí ir yo también a bailar con Sandra y Andrea, que seguían en el centro de la pista. De cierta forma agradecí que hubiera mucha gente bailando, porque me daba corte que Max me viera haciéndolo, ni siquiera sé por qué. Cuando llegué donde estaban ellas, Andrea me abrazó como si acabáramos de ganar el mundial y yo le devolví el abrazo con la misma efusividad porque me encantaba ver lo contenta que estaba mi amiga, después de todo lo que había pasado.

Estaba bailando con ellas, en mi nube, cuando alguien tocó mi brazo, yo ya sabía quién era incluso antes de girarme.

—Os la robo un rato —le dijo a mis amigas, y Andrea rio antes de empujarme hacia él.

Aterricé en el pecho de Max y una de sus manos rodeó mis hombros, pegándome más a él. Joder, qué bien olía.

—Que no os arresten por escándalo público, eh —nos pidió Sandra como si hubiera pasado mil veces antes, y solté una carcajada.

Nos alejamos un poco de ellas, sin salir de la pista de baile y, cuando iba a decirle algo ingenioso a Max, me encontré con sus labios sobre los míos. Así, a saco, sin andarse con más rodeos, y agradecí que fuera así porque ya apenas tenía ganas de jugar, solo quería besarlo, tocarlo y tenerlo dentro de mí.

Le devolví el beso con el mismo fervor, con mis manos en su nuca. Max me dio un par o tres de picos más antes de añadir la lengua al juego. Yo estaba que ya no podía más, me sentía en el cielo con sus besos pero quería ir más lejos, subir aún más. Me separé de él y nos miramos.

—Vamos —dije, y él pareció entenderlo perfectamente porque cuando empecé a caminar, cogiéndolo de la mano, me siguió sin dudarlo ni un segundo.

Mi idea principal era ir al coche, pero en cuanto vi los baños cambié la dirección. Había varios servicios repartidos por la zona, y en ese en concreto no había nadie, así que aproveché para meterme en uno de los cubículos con Max, sin preocuparme demasiado por si alguien nos había visto.

Él me aprisionó contra la pared y volvió a besarme, acariciando mi cara con una mano.

—Joder —murmuró cuando se separó unos segundos, a centímetros de mi boca—. Te he echado tanto de menos...

Empezó a besarme el cuello y gemí, excitándonos más a ambos. Sus manos acariciaban mis piernas pero no subían más, y estaba empezando a frustrarme, porque no sabía si lo estaba haciendo expresamente para volverme loca, o si no se atrevía.

—Max —lo llamé, y me miró—. Tócame.

Sonrió y dirigió su cara de nuevo a la mía para volver a besarme, pero esta vez sus manos empezaron a subir peligrosamente hacia mis bragas mientras yo daba gracias a mi yo de hacía un par de horas por haberme puesto un vestido. Dejó caricias en mis muslos y noté mi pulso acelerarse. Entonces su pulgar rozó mi clítoris, por encima de las bragas, y gemí en su boca.

Siguió con las caricias en los muslos y los ocasionales roces en mi parte más sensible y yo estaba por suplicarle que me diera más cuando noté sus dedos apartando mis bragas. Pasó el dedo índice por mis pliegues, empapándolo con mis fluidos, y luego el pulgar. Cuando ya los tenía mojados, su pulgar empezó a jugar con mi clítoris. Rompió el beso y me miró, bebiendo de mi expresión de placer y de mis gemidos, que iban en aumento. Sus otros dedos tanteaban la entrada de mi vagina, y cuando hundió uno de ellos en la cavidad, tuve que contenerme para no gritar. Creo que iba a usar ese dedo para dilatarme pero pronto se dio cuenta de que no hacía falta y metió un segundo dedo.

Empezó a meterlos y sacarlos y yo estaba haciendo todo lo posible por mantener bajo el volumen de mis gemidos, pero cada vez me costaba más. Él usó los dedos de su otra mano para trazar círculos en mi clítoris, y cuando sentí que estaba a punto de estallar cerré los ojos y me preparé para dejarme llevar, pero entonces paró. El muy capullo paró.

—Te dije que yo también sabía jugar —dijo, lamiéndose los labios antes de abandonar el cubículo del baño.

Veintiséis

Lo voy a matar. Voy a salir de aquí arrestada por homicidio. Maldito Max por dejarme así, maldita yo por empezar este juego de mierda, y maldito todo el mundo, joder.

Mi mente no paraba de hacer promesas homicidas mientras salía del cubículo del baño, aún con una sensación vibrante entre las piernas y una frustración creciente.

Lo peor de todo es que ni siquiera estaba cabreada de verdad, ni me sentía humillada, ni nada de eso: estaba tan excitada que apenas podía soportarlo. Max había cumplido su objetivo con creces y, cuando llegué a donde estaban el resto, que seguían en la zona de los sofás, pude ver que había una sonrisa de satisfacción en su rostro, aunque supo disimular el hecho de que iba dirigida a mí. Ya podía estar contento, ya, porque estaba que me subía por las paredes.

Me acerqué a ellos fingiendo toda la tranquilidad que pude, y al parecer funcionó porque Pablo y Sandra, que ya se había cansado de bailar, me saludaron perezosamente. Cogí mi copa de vino de la mesa y di un largo trago antes de pasar a la acción. Poco me importó que al resto de la mesa les pudiera parecer raro, pero cogí a Max por el brazo y me lo llevé de ahí. Él se dejó llevar, porque seguramente ya se lo esperaba, y no lo miré pero estaba segura de que sonreía.

—Te has pasado tres pueblos —le dije, frustrada, y a él le debió de parecer divertidísimo porque su sonrisa solo hizo que ensancharse.

—Ojo por ojo, Julia —contestó, y no pude evitar sonreír yo también—. Yo también me quedé con las ganas el otro día, en la playa.

—Oye, ¿tú no escuchas a Gandhi y eso de que ojo por ojo y todo el mundo acabaría ciego? Pues ya sabes —respondí.

Max soltó una carcajada.

—Luego dirás de mí, pero tú tampoco estás muy bien de la cabeza —comentó, y no pude evitar reírme yo también.

Aunque la proximidad de Max tampoco ayudaba, al reírme conseguí relajarme un poco más. Mi plan había sido llevarme a Max a un rincón y dar rienda suelta a mis fantasías, pero ahora que estábamos hablando y riéndonos juntos de las tonterías que decíamos, esa urgencia desapareció. No es que ya no quisiera acostarme con él, en absoluto, pero no quería hacerlo con prisas y mal. Nos debíamos algo mucho mejor que eso.

Así que Max me acompañó a la barra y me pedí otra copa de vino. Venían llenas por la mitad y yo solo llevaba dos, así que tampoco iba tan mal. Max decidió pedirse otro refresco y nos sentamos en los taburetes de la barra.

—Por cierto —me dijo cuando di el primer sorbo a la copa de vino blanco—. Hayes te manda recuerdos. Dice que me ahogues en el mar, si puedes, que le harías un favor.

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

—De poco me sirves ahogado —contesté, y esta vez fue él el que rio.

—Ayer hablé con él —me contó—. Me dijo que ha tenido una época de follar mucho y, ahora que se le ha pasado, se ha dado cuenta de que quiere volver con Ellie. Luego me pegó un rollo filosófico de media hora sobre el sexo y el amor, como si él fuera un experto.

—Entonces, ¿volverá con Ellie? —pregunté, esperanzada, porque me parecían una pareja de diez.

—Ni idea. —Max se encogió de hombros—. No sé si Ellie también quiere, hace bastante que no hablo con ella.

—¿Y si la llamamos? —propuse, y Max levantó las cejas, divertido.

—Si hay WiFi en este lugar, se puede hacer —dijo—. Aunque yo no seré el que intente convencerla de que vuelva con Hayes, eh, que luego si vuelven me echará la culpa a mí.

—Pobre Hayes —murmuré, y Max cogió su móvil.

—Pues mira, sí que hay —anunció—. Vamos a hacer esa llamada.

Ya que estábamos, decidimos incluir vídeo en la llamada, porque me hacía ilusión verla. Nos alejamos un poco más de la pista de baile, donde el sonido de los altavoces no llegaba con tanta fuerza, y Max le dio a llamar. Ella contestó a los pocos tonos, con una ceja levantada.

—¡Julia! —su expresión cambió al verme—. *Ya me estaba empezando a pensar que Max me llamaba para tener una videollamada guarra* —bromeó—. *Ay, cuánto tiempo. ¿Cómo va todo? ¿Estáis de fiesta?*

—Sí —contesté—. Va todo bien. Nos hemos ido de viaje de fin de semana a la playa.

—¿A qué playa? —preguntó, interesada.

—Estamos en la Costa Brava —le expliqué—. ¿Lo conoces?

—¡Claro! —respondió—. *Soy inglesa, chica, España es nuestro destino vacacional por excelencia.*

—Sí, venís aquí a emborracharos y a saltar de balcones —se burló Max.

—Oye, que hay de todo —se defendió ella—. *Yo soy de las inglesas buenas.*

—¿Eso existe? —Max la siguió picando y Ellie le mostró el dedo corazón, con una sonrisa sarcástica.

—Oye, que me han chivado que Hayes y tú ya no estáis juntos —dije de repente, y me arrepentí en cuanto acabé la frase porque a lo mejor ella no quería hablar de eso. Afortunadamente, no se lo tomó a mal, de hecho casi podría decir que fue todo lo contrario.

—Pues sí —contestó—. *Llevábamos una época de mierda y al final decidimos que se acabó. Eso sí, el otro día quedé con él para cenar, y poco me faltó para saltarle encima. Mira que no me ha faltado sexo, eh, pero no sé, debe ser la costumbre.*

La miré, sorprendida. Ellie era una persona tan abierta que se hacía incluso raro, pero no de una mala manera, solo es que no estaba acostumbrada a tanta honestidad.

—Y yo que pensaba que ya me había librado de todo el griterío y el sexo duro —Max soltó un suspiro muy exagerado, y Ellie se echó a reír.

—*Como si tú no follaras, tío* —dijo ella—. *Que cuando estaba Julia aquí yo también escuché voces.*

—Si escuchas voces deberías ir a que te lo miren, eh, yo solo digo —contestó Max.

Ellie volvió a estallar en carcajadas.

—*Eres un capullo* —le dijo—. *Pero no me cambies el tema, ¿os habéis ido de escapada romántica? Qué bonito.*

Max y yo nos miramos unos segundos, y una media sonrisa se dibujó en sus labios. No sé si fue el vino, lo irresistible que me parecía cuando ponía esa expresión, o lo que acababa de decir Ellie, pero me entraron ganas de besarla. Obviamente no lo hice, porque le habríamos dado más material a Ellie para pensar que íbamos a casarnos, y no era plan.

De repente, al pensar en eso, la realidad volvió a caerme encima durante unos segundos, y me sentí como cuando estaba en Nueva Zelanda y recordaba que me iría. Solo que esta vez, sería Max el que se iba a ir. Noté la ansiedad arremolinarse en mi pecho y respiré hondo, intentando que se fuera.

Conseguí reponerme rápidamente para volver a la conversación, y negué con la cabeza.

—Estamos con más gente —le expliqué, y ella hizo un puchero—. Somos ocho en total.

—*Jo, qué rollo* —contestó—. *Follar con seis personas más en casa tiene que ser complicado.*

Y dale con el tema del sexo. Debería presentarle a Raquel y Sandra, se entenderían maravillosamente. Yo solo estaba odiándola un poco porque por su culpa no podía parar de reproducir escenas de Max y yo solos, en su habitación, o en la piscina, o incluso en el mar —esa parte era culpa de Raquel—.

Como si me estuviera leyendo la mente, la mano de Max volvió a posarse en mi pierna. Pero esta vez no me dio tranquilidad, sino que me puse más nerviosa y, por qué no decirlo, caliente. Maldito Max. ¿Cómo podía ser que el simple tacto de su mano en mi muslo me provocara todo eso?

Seguimos hablando un buen rato con Ellie y llegué a la conclusión de que, si no volvía con Hayes, al menos seguro que se acostarían. Se notaba que lo echaba de menos, y de tanto hablar de él llegó un punto en el que se puso filosófica, justo como se había puesto Hayes el día anterior al teléfono con Max —¿lo veis? Si es que eran la pareja perfecta—.

—*Chicos, la vida es muy corta* —nos dijo, echada en el sofá de su apartamento—. *Yo tengo muy claro que no quiero quedarme con las ganas de nada, y vosotros deberíais hacer lo mismo. Miraos, coño, ¡si os queréis! Se os ve a los dos. Estáis en una situación muy jodida, sí, pero todo se puede arreglar en esta vida. Oye, Julia, podrías mudarte a Auckland. Sería genial.*

Me había quedado muda desde que había dicho que se nos veía que nos queríamos porque, a decir verdad, no me había parado demasiado a pensar en eso, probablemente porque no había querido. Fue como una bofetada brutal, porque me di cuenta de que tenía razón. Había aparcado ese pensamiento durante mucho tiempo para no hacerme más daño, pero quería a Max, y ya tocaba aceptarlo junto con todas las consecuencias. ¿Que si Max me quería a mí? Pues no tenía ni idea, y tampoco sabía si quería saberlo.

Él no decía nada, estaba callado a mi lado y su presencia se me hizo incluso más fuerte. Quería hablar de él sobre eso, pero a la vez me moría de miedo, y no sé si me asustaba más que me dijera que no me quería, o que me confesara que sí.

Decidí quedarme con lo último que había dicho, y negué con la cabeza mientras reía.

—Tú estás loca —dije—. ¿Qué voy a hacer yo en Auckland? Con lo lejos que está.

—*Ya te he dicho que la vida es corta* —repitió—. *Auckland es guay, hay mucho que hacer por aquí.*

—Yo no lo veo —insistí, manteniendo mi tono jocoso aunque lo decía en serio. Que Auckland era guay era innegable, pero simplemente no me veía viviendo ahí, además de que seguir mis estudios en otro país y en otro idioma habría sido complicado. Por no hablar del tema económico. Simplemente no era viable.

Max seguía sin decir nada, y cuando Ellie se puso a hablar de otra cosa, volvió a participar en la conversación con su tono tranquilo habitual, bromeando y metiéndose con ella de vez en cuando. La llamada duró un par de minutos más, que prácticamente fueron un monólogo de Ellie sobre la vida y el amor, hasta que decidimos colgar y, justo en ese momento, Sandra apareció en mi campo de visión.

—Tía, llevo nueve años buscándote —dijo, como la exagerada que era—. Creo que es la hora de la retirada.

—¿Ya? —pregunté, mirando la hora en el móvil, y me di cuenta de que ya eran las cuatro de la mañana—. Joder, qué tarde es.

—Pues sí —contestó—. Que yo me lo paso igual de bien sin alcohol, pero no aguanto tanto.

Volvimos a casa, y esta vez fui en el coche que conducía Max, en el asiento del copiloto. Iba segunda en el ránking de personas menos ebrias en ese coche, solo superada por Max, y los asientos traseros parecían un circo. Se habían metido en el coche los primeros que habían llegado, así que teníamos la combinación de Raquel, Andrea y Pablo detrás. Raquel y Andrea — para mi sorpresa— cantaban a pleno pulmón todas y cada una de las canciones que yo les ponía, aunque en realidad lo único que había hecho era poner una de esas playlists de música de los 2000. Pablo, de mientras, se moría de risa a su lado mientras se liaba un porro para cuando llegáramos. Yo tampoco podía evitar reírme de vez en cuando, pero en general estaba tranquila. Llegamos a las cuatro y media. Sandra se fue directa a la cama, sorprendiéndonos a todos, y Miriam y Andrea hicieron lo mismo. Los demás salimos al jardín trasero, sentándonos alrededor de la piscina. Yo aproveché para sentarme en el mismo borde y sumergir los pies, agradeciendo el frescor del agua, porque aún siendo casi las cinco de la mañana, la humedad en el aire hacía que el calor fuera aún menos soportable.

—Quiero ver cómo sale el sol —anunció Raquel, sentada en una de las hamacas que había delante de la piscina mientras Adri y Pablo fumaban, llenando la zona del característico olor de la marihuana.

—Quedan como dos horas para eso —le dijo Max, y ella suspiró.

—Joder, ya podría pasar el tiempo más rápido —se quejó ella, y yo discrepé mentalmente.

Cerré los ojos y me quedé en silencio un buen rato, disfrutando del lejano sonido de las olas rompiendo contra las rocas, solo interrumpido momentáneamente por un búho ululando bastante cerca, probablemente en el bosque que se extendía a pocas casas de la nuestra. Escuché cómo alguien se sentaba a mi lado, sumergiendo también los pies, y ni siquiera me hizo falta abrir los ojos para saber que era Max.

—¿Quieres dormir conmigo? —me propuso, aunque yo ya tenía claro desde que estábamos planeando este viaje que dormiría con él, y estaba segura de que él también.

Abrí los ojos y lo miré. Le di una pequeña sonrisa y asentí con la cabeza.

—¿Y Pablo? —pregunté.

—Creo que se ha ido a dormir a otra habitación porque ya se olía lo que iba a pasar.

Conseguimos aguantar hasta llegar a la habitación pero, una vez ahí, nuestras bocas no tardaron en encontrarse. Max jugaba con su lengua en mis labios y, posteriormente, encontrándose con la mía. Sus manos, como siempre, eran incapaces de estarse quietas y acariciaban mis costados, mi cuello, mis mejillas...

Max me levantó y enroscó mis piernas en su cintura. Me puso contra la pared y seguimos besándonos. Me aparté un momento y aproveché para quitarle la camiseta. En cuanto estuvo en el suelo, mis manos fueron a acariciar su pecho y bajaron hasta los abdominales. Noté la piel hundirse en la zona de su ombligo y seguí bajando, pero mis propias piernas me hacían de obstáculo para seguir en esa dirección. Moví las caderas, rozando su abultado pantalón, y sonreí en su boca. Volví a frotarme contra él y gimió.

—Alguien está ansioso —murmuré antes de morderle suavemente el labio.

—¿Cómo quieres que esté? —contestó—. Ha pasado casi un año.

Dejé un par de picos más en sus labios antes de separarme y bajar. Mis pies tocaron el suelo y Max supo lo que quería hacer, así que se me adelantó. Sus manos encontraron el borde de mi vestido y lo subió lentamente, acariciando cada milímetro de piel que quedaba expuesto mientras lo hacía. La noté erizarse bajo su tacto y cerré los ojos, concentrándome en esa sensación.

Cuando mi cuerpo quedó expuesto, fui hacia la cama con una sonrisa traviesa y me eché, sin dejar de mirar a Max. Él me devolvió la sonrisa y vino hacia mí. Sus ojos examinaban mi cuerpo

atentamente, como si fuera la primera vez que lo veía. Se quedó de pie, mirándome, y llevé una de mis manos entre mis piernas para acariciarme por encima de las bragas. Max no decía nada, solo me miraba, y de repente sus dedos empezaron a jugar con el botón de sus pantalones hasta que se decidió a quitárselos. En la parte delantera de su ropa interior había pequeña mancha húmeda, seguramente de líquido preseminal. Se acarició la polla, moviendo la mano como si se masturbara, por encima de la fina tela de los calzoncillos.

Aproveché ese momento para incorporarme en la cama y bajarle los calzoncillos. Me encontré con su polla, dura y con la punta húmeda, delante de mi cara. Lo miré a los ojos, dejando las inseguridades a un lado, y bebí de su expresión de placer cuando abrí la boca y empecé a introducirlo dentro, lentamente.

Mi cabeza se movía rítmicamente mientras mi lengua jugaba con la punta. Llevé mis manos a sus caderas para sujetarme, y una de las manos de Max fue a mi pelo. Gemí cuando me movió la cabeza para introducirse más adentro, hasta casi tocar mi garganta.

—Julia —gimió mi nombre y no pude resistir el impulso de empezar a tocarme—. Oh, joder...

Empecé a moverme más rápido y los gemidos de Max se intensificaron, aunque intentaba mantener el volumen bajo. Entonces volvió a sujetar mi cabeza y se apartó, sacando su polla de mi boca.

—Ven aquí —dijo, y tiró de mis piernas hasta que mi sexo quedó justo en el borde de esta.

Me quitó las bragas y vi lo que quería hacer pero, aunque me encantaba, me moría de ganas de tenerlo dentro de mí.

—Te quiero dentro —le pedí, y él sonrió.

Se apartó de mí lentamente, dejando una larga caricia desde mi muslo hasta mi tobillo en el proceso.

—Esta vez he sido previsor —dijo, y se arrodilló para rebuscar en su mochila.

Cuando se levantó, tenía un paquete plateado entre los dedos. Lo abrió sin ninguna prisa, puso el condón en la punta de su miembro, y lo desenrolló hasta casi llegar al nacimiento del fino vello púbico que tenía.

Mientras lo hacía, me deshice de mis bragas y las tiré, junto con mi sujetador, a algún lugar de la cama. Él me dio una última mirada antes de colocarse encima de mí. Pasó su miembro por mi entrada un par de veces, empapándolo de mis flujos, y finalmente introdujo la punta, para empezar a entrar poco a poco.

Cuando llegó a cierto punto, no muy profundo, noté un pinchazo de dolor e hice una mueca.

—¿Estás bien? —preguntó al verme la cara.

—Sí —contesté, respirando hondo para intentar relajarme y que pudiera entrar bien—. Sigue.

Él hizo lo que le pedí, pero a los pocos segundos volvía a dolerme, así que puse una mano en su torso para pararlo.

—Estás apretadísima —dijo, preocupado—. ¿Estás segura de que va todo bien?

—No —contesté con honestidad—. No sé qué me pasa. Me duele... Deben de ser los nervios, joder.

Él se apartó y se echó a mi lado, apoyado en su costado y mirando hacia mí, para acariciarme el cabello. Se quitó el condón rápidamente y, flexionando un poco el brazo, lo dejó en la mesilla de noche.

—¿Qué es lo que te pone nerviosa? —me preguntó.

—No lo sé —murmuré, porque era la verdad.

—Ven aquí —dijo, haciéndome señas con la mano para que levantara la cabeza.

Lo hice, y pasó su brazo por debajo para acercarme a su cuerpo. Cerré los ojos, apoyando mi

cabeza en su pecho, y suspiré.

—Lo siento —susurré, sintiéndome mal no solo por él, sino también por mí misma, porque no sabía lo que me estaba pasando.

Puede que tanto darle vueltas a la cabeza, tanto desearlo y rayarme porque iba a irse a la vez, hubieran terminado jugándome una mala pasada.

—Julia, no tienes que disculparte —me dijo, aunque eso yo ya lo sabía, pero me sentía igual de todos modos—. Mira, no me importa el sexo. O sea, me encanta hacerlo contigo y lo haría cada día, pero puedo estar sin hacerlo. Me quedan dos meses aquí y quiero pasarlos contigo, aunque no hagamos nada. El sexo es lo de menos.

Con todo lo que dijo sentí incluso ganas de llorar, porque era la primera vez que Max se abría conmigo de esa forma, aunque tampoco podía decirle nada porque yo nunca le había contado cómo me sentía. Puede que fuera toda esa incertidumbre la que me había puesto así de nerviosa, puede que mi cuerpo lo supiera. Que digan lo que quieran, pero lo que pasa en la mente también afecta al cuerpo, y mucho.

Me mantuve con los ojos cerrados, a su lado. No le dije nada porque sentí que no hacía falta, y él lo entendió. Se dedicó a acariciarme el pelo y dejar algún que otro beso en mi frente, incluso dejó uno en mi nariz. Me reí un poco cuando lo hizo y él tampoco pudo evitarlo.

—Ven, vamos a dormir —me dijo.

Asentí con la cabeza, notando el cansancio empezar a recorrer mi cuerpo, y nos quedamos dormidos poco después, abrazados.

Veintisiete

Me desperté la primera. Recordaba haberme quedado dormida con Max abrazado a mi cuerpo, pero él ya se encontraba en el otro lado de la cama. Seguramente nos habíamos separado en medio de la noche, sin poder soportar el calor.

Su pelo estaba completamente revuelto y su boca entreabierta. Estaba durmiendo completamente desnudo —yo al menos me había puesto unas bragas—, y sonreí al recordar lo que había pasado la noche anterior. Su respiración era tranquila, y acaricié su brazo, sin poder evitar quedármelo mirando.

El condenado era guapo, y mucho. No tenía un cuerpo musculado, aunque sí fibrado, pero a lo que me refiero es a que no era una persona de ir al gimnasio para ponerse fuerte, el músculo que tenía lo había ganado haciendo deportes que a él le gustaban. Los tatuajes que adornaban su cuerpo de una forma que casi parecía aleatoria, pese a no ser muchos, le daban aún más personalidad, y el pelo despeinado como si ni siquiera le importara le daba ese encanto tan característico de él. Por no hablar de esos ojos verdes, que parecían decir muchísimo más que lo que salía por su boca.

Cerré los ojos y me quedé un rato más en la cama, disfrutando de la sensación de tranquilidad y de tener a Max durmiendo a mi lado. El sol empezaba a dar a la ventana y, con él, el calor entró en la habitación. Empecé a sentirme incómoda con la temperatura y me levanté para poner el ventilador. Aproveché para ponerme la camiseta que Max llevaba la noche anterior, y bajé al piso inferior a por algo para desayunar, porque empezaba a rugirme el estómago.

En cuanto entré en la cocina, vi la cabellera castaña de Miriam, de espaldas, preparándose algo. Me escuchó entrar y se giró hacia mí para saludarme con una sonrisa. Se la devolví y fui directamente a servirme algo de agua fría, porque al haber bebido la noche anterior, estaba muerta de sed.

—Mira qué cara de felicidad traes —comentó con diversión.

Solo reí, porque lo de la noche anterior era demasiado reciente como para explicárselo, mientras cogía pan de molde de uno de los armarios.

Se giró hacia mí, mirándome mientras untaba chocolate en el pan para hacerme un bocadillo, y vi que tenía dos surcos oscuros marcados bajo los ojos.

—¿No has dormido bien? —pregunté, porque aunque hubiéramos salido la noche anterior, ella se había ido a dormir antes de las cinco, y eran pasadas las doce—. ¿Tienes resaca?

—No. —Negó con la cabeza, dándome una sonrisa forzada—. He tenido pesadillas.

—¿Otra vez? —pregunté, cogiendo otro trozo de pan de la bolsa para ponerlo encima del que acababa de untar.

—Sí —respondió, y me senté en el taburete que había al lado de la encimera, mirándola.

—¿Era como las de las otras veces? —inquirí, y ella hizo un gesto de asentimiento, inclinando la cabeza levemente.

—La psicóloga dice que mejorará con el tiempo —me explicó—, pero ya no sé ni si creerla. Cada vez parecen más reales. Además, todavía tengo que ir a buscar mis cosas a su piso. Llevan ahí semanas, las mismas que llevo sin hablar con él, y ya es hora de que me lo lleve. Mi portátil, mi cámara de fotos y casi toda mi ropa están ahí.

—Puedo ir yo, si quieres —sugerí—. Si sabes a qué horas no está, puedo colarme con tus llaves y llevarme tus cosas.

—Sería más fácil. —Suspiró—. Pero, ¿y si te pillan? Como te pase algo por mi culpa, yo...

—Iré con alguien más —propuse—. Puedo ir con Max, con Adri, o con Sandra. Si las cosas se ponen feas, ella es cinturón negro de karate... o marrón, ahora no me acuerdo. El caso es que le partirá la cara si es necesario.

Miriam soltó una carcajada y asintió con la cabeza de nuevo.

—Vale —contestó—. No negaré que la imagen de él con la cara partida me ha causado satisfacción. Pero bueno, cambiemos de tema, que paso de estar rayada todo el día. ¿Qué tal con Max? Y me refiero a nivel sentimental, eh. Ahórrate las descripciones explícitas, por favor.

Reí mientras me comía el bocadillo, y ella se sentó a mi lado con un plato de tostadas con mermelada en una mano y un café en la otra.

—Pues bien, supongo. —Me encogí de hombros—. No sabría decirte, la verdad. Es un poco confuso todo.

—¿Confuso? —Levantó una ceja.

—Se va a la otra punta del mundo en dos meses —le recordé—. No quiero desperdiciar el poco tiempo que nos queda juntos, pero me da miedo pensar que él se irá y yo me quedaré aquí. No tengo ganas de pasarlo mal, la verdad.

—Normal —contestó ella—. Supongo que lo más fácil sería que Max se quedara. No entiendo por qué no lo hace.

—Ni hablar. —Negué con la cabeza—. A Max le encanta Auckland, tiene una vida ahí y un contrato para un proyecto de lo suyo. Nunca en la vida le pediría que se quedara por mí, ni quiero que lo haga. Quiero que sea feliz y que haga lo que le gusta. Nos queda mucha vida por delante. Si algún día vuelve y se da el caso, a lo mejor sí estamos juntos... Y espero que sí, la verdad, pero no voy a obligarlo a quedarse, porque no será feliz.

—Mírala, la filósofa —bromeó, y sonreí.

—Son las ganas de sexo, que me ponen así de sentimental —contesté, y ella hizo una mueca de asco.

—Te he dicho que nada de comentarios sexuales —se quejó.

—Que yo recuerde, has dicho explícitos —puntalicé, señalándola con el dedo índice.

—¿No hicisteis nada ayer? —inquirió.

—Pensaba que no querías saber nada de nuestra vida sexual. —Levanté una ceja—. No, no hicimos nada, estábamos muy cansados.

Ella rio y se terminó el café de un trago.

—¿Lo quieres? —me preguntó, refiriéndose a su hermano.

—Sí —contesté sin dudar.

—¿Se lo has dicho?

Suspiré.

—No —dije—. Creo que será peor para los dos si lo hago.

Miriam iba a contestar, pero escuchamos unos pasos bajando las escaleras, y segundos más tarde Pablo entró en la cocina sin camiseta, con el pelo revuelto y bostezando.

—Buenos días —nos saludó con tranquilidad y se puso a prepararse el desayuno.

Mi conversación con Miriam terminó ahí. Pablo se fue a desayunar al jardín y yo fui con él a terminarme lo mío. Andrea bajó poco después quejándose de lo mucho que odiaba su vida, lo que solía ser un síntoma de la resaca, y Sandra apareció a la media hora. A excepción de Sandra, ninguno nos sentíamos con estómago para comer nada, así que la decisión grupal fue ir a la playa.

Subí a la habitación de Sandra, en la que se suponía que yo tenía que dormir, y cogí mi bolsa

para llevarla a la que compartía con Max para cambiarme. Cuando entré en la habitación, vi que él seguía durmiendo. Cerré la puerta con cuidado, pero al parecer no con el suficiente porque empezó a moverse sobre la cama.

Se giró hacia donde yo estaba y me miró, con los ojos entrecerrados.

—Te queda bien mi camiseta —dijo con la voz ronca.

—Lo sé —contesté con una sonrisa, y fui a sentarme a su lado en la cama—. Nos vamos a la playa, ya están casi todos listos menos Raquel. Creo que han ido a despertarla.

—¿Tiene que ser ya? —murmuró en tono quejoso.

Solté una carcajada y crucé las piernas, metiéndome completamente en la cama. Él apoyó una mano en mi rodilla y escondió la cara en la almohada.

—Casi había olvidado lo mal que se te daba esto de despertarte —comenté con diversión.

—Pero hay otras cosas que se me dan muy bien —contestó, y su mano en mi pierna empezó a subir más hasta llegar al borde de mis bragas.

Su voz seguía sonando adormilada, pero él estaba bien despierto, y prueba de ello era la erección que empezaba a crecer entre sus piernas. Me mordí el labio y miré en dirección a la puerta, pensando en que nos estaban esperando... Pero a lo mejor Raquel se estaba haciendo de rogar y les costaba despertarla. Algo de tiempo teníamos.

Sus dedos índice y corazón acariciaron mi monte de venus por encima de las bragas y bajaron hacia mi punto más sensible... Pero entonces alguien aporreó la puerta.

—¡Vamos, lentos! —gritó Raquel desde el otro lado—. Dejaos de folleteo y vámonos a la playa. Max se echó a reír, apartando la mano de mis bragas.

—Siempre se despierta de mala hostia —dijo—, aunque se le pasa rápido.

Muy a mi pesar, tuvimos que pausar lo que estaba a punto de ocurrir y me cambié para ponerme el bikini. Max solo tuvo que levantarse, ponerse el bañador, y ya estaba listo.

—Por cierto —dijo Max de repente, cuando ya casi estaba lista para salir—, te traje algo de Nueva Zelanda. Ni siquiera sabía si te vería, pero te lo traje de todos modos. Parece que hice bien.

Levanté una ceja, interesada y algo nerviosa, porque no tenía ni la más mínima idea de qué era lo que Max podía haberme traído. Lo conocía, sí, pero nunca sabía muy bien qué esperarme de él, y la verdad es que tampoco lo veía como el tipo de persona que hace regalos a menudo.

Él rebuscó en su mochila, que parecía ser un desastre tan caótico como la mía, y cuando por fin sacó algo de ella, lo puso encima de la cama.

Apreté mis labios en una fina línea e intenté mirarlo con seriedad, pero cuando vi que él traía la misma expresión que yo, no pude hacer nada por no estallar en carcajadas.

—Eres imbécil —le dije, y él se echó a reír conmigo.

Marmite. El muy capullo me había traído un bote de Marmite.

El ungüento negro y pastoso estaba ahí, delante mío, dentro de ese bote que lo intentaba vender como si estuviera bueno, cuando era lo más desagradable que había probado en mi vida.

—Yo que te lo traigo con todo mi cariño... —se hizo la víctima y lo empujé en la cama para tirarme encima de él.

Max se defendió y me giró sobre la cama. El Marmite cayó al suelo y Max gritó un “no” desesperado por temor a que pudiera romperse, confirmándome que había traído esa sustancia negra asquerosa con la intención de comérsela él.

Entonces Raquel volvió a llamar a la puerta, casi con violencia, y nos gritó cuatro cosas más. Nos separamos, aún riéndonos a ratos, y cogimos las cosas para irnos.

Llegamos a la playa media hora más tarde y Raquel plantó la sombrilla en la arena como si fuera

una bandera, con firmeza y decisión.

—Yo de aquí ya no me muevo —sentenció y, tras poner su toalla en el suelo, se echó encima con la intención de seguir durmiendo.

Yo hice lo mismo pero omitiendo la parte de irme a dormir. En vez de eso, me puse crema de sol y me eché en la toalla que había puesto entre Andrea y Raquel. En cuanto mi cabeza tocó la toalla, Andrea se giró hacia mí con una sonrisa traviesa.

—¿Qué tal anoche? —preguntó, y me reí.

—Eres una cotilla —contesté, girando mi cuerpo hacia ella.

—Necesito escuchar sobre historias de amor que salen bien —me pidió, y recordé lo optimista que era ella con respecto a mi relación con Max.

—Ah, pues vete a preguntarle a otra persona —lo dije en tono de broma pero en el fondo lo pensaba, porque tenía muy claro que lo mío con Max no iba a salir bien de ninguna manera.

—No me seas quejica, que para eso ya estoy yo —me reprochó—. Al menos tienes sexo, que ya es mucho decir.

—Pero si solo debes llevar como tres días sin follar —le recordé.

—Ya, pero fue un desastre —se quejó.

—¿No te gustó? —Levanté una ceja y le di una sonrisa divertida.

—Claro que sí, tonta. —Suspiró—. Nico lo hace de maravilla, pero no me salió a cuenta perder a Aitor por eso.

—Bueno, nunca se sabe —contesté, intentando transmitirle algo de optimismo aunque era más bien complicado hacerlo.

—¿Sabes? Realmente, lo que le hice a Aitor no está tan lejos de lo que te hizo a ti Daniel —dijo con un hilo de voz, y aunque llevaba gafas de sol yo sabía que llevaba una expresión triste en la cara.

—Técnicamente no —contesté con tranquilidad—. La acción es la misma, pero con Daniel hubo muchos agravantes, como el hecho de que fuera con mi mejor amiga, de que me lo ocultaran y me mintieran durante meses, o de que él se comportara como un imbécil de mierdas. ¿Que creo que lo que hiciste está mal? Sí, pero somos humanos y nos equivocamos. Estas cosas pasan y, aunque hubiera estado mejor que te esperaras a dejarlo con Aitor, al menos fuiste sincera con él y se lo contaste.

Ella asintió lentamente con la cabeza y volvió a suspirar. Escuché risas y vi a Pablo y Max irse directamente al agua, con las palas y la pequeña pelota que habíamos traído en la mano. Empezaron a jugar como se supone que hay que hacerlo, pero pronto se aburrieron y cambiaron el juego para pasar a darse golpes con la pelota mutuamente.

—¡Julia, ten a tu chico controlado! —me gritó Pablo cuando Max le tiró la pelota al estómago.

Levanté la cabeza y me bajé las gafas de sol por un segundo. Max me miraba con diversión y, en cuanto se distrajo, Pablo le tiró la pelota apuntando a la entrepierna, pero le dio en el muslo.

—Oye, capullo, eso está fuera de los límites —se quejó Max, tapándose las partes nobles con las manos.

—Yo no quiero saber nada de esto —contesté a la petición de Pablo antes de sonreír y volver a echarme.

Así que Max era, oficialmente —al menos para Pablo, y probablemente para el resto del grupo —, “mi chico”. Interesante.

Duré, más o menos, media hora al sol. Normalmente aguantaba más, pero ese día hacía un calor especialmente insoportable, y al no haber ni una sola nube en el cielo el sol daba con mucha fuerza, así que me levanté de la toalla y me dirigí al agua. Pasé por el lado de Pablo y Max, que

habían vuelto a jugar a las palas como seres humanos normales, y les sonreí antes de entrar en el agua.

Esta vez me metí entera directamente, sin pensármelo dos veces, y gemí cuando el frío envolvió mi cuerpo.

—Eso ha sido bastante sexy —dijo Max, y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba a mi lado.

—¿De dónde sales tú? —pregunté, acercándome a él.

—De jugar a las palas, como ya has visto, pero es que ha pasado una chica guapísima y tenía que ir con ella, ¿sabes? —contestó, y me eché a reír.

—Deberías haber dicho algo como “un bombonazo” o “una nena”, habría quedado más de macho —bromeé.

—¿He suspendido la prueba otra vez? Joder —fingió enfadarse y sonreí antes de abrazarlo. En cuanto lo hice, sus manos pasaron por mi espalda en una caricia hasta juntarse ahí, sujetándome. Envolví su cintura con mis piernas, y me miró—. Entonces, ¿qué tipo de cosas dicen los machotes?

—Oh, ya sabes, te llaman “nena” cada dos segundos —le expliqué—, te repiten que eres suya doscientas veces al día, y hacen cosas como golpear a los tíos que osen mirarte.

Max hizo una mueca.

—Suenan aburridísimo —dijo—. ¿Has tenido el placer de encontrarte a uno de estos alguna vez?

—Por suerte, no —contesté—. Solo en muchas novelas románticas que dejé a la mitad.

—Algún día tenemos que leer una de esas juntos —propuso, y lo miré con una ceja levantada—. ¿Qué? Puede ser gracioso. Podemos incluso invertir los papeles: tú lees las partes del macho alfa dominante, y yo las de la chica virgen, inexperta e insegura. Podríamos hasta fundar una compañía de teatro.

Ahí sí que no pude aguantarme más y me eché a reír.

—¿Pablo y Adri te han dado maría? —le pregunté.

—Ojalá —contestó—. Pídeles un poco tú también, para cuando te venga la regla.

Me sonrojé un poco al recordar esa vez, en Nueva Zelanda, en la que había curado mis síntomas de la regla con marihuana... Y todo lo que había ocurrido después. Cada vez que pensaba en los días de viaje en furgoneta que habíamos pasado Max y yo, más cuenta me daba de lo genial que había sido.

Iba a decir algo más cuando Max dejó un beso frío en mi frente. Dejó los labios ahí unos segundos y cerré los ojos, permitiéndome disfrutar de ello, de él. Se separó, dejó otro en mi mejilla, y luego en mi boca, brevemente. Se separó y me miró justo antes de que una pelota pequeña, de plástico nos pasara volando por encima. Nos giramos —yo con un poco de mala hostia, la verdad— y vimos a un grupo de adolescentes jugando a palas dentro del agua. De él vino un chico de unos quince, dieciséis años y, mirándonos como si nos pudiera pedir perdón con la mirada, se fue a buscar la pelota. Eso nos pasaba por ser unos vagos y haber ido a la misma cala del día anterior que, para variar, estaba llenísima de gente.

Max sonrió, enseñando los dientes, y volvió a irse a molestar a Pablo, que seguía jugando a palas, esta vez con Miriam. Yo estuve nadando un rato hasta que decidí que ya había tenido suficiente y volví a las toallas, donde Sandra ya estaba conspirando para hacer cosas raras para San Juan.

—Esta noche vamos a la playa nudista, va —estaba proponiendo Sandra cuando llegué a las toallas con el resto—. Es la noche más corta del año, hay que celebrarlo.

—¿Quieres que hagamos algún tipo de ritual en honor a la luna desnudos? —Levanté una ceja y

ella me tiró la botella de crema solar desde su toalla. Me aparté, consiguiendo esquivar el objeto, y me reí para luego encogerme de hombros—. A mí no me parece mal.

—Pero no vamos a tirar petardos desnudos —dijo Andrea.

—Ah, y yo que planeaba encender mi propio cuerpo en llamas —contestó Sandra con sarcasmo.

—Hay fiestas que parecen interesantes —comentó Raquel, que al parecer ya había despertado del letargo.

—¿Habrá hogueras en la playa? —preguntó Pablo, que estaba sentándose en su toalla, al igual que Miriam y Max.

—Creo que está prohibido —contestó Miriam—. Hay mucho bosque por aquí, es peligroso.

—Tiene sentido —asintió.

—Hacen una fiesta aquí mismo —dijo Raquel—. Podemos pasarnos.

Al final decidimos que iríamos a dicha fiesta, y poco después volvimos a casa, porque cuando a la mayoría se nos pasó la resaca, los estómagos empezaron a rugir. Pablo y Adri decidieron que, aunque era ya pasada la hora de comer, querían hacer una paella, así que los dejamos hacer y yo fui a ducharme. Pasé por la habitación para coger ropa, y vi a Max echado en la cama.

—Me voy a la ducha —le dije—. ¿Quieres venir?

Él solo sonrió y asintió con la cabeza. Cogió unos calzoncillos limpios y sus pantalones de chándal, junto con la toalla que había usado el día anterior, y nos fuimos al cuarto de baño que había en esa misma planta. Los demás estaban fuera, en el jardín, probablemente vigilando que Pablo y Adri no le pegaran fuego a nada, así que no teníamos que preocuparnos por el ruido.

Me desnudé rápidamente antes de encender el agua, y Max lo hizo con más lentitud, como si no tuviera prisa alguna. Por algún motivo, hasta hacía nada me ponía nerviosa su mera presencia, pero en ese momento, y desde el día anterior, me sentía tan a gusto con él, y en tanta confianza, que ni siquiera me parecía raro estar desnuda a su lado, aunque no estuviéramos haciendo nada sexual —al menos por el momento—.

—¿En qué piensas? —me preguntó, entrando en la ducha.

—En nada importante. —Sonreí, negando con la cabeza y entré con él.

Nos duchamos con toda la normalidad del mundo excepto por las risas cuando Max intentó lavarme el pelo pero terminó desistiendo porque, según él, “era demasiado largo”. Después de terminar de enjabonármelo yo misma, me giré para aclararlo, y fue entonces cuando la mano de Max, desde atrás, acarició mi barriga.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación del agua caliente cayendo sobre mí, y la mano de Max acariciando mi abdomen. Di un paso hacia atrás, tocando su torso con mi espalda, y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí mucho tiempo —murmuró antes de empezar a besarme el cuello.

—Ojalá... —susurré, con los ojos aún cerrados y la piel erizada pese al calor del agua.

Bajé la mano y la llevé detrás de mí, hacia la semi erección de Max. La acaricié, y él suspiró. Empujó las caderas casi involuntariamente hacia mi mano, y la cerré alrededor de su miembro.

—Joder —gimió cuando empecé a mover la mano, pero de repente me agarró la muñeca—. Julia, ¿estás segura?

—Sí —respondí, sin ninguna duda—. Déjate llevar.

Usar un condón con toda esa agua parecía una idea pésima, así que decidimos solucionarlo de otra manera. Y fue así como, minutos más tarde, mis piernas estaban abiertas de par en par y Max estaba haciendo magia con su boca en el punto de unión de estas. Empecé a mover mis caderas, buscando más, a la vez que intentaba mantener bajo control el volumen de mis gemidos,

porque aunque estuvieran todos fuera, puede que hubiera subido alguien. Las manos de Max subieron a mis pechos y los estimuló entre sus dedos, con lo que yo ya quería derretirme ahí mismo.

—Max —jadeé—. No puedo más.

Él se separó un segundo y me miró.

—Pues déjate llevar —contestó con una sonrisa, y cuando volvió a ponerse con lo que estaba haciendo, no lo aguanté más y llegué al orgasmo tapándome la boca con una mano y sin dejar de mover las caderas.

—Vamos a la cama —le dije en cuanto pude volver a hablar.

Salimos del cuarto de baño como si estuviéramos infiltrándonos en el Pentágono, mirando a todos lados para asegurarnos de que nadie nos pillara, cosa que habría sido un poco incómoda porque la erección de Max se notaba incluso a través de la toalla, aunque a él parecía preocuparle más bien poco.

Entramos en la habitación y en apenas un segundo ya nos estábamos besando. Max tenía una de sus manos en mi nuca, y con la otra cerró la puerta para empezar a dirigirme a la cama. Las toallas se quedaron en el suelo antes de que tocáramos la cama y caí de espaldas, con él encima. Noté su erección contra mi pierna y sonreí en su boca justo antes de que él se separara.

—¿Qué postura te gusta más? —me preguntó, con la curiosidad chispeando en sus ojos.

Apenas tuve que pararme a pensarlo, porque lo tenía claro, pero decidí jugar un poco con él.

—¿Cuál te gusta a ti? —devolví la pregunta y él sonrió.

—A mí me gustan todas —contestó.

—Oye, esa es una respuesta trampa —me quejé.

—La próxima vez te lo digo, pero hoy te toca a ti —propuso.

No contesté, simplemente me di la vuelta y gateé un poco por la cama hasta llegar al centro, donde me eché completamente, boca abajo.

—Así —le dije.

Max tampoco dijo nada, solo se acercó a mí por detrás. Levanté el culo para dejar claro cómo quería que lo hiciera, y pronto escuché el sonido del envoltorio del preservativo rompiéndose. Lo siguiente que noté fue su punta presionándose contra mi entrada, y se hundió en mí lentamente. Gemí cuando llegó al fondo. Esa posición me gustaba porque le permitía llegar mucho más profundo.

Él empezó a moverse poco a poco, haciéndome notar cada centímetro que entraba y salía, pero pronto empezó a acelerar el ritmo de las embestidas. Tuve que morder la almohada para que no se escucharan mis gemidos y noté que Max también hacía un esfuerzo por reprimirlos. De repente, me cogió por las caderas y tiró hacia arriba, incitándome a levantarme. Me levanté sobre mis manos y él me cogió de los brazos para llevarme más arriba, de modo en que todo mi peso quedaba apoyado en mis rodillas flexionadas. Su boca encontró el lugar preciso en mi cuello en el que dejar besos y sus manos atraparon mis pechos. Gemí otra vez y él empezó a ir aún más rápido. Bajó una de sus manos a mi clítoris para acariciarlo con dos dedos, y me estremecí cuando lo hizo por lo sensible que estaba.

—Oh, joder —jadeé—. Max...

—Julia —dijo mi nombre entre gemidos.

La pose era una maravilla en lo que a placer se refiere, pero no se podía decir lo mismo de su comodidad así que probamos haciéndolo a cuatro patas, pero era demasiado raro, demasiado frío. Me giré, me eché boca arriba en la cama, y Max se puso entre mis piernas. Era la postura más básica pero la más íntima a la vez, y me gustaba por eso. Al parecer ese día Max quería hacer

todo el trabajo, porque no paró de moverse ni cambiamos la pose hasta lo noté contraerse dentro de mí y, poco después, alcancé mi segundo orgasmo.

Él fue a deshacerse del condón, y justo en ese momento escuchamos a Adri gritar desde abajo que la paella ya estaba lista, pero lo ignoramos, al menos durante unos minutos. Max se echó a mi lado, apoyando la cabeza en mi hombro, y respiró hondo. Me giré hacia él y, cuando nuestras miradas se cruzaron, un “te quiero” se quedó atascado en mis labios, pero no lo dejé salir porque sabía que habría roto esa burbuja en la que estábamos, y aún no me sentía lista.

Veintiocho

Creo que, en ese viaje, escuché cantar a Raquel más que en todos los años que hacía que la conocía, y mira que era difícil porque la mujer vivía en un karaoke constante. Pero verla cantando, junto a Andrea, canciones de Shakira a gritos, fue toda una revelación, y más teniendo en cuenta que grabé una gran parte.

—Ni se te ocurra subirlo a Instagram, eh —me dijo ella, arrastrando las palabras por la cantidad de alcohol que corría por sus venas, y yo negué con la cabeza.

—Yo nunca haría algo así. —Me llevé una mano al pecho, indignada, como si me pareciera un insulto que hubiera siquiera contemplado esa posibilidad, aún teniendo en cuenta que ya los había subido todos a Instagram, con filtros y stickers graciosos incluidos.

—Eres la mejor —contestó, abrazándome, aunque fue más como si se dejara caer sobre mí.

La playa estaba llena de gente, había un par de personas en el escenario poniendo música —aunque yo creo que más bien habían puesto una lista de Spotify y se habían quedado tan anchos —, y se supone que ponían de todo, pero la música de los 2000 era la que predominaba, y Raquel y Andrea lo estaban viviendo como nunca... La música, y la barra provisional que habían instalado cerca del escenario, porque las dos ya llevaban encima una turca impresionante. Sandra se ciñó a la cerveza, algo que nos sorprendió a todos, e iba bastante bien y, en cuanto a mí... Bueno, me sentía con ganas de experimentar y, aunque de momento solo había tomado un mojito, después de asegurarme de que Raquel podía sostenerse en pie me fui en dirección a Adri, Miriam, Max y Pablo, que estaban sentados en una toalla liándose un par de porros.

—¿Fumas? —le pregunté a Miriam, sentándome a su lado.

—De vez en cuando —contestó, llevando el porro a la boca y encendiéndolo con el mechero que Adri le dio. Tras darle una calada, miró detrás de mí, en dirección al escenario—. ¿Cómo van esas dos?

—Se ha quedado Sandra ahí para mantenerlas a raya —le dije, y ella sonrió.

—En un rato Raquel empezará a insistirme con que la lleve a caballito porque no podrá ni caminar, ya veréis —se quejó Adri y, teniendo en cuenta su historial, era lo más probable.

—Y como tú tampoco podrás caminar, tenemos hostia asegurada —contestó Pablo.

—Pues es probable —dijo Adri con una sonrisa.

Max estaba echado al lado de Adri, y fue el tercero en fumar después de Pablo. Me miró con la curiosidad de siempre mientras expulsaba el humo, y le pasó el cigarro a su amigo. Nunca conseguí entender qué era lo que tan curioso le parecía de mí, y menos teniendo en cuenta que me había visto desnuda bastantes veces, aunque a nivel emocional no tanto... Quizá fuera eso, pero con él nunca se podía estar segura.

Estuvimos fumando un buen rato, y yo decidí dejar de hacerlo porque ya me sentía bien, como en una nube, y sabía que si fumaba más era probable que empezara a convertirse en una sensación desagradable. Tan en las nubes estaba, que no escuché a Raquel y Andrea acercarse hasta que la primera se me tiró encima cantándome una canción que ya tenía sus años.

—No puedo despegarte *from my miiind* —cantó a gritos, arrastrando la “i” de la última palabra hasta el punto en que pensé que iba a quedarse sin aire, y aplastándome contra el suelo.

—No, si eso de echar un polvo todos juntos parece que cada día se lo toma más en serio —le dijo

Adri a Max, bromeando, y aunque yo estaba muy ocupada quejándome e intentando quitarme a Raquel de encima, no pude evitar reírme.

—Oye, que yo sigo proponiéndolo —dijo ella—. Pensadlo bien: somos todos unos bombones, sería una maravilla. Aunque teniendo en cuenta cómo están, yo creo que Max y Julia se quedarían dándole al tema ellos dos solos todo el rato y sería casi voyeurismo.

—No empecemos con esto, por favor —suplicó Miriam, sin querer volver a entrar en Raquel haciendo teorías de cómo su hermano y yo éramos juntos en la cama.

—Me vas a partir el cuello —le dije a Raquel, y por fin salió de encima de mí.

—Oye, que tú llevas no sé cuánto rato diciendo que tienes ganas de echar un polvo, y yo no he dicho nada —se quejó Max.

—Tú a callar —le dijo su hermana.

—Oye, ¿vuestra familia es del Opus o algo así? —inquirió Raquel—. ¿De dónde viene esta aversión al sexo?

—Me pasé la adolescencia escuchando a chicas gemir en su habitación —dijo Miriam, y levanté una ceja porque el dato me pareció interesante—. Estoy traumatizada.

Ya sabía yo que Max había tenido que tener sus años locos.

El aludido frunció el ceño y miró a su hermana como si acabara de decir una estupidez enorme.

—¿Qué dices? Yo nunca he hecho nada cuando tú estabas en casa —contestó.

—No mientas, anda, que no estoy sorda. —Miriam rodó los ojos—. ¿Ni siquiera cuando estabas con Lidia?

—No —respondió él—. Bueno, alguna vez sí, pero tenía cuidado de no hacer ruido. Y no me vayas de indignada, que yo a ti también te he escuchado.

—Ah, no, imposible. —Negó con la cabeza—. Yo solo traía a Oscar a casa cuando estaba sola.

Los dos se miraron el uno al otro de forma desafiante, pero la expresión en sus ojos empezó a volverse pensativa hasta que ambos los abrieron de par en par a la vez. Como si tuvieran algún tipo de telepática fraternal, o algo así.

—La vecina de arriba —dijo Miriam—. La que traía a alguien diferente cada día.

—Acabo de pensar en lo mismo —contestó él—. ¡Era ella! Hemos estado viviendo una mentira.

—Ya decía yo que era muy bestia que las chicas con las que estabas gritaran tanto sabiendo que estaba yo en casa —murmuró ella, y Max se echó a reír.

—Yo pensaba lo mismo —dijo—. Siento haberte mirado raro a veces, pero es que empezaba a creer que te iba el sado o algo así. Esa mujer debe de ser multiorgásmica, porque los gritos no eran ni medio normales.

—Y, ¿no se os había ocurrido hasta ahora? —pregunté, divertida.

—Es que nunca habíamos hablado de ello, al parecer solo nos acusábamos mentalmente el uno al otro —respondió Max.

—Ale, pues solucionado. —Raquel dio una palmada—. ¿Ya podemos hablar de sexo?

—Tampoco te pases, eh —le pidió Miriam, aunque esta vez ya se lo tomaba más a broma.

—Pues bueno, mientras hablábais he decidido que no haremos el cuarteto —prosiguió Raquel.

—Ah, ¿que iba en serio? —preguntó Max con una sonrisa divertida, encendiéndose el segundo porro.

Tras darle una calada, me lo pasó y decidí fumar un poco mientras veía cómo, a lo lejos, Sandra hablaba con un chico.

—No, en realidad no —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Pero he estado reflexionando sobre eso que dicen de que no hay que hacer tríos ni nada de eso con amigos, y creo que tienen razón. Sería rarísimo después.

—A mí no me arrastres a ningún club de intercambio de parejas de esos, eh, que te veo venir — le advirtió Adri.

—Tranquilo, hombre, que yo no quiero hacer nada con nadie más a no ser que estés tú delante — contestó ella.

Adri se giró hacia mí.

—Es lo más bonito que me ha dicho en seis años —me dijo, y me eché a reír. Luego se giró de nuevo hacia el resto—. Pero yo creo que a Max sí le pongo. ¿Sabéis qué pasó el otro día? Que se empalmó cuando estábamos en un bar.

—Ya tardaba en sacar el tema —murmuró Max, y sonreí con diversión.

—... Aunque en realidad estaba mirando al móvil, y mi teoría es que Julieta le estaba diciendo marranadas —prosiguió él, y todas las miradas se posaron sobre mí, muchas de ellas con ganas de saber más.

—¿Alguien de aquí puede jurar que nunca ha tenido una conversación caliente? —Levanté una ceja, mirándolos de vuelta, y se echaron a reír. Andrea incluso se sonrojó, y Raquel asentía con la cabeza, con una sonrisa, seguramente recordando todo el tipo de cosas sucias que se había dicho con Adri en todos esos años.

Un poco más tarde nos fuimos a tirar petardos al pueblo. Adri y Pablo se pusieron a hacerme la broma de tirarme bombillas apuntando a mis piernas y acabó conmigo liándome a patadas —suaves, pero patadas— con ambos. Max se moría de la risa de mientras, mirando el espectáculo, y cuando empezaron a tirarle bombillas a él también iniciamos una especie de operación huida un poco rara que consistió en subirme a caballito de Max y que él empezara a correr dando vueltas.

La verdad es que lo pasamos bien, estábamos riéndonos mucho e intentando tirar todos los petardos que había en la bolsa, que tampoco eran muchos, hasta que a Sandra le vino la iluminación divina.

—Gente, nos vamos a la playa nudista —propuso, aunque sonaba más como que iba a arrastrarnos aunque dijéramos que no.

A mí me pareció una idea estupenda igual que a la mayoría, solo Pablo y Andrea se quejaron, pero decidimos hacerlo de todos modos sin tener en cuenta que, aunque sabíamos llegar, no teníamos ni idea de cuánto había hasta ahí.

—Lo buscaré en Google Maps —dijo Andrea cuando se dio cuenta de que no tenía más opción que unirse a la aventura.

—Ni hablar —contestó Sandra, quitándole el móvil—. Llegaremos cuando tengamos que llegar. No rompas la magia.

—Me caeré por las rocas y me mataré, lo estoy viendo —Andrea optó por sacar su lado más dramático y rodé los ojos.

Que sí, que el camino pasaba por el lado de las rocas, había bastante desnivel y Andrea iba borracha como una cuba, pero tampoco era para tanto. Ya estábamos el resto para asegurar su supervivencia... Aunque mejor no dejarlo en manos de Raquel, que iba aún peor que ella.

—¡En marcha, soldados! —gritó Raquel, con la intención de liderar el grupo, pero decidí que sería mejor si alguien relativamente sobrio lo hiciera, así que los adelanté a todos y me puse a abrir camino.

Llegamos a la cala una hora más tarde. Eran las cuatro de la mañana y lo más lógico habría sido pensar que daba igual a qué cala fuéramos a desnudarnos, pero en las otras había gente vestida celebrando San Juan. Había un par de personas en la nuestra, pero nos importó más bien poco porque, en cuanto llegamos, Sandra se quitó la ropa como si nada y se fue al agua directamente. Sonreí al verla. La noche acompañaba y la , a la que le quedaban pocos días para poder verse completamente, iluminaba su cuerpo desnudo pero le daba igual, así que decidí que yo tampoco tenía de qué preocuparme y empecé a quitarme la ropa. Era verano, estábamos de fiesta, y a mi alrededor estaban mis mejores amigas y amigos, además de Max, que me había visto desnuda unas cuantas veces.

—¡Hostia, qué frío! —escuché que gritaba Sandra, que empezaba a entrar en el agua, y reí.

—Allá vamos —dijo Raquel a mi lado, y se desnudó tan rápido que cuando quise darme cuenta estaba corriendo detrás de Sandra para meterse también en el agua.

Adri hizo lo mismo, y Miriam tampoco tardó en ir al agua, aunque le costó un poco más decidirse y al final optó por bañarse en ropa interior.

—Yo os quiero mucho, pero a mí meterme en el mar de noche, sin ver nada, me da muy mal rollo —murmuró Pablo, poniendo una de las toallas que habíamos traído y sentándose en el suelo.

—Yo creo que paso, también —dijo Andrea, sentándose a su lado.

Andrea nunca se había sentido muy segura con su cuerpo, así que se lo dejé pasar. Yo hasta hacía un tiempo tampoco me sentía segura en ese aspecto: estrías, celulitis, que si hoy mis muslos no me gustan, mañana no me gusta mi nariz y pasado vete a saber a qué le iba a encontrar defectos... Pero había aprendido a que dejara de importarme con el tiempo, y a aceptar que cosas como las estrías y la celulitis eran normalísimas, y que no tenía sentido luchar contra ellas o avergonzarse cuando casi todo el mundo también las tenía.

Aún así, no quise decirle nada. Podría haberle dado una charla motivacional de media hora, pero sabía bien que el que alguien cuente delante de todo el mundo que te sientes mal con tu cuerpo solo hace que aumentar tu inseguridad, porque entonces te sientes aún más juzgada.

—¿Vamos? —dije, desnuda desde hacía un rato, y le tendí mi mano a Max.

Él sonrió y se deshizo de su ropa rápidamente para cogerme la mano y caminar conmigo hacia el agua.

Sandra y Miriam se habían dado un chapuzón, pero cuando Max y yo entramos, ellas estaban sentadas en la orilla, hablando de vete a saber qué. Raquel estaba echada encima de Adri y él nadaba como podía mientras ambos reían. Max y yo decidimos, sin decirnos nada, que nos tocaba estar un rato solos, y entramos para ir un poco más lejos.

Mi piel se erizó en cuanto mis pies tocaron el agua fría. La temperatura, evidentemente, era mucho más baja que en el mediodía, pero no me esperaba que me costara tanto entrar. Me dejé guiar por la mano de Max y entramos poco a poco. La verdad es que compartía un poco el pensamiento de Pablo de que entrar en el mar sin poder ver qué había dentro daba bastante mal rollo, pero conseguí apartar esa idea y centrarme en disfrutar del frío invadiendo mi piel y de la mano de Max sobre la mía.

—Oye —le dije mientras caminábamos—, mi padre y mi hermana se van a Tarragona, a casa de mi tía, toda la semana que viene. ¿Querrás venir algún día a casa?

Él se giró con una sonrisa.

—No sé ni para qué me lo preguntas, si está claro que te diré que sí —contestó en tono jocoso, y me reí.

Llegamos a una parte más honda, y solté la mano de Max para nadar hasta él y abrazarme a su

cuerpo. Él dejó un par de besos en mi cuello, y un pico en mis labios. Acarició mi mejilla y se me quedó mirando, pero esta vez lo que había en sus ojos no era curiosidad, ni interés, ni ninguna de las expresiones que solía tener cuando me miraba; era algo más. La luz de la luna iluminaba bien su cara, dejándome verlo y permitiendo que él me viera claramente a mí también. Fue entonces cuando habló.

—Sé que probablemente sea el peor momento para decirte esto —empezó, acariciando mi pelo—, pero te quiero, Julia. Te quiero, y no sé qué hacer.

Y ahí estaba. Max había soltado la bomba, la que rompía la burbuja. Max me quería y todo mi sistema nervioso reaccionó a sus palabras de mil formas diferentes. No supe qué contestarle, quería decirle que me sentía igual, y que llevaba meses sin poder dejar de pensar en él, pero las palabras volvieron a atascarse en mi garganta. Max me quería. Joder, me quería.

—No te he podido sacar de mi cabeza en todo el tiempo que he estado en Auckland —prosiguió—, y honestamente no pensaba que volveríamos a tener esto cuando volviera, pensaba que pasarías de mí o que estarías con alguien, y ahora todo se ha complicado porque ya no sé si quiero volver, pero tengo que hacerlo. Toda mi vida está en Auckland, mis cosas siguen ahí, mi trabajo...

—No voy a pedirte que te quedes —lo interrumpí en cuanto conseguí organizar el torbellino de pensamientos y emociones que tenía dentro—. No voy a hacerte elegir, ni nada de eso. Te quiero, Max, y quiero que seas feliz, aunque no sea conmigo. No quiero que lo dejes todo por mí. ¿Que me gustaría que pudiéramos estar juntos? Joder, claro que sí. Aún así, llámame loca pero creo que, si tenemos que estar juntos, ya se dará el momento. No tiene por qué ser ahora.

Él me miró, y por primera vez reconocí el miedo en sus ojos. Yo apenas pude reconocerme a mí misma, porque cuando había empezado a hablar pensaba que no conseguiría articular dos palabras seguidas por todo el desastre emocional que llevaba por dentro. No esperaba tener la capacidad para decirle todo eso.

—No quiero que sientas que tienes que esperarme —dijo, pasando sus caricias a mi hombro—. No quiero que pauses tu vida porque no estoy. ¿La verdad? No dejé de pensar en ti ni un día cuando estuve en Auckland. ¿Que si estuve con otras chicas? Sí, pero no era lo mismo. Nunca era lo mismo, y me frustraba.

—Yo tuve una especie de relación medio rara con un chico —le conté, porque sentía que podía explicárselo y se lo tomaría bien—. Lo dejé cuando volviste.

—Joder, Julia... —Apoyó la cabeza en mi hombro y suspiró—. Deberías haberte quedado con él. Ya te lo dije, nosotros solo nos haremos daño.

—Ya, pero ¿sabes qué pasa? Que quería estar contigo, y no con él —contesté con honestidad—. Y me daba igual si ibas a irte, o si ibas a romperme el corazón. Poder estar tres meses contigo es mucho mejor que seguir esperándote.

—Prométeme que seguirás con tu vida cuando me vaya —me pidió.

—Prométeme lo mismo —le dije, y suspiró.

—No puedo —murmuré.

—Yo tampoco, Max —contesté—. Pero no quiero pensar en eso ahora. Nos quedan dos meses, y quiero aprovecharlos.

No le dejé decir nada más, porque lo besé. Y tenía ganas de llorar, de gritar, de hacerme una bolita en la cama y quedarme ahí pensando en que Max iba a irse, pero no podía hacerme eso a mí misma.

Dos meses. Nos quedaban dos meses.

Veintinueve

Los días de resaca son duros, eso no lo discute nadie. Aun así, se llevan mucho mejor cuando estás sentada en un jardín precioso y comiendo una ensalada de pasta hecha por una abuela.

—Dolores, esto está espectacular —Sandra felicitó a la abuela de Max y Miriam, que nos había invitado a comer.

La casa de la familia de los Elizalde —aunque era familia Castells, por parte de su madre—, donde vivían su abuela, su tío y su primo Jan estaba en un pueblo cercano a Begur, donde nos habíamos quedado hasta esa mañana, así que habíamos aprovechado para ir a verlos. Su tío, Artur, no estaba ese día, pero estábamos con la abuela y el primo, que eran personajes peculiares. Vivían en una urbanización rodeada por el bosque pero cerca del mar, y se podían escuchar las olas a lo lejos.

La casa no era moderna ni grande, en absoluto, pero parecía sacada de un cuento de hadas. Era de dos pisos, con las paredes blancas, pero eso apenas se podía percibir porque en el piso de abajo estaban ocupadas por grandes ventanales que llenaban la casa de luz, y en el de arriba había una ancha terraza. Una escalera no muy alta de piedra desgastada conectaba los ventanales del salón con el jardín que, al igual que la casa, también tenía dos pisos conectados con más escaleras de piedra. Nosotros estábamos en la parte superior del jardín, debajo de un porche con las columnas envueltas de hiedra.

—Ay, gracias, nena —respondió Dolores con una sonrisa.

—Nadie cocina como tú, abuela —comentó Max.

La señora Dolores, a simple vista, parecía la típica abuela amable y encantada de tener a gente en casa, y lo era, pero también tenía un lado guerrero.

—Y podrías comer lo que hago más a menudo si no te hubieras encabezonado con irte a miles de kilómetros de nosotros.

—Ya empezamos —murmuró él.

—¡Si es que ya te vale, yéndote a la otra punta del mundo! —le reprochó su abuela—. ¡Entre tú y el niño no me dais más que disgustos!

—¡Oye, que yo ahora no he hecho nada! —se quejó Jan.

—¡Raro es! —rebatía ella.

—Como veis, en esta casa me tienen torturado —suspiró él, dirigiéndose a nosotros.

—Ya podrías enamorarte y volver, o algo así —continuó Dolores, sin hacer caso a las quejas de su nieto menor—. Como en las películas.

—No se preocupe, Dolores, que poco le queda —dijo Raquel, y desvió la mirada hacia mí sin ningún reparo.

—Ay, ¿sois novios? —preguntó la abuela, ilusionada, mirándome también—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Tú también vives en Australia?

—Nueva Zelanda, abuela —la corrigió Max en un murmullo, intentando cambiar de tema, pero fracasó estrepitosamente, porque Dolores seguía mirándome con una sonrisa esperanzada.

Yo lo único que quería era que me tragara la tierra o que un satélite se saliera de su órbita y terminara colisionando contra mi cabeza... o contra la de Raquel.

—No... Nosotros no... —Hice un gesto de negación con las manos, al borde de un ataque de nervios—. No somos novios.

—Oh. —Dolores suspiró—. Vaya. Con lo guapa y simpática que eres.

Que alguien cambie de tema, por favor, me repetía a mí misma sin parar.

—Y, ¿qué es de Nora? —preguntó Miriam, y le di las gracias mentalmente.

Por lo que me habían contado, Nora era su otra prima, la hermana mayor de Jan. Vivía en Madrid con su madre, mientras que Jan se había quedado en el pueblo con su padre y su abuela. Al parecer, la relación entre Nora y su padre era muy mala, y por eso había dejado de ir al pueblo en verano un par de años atrás.

—Pues ahí está, en Madrid. —Jan se encogió de hombros, mirando al suelo, y quedó claro que no era un tema del que quisiera hablar.

—La nena está bien —contestó la abuela—. Me llama muy a menudo.

—Sí, pero lo que es venir, no viene —gruñó Jan.

—Porque de tal palo tal astilla, niño, y tanto ella como tu padre son unos tozudos. Dudo que tarde mucho en volver.

—Ya veremos —murmuró él, poco dispuesto a ceder.

Raquel decidió que ya había acabado de hacerme sentir incómoda y se puso a contarle todo lo que habíamos hecho esos días a Dolores cuando preguntó —bueno, todo no, las partes con alcohol implicado las suavizó bastante—. Terminamos de comer y nos quedamos un buen rato hablando con la abuela, con Jan y jugando con su perra, Canela.

Por la tarde, aunque estábamos cansados, Jan nos convenció para bajar con él a la playa y nos presentó a su grupo de amigos. La mayoría oscilaban entre los quince y los diecisiete años, pero había un par de nuestra edad. La verdad es que eran un conjunto peculiar, lo tenían todo: Jan era el bromista, Berta la artista mística, Samu el anticapitalista, Pol el que aportaba algo de seriedad al grupo —aunque tampoco demasiada, compartía bastante el sentido del humor de Jan—, y Mariona la más tímida. Nora, al parecer, solía ser la que ponía el punto de responsabilidad, aunque también se dejaba llevar bastante por las locuras de los demás, pero ya no estaba, y se notaba que había dejado un vacío.

Me fijé bastante en ellos en la playa, gritando, riendo y haciendo el tonto, y me pregunté si sabrían la suerte que tenían. Vivían en un pueblo precioso al lado de unas playas increíbles, se habían criado todos juntos, y contaban historias de su infancia que sonaban idílicas pero para ellos eran lo normal.

Volvimos a casa en silencio. Habíamos respetado la organización de coches de la ida, y Raquel conducía mientras todas las demás dormían. A parte de ella, yo era la única despierta en el coche. Raquel cantaba las canciones que iban sonando en voz baja, y yo miraba por la ventana, despidiéndose mentalmente de los campos de girasoles de la zona, del mar y del fin de semana que habíamos pasado.

Treinta

El vapor de agua llenaba el cuarto de baño, haciéndome sentir algo adormilada. El olor a cítrico inundaba mis sentidos, proviniendo de la bomba de baño que me había regalado Andrea sin motivo alguno hacía un par de meses. La espuma cubría parte de mis hombros y mis piernas, pero no conseguía llegar a mis pechos porque la cabeza de Max reposaba ahí mismo, y estaba bastante segura de que se había quedado dormido.

Acaricié su pelo distraídamente y me fijé en las pequeñas y casi transparentes pecas que ocupaban su cara, algo que solo se podía ver bien si te fijabas. Su pelo recién cortado —decía que lo prefería así en verano— estaba completamente mojado pero empezaba a secarse muy poco a poco, porque la humedad del cuarto no permitía acelerar ese proceso.

También había pequitas en sus hombros, manchando la piel bronceada de una forma casi adorable. Llevé mis dedos al pelo que caía en su frente y lo llevé hacia atrás con más caricias.

—Mmm... —murmuró Max, y paré.

—¿Qué? —pregunté.

—Me gusta... —balbuceó, medio dormido, y sonreí antes de volver a acariciarlo ahí.

Hacía ya un par de días que habíamos vuelto del viaje a la playa y, aprovechando que mi padre y Claudia estaban fuera, se había quedado a dormir en mi casa. Sobra decir que había habido sexo a montones, pero también momentos como ese, tranquilos y mucho más íntimos que el sexo.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, notando cómo la respiración de Max volvía a tranquilizarse, indicando que había vuelto a quedarse dormido. Yo era incapaz de dormir en la bañera —aunque ganas no me faltaban—, porque no me sentía segura. ¿Y si me hundía y me despertaba ahogándome? No era capaz de relajarme con esos pensamientos en la cabeza, aún teniendo en cuenta que mi cuerpo estaba envolviendo el de Max y mi espalda permanecía apoyada contra el borde de la tina, así que era imposible que me hundiera.

A los pocos segundos de tener los ojos cerrados, empezó a sonar la alarma que indicaba que ya eran las tres y media, y solté un gruñido involuntario. Mira que me lo pasaba relativamente bien en el trabajo, pero me habría quedado horas así, en la bañera, con Max durmiendo apoyado en mí.

—Páralo —me pidió Max en una especie de súplica murmurada, pero yo sabía que había hecho bien en dejar el móvil fuera del cuarto de baño, porque de haberlo tenido al lado lo habría parado y nos habríamos quedado en la bañera un buen rato más, además de que tampoco me hacía gracia tenerlo ahí con tanta humedad.

—Hora de despertarse, quejica —le dije, y lo aparté un poco de mi cuerpo para levantarme.

Salí de la bañera, y al parecer Max estaba tan dormido que ni se dio cuenta de que ya no estaba detrás de él, porque se dejó caer hacia atrás de nuevo y la cosa acabó con un cabezazo contra el borde de la tina.

Ni siquiera tuvo fuerzas para gritar, solo soltó un gruñido fuerte y abrió los ojos, dirigiendo su mirada directamente hacia mí.

—Oye, esto es maltrato —se quejó.

—Uy, sí, pobre de ti. —Fingí una mirada de compasión.

Su boca esbozó una sonrisa perezosa y suspiró antes de levantarse cual anciano de ochenta años, como si le estuviera suponiendo un gran esfuerzo. Enrollé una toalla en mi cuerpo y me puse las chanclas antes de salir del cuarto de baño para apagar la alarma de sonido infernal.

—Qué palo —protesté, porque me habría quedado toda la tarde en casa, y más teniendo a Max dando vueltas desnudo por ahí.

Max salió del cuarto de baño en calzoncillos para sentarse en el sofá y quedarse dormido otra vez mientras yo me arreglaba. El día anterior él se había ido por ahí mientras yo trabajaba porque decía que se le hacía raro estar en mi casa mientras yo no estaba —creo que le daba mal rollo que pudieran aparecer mi padre o mi hermana, aunque de haber sido el caso habrían avisado antes—. Aun así, lo dejé dormir, y salí de casa poco después para ir a trabajar.

La jornada laboral se me hizo tan lenta que, a ratos, apenas podía soportarlo. Adri estaba de mal humor vete a saber por qué y, aunque nunca me había hablado mal, intenté no darle demasiada conversación, porque parecía un viejo gruñón.

Estaba doblando la ropa que habían dejado tirada unos clientes —pasaba muy a menudo, así que ya ni me molestaba en enfadarme— cuando sonó el tintineo que indicaba que alguien había abierto la puerta y me giré, encontrándome a una chica rubia, alta y guapísima. Me dio una sonrisa al verme y le di la bienvenida con amabilidad para luego seguir a lo mío.

En ese momento Adri salió del almacén y, al ver a la chica, se quedó parado en medio de la tienda.

—¿Lidia? —preguntó, sorprendido.

—Adri —contestó ella con una sonrisa, y caminó hacia él para abrazarlo con fuerza.

La única Lidia del círculo de Adri de cuya existencia era consciente era la exnovia de Max... Uy. Se pusieron a hablar entre ellos y me fui al almacén a sacar algo más de ropa, y también porque me sentía un poco rara estando ahí como un pasmarote mientras ellos hablaban. Estuve entrando y saliendo, intentando mantenerme ocupada para que no pareciera que los estaba espiando, hasta que Adri me paró.

—Ella es Julia —me presentó.

—Hola —la saludé con una sonrisa, y ella imitó mi gesto.

—Soy Lidia, encantada —dijo ella, y se acercó para darme dos besos.

Después de corresponder a su saludo, ellos siguieron hablando y yo me excusé antes de volver a lo que estaba haciendo. Intenté no quedarme mirándola como si fuera ahí una especie de diosa griega, pero en cierto modo lo era: cuerpo esbelto, una figura envidiable, una cara bonita y el pelo rubio más brillante que había visto jamás, y mira que el de Sandra ya era precioso. Sigo diciendo que odio compararme, pero es que en esa época evitar hacerlo me costaba mucho más esfuerzo. Esto de quererse a una misma es un proceso que dura toda la vida, y a mí me estaba costando.

Intenté con todas mis fuerzas no escuchar lo que decían, pero al final no pude resistirme y conseguí rascar información, concretamente que acababa de volver de Estados Unidos tras varios años estudiando ahí, y recordé que ese era el motivo por el que lo había dejado con Max. Noté un nudo en la garganta. No quería pensar que Max iba a fijarse en ella otra vez, pero no podía evitarlo. Era preciosa, simpática, y había vuelto.

—¿Max está por aquí? —preguntó ella en un momento de la conversación, y Adri contestó afirmativamente.

Me negaba a ponerme celosa. No tenía ningún derecho a hacerlo, y su relación era cosa de ellos dos, no mía.

Me fui al almacén y me senté en el taburete que tenía que usar más a menudo de lo que me

gustaría admitir para llegar a las estanterías superiores. Respiré hondo y cerré los ojos unos segundos, repitiéndome a mí misma que era una tontería estar sintiéndome así. Ojalá fuera tan fácil controlar las emociones.

Cuando salí del almacén, Lidia ya se estaba yendo. Me despedí de ella con una sonrisa, porque pasaba de ser la típica imbécil celosa que desprendía mal rollo y hostilidad allá donde iba. No quería ser esa persona. Nunca lo había sido, y no iba a convertirme en eso. No era justo para mí, ni para ella, ni para nadie.

—Joder, hacía años que no la veía —dijo Adri, con una sonrisa, cuando Lidia ya se había ido.

—Es la ex de Max, ¿no? —inquirí, aunque ya lo sabía.

—Sí. —Él asintió con la cabeza, y luego me miró con una sonrisa burlona—. ¿Estás celosa? ¿Vas a montar una escena?

Levanté una ceja.

—¿Tú crees que tengo cara de ser el tipo de persona que monta escenas a la gente por el simple hecho de ser la ex de alguien? —pregunté, y él se echó a reír.

—Eso pensaba yo —contestó.

La verdad es que había conseguido ser optimista en ese asunto, pero no sabía que las cosas estaban a punto de empeorar.

A las nueve y media conseguimos tenerlo todo recogido y cerrar la tienda. Adri bajó la persiana e hizo un estiramiento digno de un deportista que acaba de participar en los Juegos Olímpicos.

—Estoy hecho mierda —sentenció—. Me voy a casa, donde estará Raquel igual de hecha mierda, y nos pondremos una peli de esas cutres mientras comemos las sobras que llevan una semana en la nevera.

Reí al imaginarme la escena, con esos dos sentados en el estrecho sofá de su piso como si fueran unos ancianos, intentando concentrarse en la película con los ojos entrecerrados.

—Suena como un buen plan —contesté—. Aunque yo digo que os dormiréis en los créditos iniciales de la peli.

—Pues tiene toda la pinta —admitió él—. Tu plan de ir a casa y darle al tema con Max seguro que es más interesante.

—Probablemente. —Le di una sonrisa burlona y él me la devolvió con todo el sarcasmo que le quedaba ese día.

Se puso el casco de la moto y se fue hacia donde la tenía aparcada después de despedirse de mí. Yo empecé a caminar y saqué el móvil y los auriculares del bolso para ponerme algo de música. Entonces vi que tenía un mensaje de Max de hacía media hora.

Max: *hola, señorita*

Max: *me he encontrado a una amiga a la que hacía siglos que no veía, cenaré con ella*

Max: *no vendré a dormir hoy, lo siento*

Max: *nos vemos mañana?*

Se me hizo un nudo en la garganta de inmediato. Tuve que respirar hondo, porque ya conocía esa historia, la había vivido con Dani, pero me negaba a admitir que Max y él eran iguales. Max nunca haría algo así. Sabía que no lo haría.

Por mucho que intentara convencerme, me agobié. Se me acumuló todo el malestar en el pecho, y empecé a recordar la humillación que había sentido cuando me había enterado, un año atrás, de que mi novio se estaba follando a mi mejor amiga. Recordé cómo no me había dado cuenta hasta

que lo tuve delante de las narices, cómo había empezado a conectar hilos justo después de enterarme. Me vino a la cabeza lo tonta que me había sentido, y me di cuenta de que, aunque intentara no pensar en ello, lo de Dani y Marta me había jodido la capacidad para confiar en las personas mucho más de lo que pensaba.

Aún así, reuní fuerzas para contestar al mensaje con un “Claro, pásalo bien” seguido del emoticono de la carita sonriente. Estaba segura al noventa por ciento de que había quedado con Lidia, habría sido demasiada casualidad que justo cuando ella había aparecido él se hubiera encontrado con otra amiga, y me frustró que hubiera usado el “amiga”. Tuve que recordarme que Max y yo no éramos nada, que ni siquiera podíamos considerar tener una relación más seria porque él se iba a mudar a la otra punta del mundo en menos de dos meses, pero me dolía igual.

No quería volver a pasar por lo mismo. No quería volver a sentirme una imbécil, ni sufrir una humillación de ese nivel otra vez. No quería volver a pasar noches llorando porque sentía que no era suficiente, ni empezar a compararme con todas las mujeres del universo, porque en el fondo era una estupidez.

Pero Max nunca haría algo así. Max era diferente. Tenía que serlo.

Treinta y uno

A la mañana siguiente me desperté tarde, después de haber dormido fatal. Ni siquiera las dos tilas y la valeriana —mi padre era un creyente acérrimo en la homeopatía— habían servido. Me había pasado toda la noche dándole vueltas a la cabeza, y estaba agotada.

Cuando miré el móvil por primera vez, eran las doce del mediodía. No tenía ningún tipo de ganas de levantarme, así que me pasé un buen rato mirando vídeos absurdos de Instagram sobre gente cortando jabón, leyendo *tweets* graciosos y reproduciendo vídeos sobre teorías conspiratorias. Conseguí reunir fuerzas para levantarme a la una, y Max seguía sin haber dicho nada. Que no era que necesitara saber de él a todas horas, pero cada vez me hundía más en mi paranoia de que algo había pasado la noche anterior, y mi ansiedad solo hacía que crecer.

No quería estar sola, pero tampoco tenía ganas de molestar a mis amigas con la excusa de una “reunión de emergencia” cuando solo tenía teorías sueltas. Así pues, decidí llamar a mi abuela y decirle que iba a comer. Me regañó por avisar tan tarde, pero no le pareció mal que fuera, así que me di una ducha rápida, me vestí y salí de casa.

Hacía un día de mierda. Las nubes invadían el cielo, dándole a todo un toque más apagado, más triste. Pero lo que más me enfadaba no era eso, sino que incluso con el día asqueroso que hacía, seguía haciendo un calor insoportable.

Me había puesto un vestido sencillo, de manga corta y un poco por encima de las rodillas, porque era verano y me negaba a ponerme pantalones. No soportaba que los pantalones cortos se me subieran, que me apretaran, que me hicieran sudar... Eran una mala idea en general.

Apenas dije nada durante toda la comida, y me costó comer. Me parecía patético lo mal que me estaba sentando toda una teoría basada en suposiciones, pero no podía hacerle nada. Mis abuelos parecieron notarlo pero no comentaron demasiado al respecto, mi abuela solo me miró con precaución y me preguntó si estaba bien, a lo que respondí afirmativamente, aunque sin mucho entusiasmo.

A pesar de haberme despertado apenas tres horas antes, me quedé dormida en cuanto terminé de recoger los platos de la mesa y me senté en el sofá. Como no había planeado echarme una siesta, no puse el despertador, y me tuvo que despertar mi abuelo a las cuatro, porque le sonaba que entraba a trabajar hacia esa hora. Me despedí de mis abuelos y tuve que salir corriendo para llegar al trabajo a y cuarto, con el pelo hecho un desastre y las marcas del tejido del sofá en la cara.

En cuanto entré por la puerta, Adri ya estaba ahí. Tuve que reprimir un gruñido de frustración porque ya sabía lo que eso significaba y, teniendo en cuenta su sonrisa maliciosa, él también.

—Te toca etiquetar —me dijo, divertido, y rodé los ojos.

Así que me pasé la primera media hora etiquetando los productos que habían llegado esa mañana, cosa que podría haber hecho horas antes el mismo Adri, que hacía jornada completa, o Miguel, el chico que hacía el turno de mañanas.

—Oye, ¿Max ha dormido en tu casa? —me preguntó Adri en un momento de la tarde, probablemente sin darse cuenta de que acababa de tocar mi fibra sensible

—No. —Negué con la cabeza—. No da señales de vida desde ayer.

Miré a Adri y vi que asentía con la cabeza, pero su rostro adoptó una expresión extraña...

Parecía preocupado.

Entonces por mi cabeza cruzó la idea de que podía ser que Adri supiera algo que yo desconocía, pero no dije nada. No quería sonar como una paranoica, ni quería ser desconfiada, y menos de él. Adri era una persona muy transparente y honesta, nunca me había dado motivos para dudar de él, pero es que después de tanta mierda una ya no sabía ni si la gente era lo que aparentaba ser.

Él no dijo nada más en un buen rato, indicando que le estaba dando vueltas a la cabeza ya que normalmente no paraba de hablar, y mi ansiedad fue creciendo cada vez más. Se creó un silencio tenso, y en un momento vi a Adri negar con la cabeza para sí mismo, creyendo que no lo veía.

Joder.

Joder, joder, joder.

Las cuatro horas y media restantes en la tienda se me hicieron casi insoportables, y cuando por fin cerramos Adri había hablado un poco, pero no demasiado. Era alarmante, teniendo en cuenta que Adri tenía algún tipo de incontinencia verbal que lo parecía obligar a estar hablando todo el rato.

Mientras Adri cerraba la persiana de la tienda, saqué el móvil de mi bolso. Suspiré al ver que seguía sin tener noticias de Max, pero justo cuando iba a bloquearlo para volver a guardarlo, una notificación de un mensaje nuevo del susodicho apareció en la pantalla. Mi primer impulso fue ir a abrirlo a la velocidad de la luz, pero decidí respirar hondo, calmarme y abrirlo. Llevaba demasiadas emociones en un solo día. Presioné la notificación y, tras usar mi huella dactilar para desbloquear el teléfono, salió el mensaje.

Max: *hola*

Levanté una ceja, pero luego vi que estaba escribiendo. Estaba tardando mucho, así que o me estaba escribiendo la Biblia, o escribía y borraba porque no estaba seguro de cómo decir lo que fuera que iba a decirme. Y ninguno de los dos casos era bueno.

Al final opté por bloquear el móvil hasta que se decidiera a mandar el mensaje, porque me estaba dando ansiedad y sabía que necesitaba un respiro para poder calmarme.

—¿Quieres ir a tomar algo? —le propuse a Adri, porque estar así con él, tan callados, se me hacía raro, y porque no quería irme a casa para encerrarme a rayarme aún más.

—Eh... Creo que Raquel me espera para cenar... —Se le veía desde China que estaba intentando inventarse una excusa y me dio un vuelco el corazón porque eso confirmaría que sabía cosas que yo no, pero luego sacudió la cabeza—. A tomar por culo. Vamos a tomar algo.

Solté una risita y saqué el móvil de mi bolso otra vez para ver que tenía otro mensaje de Max y era, de hecho, corto.

Max: *tomamos algo? tengo que decirte una cosa*

Tragué saliva y me entraron ganas de llorar como una estúpida. Conseguí reprimirlas como pude, y me recompuse con un movimiento de hombros.

Julia: *Vale.*

Mi respuesta fue seca y directa, porque no iba a arrastrarme ni a dedicarme a suplicarle que me contara qué le pasaba. No lo había hecho con Dani ni con nadie, y tampoco lo haría con él. Que era blandita y algo tonta, sí, pero no hasta el punto de humillarme a mí misma.

—Oye, nada, que he quedado con Max —le dije a Adri, y suspiré—. Dice que tiene que decirme algo.

—Joder —murmuró, y vi su expresión caer.

Lo único que no quería era que me mirara con lástima.

—Creo que se va a ir todo a la mierda —dije con honestidad, y esta vez fue él el que suspiró. Lo miré—. ¿Tú sabes algo?

Adri se sentó en el bordillo de la entrada de la tienda. Se rascó la nuca y me miró.

—Te voy a ser honesto —empezó, y no esperaba menos de él—. Max es un tío genial, y nunca haría algo así si te ha dicho que quiere estar contigo, pero Lidia siempre ha sido su punto débil.

Tragué saliva y asentí lentamente con la cabeza.

—Así que no tengo ni puta idea de qué habrá pasado, y de hecho dudo que hayan hecho algo, pero yo qué sé... —prosiguió—. Hace años, Lidia jugaba con él como quería, y él estaba tan pillado que la dejaba hacer, incluso después de dejarlo... Pero todo cambió cuando te conocí a ti. No sé, Julieta, no sé qué decirte porque no tengo ni idea, pero si quieres voy contigo, o podemos quedar después si las cosas van mal.

Sonreí y, aunque estaba hecha mierda por dentro, no era un gesto forzado.

—Gracias por decirme lo que piensas de verdad, como siempre. —Me senté a su lado y lo abracé—. Eres el mejor.

—Ya, ya, eso ya lo sé —bromeó, y solté una carcajada débil.

—Me voy a ir —le dije, y acaricié mi espalda.

—Suerte. —Me dio una pequeña sonrisa y se la devolví.

Caminé con paso firme hacia el bar en el que había quedado con Max, uno al que íbamos a menudo. Estaba esforzándome por serenarme, repitiéndome en mi cabeza que, técnicamente, Max y yo solo éramos dos personas que se querían y disfrutaban juntos. Nadie había dicho nada de relaciones formales, ni de exclusividad, ni nada de eso.

En realidad, solo estaba forzándome a pensar eso para hacer más llevadera la hostia que iba a llevarme en unos minutos. Sí, podía ser que no nos hubiéramos prometido nada, pero el hecho de que fuera su ex pareja, su “punto débil”, como la había llamado Adri, cambiaba mucho las cosas. ¿Y si la seguía queriendo? ¿Y si se había dado cuenta de que era ella con quien quería estar, y no yo?

Respiré hondo. Si iba a pasar algo, al menos me sentía algo más preparada. Esa vez, no iba a pillarme por sorpresa y, aunque iba a sentirme mal de todos modos, al menos no me quedaría con la sensación de que era una idiota.

Debería haber sabido que, con Max, las sorpresas siempre estaban aseguradas.

Llegué al bar diez minutos más tarde. Nada más entrar en la zona de la terraza levanté una ceja, porque vi en la misma mesa a Max, Lidia, Pablo y Albert, otro de sus amigos. ¿Qué hacía tanta gente ahí?

Pablo me sonrió y dijo algo al resto de la mesa, y todos se giraron hacia mí. Al verme, Max sonrió como un niño emocionado y se levantó para venir hacia mí. Tenía las mejillas coloradas, señal inequívoca de que había bebido —o de que hacía un calor horrible, pero por suerte esa noche era algo más fresca que las demás—. Los otros se lo quedaron mirando mientras aceleraba el paso hacia mí, y me envolvió en un fuerte abrazo, enterrando la cara en mi cuello. Incluso me levantó y me sacudió un poco, como si estuviera contentísimo de verme. En cuanto su cuerpo entró en contacto con el mío, me relajé de golpe, pero no pude evitar quedarme perpleja ante la situación.

¿Qué diablos estaba pasando ahí? No entendía nada.

—Hola —me saludó sin separarse, entusiasmado, pero yo seguía confusa.

Me separé un poco de él y lo miré.

—¿Querías decirme algo? —le pregunté.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Te quiero.

Levanté las cejas.

—¿Eso es todo lo que querías decirme? —cuestioné, sin poder creérmelo, y él se llevó una mano

al pecho.

—¿Te parece poco? —se hizo el ofendido y no pude evitar echarme a reír, y no solo por su broma.

Llevaba todo el día preocupadísima por nada. Había tenido una charla toda dramática y emocional con Adri, cosa que no habíamos tenido en la vida, por su puto mensaje. Estaba dividida entre mis ganas de estrangularlo y las de llevarlo al baño del bar y hacerle de todo.

Podía incluso combinar esas dos opciones.

Iba a decirle que era imbécil cuando volvió a abrazarme, y vi a Lidia detrás de él rodando los ojos para después sonreír.

—Déjala respirar, pobre chica —le dijo a Max, y él rio.

Cuando se separó, nos sentamos con los demás y los saludé a todos. Miré a Lidia y vi que me examinaba con curiosidad, y con algo más que no supe identificar, pero que no era necesariamente malo.

La noche fue muy bien. Bebimos, hablamos, reímos, y vi que además de guapa, Lidia era encantadora, pero eso ya no me hacía sentir insegura. Me di cuenta de que era una tontería, y que mi rayada no había tenido sentido, pero en mi defensa diré que el mensaje de Max diciendo que quedaba con una “amiga” me había confundido, aunque estaba claro que no eran más que eso. A mí la idea de ser amiga de mi ex se me hacía impensable, pero porque no sería capaz de compartir espacio con él sin querer acuchillarlo. Aun así, no todas las relaciones tienen por qué acabar mal.

Adri vino con Raquel al cabo de un rato, y pude ver el alivio en la cara de ambos —seguro que Adri se lo había contado, el muy charlatán— cuando vio que estábamos todos juntos y pasándolo bien. Terminó viniendo Sandra media hora después de la pareja, y empezamos a jugar a cartas y a pelearnos cuando alguien hacía trampas, como siempre.

En un momento de la noche, anuncié que iba al baño. Ni siquiera me planteé pedirles que no miraran mis cartas, porque sabía que lo harían de todos modos, los muy tramposos. Lo que me sorprendió fue cuando Lidia se levantó poco después de mí.

—Yo también tengo que ir —dijo, y hubo algunas miradas raras dirigidas hacia nosotras, pero le sonreí y me fui al baño con ella.

Hicimos el camino hacia la entrada de la parte interior del bar en completo silencio, y noté algo de tensión entre nosotras. Quería decirle algo, pero tampoco sabía qué. ¿Preguntarle sobre su estancia en Estados Unidos? Demasiado típico. ¿Sobre su relación con Max? Ni hablar. Por suerte, ella fue la que rompió el hielo cuando llegamos a la cola del baño —que era bastante larga—, aunque lo que dijo me dejó un poco descolocada.

—Max te quiere —dijo, sonando incluso un poco sorprendida, y no sabía si decantarme por tomármelo como una ofensa o simplemente razonar que era normal que le pareciera raro que su ex quisiera a otra persona.

Y quería contestarle algo, pero volvía a no saber qué decir, así que prosiguió, y ahí la tensión se relajó un poco.

—Me alegro —comentó, y sonaba honesta, así que sonreí, pero luego su expresión se volvió algo más seria, aunque seguía siendo suave—. Cuídalos bien, Julia. Se merece todo lo bueno que le pueda pasar.

—Lo sé —contesté con una expresión amable—. Aunque tampoco podré cuidarlo mucho cuando se vuelva a ir.

No sabía por qué le estaba contando eso, pero sentía que necesitaba sacarlo de dentro, y más con alguien que lo conociera. Ay, el alcohol...

—No seas tonta. —Soltó una carcajada—. Creo que no te das cuenta de lo enamorado que Max está de ti. ¿Sabes? Ayer le dije que follar, y se rio como si le hubiera contado un chiste. Incluso después de dejarlo solíamos vernos para... ya sabes, para eso, así que mi propuesta tampoco era tan loca, pero a él solo le hizo gracia. Ni siquiera se planteaba tener algo conmigo. A decir verdad, estoy un poco celosa, pero se me pasará.

—¿Estás celosa? —Fruncí el ceño, porque me parecía raro que lo estuviera admitiendo con tanta tranquilidad.

—Max y yo siempre hemos tenido algo, pero eso ya no está, y es desde que estuviste con él en Auckland —respondió—. Yo siempre había sido como su fibra sensible, aquello a lo que no podía resistirse, y jugué con eso. Me dediqué a volverlo loco solo porque podía, y porque ver cómo volvía a mí alimentaba mi ego. Fui una imbécil, la verdad, así que me alegro de que haya encontrado a alguien con quien esté bien, pero me costará un poco aceptarlo. No te preocupes que no haré nada raro, eh, no soy la típica ex loca. Ah, y por lo de la distancia ni te preocupes, que os irá bien.

—Pero vosotros lo dejasteis por la distancia —puntalicé, obviando todo lo demás que había dicho, que también me había dejado pensando.

—La distancia fue la excusa —contestó—. No estábamos bien, y yo era una persona muy tóxica en esa época. Incluso después de romper con él, era incapaz de dejarlo ir. Ahora también me está costando un poquito, no te lo negaré, pero estate tranquila que no voy a intentar nada porque sé que me toca dejarlo ir. Él ya me ha dejado ir a mí, y hace tiempo.

Otra que se ponía filosófica con el alcohol. Aun así, tanta información me pareció interesante, y más teniendo en cuenta que Max apenas mencionaba su relación con ella.

Cuando le tocó el turno en el baño, me ofreció ir a mí primera, pero la dejé pasar antes. Me dio una sonrisa y me dejó pensando un buen rato hasta que me tocó a mí. Al volver a la mesa Max y Raquel se estaban riendo de no sé qué, pero en cuanto me vio decidió que era hora de irnos a casa.

Hicimos el camino a casa con toda la calma del mundo, su brazo rodeando mis hombros y mi cabeza contra su costado. Había pasado un día de mierda y estaba cansadísima con tantas emociones y cambios de humor, pero estando así con él, escuchando su corazón latir y percibiendo su suave olor al estar tan cerca, sentía que todo volvía a estar en su sitio.

—Max —lo llamé, y levanté la cabeza para mirarlo a la vez que él bajaba la suya para mirarme a mí—. Te quiero.

Él sonrió tanto, y parecía tan feliz, que me sentí la persona más afortunada del mundo. Por un rato, dejó de importarme que él se fuera a ir y que todo fuera a salir mal, porque sentía que, al menos en ese momento, las cosas no podrían ir mejor.

Entramos por la puerta de casa con las bocas pegadas y empezando a tirarnos de la ropa. De hecho, solo llegué a quitarle la camiseta a Max, porque el tema terminó en el sofá, con sus pantalones y calzoncillos bajados, mi vestido subido, mis bragas apartadas a un lado y él moviéndose dentro y fuera de mí.

—Julia —gimió, acariciando mi pelo mientras no dejaba de moverse cada vez más rápido—. Oh, Julia, no puedo más.

Y yo apenas podía decir nada porque estaba empezando a notar la tensión acumularse en mi punto sensible, que frotaba con mis dedos, y cuando Max dio dos embestidas particularmente fuertes, llegué al orgasmo con un grito seguido de muchos gemidos. Max llegó poco después, abrazándose a mi cuerpo mientras gemía, y después nos quedamos así, abrazados, como si el tiempo no existiera y pudiéramos estar así hasta que quisiéramos.

Treinta y dos

Lo bueno del verano era que la mayoría de la gente, aunque trabajara, aprovechaba los fines de semana para irse a zonas más frescas o cercanas al mar, cosa que nos permitía a Max y a mí tener casa libre.

Mi padre y mi hermana hacía ya una semana que habían vuelto de Tarragona. Papá se había reincorporado a su trabajo como contable en una pequeña inmobiliaria del barrio, y Claudia... no tenía ni idea de qué estaba haciendo con su vida. Aparecía de vez en cuando por casa, pero se pasaba la mayor parte del tiempo fuera, lo que me daba algo de envidia porque a los diecisiete a mí no se me permitía pasar tanto tiempo fuera de casa, pero supongo que es lo que nos toca a las hermanas mayores.

El tema es que los padres de Max se habían ido de escapada de fin de semana a Cadaqués, así que no había nadie en su casa... Excepto Miriam, pero al parecer tenía planes para ese viernes por la noche.

Max estaba echado en su cama a mi lado, desnudo, con el cuerpo sudado y la respiración aún agitada. Era la primera vez que estaba en su habitación, y apenas había tenido tiempo para fijarme en esta porque habíamos entrado con prisas, mientras la ropa empezaba a caer al suelo.

Era un cuarto relativamente ordenado. Nuestra ropa estaba esparcida por el suelo y tenía un par de libretas y papeles encima del escritorio, pero por lo demás estaba todo bien organizado. Había una estantería llena de libros, tanto de narrativa como de arquitectura y arte en general. En la pared había planos y plafones con garabatos y diseños de edificios y espacios impresos en ellos. Me incliné, aún en la cama, para alcanzar mis bragas, y me incorporé para poder ponérmelas. Max me miraba sin decir nada, con curiosidad, mientras lo hacía, y me levanté para poder ver uno de los planos de cerca.

—¿Qué es? —le pregunté, interesada, porque parecía muy trabajado.

—Mi proyecto final de grado —contestó, levantándose de la cama y caminando hacia donde estaba yo.

Se puso justo detrás de mí, pero mis ojos escrutaban el plafón que había al lado del plano, presumiblemente del mismo proyecto.

—¿De qué iba? —inquirí, mientras su mano encontraba mi abdomen y dejaba un beso en mi hombro.

—Es un museo de cine —me explicó—. Tiene dos recorridos: uno por la historia del cine a nivel mundial, y el otro a nivel español. También hay zonas para exposiciones temporales, todas relacionadas con el mismo mundo, y varios auditorios para proyecciones. Quería hacer algo también dedicado al cine experimental, pero la verdad es que no pude porque se me tiró el tiempo encima. Es lo malo de dejar las cosas para última hora.

—No parece algo hecho a última hora —contesté.

—Bueno, llevaba tiempo pensando en ello, así que no fue tan difícil hacerlo cuando me puse —dijo, rascándose la nuca—. Oye, ¿quieres ir a la ducha?

Sonreí y asentí con la cabeza, pero justo en ese momento se escuchó la puerta principal cerrarse.

—Ya está aquí la corta rollos —gruñó Max.

—No seas quejica —le dije, dándole una palmada en la espalda.

Me puse algo de ropa y salí de la habitación para encontrarme la puerta de la de Miriam abierta, y a ella agachada en el suelo rebuscando en los desordenados cajones en los que guardaba la

ropa.

—¿Has perdido algo? —pregunté, y dio un bote, girando la cabeza en mi dirección para después llevarse una mano al pecho.

—Joder, Julia, casi me da un infarto —me dijo, mirándome.

—Pero si ya sabías que estaba aquí —contesté.

—Ya, pero no me esperaba que aparecieras cual ninja en mi habitación —me reprochó—. Entra, entra, que necesito que me ayudes a elegir modelito para esta noche.

Miriam venía de una cena con sus amigos, y tenía toda la pinta de que había querido pasar por casa para cambiarse antes de salir de fiesta.

La verdad es que estaba cambiada, si es que se le podía llamar así. Según Max, ella había sido así toda la vida hasta hacía unos meses, cosa que asocié a cuando las cosas con su ex habían empezado a ponerse feas de verdad. Al parecer ya la había dejado en paz, lo cual era un alivio, pero ella seguía sin querer denunciar. De todos modos, me alegraba de verla así, tan contenta y llena de vida. Supongo que tendría sus momentos malos, pero delante del resto de gente siempre llevaba una sonrisa en la cara.

—¿Sabes qué pasa? —me había dicho días atrás—. Que me he hartado de sentirme hecha una mierda por dentro por ese cabronazo. No quiero dedicarle ni un minuto más de mi tiempo. La vida es corta, Juls, y la quiero disfrutar.

A mí me parecía una idea asombrosa, y la envidiaba por tener esa determinación. Yo me habría quedado hecha un asco durante meses, pero ella tenía una fortaleza que no se le notaba a primera vista.

—Tú, aterrizas —me dijo, chasqueando los dedos delante de mi cara—. ¿Qué me pongo?

Así que me puse a rebuscar en su caótico armario con ella, y al final nos quedamos con tres conjuntos distintos que se probó.

—Estás genial con los tres —le dije con honestidad.

—Pero necesito que elijas uno —insistió.

—El que llevas puesto es bonito —dijo Max, añadiéndose al debate desde la puerta de la habitación de su hermana.

—Pero si tú no tienes sentido de la moda, que te pones lo primero que encuentras —dijo Miriam, y le di toda la razón mentalmente, pero cabía decir que Max nunca iba mal combinado, y eso que apenas le tomaba dos segundos elegir la ropa—. Y no creas que no me doy cuenta de tu táctica de intentar que me decida ya para que me pise y puedas volver a darle al tema con Juls.

Estallé en carcajadas y Max rio, apoyándose en el marco de la puerta.

—Vale, vale —contestó él, levantando las manos—. Os dejo hacer.

Dicho esto se fue, y después de quince tediosos minutos en los que mi opinión contó más bien poco, Miriam se decidió por un body negro y unos pantalones del mismo color.

—Parezco una emo —se quejó una vez lo llevaba puesto, y mira que era el conjunto que más le había gustado.

—Miriam, estás preciosa —le aseguré, porque era verdad.

Ella se giró hacia mí, apartando la mirada de su reflejo en el espejo, y me miró con lo que parecía el único atisbo de inseguridad que le había visto en semanas.

—¿De verdad? —me preguntó, con la voz algo temblorosa.

Me levanté y me acerqué a ella para ponerme a su lado en el espejo.

—Claro que sí —dije, y ella sonrió—. Los genes Elizalde son una maravilla, oye.

—Pues los Santacreu tampoco están nada mal —contestó con una media sonrisa—. Deberías tener una hija con Max, saldría una diosa griega.

Me puse roja como un tomate y me empecé a reír. Miriam y sus ocurrencias...

—No digas tonterías —respondí entre carcajadas—. Además, ¿por qué una hija?

—Siempre he querido tener una sobrina, no me preguntes por qué porque no lo sé. —Se encogió de hombros.

—¿No quieres tener hijos? —cuestioné, y no porque me pareciera raro que no quisiera, sino por curiosidad.

Ella volvió a encogerse de hombros, y me dio una sonrisa algo triste.

—La verdad es que no me veo con nadie a largo plazo —contestó, y asentí con la cabeza sin preguntar más, porque ella iba a salir esa noche, y no quería que se fuera con la cabeza en asuntos del pasado.

Miriam se fue poco más tarde. Tuve que ayudarla a decidirse por un pintalabios que le quedara bien, cosa que también me costó porque le quedaban bien todos. Me pareció curioso que le preocupara tanto cuando normalmente ni siquiera se maquillaba.

En cuanto cerró la puerta, fui a sentarme en el sofá al lado de Max, que miraba algo en su móvil mientras la tele reproducía un documental de la Segunda Guerra Mundial al que le estaba prestando más bien poca atención.

—Esta chica es pesadísima —fue lo primero que me dijo, y reí.

—Es indecisa —concreté, girándome para echarme y apoyar la cabeza en el regazo de Max.

—Es lo mismo —rebatí, dejando una caricia en mi pelo antes de volver a concentrarse en su móvil.

Sonreí, sin decir nada más, y no tardé en quedarme absorta mirando el documental, que indagaba en la vida de Goebbels, el ministro de Propaganda de la dictadura de Hitler.

Cuando se interrumpió el documental para dar paso a la publicidad, cerré los ojos unos instantes, sintiéndome algo adormilada. Cuando los volví a abrir, miré hacia arriba para encontrarme con la cara Max, que seguía concentrado en lo que fuera que estuviera leyendo en su móvil.

No pude evitar quedarme mirándolo un buen rato, y sonreí ante el hecho de que él ni siquiera se dio cuenta. Sus ojos verdes brillaban por la luz de la pantalla y parecían aún más claros de lo que ya eran. Me fijé en las pequeñas pecas que había repartidas por su cara y su cuello, y en sus labios, que me tentaban incluso sin quererlo. Me sentí sobrecogida por un momento porque me di cuenta de que estaba tan enamorada de él que su ausencia se me iba a hacer insoportable. Y era curioso, porque hasta hacía apenas un año él solo había sido una fantasía, alguien con quien ni siquiera creía tener una posibilidad. Lo veía tan imposible y estaba tan absorta en mi relación con Dani que apenas me paraba a pensar en él, y ahora no sabía cómo iba a estar sin él, sin su risa, sin esos ojos que parecían no saciar nunca su curiosidad por mí.

Me agobié. Aún estando en una situación relajada, empecé a notar esa presión en el pecho, y todas mis inseguridades salieron a flote. Una de ellas no dejaba de dar vueltas a mi cabeza, era una pregunta que me llevaba meses haciendo, y me había parecido demasiado preguntarla hasta ese momento.

—¿Por qué no me llamaste? —la pregunta salió de mis labios prácticamente sola, y Max desvió su atención del móvil para mirarme.

Su expresión se volvió seria durante unos instantes, mientras sus ojos me examinaban atentamente, pero entonces me dio una media sonrisa.

—¿Por qué no me llamaste tú? —preguntó de vuelta.

Touché.

—Tenía miedo de que te pensaras que era una pesada —respondí con honestidad—. Pensé que ya se me pasarían las ganas de hablar contigo.

—Pues mira, es más o menos lo mismo que pensaba yo —dijo, acariciando mi cuello—. De hecho, estaba casi convencido de que te habías marcado uno de esos planes de “vacaciones y sexo” y que ya pasabas de mí.

Volví a reír, recordando lo que me había dicho Raquel poco antes de irme a Nueva Zelanda.

—Raquel me lo planteó como algo así cuando quería convencerme de que fuera a Nueva Zelanda —le expliqué.

—¿Raquel te intentó convencer? —Levantó una ceja—. Esta siempre está planeando cosas para juntar a la gente, como si fuera Cupido. Ahora se pensará que le debemos algo.

—De hecho, fue la que me convenció. Ella, y una ida de olla de las mías en un día malo que tuve.

—Pues tus idas de olla no serán tan malas si nos han llevado a esto —contestó, y sonreí.

—No, parece que no.

Dejó el móvil a un lado del sofá y me miró con una expresión que solo podría definir como sugerente.

—¿Quieres ir a la ducha? —preguntó, y yo volví a sonreír.

A la mañana siguiente, me desperté antes que él. Llevaba solo las bragas, y sorprendentemente cuando abrí los ojos seguía abrazada a Max, algo que no ocurría a menudo porque hacía un calor insoportable. Él seguía durmiendo, solo se removió un poco y soltó un gruñido cuando me levanté de la cama.

Levanté los brazos y me desperecé, flexionando mi cuerpo para sentirme un poco menos atrofiada. Eso de dormir con alguien suena maravilloso, y lo es, pero luego al despertar hay veces en que te duele todo el cuerpo.

Me puse una camiseta de Max y unos pantalones de chándal que había en mi mochila y, cuando escuché ruidos en el salón, sonreí. Eran las nueve de la mañana, y tenía toda la pinta de que Miriam acababa de volver de fiesta. Sin pensármelo dos veces, recogí mi pelo en una cola despreocupada y salí de la habitación para ir a desayunar con Miriam y escuchar sus historias sobre qué había pasado durante la noche.

Solo que no era Miriam.

En cuanto salí ya noté que algo no iba como debería ir, y cuando Pilar Castells, la madre de Max y Miriam, apareció en el pasillo, con una maleta en la mano, me quedé paralizada.

Al verme, se quedó bastante sorprendida, pero luego sonrió.

—¡Julia! —me saludó con entusiasmo—. ¿Has salido con Miriam esta noche?

Me quedé muda, y su expresión volvió a mutar de la alegría a la sorpresa cuando se fijó en que detrás de mí estaba la puerta de la habitación de su hijo abierta, y no la de Miriam, que quedaba justo al lado.

Mi primer instinto fue cerrar la puerta, como si pudiera disimular el hecho de que acababa de salir de ahí, además de que Max estaba durmiendo completamente desnudo dentro, y se podía ver su cama desde la puerta si te acercabas lo suficiente.

—Hola —la saludé en cuanto mi cerebro decidió volver a reaccionar, forzando una expresión de amabilidad.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos mutuamente, y de repente ella volvió a sonreír.

—Lo sabía.

Levanté una ceja.

—¿Lo sabías? —pregunté, desconcertada.

—Sabía que a Max le gustabas, y que teníais algo, aunque no sabía qué era exactamente —contestó, y su sonrisa se ensanchó hasta parecerse a la de su hijo—. Que no estoy ciega, mujer, y conozco a mi hijo. La verdad es que me alegro mucho.

Volví a quedarme muda y me di cuenta de que iba hecha un trapo, además de que, seguramente, Pilar era consciente de que me había pasado toda la noche dándole al tema con su hijo, y empecé a morirme de la vergüenza. Por si fuera poco, el padre de Max, Josep, apareció por el pasillo justo en ese momento, y se quedó igual de sorprendido que su mujer al principio.

—Hola, Julia —me saludó casualmente—. ¿Te has quedado a dormir?

—Eh... —empecé, sin saber muy bien cómo explicarlo, pero Pilar fue más rápida.

—Es la novia de Max —le dijo a su marido—. O algo parecido... Es que hoy en día una ya no sabe si los jóvenes son novios, “follamigos” de esos, o poliamorosos, o no sé qué...

Yo me estaba poniendo tan roja que debía de estar prácticamente brillando.

—Ah, eso explica que Max pasara tantas noches fuera —dijo él, desviando la mirada de su mujer hacia mí de nuevo.

Me sentía atrapada en ese pasillo, aunque estaba segura de que ellos no lo hacían expresamente, y cuando escuché la puerta de la habitación de Max abrirse, tuve que reprimir un suspiro de alivio.

De la habitación salió Max completamente vestido, como si no hubiera dormido toda la noche en bolas, y se puso a mi lado.

—¿No estabais fuera? —fue lo único que les preguntó a sus padres, y casi me reí por lo surrealista que estaba siendo todo.

—Nos ha hecho un tiempo horroroso, así que hemos vuelto —contestó su madre—. Y tú y yo tenemos que hablar, que estoy indignada. No me puedo creer que hayas estado con Julia vete a saber cuánto tiempo y no nos hayas dicho nada.

Entonces vi algo que no había visto desde que habíamos estado en Auckland, y que no creía que fuera a volver a ver nunca: a Max sonrojado.

Lo raro de toda la situación me pudo, y solté una carcajada al ver a Max así de rojo. Él me miró con una expresión divertida, incluso un poco avergonzado, y terminó riendo también.

Me puse ropa un poco más decente y decidimos salir a desayunar. Cabe decir que, aunque ya conociera a sus padres de antes, el salir a desayunar con ellos como si fuera la novia de Max se me hizo algo violento, pero es que Pilar Castells podía ser muy insistente cuando quería, y no nos había quedado más remedio.

—Casi me muero de la vergüenza —le dije a Max cuando salimos de la cafetería con la excusa de que habíamos quedado con Adri, cosa que no era cierta en absoluto—. Que me he puesto los pantalones de casualidad, pero llego a salir de la habitación sin ellos y me pillan en bragas.

Max ya no se sentía avergonzado ni tenso, porque se estaba muriendo de la risa mientras le contaba cómo había ido la conversación con sus padres.

—Mi madre te adora, así que debe de estar encantada —contestó—. Estoy casi seguro de que cuando vuelva a casa ya empezará a exigirme planes de bodas e hijos.

—Hijos —repetí con una carcajada.

—¿Te imaginas? Sería una locura —contestó él, divertido.

Y sí, habría sido una locura. A parte de por lo obvio, que era que ni siquiera estábamos juntos y éramos demasiado jóvenes, también lo habría sido porque me era imposible imaginarme un futuro con Max. Y no porque no lo quisiera, ni porque me hubiera cansado de él —para nada—,

sino porque lo nuestro seguía estando fuertemente marcado por la incertidumbre, y yo era pesimista por naturaleza. Ya lo decía Murphy: si algo puede salir mal, saldrá mal. Era una filosofía de mierda en la que basar tu visión del futuro, pero es que no conocía otra forma de ver las cosas.

De momento intentaba centrarme en el presente, en disfrutar de mi tiempo con él, y estaba consiguiéndolo. De hecho, quedaban muchas cosas interesantes por venir, cosas que hasta entonces apenas me había planteado, pero que me harían abrir aún más la mente.

Treinta y tres

Agosto llegó rápido, con su calor insoportable que solo se remediaba con escapadas espontáneas alguna mañana a la cada vez más sucia playa de la Barceloneta, o huyendo a la parte más cercana de la Costa Brava algún que otro domingo.

La verdad es que todo estaba muy tranquilo. Max y yo cada vez estábamos mejor, y mira que parecía imposible. Nos veíamos varios días a la semana, y cada vez íbamos a hacer algo diferente. Todo iba viento en popa, y se iba instalando en mi vida un nuevo sentimiento de normalidad que no me disgustaba en absoluto.

Pero entonces vino Sandra con sus ideas sugerentes, y consiguió meterme una de ellas en la cabeza.

Era un sábado por la mañana, y teníamos resaca. En teoría, Sandra y yo nos teníamos que haber quedado a dormir en casa de Andrea, compartiendo el sofá cama, pero Sandra había desaparecido a las tres de la mañana diciendo que se iba a casa de alguien a echar un polvo, algo que no era tan raro.

Yo me había despertado pasada la una de la tarde, y me había puesto a preparar algo de comer. Los padres de Andrea estaban de vacaciones en Malta, así que no había nadie. Su hermano mayor ya hacía años que no vivía en casa.

La anfitriona se me unió media hora más tarde, casi a las dos, y justo cuando teníamos la comida casi terminada, llamaron al timbre. Al abrir la puerta, Sandra entró con una sonrisa de oreja a oreja, y se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa de la cocina con un suspiro de satisfacción.

—Chicas, mi vida sexual ha dado un giro inesperado pero muy, muy placentero —nos informó con decisión, y nos giramos hacia ella con una ceja levantada.

—¿Queremos saberlo? —le pregunté, porque a veces tenía historias tan explícitas y raras que la verdad es que habría preferido no haberlas escuchado nunca.

—Pues claro que queréis saberlo —contestó ella—. Estoy a punto de revelaros la clave de la plenitud sexual.

Andrea rio, y sacó la olla del fuego. Puse tres platos en la mesa, vasos y cubiertos, y ella sirvió la comida. Nos sentamos alrededor de la mesa, y Sandra liberó un sonido de satisfacción. Empezó a comer mientras nosotras dos la mirábamos.

—¿Nos lo piensas contar algún día? —le pregunté.

Ella nos hizo una señal con la mano indicando que nos esperaríamos un momento y, cuando tragó la comida, habló.

—He follado con una chica —anunció—, y ha sido increíble.

Levanté las cejas, con interés.

—Vaya —dije, asintiendo con la cabeza—. Y, ¿qué tal la experiencia?

—¿Eres lesbiana? —le preguntó Andrea, que en esos temas estaba bastante verde.

—Será bisexual, Andrea —la corregí, y ella se sonrojó un poco.

—Ay, es verdad. Perdón —se disculpó, avergonzada.

—Estás perdonadísima —le dijo Sandra, con una sonrisa divertida, y luego me miró—. Y, respondiendo a tu pregunta, ha sido una pasada. He sentido la empatía femenina, chicas.

—¿Empatía femenina? —preguntó Andrea, con la curiosidad haciéndose cada vez más notable en su tono.

—Orgasmos, cariño, orgasmos —contestó Sandra—. Las chicas nos preocupamos de que la otra se corra. Sororidad en estado puro.

Me reí por cómo había usado una de las premisas principales del feminismo para hablar de sexo. Yo siempre le decía que tenía que hacerse monologuista, porque escucharla hablar se podía considerar prácticamente una actividad de ocio.

—Yo no sé si lo haría —dijo Andrea—. A mí me gustan los chicos.

—Eso pensaba yo hasta ayer, y ahora de repente tengo un mundo entero de posibilidades abierto ante mí —comentó con fascinación.

—Deberías escribir libros, con el vocabulario y la labia que tienes —bromeé, y ella me miró.

—Pues se me daría genial, pero creo que lo único a lo que quiero dedicarme a partir de ahora es al sexo homosexual —contestó, y me eché a reír—. Te lo digo en serio, Julia: ha sido una maravilla. Deberías probarlo, yo creo que te gustaría mucho.

Al principio no le hice ni caso pero, a medida que íbamos comiendo, cuando el tema de conversación ya había cambiado por completo, empecé a darle vueltas.

Siempre había tenido curiosidad, pero nunca me lo había planteado seriamente hasta entonces. Tampoco lo descartaba; simplemente no solía pensar en ello.

Seguí pensando en ello horas más tarde, cuando estaba en casa de Max, echada en su cama leyendo un libro. Él estaba en la misma posición que yo pero en el otro lado de la cama, con el cuerpo mirando en mi dirección, mientras leía un artículo en su móvil. Me di cuenta de que el tema no saldría de mi cabeza en un futuro cercano cuando tuve que releer la misma frase por quinta vez, porque no me estaba enterando de nada. Respiré hondo y cerré el libro, dejándolo a mi lado.

—Max —lo llamé, y apartó la mirada del móvil para mirarme con las cejas levantadas en un gesto de interrogación—. ¿Tú has explorado tu sexualidad?

Una de sus cejas se levantó aún más que la otra, antes de que su boca se curvara en una sonrisa.

—Claro —contestó.

—Ah, ¿sí? —cuestioné, algo sorprendida.

No porque me pareciera raro, pero por desgracia normalmente en el sector masculino heterosexual, lo de experimentar con otros hombres no es que sea algo demasiado común.

—Sí, hace tiempo —respondió—. Poco después de dejarlo con Lidia. No estuvo mal, pero me di cuenta de que no es lo mío.

—Oh —murmuré, dándole aún más vueltas al tema.

Por raro que pueda parecer, la idea de Max estando con otro tío me parecía caliente. De hecho, la idea de Max estando con otra persona, independientemente de su género, me parecía caliente. El descubrimiento de mis propios pensamientos me cayó como si de una revelación divina se tratara, e iba a preguntarle algo más cuando él se me adelantó.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Has estado alguna vez con una chica?

—No —contesté rápidamente, y fui directa a lo que le quería preguntar—. ¿Alguna vez has hecho un trío?

—¿Soy yo, o estás intentando proponerme algo? —inquirió, divertido, y yo me sonrojé antes de reírme—. No, nunca he hecho un trío. Una vez casi lo hago, pero estaba borracho y se me fueron las ganas de golpe.

—¿Se te fueron las ganas de golpe?

—No sé, fue muy raro. —Se encogió de hombros—. El alcohol, que hace estas cosas. Ahora dime, ¿en qué estás pensando?

—Creo que es obvio —respondí lentamente, tanteando el terreno para ver si estábamos en la

misma línea, si a él le parecía buena idea.

—¿Quieres hacer un trío? —adivinó—. Lo que no me ha quedado claro es si quieres que sea con una chica o con un chico.

—Me gustaría experimentar —comenté—. Nunca he estado con una chica, y Sandra dice que es genial. No sé, nunca me lo había planteado.

—¿Tu hermana no tiene novia? Ella puede aconsejarte.

—No sé si tiene novia, es solo una teoría, ella no me cuenta nada —especifiqué, porque la verdad es que no tenía ni idea del estado de la vida amorosa de Claudia—. Y no hablaré de sexo con mi hermana, si apenas puedo hablar del tiempo con ella sin que se ponga hecha una furia.

Max rio, y se incorporó para acercarse a mí y tumbarse a mi lado.

—Entonces... Quieres hacer un trío —declaró, mirándome con diversión.

—No me disgusta la idea —murmuré, algo avergonzada, y estoy segura de que Max estaba disfrutando a lo grande el verme así.

Mira que nunca había sido vergonzosa con estos temas, pero como no sabía si a Max le parecía una locura o si le gustaba la idea, me sentía algo insegura al respecto.

—Yo tampoco diría que no —dijo, solucionando mi duda—. Hay que probar estas cosas al menos una vez en la vida.

—Pero, ¿cómo se hace eso? —Pasé de la vergüenza a desplegar todas mis incertidumbres, con curiosidad, y Max volvió a sonreír—. O sea, ¿cómo funciona? ¿Le vas a una chica y le dices “hola, quiero hacer un trío contigo y con otro chico”?

Max estalló en carcajadas y no pude evitar unirle yo también. Parecíamos dos inexpertos intentando solucionar un gran enigma, y mira que era una tontería enorme.

—Cuando casi lo hago fue bastante casual, la verdad. Estaba de fiesta en una casa, en Auckland, con esta chica, Sarah... ¿Te acuerdas de ella? —Asentí con la cabeza, mirándolo con interés—. Vino una amiga suya, y entre birra y birra cayó la propuesta. Dije que sí, pero al poco rato, después de un par de besos, me rayé y me fui a casa. No me encontraba muy bien.

—O sea que has hecho un trío de besos —dije, y él soltó una carcajada.

—Se podría decir que sí. —Se encogió de hombros—. En resumen: que no tengo ni idea de cómo surgen estas cosas. Es que tampoco me gusta ir por ahí buscando gente con la que follar, suena como la gente esta que se va a la discoteca como quien va de caza, a ver a quién se tira.

—Ya, a mí tampoco me gusta eso. —Hice una mueca de incomodidad, porque la verdad es que a mí esa filosofía a la hora de salir de fiesta no me gustaba nada—. Aun así, dicen que es mejor no hacerlo con gente a la que conozcas.

—O gente a la que conozcas demasiado, mejor dicho —concordó él—. Yo no me imagino haciéndolo con ninguna de mis amigas, sería muy raro después.

—Ya —contesté, pensando en lo raro que me sería hacer algo así con Sandra o con Andrea—, yo tampoco.

El tema murió ahí, y poco más tarde nos pusimos a ver una película. Yo seguía dándole vueltas al tema, e incluso contemplé buscar alguno de esos artículos de internet en los que te explicaban cómo hacerlo absolutamente todo en la vida, incluso los tríos, pero me di cuenta de que tenía que dejar de leer artículos de mierda, porque no servían para nada. Lo único que tenía claro era que prefería no hacerlo antes que forzar las cosas, que llevarlo todo planeado. Quería estar con alguna chica que me pusiera, no con cualquiera. Nunca me había liado ni acostado con nadie a quien acabara de conocer, no sabía hacerlo ni sabía si iba a sentirme cómoda con ello.

Decidí dejar de pensar en ello y concentrarme en la película, porque hacía tiempo que quería verla. Me acurruqué en el pecho de Max, y él rodeó mi hombro con su brazo.

Treinta y cuatro

No sé si fue casualidad, si los astros se alinearon, o si debería haber empezado a creer en un ser superior que controlaba todo lo que ocurría, pero fue como si el simple hecho de pensar en una cosa hubiera hecho que pasara.

Pongámonos en contexto: era viernes, y me estaba preparando para salir. Andrea estaba a mi lado, lamentándose desde hacía cinco minutos de su poca habilidad para hacerse la raya superior del ojo.

—Házmela tú, que se te da mejor —me suplicó por quinta vez.

—Pero si te la hago siempre yo no aprenderás nunca —rebatí, y ella soltó un gruñido de frustración—. No me vengas con rabietas, que ni siquiera lo has intentado.

—Porque me quedará fatal —insistió.

Esta vez la que gruñó fui yo, porque tenía pocas ganas de discutir ese tema con ella, así que me giré y le cogí el delineador. Ella sonrió, triunfante, y cerró los ojos.

—Que no, que los dejes abiertos —le dije, y soltó una risita antes de volver a abrirlos.

—En realidad eres la mejor, Julia —empezó a hacerme la pelota como siempre que me pedía cosas, y sonreí.

—Y lo dices como si no fuera obvio —bromeé.

—Dejad de tiraros la caña mutuamente, que vamos tarde —dijo Sandra, entrando en el cuarto de baño de mi casa.

—Ya vamos, pesada —repliqué.

La puerta del baño estaba abierta, y Claudia asomó la cabeza para mirarnos con una ceja levantada.

—¿Vais a tardar mucho? Tengo pis —se quejó, mirándonos como si fuéramos una gran molestia.

—Eso mismo me pregunto yo. —Sandra asintió con la cabeza, dándole la razón.

—¿Tú no sales? —le pregunté a mi hermana.

—No —se limitó a contestar, pero cuando vio que la seguía mirando, rodó los ojos y decidió alargar su explicación—. No me gusta salir de fiesta.

—Eso decía yo a los quince, y mírame ahora —dijo Sandra, y Claudia la miró con impasibilidad.

—Tengo diecisiete —la corrigió, y se fue a su habitación sin decir nada más.

Hay que decir que mi hermana era borde a matar. Aun así, no era mala chica y, aunque a veces pudiera parecerlo, no me odiaba. De hecho, por sus acciones podría haberlo pensado perfectamente, pero era inusualmente protectora conmigo, y mira que yo era la mayor. Prueba de ello eran las dos veces en que casi mata a Daniel —cuando el muy iluminado se había presentado en mi casa— a sartenazos, cosa que no consiguió porque me puse en medio.

—Me cae bien tu hermana —anunció Sandra, con una sonrisa de oreja a oreja—. Es todo un misterio, pero tiene las cosas claras.

—Tú eres masoquista. —Reí, porque parecía que le gustara que fueran tan cortantes con ella.

Salimos de mi casa veinte minutos más tarde, aunque en realidad poco nos preocupaba no llegar a la hora porque conocíamos al resto, y lo más probable era que llegáramos las primeras.

Llevábamos unos días saliendo bastante. Algunas veces solo nosotras tres, otras con Miriam y sus amigas, otras se unían algunos de nuestros amigos de la universidad, a los que habíamos

conseguido mezclar, y otras con la panda de locos con la que íbamos hoy. Y esa panda de dementes con los que las noches terminaban de formas cada vez más graciosas incluía a Max, evidentemente.

Solo que, esa noche, “gracioso” no era la palabra que usaría para describir lo que ocurrió, pero tampoco es una palabra negativa, en absoluto.

Como era de esperar, llegamos las primeras. Luego llegaron Max, Albert y Pablo, y finalmente Raquel y Adri al cabo de media hora.

Esa noche no tenía ganas de beber demasiado, así que me ceñí al vino blanco que había llevado, que era suficiente para achisparme, pero no para hacer que me encontrara mal. Max tampoco parecía interesado en coger la turca del siglo esa noche, porque solo bebió cerveza, igual que Adri. Los demás ya eran otra historia. Raquel y Sandra le estaban dando al vodka como si fuera lo mejor que habían probado en la vida, y Andrea estaba probando de combinar el ron con cosas raras. Yo solo esperaba que nadie terminara vomitando. Pablo seguía en su línea, con cerveza y marihuana, y Albert era de drogas más duras. La verdad es que no me sentía demasiado cómoda teniendo a alguien metiéndose cosas por la nariz tan cerca, pero tenía clarísimo que no era algo que me interesara probar, así que tampoco le daba mucha importancia.

—¿Lo has probado? —le pregunté a Max, mirando a su amigo, y él se giró hacia mí con una ceja levantada.

—¿La coca? Qué va, me da muy mal rollo. —Negó con la cabeza—. Solo he probado la maría, el hachís y el LSD una vez, pero paso de todo eso. A un porro de vez en cuando no le digo que no, pero el resto no me va. Ah, también probé las setas, y fue una experiencia curiosa, pero para vivirla solo una vez.

—Vaya —respondí, mirando al horizonte mientras mi mente le daba vueltas al tema—. Yo también he probado las setas, y opino lo mismo. Estuvo interesante, pero fue todo demasiado loco.

Las había probado unos meses antes, con Fede y Elisa. Estábamos en un parque al lado de la montaña, en el norte de Barcelona, y había sido una experiencia peculiar, pero la sensación había sido demasiado rara como para que quisiera repetirla.

Max rió y apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Estás pensando en probar cosas? —me preguntó.

—Qué va —contesté—. Paso. Es un mundo en el que no quiero meterme.

—¡Gente! —nos llamó Raquel, considerablemente ebria, al poco rato—. Nos vamos, que la fiesta nos espera.

—Esta va de general del ejército, que se cree que somos sus ovejitas —me dijo Max, divertido.

—Tú, imbécil, te he escuchado. —Raquel lo señaló con un dedo—. Si yo fuera general, te pasarías el día pelando patatas.

—Al menos pelando patatas no me van a pegar un tiro. —Se encogió de hombros y reí antes de levantarme.

—Vamos. —Le tendí la mano, y Max sonrió antes de cogerla.

El club estaba lleno a reventar. Habíamos tenido suerte de haber decidido ir a una hora relativamente temprana, porque tenía toda la pinta que dentro de poco el aforo iba a estar completo y cerrarían las puertas de entrada.

Raquel, Pablo y yo estábamos en el piso inferior, en la zona de fumadores. La historia de Raquel

con el tabaco era como la de ese amor al que no consigues dejar ir por más que lo intentes: a épocas no fumaba nada, y luego volvía a fumar unos meses, para terminar harta y dejarlo. Era un ciclo que había repetido varias veces. Yo nunca había sentido ningún interés especial por el tabaco, pero estaba con ellos porque esa noche Raquel estaba especialmente graciosa y me iba contando chistes malísimos con los que me reía a más no poder.

Por desgracia, el sentido del humor se le fue apagando, y empezó a ponerse sentimental, algo que no me esperaba hasta, por lo menos, tres horas más tarde.

—Ay, Julieta —dijo, rodeando mis hombros con su brazo y estrechándome contra ella mientras Pablo nos miraba como si estuviéramos dando un espectáculo digno del circo—. Qué puto asco que Max vaya a irse, joder. Sois mi pareja favorita. Si no estáis juntos, ¿a quién le propondré sexo grupal?

—Gracias, Raquel, eso es justamente lo que necesitaba escuchar ahora —contesté con sarcasmo, y ella me dejó un beso en la frente.

—Tú no te preocupes —me aconsejó, rescatando algo de su optimismo habitual—. Yo también estuve fuera cuando ya estaba con Adri y nos fue genial, ¿sabes? Lo eché de menos, pero no fue tan horrible.

—Ah, ¿sí? —pregunté, con una ceja levantada, porque esa historia no me la sabía—. ¿Cuándo?

—Uy, ya hace unos años —respondió—. Yo estaba en tercero de carrera y me fui de Erasmus a Italia. Una locura de país, por cierto. El caso es que estuve fuera casi seis meses, y aunque fui viendo a Adri y habíamos decidido abrir la relación, fue una buena experiencia. Luego, cuando volví, decidimos que eso de la relación abierta no era para nosotros, pero probarlo no estuvo nada mal.

—Me acuerdo de la primera vez que Adri estuvo con otra chica —dijo Pablo, divertido—. Al día siguiente vino a mi casa y estuvo rayándose durante horas.

—Pobrecito —dijo Raquel, negando con la cabeza, antes de soltar una carcajada—. Yo me lié con un italiano que decía cosas muy raras durante el sexo. Supongo que eran guarradas, pero es que no entendía una mierda de lo que decía porque me fui allí sin saber italiano.

Acto seguido se puso a intentar imitar lo que le decía el italiano, que yo tampoco comprendía pero sonaba muy sucio, y estallé en carcajadas. Solo de imaginar la situación y la cara que Raquel habría puesto —era muy expresiva, ella—, me reía aún más fuerte.

Subimos arriba poco después, mientras seguían dándonos ataques de risa cada vez que alguno de los tres intentaba decir algo en italiano, y estábamos prácticamente llorando cuando nos encontramos con el resto del grupo.

—Y ¿a vosotros qué os pasa? —nos preguntó Sandra casi a gritos, porque la música estaba muy fuerte, y cuando Raquel intentó decir no sé qué en un idioma que ya distaba mucho del italiano, me reí tanto que esta vez sí que se me saltaron las lágrimas.

—Ya está contando la historia del italiano —dijo Adri, rodando los ojos, y Max se echó a reír, dando a entender que conocía bien esa historia.

Hasta hacía unos meses, me habría parecido una locura que una pareja, e incluso todo su grupo de amigos, pudiera tener bromas internas sobre gente a la que se habían tirado mientras estaban juntos, pero había aprendido tanto en el último año, que me parecía incluso algo ideal. Con Daniel era algo que ni siquiera podría haberme imaginado. Antes de él, lo único que había hecho con un chico era un beso, enrollarnos y esas cosas, y Dani me reprochaba hasta eso. Le daba rabia que hubiera estado con más gente a parte de él, aún teniendo en cuenta que había sido cuando aún no estábamos juntos.

Con Max, me parecía incluso sexy pensar que pudiera estar con alguien más. De repente me sentí

eufórica porque me di cuenta de que, pese a que las circunstancias no eran las mejores, estaba justo donde quería estar: con una persona que me dejaba todo el espacio que necesitaba, que no era celoso en absoluto, y con el que podía hablar de cualquier cosa. Una lástima que esa fantasía fuera a acabarse en cuestión de semanas.

Poco más tarde, la broma del italiano ya se había evaporado, y estaba comiéndole la boca a Max. Así, tal cual. Una de sus manos sujetaba delicadamente mi mentón, y la otra rodeaba mi cintura. Habíamos perdido al resto hacía ya un rato, pero no es que nos preocupara demasiado. El tacto de su lengua acariciando la mía sin ninguna prisa hacía que me olvidara de todo, de la música sonando, de la gente bailando, e incluso de los cuerpos que de vez en cuando chocaban contra los nuestros.

Se separó y me miró. Su semblante se volvió serio durante un momento, pero luego sonrió y se mordió el labio. Imité su gesto y lo abracé, sintiendo la adrenalina que me daban sus besos recorrer todo mi cuerpo. Dejé un beso en su cuello y noté su piel erizarse bajo mis labios. Me sentí repentinamente abrumada por él, por su proximidad, por su tacto, su piel bajo la mía. Pero no de una forma negativa, solo que cada vez que hacíamos esto me daba cuenta de lo mucho que me dolería su partida. Cuando estaba con él todo parecía correcto, en su sitio. Él era donde quería estar.

En un arrebato de locura borracha casi me salió decirle que lo dejaría todo y me iría a Auckland con él, e incluso pensé en pedirle que se quedara, pero por suerte Adri hizo una de sus apariciones inoportunas chocándose contra nosotros.

—¡A ver! —dijo en cuanto se recuperó del golpe, poniéndose recto y llevando las manos a sus caderas—. Que os estábamos buscando. Raquel dice que quiere hacer un brindis.

—¿Has venido a buscarnos para esta mierda? —le preguntó Max, incrédulo—. Pero si ya sabes que Raquel delira cuando bebe.

—Ya, pero es que si no venís se pondrá triste, y luego me tocará a mí aguantarla —rebatí él.

—Ay, qué mono. —Le pellizqué una mejilla y me miró con aburrimiento—. En realidad te duele que Raquel se ponga triste.

—No digas tonterías —gruñó.

Se giró y se fue, confirmando que mi teoría era cierta. Yo me reí, porque me parecía adorable cuando hacía como que no le importaba nada, y lo seguí. Pensaba que Adri tenía claro dónde estaba el resto, pero vi que el hombre estaba perdidísimo cuando habíamos dado dos vueltas y no aparecían. Él se paró en cuanto salimos de entre la multitud bailante a un lugar en el que había espacio para respirar, y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Estaban aquí! —se quejó, y le di una palmadita en la espalda, como si me compadeciera de él. Por suerte, no nos hizo falta buscar mucho más. ¿Sabéis eso de que si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña? Pues eso es lo que pasó, pero en vez de Mahoma era Raquel con un pedo impresionante encima.

—¡Escarolilla mía! —gritó Raquel, apareciendo de repente tras abrirse paso con un poco de violencia entre una pareja que tenía pinta de estar a punto de liarse.

Miré a Max, que me devolvió la mirada con el ceño fruncido, y luego miramos a Adri, que rodó los ojos.

—¿Escarolilla? —le preguntó Max con una sonrisa burlona.

Cuando me fijé bien, me di cuenta de que su pelo sí tenía una forma muy parecida a la de la escarola, y cuando mi mente sustituyó su habitual mata de pelo por el vegetal mencionado, no pude evitar echarme a reír.

—Ya sabéis lo original que es ella —contestó justo antes de que Raquel se tirara encima de él.

La bebida de la susodicha salió volando hasta estamparse contra la pared, y Andrea, detrás de ella, se llevó la mano al pecho, asustada.

—¡Será bruta! —gritó, agachándose para ver el desastre que nuestra amiga había causado en el suelo, que estaba lleno de trozos de cristal.

Típico de Andrea: preocuparse por nimiedades incluso habiendo bebido. Yo no sé cómo podía vivir con tanto estrés encima.

—Ay, ahora tendré que ir a por otra para hacer el brindis —dijo.

—Yo creo que con que te pidas una Coca-Cola ya haces —le aconsejé, porque aunque la mujer tenía aguante con el alcohol, al día siguiente iba a pasarlo fatal.

Es curioso cómo, cuando sales una noche y no bebes —o bebes poco, como era mi caso—, te das cuenta del nivel de alcoholismo y demacración de tus amigos. Y más aún saliendo con esa gente. El resto del grupo apareció poco después. Sandra bailaba mientras caminaba, y Pablo se reía de algo que Albert le estaba diciendo.

—Yo también tendré que pedir algo más —dije en cuanto estaban todos ahí, en parte porque no quería que Raquel fuera y se bebiera la barra entera, que cuando bebía se pensaba que era una superheroína.

Así que fuimos a la barra junto con Max y Pablo para pedirnos algo más. Había mucha gente esperando para pedir o simplemente tomándose sus copas y hablando ahí en medio, sin dejar espacio para los demás —cosa que a mí me molestaba mucho—. Hice uso de la mítica técnica de los codos y los usé para abrirme paso de una forma muy descarada entre la gente, para luego apoyarlos en la barra. Me gané un par de malas miradas, pero al menos entendieron que la barra era para pedir, y no para estar ahí de pie estorbando. Se apartaron, y Max se puso a mi lado, dejando un beso esporádico en mi hombro. Sonreí y acaricié su pelo antes de ponerme manos a la obra en la ardua tarea de conseguir la atención de algún camarero o camarera.

Unos minutos más tarde, por fin se nos acercó un camarero. Max pidió dos cervezas, una para él y otra para Pablo, y yo me lo estaba pensando cuando la cara de Raquel apareció por detrás para apoyarse en mi hombro.

—¡Yo quiero un ron cola! —exclamó para que pudiera escucharla bien.

Luego se apartó, y me acerqué al camarero.

—Dos coca-colas, pero sin ron, por favor —le pedí.

Raquel iba tan pedito que ni se iba a enterar de que eso no llevaba ron.

El camarero se rio, y asintió con la cabeza antes de ponerse a buscar las bebidas y a preparar las cervezas. Me puse a observar a la gente trabajando, preparando bebidas, cuando unos ojos claros, cuyo color exacto no podía distinguir, acapararon mi atención. Una chica, que debería tener poco más de mi edad, me miraba con una sonrisa enigmática, y se la devolví sin pensar mucho en ello. La verdad es que me pareció muy guapa, y tenía un qué, algo que la hacía aún más atractiva. Probablemente fuera ese aura de misterio que la envolvía, parecida a la que notaba en Max cuando apenas lo conocía.

Nos sirvieron las bebidas, y Max se giró para darle su cerveza a Pablo. Fue entonces cuando la camarera de ojos claros se acercó a mí con una sonrisa de lado, y ahí empezó la noche de verdad. Apoyó los hombros en la barra, imitando mi postura, y se acercó a mí.

—Tu novio es muy guapo —me dijo, y no pude evitar sonreír ante el tono que usó, que se mantenía en su línea de misterioso, pero sonaba seductor a la vez.

Justo lo que a mí me ponía.

Pasé de decirle que, técnicamente, Max no era mi novio, porque la verdad es que tenía la cabeza en otras cosas, y a efectos prácticos éramos casi una pareja.

—Lo es —contesté, girando la cabeza ligeramente para mirar a Max, que hablaba con Pablo, ajeno a lo que estaba pasando a su lado.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó, con interés.

—Julia —contesté, apoyando mi mentón en mi mano—. ¿Y tú?

—Gala —respondió, y lo primero que pensé fue que el nombre le encajaba a la perfección, y mira que ni siquiera la conocía.

Estuve hablando con ella un buen rato. Ni siquiera recuerdo de qué, pero hubo comentarios con segundas intenciones, y muchos de ellos bastante directos. Estaba calentándome y empezando a hacer planes mentales hasta que Raquel prácticamente me arrastró de vuelta a la pista para hacer su tan esperado brindis. Una vez hecho —ella se agachó hasta el suelo para apoyar el vaso porque quien no apoya no folla, de toda la vida, así que yo también me uní—, le dio un largo trago a su bebida y hizo un sonido de placer, a lo que yo sonreí. No se había ni dado cuenta de que ese vaso no llevaba absolutamente nada de ron. Misión cumplida.

En un momento de la noche volví a perderme, pero esta vez sola. Estaba bailando, sin que el hecho de haber perdido a mis amigos me importara, y entonces vi a Gala caminando hacia mí con una sonrisa. Casi al mismo momento, noté una mano en mi hombro, y me giré para encontrarme a Max.

—Por fin te encuentro —me dijo—. Tú siempre perdiéndote por ahí.

—Lo hago porque sé que vendrás a buscarme —contesté con una sonrisa, y él soltó una carcajada, sonrojándose un poco, como si lo hubiera pillado.

No pude resistirlo y lo besé, siendo perfectamente consciente de que Gala nos estaba viendo, pero de alguna forma eso hacía que me gustara aún más.

—¿Marcando territorio? —preguntó su voz a mi lado, claramente divertida.

Nos separamos y vi a Gala mirándonos con una sonrisa.

—No soy de hacer ese tipo de cosas —respondí.

—¿Sabes compartir, entonces? —preguntó, y Max soltó una carcajada porque parecía hacerse de una idea de por dónde iba encaminada esa conversación.

—Por supuesto —contesté, y ella me miró con diversión.

La mano de Max dejó una sutil pero intencionada caricia en mi pierna. No lo miré, pero la sonrisa que se dibujó en mis labios probablemente lo decía todo.

—Y tú, ojos bonitos, ¿cómo te llamas? —inquirió Gala, centrándose en Max y mirándolo como si fuera un postre delicioso.

Tampoco podía culparla: Max estaba para comérselo, era un hecho y yo lo sabía mejor que nadie.

—Podría decir lo mismo —contestó él con la voz algo ronca, señal de que le gustaba lo que estaba ocurriendo, y noté un sutil pinchazo de placer—. Soy Max. Y tú eres...

—Gala —se presentó, y cuando fueron a darse dos besos, ella giró la cara y lo besó, sin más.

Y, lejos de hacerme sentir mal, casi se me caen las bragas.

Max sonrió en su boca y le devolvió el beso con ganas. Estaba excitado, lo conocía, y sabía que el rubor que iba creciendo en sus mejillas estaba relacionado con eso, poco tenía que ver con las no tantas cervezas que se había bebido.

Se separaron a los pocos segundos y me acerqué a ellos. No dije nada porque ni siquiera me pareció necesario, solo llevé mi mano a la mejilla de Gala, acariciándola para luego dejarla posada ahí, y la besé.

Sabía a fresa y a pecado. Pero pecado del bueno, de ese que hace que te sientas viva, y más porque sabes que estás haciendo algo que no todo el mundo vería bien. Que le jodieran a todo el

mundo. En ese momento, nada parecía más correcto que eso.

Luego besé a Max, y volví a besar a Gala, y ellos volvieron a besarse y empezó a descontrolarse la cosa, aunque siempre en positivo. Gala me acariciaba el cuerpo sin ningún tipo de pudor y, aunque había interceptado alguna mirada morbosa, a nadie parecía importarle, porque estaban demasiado ocupados bebiendo y bailando.

—Vamos —dijo Gala con una sonrisa enigmática, y me cogió de la mano.

Max nos siguió escaleras arriba. En un principio pensaba que nos estaba llevando a su casa, pero cuando pasamos de largo la puerta que daba a la calle y seguimos subiendo por unas escaleras mucho más discretas, no pude evitar mordirme el labio.

Gala se sacó un juego de llaves del escote y, con una de las más pequeñas, abrió una de las puertas a las que llegamos al final de las escaleras. Las paredes eran negras y las puertas también, así que no tenía ni idea de qué habría detrás. Cuando entramos, me encontré con una sala iluminada con luces rojas, con un amplio sofá y una mesa.

—Esta se supone que era una sala de descanso, pero es donde la jefa suele traer a sus ligues —nos explicó mientras volvía a cerrar la puerta con llave—. Estos días está fuera, y una sala así de caliente no puede quedar desaprovechada.

Mientras ella hablaba, la mano de Max, que estaba detrás de mí, encontró su camino por debajo de mi vestido. Subió con una caricia hasta llegar a mi punto más sensible. Lo acarició tan suavemente que hizo que la tensión volviera a vibrar entre mis piernas.

—Tócame —le susurré al oído, y él sonrió antes de besarme.

Incliné la cabeza hacia atrás para poder besarlo como era debido. Él presionó su dedo ligeramente justo encima de mi clítoris y gemí en su boca. Empezó a frotar poco a poco, de una manera casi dolorosa, porque sentía que si lo hacía más rápido podía incluso llegar a correrme, así, con tan poco.

—Así que empezando sin mí —la voz de Gala me devolvió al mundo terrenal, y la miré, notando mis labios mojados y con la mano de Max aún trabajando lentamente ahí abajo.

—Ven —le dije, y ella obedeció, tirando las llaves encima de la mesa y quitándose la camiseta mientras venía.

No llevaba sujetador, y me encontré con unos pechos que tranquilamente doblaban el tamaño de los míos —aunque no lo digo desde la envidia porque yo estaba muy contenta con mi delantera—. Los pezones estaban adornados por un piercing en cada uno, y cuando se acercó a besarme no pude resistir la tentación de pellizcar uno. Ella gimió antes de liberar una risita, y esta vez nuestros labios sí se tocaron. Pude notar la erección de Max en mi culo, y me froté contra él. Su respuesta fue introducir dos dedos en mi interior de golpe, y grité, rompiendo el beso. Empezó a moverlos rápidamente y me deshice en gemidos. De mientras, Gala aprovechó para bajar los tirantes de mi vestido y atacar mis pechos con su boca. Estaba tan cerca que sentía que iba a romperme en cualquier momento, y entonces Gala habló.

—Métesela —le dijo a Max—. Se está muriendo de ganas.

Noté la risa traviesa de Max vibrar en su pecho, en el que tenía la espalda apoyada, y empezó a bajarse los pantalones sin dejar de masturbarme.

—No puedo más —dije en un sollozo—. Estoy muy cerca...

Max retiró mis dedos y solté un gruñido de frustración. Tenía auténticas ganas de llorar, porque había parado justo cuando estaba a punto. Gala me besó y pellizcó uno de mis pezones, haciéndome gemir. Cuando Max se hubo bajado los pantalones, noté su polla dura contra mi culo, y me mordí el labio. Escuché cómo rebuscaba en sus pantalones y, al poco rato, mientras Gala seguía besándome, el sonido del condón siendo retirado de su envoltorio. Se lo puso, y me

puse de puntillas casi instintivamente. Max se agarró con una mano de mis caderas, y con la otra guió su miembro hacia mi entrada para deslizarse dentro de mí.

No tuvo piedad. Empezó a hacérmelo rápido, sin pausa, y mis jadeos cada vez iban acercándose más a gritos. Gala volvió a besar mis pechos, ya que parecía haberse dado cuenta de que era uno de mis puntos más sensibles, y cuando siguió bajando para empezar a lamer mi clítoris, sollocé de placer. Pocos segundos después estaba llegando a un orgasmo arrollador, como había tenido pocos, y fue tan fuerte que, cuando terminó, casi no podía ni sostenerme en pie.

Max salió de mi interior, con la respiración entrecortada, y estaba tan duro que supe que le quedaba muy poco, así que le quité el preservativo, tirándolo al suelo sin preocuparme por nada más y, con las fuerzas que me quedaban, me agaché delante de él. Lo introduje en mi boca y empecé a mover la cabeza.

—Oh, joder —gimió Max, y una de sus manos viajó a mi pelo, para enredar sus dedos en él. Luego miró a Gala—. Ven aquí.

Gala se acercó a él y pude escuchar cómo se besaban. Tanto el sonido como la situación eran tan calientes que tardé muy poco en estar encendida otra vez, y bajé mi mano a mi sexo para empezar a tocarme. Gala gemía en la boca de Max, y cuando levanté la mirada pude ver que sus pantalones cortos estaban bajados y él la tocaba.

—Julia —dijo de repente—. Me voy a correr...

Empecé a ir aún más rápido y los gemidos de Max fueron en aumento, en sintonía con los de Gala, hasta que se vació en mi boca.

Me levanté y Max se sentó en el sofá, respirando entrecortadamente. Se había quitado la camiseta en algún momento, seguramente mientras yo le daba placer con mi boca, y ver su cuerpo brillando por el sudor me hizo querer sentarme encima de él. Le di una mirada de súplica y rió, agotado.

—Dadme un par de minutos —nos pidió—. Estoy seguro de que podréis divertirlos sin mí.

Liberé una risita y me giré, encontrándome directamente con los labios de Gala. Le seguí el beso sin pensármelo dos veces y ella terminó de quitarse los pantalones. La empujé suavemente hacia el sofá, y se sentó al lado de Max. Yo tomé asiento encima suyo, colocando mi sexo encima de sus piernas, y bajé la cabeza para lamer uno de sus pechos. Escuché un sonido de placer por su parte y seguí, notando el curioso tacto del metal de su piercing en mi lengua, junto con el de la suave piel de sus pechos y sus duros pezones. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero sabía que a mí me encantaba que me lo hicieran, y por sus gemidos no debía de estar haciéndolo mal.

Entonces me arrodillé delante de ella, y Gala abrió sus piernas instintivamente. Nunca había visto un coño ajeno así, abierto y tan cerca de mí. Era de un color rosado algo más oscuro que el mío, y brillaba por algunas partes a causa de los fluidos. Llevé mi boca ahí y al principio me sentí extraña, pero empecé a mover mi lengua y, para qué negarlo, me gustó la sensación. Ella movía sus caderas en dirección a mi boca, y de repente noté a Max acercarse para empezar a dejar mordiscos y a lamer distintas partes de su cuerpo, especialmente en los pechos. Gala cada vez gemía más, y de repente empezó a mover sus caderas aún más rápido hasta que se corrió entre gritos.

Me levanté y ella sonrió, mirándome. Parecía estar algo cansada, pero de repente agarró la polla de Max y pasó el dedo pulgar por la punta, haciendo que él jadeara.

—Yo también quiero un poco de esto —dijo, lamiéndose los labios.

Se levantó rápidamente para ir a buscar un condón en el bolsillo de sus pantalones, y cuando volvió no perdió el tiempo. Sacó el preservativo del envoltorio rápidamente y lo deslizó por la

polla de Max. Él seguía sentado, mirándola con expectación, y cuando se sentó encima de él, introduciéndoselo dentro, ambos gimieron. Y joder sí era caliente. Ella empezó a moverse con brío y, sin previo aviso, Max introdujo tres dedos de golpe dentro de mí. Grité porque no me lo esperaba y él paró, mirándome con preocupación. Asentí con la cabeza para que viera que todo iba bien, y empezó a mover sus dedos rápidamente dentro de mí.

Fue una de las cosas más calientes que he hecho nunca: los tres gimiendo, Gala moviéndose encima de Max y acariciando su abdomen, Max tocándome y dándole placer a ella con la boca en sus pechos, y en sus labios de vez en cuando... Hasta que, de repente, sonó la alarma de un móvil.

—Mierda —dijo Gala, parando de golpe y levantándose—. Señal de que se me ha acabado el descanso.

No pude evitar echarme a reír. ¿Había aprovechado su descanso para hacer un trío?

—¿Estás en tu descanso? —preguntó Max, divertido con la situación.

—Se me podrá culpar de muchas cosas, pero no de desaprovechar el tiempo —dijo ella mientras se vestía, y volví a reír.

En cuanto estuvo completamente vestida, se acercó a nosotros, nos dio un pico en los labios a cada uno, y con una sonrisa traviesa señaló las llaves.

—Terminad lo que hemos empezado, vosotros que tenéis tiempo —nos sugirió—. Eso sí, devolvedme las llaves en la barra, e intentad ser sutiles.

Max asintió con la cabeza, y yo ni siquiera esperé a que ella se hubiera ido para adoptar su anterior posición encima de Max, cambiar el preservativo rápidamente y dejar que se deslizara dentro de mí.

—Así que vuelves a estar ansiosa —dijo él, cogiéndome de las caderas, y no me dejó responder porque empezó a dar embestidas hacia arriba.

Escuchamos la risita de Gala antes de que dejara las llaves que había usado para volver a abrir la puerta y se fuera. Apenas tuve tiempo de preocuparme por el hecho de que ya no estaba cerrado con llave y podía entrar cualquier persona, porque estaba en el cielo con el ritmo con el que Max me lo hacía.

—Julia —me llamó y lo miré, para encontrarme con sus ojos verdes mirándome intensamente, su cabeza echada hacia atrás y sus mejillas ruborizadas por la excitación y el esfuerzo—. Te quiero tanto, Julia, tanto...

Sonará a cliché, pero me en cuanto dijo eso, corrí. Mis dedos jugando con mi clítoris también tuvieron un papel muy importante en eso, pero sus palabras me dieron un subidón de adrenalina que no sé explicar. Max no tardó en seguirme y noté cómo su miembro se contraía dentro de mí, soltándolo todo dentro del preservativo.

Me abracé a su cuerpo y acaricié su pelo sudado mientras él hacía lo mismo con mi espalda. Mi móvil empezó a vibrar en mi bolso, que estaba en el suelo, y nos obligó a volver a la realidad, porque era seguro casi al cien por cien que era alguno de nuestros amigos buscándonos. A ver cómo les explicábamos dónde habíamos estado... Aunque a Sandra y Raquel les iba a encantar escucharlo.

Treinta y cinco

No fue hasta que empezaron los créditos finales de la película que estábamos viendo que me di cuenta de que Max se había dormido. Era un viernes por la noche, sus padres estaban fuera y nosotros llevábamos toda la tarde en su cama mirando películas.

Tuve que reprimir un suspiro de alivio al verlo dormir tan profundamente. Cerré el portátil y me levanté de la cama, intentando hacer el mínimo ruido posible para no despertarlo.

Max apenas había dormido en toda la semana. Puede parecer una tontería, pero la falta de sueño se le nota a las personas, y va mucho más lejos que unas ojeras. Estaba mucho menos activo, y algo irritable. Hablaba menos de lo normal, e incluso yo podía notar su frustración.

Lo que más me preocupaba era que no fuera capaz de compartir conmigo qué era lo que le quitaba el sueño. Me lo podía imaginar, podía creer que eran nervios porque en menos de dos semanas se iría a Nueva Zelanda otra vez, pero no podía estar segura porque él no me decía nada. Me quedé de pie, tras dejar el portátil en la mesa, mirándolo. La luz que venía de la calle iluminaba su espalda, proyectando las formas de la cortina en ella. Parecía una obra de arte; tan guapo, y tan tranquilo después de días arrastrando ojeras y un mal humor que se esforzaba por no exteriorizar, pero que se le notaba. No habíamos tenido contacto sexual en toda la semana, pero no me importaba porque tampoco lo veía muy centrado en eso.

Solo eran las nueve y ni siquiera habíamos cenado, así que decidí dejarlo dormir y salir a buscar a Miriam. La puerta de su habitación estaba abierta, pero ella no estaba dentro. No había luz en ninguna sala del piso, y cuando llegué al salón la vi en el balcón, sentada en el suelo y fumando, algo que solo hacía de forma ocasional, aunque cada vez con más frecuencia. Me vio y me dio una pequeña sonrisa, pero parecía preocupada.

Salí con ella y me senté en el suelo, a su lado. Me ofreció el cigarro con un gesto, y negué con la cabeza. Sus ojos se volvieron a perder en las luces de la calle que se extendía delante de nosotras. Era un segundo piso, así que no se podía ver la ciudad entera, pero con los colores del atardecer todo parecía digno de admiración.

—Creo que voy a denunciarlo —dijo de repente, tras varios minutos de silencio, y la miré.

—¿Sí? —inquirí, animándola a contarme más.

—Estoy cansada de vivir con miedo y de saber que ese capullo no está pagando por el infierno que me hizo vivir —prosiguió—. Además, no es solo por mí, sino por todas las chicas que vendrán después de mí y que creerán que es un tío decente, como yo hice. No quiero que nadie más tenga que pasar lo que yo pasé. Sé que probablemente no vaya a servir de nada y que como mucho se llevará una orden de alejamiento, pero quiero intentarlo. Estoy muerta de miedo, pero lo quiero intentar.

Me acerqué a ella y rodeé su hombro con mi brazo.

—Ya sabes que me tienes para lo que haga falta, y también a Andrea, Sandra, Raquel y el resto de locos —le dije, y soltó una carcajada—. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a buscar tus cosas a su piso? Sandra iba preparada para la tercera guerra mundial. Puedes contar con nosotras, y con tu familia también.

Cuando se había enterado de lo que le había hecho ese tipo a su hija, a Pilar Castells casi la habían tenido que atar a una silla, porque estaba dispuesta a ir a buscarlo a su casa con el puñal

nepalí que tenían de decoración en el salón y liarse a cuchilladas.

—Lo sé. —Acompañó sus palabras de un asentimiento de cabeza y una sonrisa—. Gracias.

—No vuelvas a darme las gracias, pesada —le dije, y volvió a reír.

Me quedé un buen rato hablando con ella, y al cabo de media hora decidimos que sería hora de cenar. Esperaba que Max consiguiera dormir toda la noche, porque le hacía falta, así que nos pusimos a cocinar para nosotras dos.

Justo cuando pusimos la pasta en el agua hirviendo, me fui a la habitación de Max para coger mi móvil. Abrí la puerta con cuidado, pero al entrar me di cuenta de que él ya estaba despierto. Estaba sentado en la cama, con la cara enterrada en sus manos.

—¿No has podido dormir más? —pregunté.

—No, claro que no. Estáis haciendo muchísimo ruido —gruñó, y ya supe que esa conversación no iría bien porque desprendía irritación en cada letra que pronunciaba.

—Hemos intentado ser silenciosas —respondí, intentando ir en son de paz.

—Pues no lo habéis conseguido —contestó en un tono que no me gustó nada, y me molestó.

—Hemos hecho lo que hemos podido, perdona si no ha sido suficiente —le reproché.

Levantó la cabeza y me miró de una forma que no pude descifrar, pero me hizo sentir como una molestia, aunque quizá esa no fuera su intención.

—Tampoco hace falta que te lo tomes tan mal —dijo, pero se notaba que lo decía con rabia, y eso me encendió aún más.

Yo no era de enfadarme, pero cuando lo hacía, me dejaba llevar muy rápido. Supongo que ambos estábamos afectados por los nervios; al fin y al cabo, en apenas dos semanas tendríamos que dejarlo y poner casi veinte mil kilómetros de distancia entre nosotros, y no estaba siendo fácil de asimilar.

—Y ¿qué quieres que haga? —rebatí—. ¿Contestarte con una sonrisa cuando me hablas así? Que no soy imbécil, Max. Puedo pecar de tonta muchas veces, pero no hasta este punto.

—Joder. —Se pasó una mano por la cara—. No tengo ganas de aguantar esto, de verdad.

—¿No? —Levanté las cejas y solté una carcajada amarga—. Pues si tanto te molesto, me voy, no te preocupes. Tampoco tengo ganas de quedarme si vamos a estar así.

Dicho esto, empecé a coger las pocas cosas mías que había en su habitación y a meterlas en mi bolso. Pensé que diría algo más, pero lo peor es que ni siquiera lo hizo, solo miró cómo recogía y suspiró, como si le molestara tener que estar lidiando con eso. Yo, de mientras, me aguantaba las lágrimas, porque cada vez que tenía que enfrentarme a algún tipo de conflicto emocional mi forma de responder a ello era huir y llorar, y lo último me hacía sentir como una idiota.

Salí de la habitación lo más rápido que pude y, cuando pasé por la cocina, Miriam me miró con una ceja levantada.

—Me voy —dije, y debió de notar que algo no iba bien porque la voz se me atascó en la garganta y salió con un tono ahogado, así que solo asintió con la cabeza.

Cerré la puerta del piso de los Elizalde Castells con la sensación de que lo más probable era que estuviera exagerando, pero es que lo que mi cuerpo me pedía en ese momento era huir. Sí, sabía que él no estaba pasando por su mejor momento, pero su tono, su forma de hablarme como si fuera una molestia, me había dolido, y no estaba dispuesta a tolerarlo. A Dani le había pasado por alto eso y cosas mucho peores, como discusiones a gritos que habían terminado conmigo llorando. No quería volver a pasarlo mal por no saber decir “basta” a tiempo.

Hice el camino hasta casa a pie. Podría haber cogido el metro o el bus, pero por una o dos paradas no solía merecerme la pena, además de que una caminata de veinte minutos nunca me iba mal para ordenar las ideas, y así fue. Llegué a mi casa habiéndome dado cuenta de que toda

mi discusión con Max había sido una estupidez, y de que los dos nos habíamos comportado como idiotas.

Aun así, me permití ser orgullosa por una vez, y entré en mi casa con el móvil bien guardado dentro del bolsillo para evitar la tentación de mandar un mensaje arrastrándome por su perdón. Dejé mi bolsa y las llaves encima de la mesa del comedor y fui a sentarme al lado de mi padre, que leía un libro en el sofá.

—Vaya, Julia, ¡cuánto tiempo! —exclamó, bromeando, y aunque mis ánimos estaban por los suelos, no pude reprimir una sonrisa—. ¿Cómo estás?

La verdad es que, en lo que llevábamos de verano, apenas había parado por casa. No me preocupaba que papá pudiera sentirse solo porque a menudo se iba al bar con sus amigos del barrio de toda la vida, además de que Claudia sí solía estar en casa.

—Bien —mentí, no por falta de confianza sino porque no quería que se preocupara por mí, y menos por una tontería así—. Y tú, ¿cómo estás?

—No me puedo quejar. —Se encogió de hombros con una sonrisa tranquila—. Ah, ayer vi a Jordi, ¿te acuerdas de él? Su hija Sofía y tú solíais ser muy amigas.

Pues claro que recordaba a Jordi Pina, y aún más a su hija. Sofía era una persona... extravagante, por decirlo de alguna forma. Habíamos sido muy amigas hasta los catorce años, más o menos, que fue cuando empezó a juntarse con gente no muy recomendable y a hacer cosas que aún lo eran menos. En ese momento solo sabía de ella lo que veía ocasionalmente en su cuenta de Instagram, y parecía que no había mejorado demasiado.

A mi padre, por eso, solía costarle darse cuenta de cuando alguien había descarrilado. Él no juzgaba a nadie, cosa que podría estar bien si esa forma de ser no fuera acompañada de una inocencia desmesurada. Para él, todo el mundo era bueno. La suerte era que no se había encontrado con muchas personas malas.

—Sí, me acuerdo de ella. —Asentí con la cabeza, aunque no tenía demasiadas ganas de ponerme a hablar de Sofía Pina. No porque me cayera mal, sino porque no tenía nada interesante a decir sobre ella.

Se creó un silencio algo extraño, y me di cuenta de que mi padre estaba pensando en alguna cosa muy detenidamente, incluso lo noté un poco nervioso.

—Oye, y ¿qué tal con ese novio tuyo? —me preguntó, y casi me reí por lo gracioso que me parecía que lo pusiera nervioso hablar de mi “novio”. No era muy de hablar de sentimientos, mi padre, pero por nosotras lo intentaba.

—Bien —volví a responder con la misma mentira, pero debería haber sabido que, aunque no soliéramos hablar de sentimientos, mi padre me conocía muy bien.

—¿Estás segura? —inquirió con precaución, seguramente porque no sabía cómo iba a reaccionar a su pregunta.

Suspiré. No, no quería que se preocupara, pero necesitaba que una tercera persona me diera su opinión en el asunto, que me dijera que nos habíamos peleado por una estupidez. Necesitaba eso, y también sacarlo de dentro.

—No —respondí, apartando la mirada—. En menos de dos semanas se va a Nueva Zelanda, no sé cuándo volverá ni si lo hará, y encima hoy hemos discutido por una tontería.

—Vaya. —Se quedó pensando unos segundos—. ¿Por qué habéis discutido?

Esta vez fui yo la que se paró a pensar, porque no sabía cómo explicarlo, y me di cuenta de que si no sabía cómo explicarlo era porque no había explicación alguna.

—No lo sé —respondí con honestidad, y papá sonrió, como si supiera bien de qué le estaba hablando.

—Estas cosas pasan —contestó tranquilamente—. Tu madre y yo no discutíamos casi nunca, pero las veces que lo hacíamos era por estupideces. Lo importante es saber darse cuenta de que no es para tanto y pedir perdón. Cuando pasas mucho tiempo con alguien, a veces es inevitable tener enganchadas, pero hay que saber estar por encima de eso. Pedir perdón es muy importante.

—Pero tampoco quiero ser una arrastrada —rebatí.

—Mira, si te has equivocado debes disculparte, es así. No es ser una arrastrada, es ser realista y aceptar tus errores. Que ahora que estoy aprendiendo a usar el Twitter este veo a mucha gente compartiendo consejos de relaciones que son una porquería, como si lo más importante fuera hacerse el duro y el difícil. Esta gente se ha olvidado de que lo importante es el amor, y creen que pueden justificar su toxicidad porque tuvieron una mala experiencia. Tú no eres así, Julia.

Me quedé sentada, con los ojos abiertos de par en par, contemplando si aplaudirle o echarme a reír. Al parecer sí que pasaba tiempo en Twitter, pero que hubiera aprendido sobre toxicidad y hubiera leído consejos amorosos nefastos de adolescentes enfadados con el mundo era de lo más curioso.

—Pero, ¿y si esa persona no es adecuada para ti? —inquirí, queriendo alargar la conversación y solucionar más de mis dudas, porque parecía que el hombre era una eminencia en ese tema, y eso que llevaba cuatro años sin pareja—. No puedes ir pidiendo perdón a alguien que no lo merece, ni hacerlo todo por amor.

—Claro que no —respondió él—. Todo tiene límites. No hay que forzar las cosas, es así de sencillo. La gente esta que va de dura en el fondo no lo es, solo es una armadura porque se creen que están muy dolidos; puede que algunos sí lo estén, pero la mayoría solo son niños jugando a tener una relación. Si te sale pedir perdón porque sabes que te has equivocado, no lo reprimas. Pide perdón. Si sabes o crees que no estabas equivocada y no quieres pedir perdón, entonces hay que hablar las cosas y encontrar cómo solucionar el problema. Y, si esa persona no es buena para ti... En el fondo se sabe, siempre se sabe. Aunque intentemos negarlo, si alguien es malo para nosotros lo sabemos, aunque sean solo presentimientos. Y dime, ¿es ese chico bueno para ti?

Ni siquiera dudé a la hora de contestar.

—Sí. —Asentí con la cabeza.

—Pues, ¿a qué estás esperando? —preguntó con una sonrisa tierna—. ¿No le quedan dos semanas aquí? Estáis perdiendo el tiempo.

Conseguí reprimir las lágrimas, pero me emocioné mucho con sus palabras. Nunca había tenido una conversación así con mi padre, y me di cuenta de que probablemente fuera porque nunca me había sincerado con él.

—Eres el mejor. —Le di un beso en la frente, y él rio.

—Twitter me ha ayudado a crear estas teorías —contestó, y esta vez la que se echó a reír fui yo.

—Ya te veo haciendo hilos como un quinceañero —bromeé.

—Tampoco te pases —respondió, y le di una última sonrisa antes de levantarme del sofá.

Me fui de nuevo a la mesa del comedor, y antes de coger mis cosas le di una última mirada al móvil para ver que no tenía ningún mensaje, cosa que me molestó, pero no permití que se interpusiera en mi camino. Volví a coger mi bolso y las llaves, que me puse en el bolsillo del pantalón. Antes de salir por la puerta, me giré hacia mi padre, que me miraba con la misma sonrisa.

—Gracias —le dije, y su sonrisa se ensanchó.

Tras salir de casa, bajé las escaleras del edificio lo más rápido que pude. Ni siquiera sabía si unos minutos de diferencia iban a cambiar algo, pero sentía que tenía que llegar rápido a casa de Max para que pudiéramos hablar, antes de que el orgullo volviera a hacer acto de presencia.

En cuanto atravesé el portal, empecé a caminar con decisión en dirección a casa de Max, volviendo a descartar la opción de coger el transporte público, porque necesitaba moverme, caminar, expulsar nervios. Mientras caminaba, rebusqué en mi bolso para ver si encontraba mis auriculares, porque un poco de música no me iba a ir mal.

—Hola —dijo una voz más que conocida, y levanté la mirada de mi bolso para encontrarme a Max llevando una caja de pizza en la mano.

—Oh —fue lo único que conseguí articular, y él se rascó la nuca con la mano libre.

—Iba a tu casa —comentó, y se notaba que no sabía muy bien cómo seguir.

—Yo... yo también —murmuré—. A la tuya, quiero decir.

Hubo un extraño silencio que se prolongó durante varios minutos, y que se rompió con una carcajada de Max, que fue seguida de varias más, y me terminé uniendo.

—Somos tontísimos —dijo él, y luego se puso algo más serio para mirarme—. Lo siento, Julia, de verdad. He sido un gilipollas. Que no pueda dormir no es culpa tuya, y no puedo ni quiero pagarlo contigo. Lo siento mucho.

—Yo también lo siento —contesté, y pasé la mano por su nuca, dejando una caricia—. Me he portado como una niña. Salto muy rápido y lo único que sé hacer es salir corriendo.

—No tendría que haberte hablado así —dijo en un suspiro—. Pero he traído pizza para arreglarlo. ¿Me perdonas?

Hice como que me lo pensaba unos segundos.

—¿Crees que puedes comprar mi perdón con una pizza? —cuestioné, llevándome una mano a la cadera.

—Si quieres te puedo comer el coño, también —dijo como si nada, y estallé en carcajadas porque era lo último que me esperaba que dijera, y más teniendo en cuenta que Max no solía ser tan explícito.

Él me miraba con una sonrisa mientras yo estaba a punto de ahogarme de tanto reír, y cuando por fin pude volver a respirar como una persona normal, lo abracé.

—Estás loco —dije en su cuello, y noté su risa vibrar en su pecho.

—Tú tampoco estás muy bien, eh, pero yo te quiero igual.

Me separé y lo miré.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero ver el mar —respondió, como si se le acabara de ocurrir, que era lo más probable.

Así que nos fuimos al mar. Caminamos más de una hora, y cuando llegamos al rompeolas de la playa de la Barceloneta la pizza ya estaba fría, pero nos importaba muy poco porque habíamos incorporado una botella de cerveza y otra de una bebida coreana con un sabor algo raro a nuestro repertorio de picnic urbano.

—Te quiero, Julia —dijo cuando tanto las botellas como la caja de pizza yacían vacías a nuestro lado. Apoyó su cabeza en mi hombro y lo rodeé con un brazo, estrechándolo más contra mí—. Joder, no quiero irme. No puedo ni dormir porque se me ha metido en la cabeza la idea de que estoy perdiendo tiempo aquí cuando duermo. Ni siquiera tiene sentido, pero no puedo dejar de pensar en eso. El subconsciente es una mierda.

—¿No estás a gusto ahí? —le pregunté, y no puedo negar que tenía un poco de esperanzas de que me dijera que no, que quería volver.

—Sí —respondió, y respiró hondo—, pero este es mi lugar. Me encanta Auckland, y quiero estar más tiempo ahí para poder aprovechar tanto el trabajo que tengo, que está genial, como todos mis amigos, pero Barcelona siempre será mi hogar.

Recordé cuando me había dicho algo parecido un año atrás, también delante del mar, pero de uno

muy diferente, en otro continente y otro hemisferio. Me di cuenta de que, aunque pareciera que todo era muy diferente, estábamos en las mismas, o incluso peor: estando juntos y muy bien, pero a poco tiempo de separarnos.

Volvimos hacia las dos de la mañana, y decidimos respetar el plan inicial de dormir en su casa. El cansancio venció a Max y se quedó dormido poco después de que nos echáramos en la cama, en ropa interior, y no pasáramos de algunas caricias y besos.

Esa noche, la que no pudo dormir fui yo. Nos quedaban dos semanas, y no tenía ni idea de cómo iba a afrontar su marcha esta vez.

Treinta y seis

Sus labios estaban en mi cuello. Dejaba besos húmedos y de vez en cuando su lengua salía a acariciar mi piel. Sus manos se aferraban a mis piernas, y sus caderas se encontraban con las mías en cada embestida. Me concentré en la sensación de su miembro deslizándose dentro de mí, sin prisa, y saliendo segundos más tarde. Lo memoricé todo, incluso los roces de su pecho con los míos, su respiración agitada en mi oído... Me lo guardé todo para cuando se fuera, para al menos tener ese recuerdo junto con todos los del verano tan increíble que habíamos pasado.

Empezó a ir más rápido, y supe que le quedaba poco. Yo ya hacía minutos que había llegado, cuando Max había estado dándome placer con su boca. Cualquiera diría que deberíamos haber ido con más prisa, teniendo en cuenta que el avión de Max salía en cuatro horas, pero no quería. No quería, y él tampoco. Era posible que fuera nuestra última vez, y me negaba a hacerlo rápido. Tenía ganas de llorar, pero ya me había quitado mucho peso de encima la noche anterior, cuando había llorado en silencio para luego darme cuenta de que Max también lo estaba haciendo.

—Julia... —susurró entre jadeos, y noté cómo se contraía dentro de mí.

Lo abracé mientras se corría, acariciando su pelo sudado, con mis labios apoyados en su mejilla. Él gemía, sus movimientos empezaban a descoordinarse, se enterraba aún más profundamente en mí, y yo solo podía pensar en que ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre.

Se quedó abrazado a mi cuerpo, en la cama, sin decir nada. Estaba pensando en algo, y ni siquiera me pregunté en qué era, porque ya lo sabía. Ya no nos quedaban tres meses, ni dos semanas, ni siquiera un día entero: nos quedaban menos de cuatro horas. Lo único bueno que podía rescatar de la situación era que no se podía decir que no hubiéramos aprovechado el tiempo. En las dos semanas que habían pasado desde nuestra discusión, habíamos vuelto a irnos de fin de semana a la Costa Brava —aunque esta vez solo nosotros dos—, habíamos ido a subir una montaña con Adri, Sandra y Andrea —que había terminado con esta última pegándose la hostia del siglo y casi cayendo por un barranco—, e incluso había venido a cenar a casa para conocer a papá y a Claudia. No sentía que todo eso hubiera sido por nada, porque lo importante era que nos lo habíamos pasado genial. ¿Sabéis aquello de “fue bonito mientras duró”? Pues eso. Aunque, como siempre, era muy fácil decirlo y bastante más complicado asumirlo.

Habíamos tenido que resumir una relación en unos pocos meses, y tenía claro que había merecido la pena, pero en ese momento era incapaz de verlo porque en mi cabeza solo hacía que repetirme que era posible que no volviera a verlo, o que cuando él decidiera volver las cosas hubieran cambiado tanto que lo nuestro ya no fuera posible.

Es muy fácil decir “ah, pues que Max se quede”, o “vete con él, tonta”, pero había que usar el sentido racional. No podíamos dejarlo todo, nuestros trabajos, nuestro círculo de gente, nuestras aspiraciones, el lugar donde queríamos estar, solo por una persona. Y nos queríamos muchísimo, pero había que tener las cosas claras y no dejarse llevar por los sentimientos. Max quería estar en Auckland y se moría de ganas de empezar su nuevo proyecto allí, y yo estaba muy contenta haciendo la carrera en Barcelona. Eso de que el amor es sacrificio es una frase muy mal interpretada, y ni Max ni yo íbamos a dejar nuestras vidas por el otro. Haciendo algo así, lo nuestro no habría tenido ninguna posibilidad de funcionar igualmente, porque uno de los dos no habría sido feliz.

—Quería ir a la playa una última vez, pero me da a mí que no nos dará tiempo —comentó tras unos minutos de silencio, y alargó la mano para coger su móvil y mirar la hora—. Tenemos que

salir en una hora.

Yo me quedé contemplando la idea durante unos segundos, y al final decidí que la vida era muy corta y que si queríamos ir a la playa, teníamos que ir.

—Vamos a la playa —dije, y cuando pensaba que me miraría como si estuviera loca, solo me dedicó una sonrisa, como si ya esperara que fuera a proponerle esa chorrada de plan.

Así que nos vestimos a toda prisa, y cogimos un taxi para que nos llevara hasta la playa. Nos cobraron lo que debe de costar un riñón en el mercado negro, pero en cuanto vi el azul del mar asomarse por detrás de la arena, supe que había merecido la pena. Max no paraba de sonreír, como si ver la sucia playa de la Barceloneta fuera lo mejor que le había pasado en la vida. Lo bueno era que apenas había gente, solo los pocos que se aventuraban a darse un baño en el agua a las ocho menos cuarto de la mañana.

—No hemos traído bañador —comenté distraídamente mientras caminábamos hacia la orilla—. Y hace un poco de frío.

—No seas quejica —rebatí él en tono de burla, con una sonrisa divertida.

Rodé los ojos y me quité el ligero vestido que llevaba en cuanto ya estábamos lo suficientemente cerca de la playa, quedándome en bragas porque hacía ya unas semanas que había decidido prescindir del sujetador en mi vida. Max me miró un segundo pero luego se puso manos a la obra a desvestirse él también, hasta que se quedó en calzoncillos. Me paré un segundo a mirar nuestras cosas, que estaban en el suelo, esperando que a los ladrones de la playa no les hubiera dado por madrugar.

Max salió corriendo hacia el agua sin decir nada, y sonreí al verlo tan enérgico cuando la noche anterior había sido de todo menos alegre. Decidí unirme a él y tuve que correr sujetándome los pechos porque, aunque no los consideraba grandes, me dolían al correr. En cuanto mi cuerpo entró en contacto con el agua, que parecía estar excepcionalmente limpia, corrí hacia Max y salté encima de él. Me abracé a su cuerpo y él me rodeó con sus brazos para seguir caminando, hasta que el agua ya nos cubría hasta el pecho.

—Ya podría durar más agosto —me quejé, y Max dejó un beso distraído en mi frente.

—Ojalá —suspiró antes de besarme otra vez, pero en esta ocasión en la punta de la nariz—. Ahora estaré en Auckland pensando en ti todo el día, si es que ya te vale.

—Oye, a mí no me culpes —me hice la indignada y él rió.

Me gustaba poder bromear sobre este tema porque no quería tener otra conversación tan triste como la de la noche anterior, solo quería que, ya que nos quedaban pocas horas, lo pasáramos bien.

Es por eso que no vi venir el bajón que me entró de golpe, y que me hizo empezar a llorar repentinamente. Noté las lágrimas calientes contrastar con el agua de mar que mojaba mi rostro, y ni siquiera entendía lo que estaba pasando. Max ni siquiera se sorprendió, solo me miró como si se sintiera culpable, y apoyó su frente en la mía.

—Estarás bien —me prometió, aunque no tenía ni idea—. Estaremos los dos bien. Al principio será una mierda, pero nos acostumbraremos.

—No quiero acostumbrarme —contesté.

Max suspiró.

—Yo tampoco —admitió—. Tú crees... ¿Crees que una relación a distancia funcionaría?

La idea prometía, pero sabía que él solo estaba proponiendo eso por pura desesperación, porque eran las últimas horas, y no se lo había pensado bien. Lo habíamos hablado mil veces, y de verdad que ojalá le viera alguna posibilidad de funcionar, pero no era el caso.

—No —respondí con honestidad—. No quiero que sientas que tienes que volver antes, y yo no

quiero vivir esperándote.

—Ya —fue lo único que contestó, y volvió a suspirar—. Esto es una mierda. Lo siento, Julia.

—No lo sientas. —Cerré los ojos y negué con la cabeza—. Ha sido el mejor verano de mi vida.

Tendría que darte las gracias.

Él rio y me acarició la cara.

—Te quiero —murmuró antes de besarme.

—Y yo te quiero a ti —dije, separándome un segundo para hablar, y luego volví a besarlo.

El avión salió a las once y media de la mañana. La despedida en el aeropuerto fue más bien breve y contenida, porque estaban sus padres y su hermana. Volví a casa en coche con ellos y por suerte, la charla fue animada y no hubo silencios que me invitaran a darle vueltas a la cabeza, así que conseguí mantenerme serena hasta que llegué a casa, donde me eché en la cama y me quedé ahí, sin hacer nada, con demasiadas cosas en la cabeza, pero con una que sonaba por encima de las demás: Max se había ido.

Treinta y siete

Mi mes de septiembre empezó conmigo llorando, sentada en el suelo del cuarto de baño, con un test de embarazo recién hecho delante de mí.

Aun así, creo que es importante explicar todo lo que ocurrió antes de llegar a uno de mis puntos más críticos de esa época.

Hacía seis días que Max se había ido, y yo era un desastre a nivel emocional. Ni siquiera él había podido contenerse, y justo la noche anterior había visto —o, más bien, escuchado— por primera vez a Max realmente hecho mierda cuando me había llamado a sus dos de la mañana diciéndome que no podía más. Había tenido que aguantarme las ganas de pedirle que volviera y sacar fuerzas de donde apenas me quedaban para intentar animarlo, y creía que había funcionado. O que, al menos, había funcionado un poco.

Nunca había estado lejos de casa, pero Raquel, que había estado seis meses en Italia, me había dicho que la primera semana viviendo fuera era una mierda, y que solo querías morirte o volver —palabras suyas—, así que había llegado a la conclusión de que eso era lo que le pasaba a Max. Y, además de estar sufriendo y de tener que ver a Max pasarlo igual de mal, empezaron a pasar cosas con las que no contaba en absoluto.

La mañana anterior, me había despertado con náuseas. Lo había asociado rápidamente a la comida rápida y de pésima calidad que había cenado la noche anterior, pero cuando tuve que vomitar otra vez a la mañana siguiente, la del día en cuestión, empezó a parecerme raro. Dos días seguidos con náuseas por la mañana no eran una buena señal.

Aunque la evidencia estaba delante de mis narices, decidí hacerme la loca y actuar como si no hubiera pasado absolutamente nada. La realidad era que no podía con más problemas. Que sí, que había gente que lo pasaba peor y tenía problemas más graves, y que una ruptura —o lo que fuera que había ocurrido entre Max y yo— no era para tanto, pero me dolía, y creo que tenía todo el derecho del mundo a estar triste.

A día de hoy sigo sin entender la tendencia de la gente a minimizar los problemas de los demás con un “hay gente que lo pasa peor”. Como si no pudiéramos estar tristes por chorradas, o por cosas que no sean la muerte de algún ser querido, una enfermedad o algo así de horrible. A cada una nos afectan los problemas de forma diferente, y yo creo que es algo que se debe respetar. Sí, en su momento me consideré débil por estar tan mal por algo así, pero ahora que miro atrás, no creo que lo fuera.

El tema es que yo decidí que ahí no había problema alguno, pero cuando eres amiga de Sandra Tomás, no puedes hacer como si nada.

—O sea, que vomitas dos días pero no hay nada de qué preocuparse —me dijo con solo un pequeño porcentaje de su sarcasmo, que ya era mucho. Cabe destacar que yo solo le había hablado de mis náuseas del día anterior, lo del vómito de esa mañana me lo había obligado a contar porque llevaba una cara de muerta impresionante—. Tú últimamente vives en el país de las florecillas, Julia, si es que parece que vayas fumada cuando me dices estas cosas. ¿Dónde está la Julia pesimista de siempre? Nunca pensé que la echaría de menos.

—Es que no es para tanto. A lo mejor solo es una gastroenteritis. —Me encogí de hombros antes de darle otro sorbo al café con leche.

—Ya, y también puede que sea una mini Julia dentro de tu barriga —respondió.

—Ay, qué exagerada. —Hice un movimiento de mano para enfatizar mis palabras.

—Pues nada, cuando tengas un barrigón enorme y ni siquiera quede la posibilidad de elegir, ya me lo cuentas —me dijo, y me eché a reír.

De verdad os digo que yo estaba en negación. Todo lo que Sandra me estaba diciendo me sonaba a chiste. Me parecía graciosísimo.

Tuve que empezar a replantearme mi postura ante ese tema cuando media hora después vomité el café. Sí, el café. Más patético, imposible. Entonces pasé de estar en una nube de despreocupación a casi colapsar del estrés.

—Mierda, Sandra, ¿qué se supone que voy a hacer yo estando embarazada tan joven? —le pregunté, exasperada, al borde de tirarme de los pelos—. No sé cómo funciona el aborto, ni las pastillas abortivas esas, ni nada de nada. ¿Por qué no hay una asignatura de educación sexual? Si es que no nos enseñaron una mierda en el instituto, ¿cómo puede ser?

—Pues porque íbamos a una escuela religiosa, y a las monjas eso del sexo no les molaba demasiado —respondió—, y porque el sistema educativo da pena. Oye, cuando decía que echaba de menos a la Julia pesimista estaba bromeando, no te me pongas en plan fin del mundo. Compramos un test de embarazo y ya está.

—Pero, ¿cómo es posible? Si nunca lo he hecho sin condón —seguí en mi línea de drama repentino sin apenas hacer caso a lo que Sandra me estaba diciendo—. ¡Nunca en mi vida! Bueno, una vez con Max hubo roce directo, pero no llegó a ser penetración...

—Los condones se rompen, se salen, y hay algunos que son tan mierda que ni siquiera funcionan bien —ella aún intentaba tranquilizarme inútilmente.

—Lo habría notado —contesté.

—O no. —Ella se encogió de hombros antes de levantarse del sofá de su casa—. Venga, vamos a por ese test.

Sí, por suerte habíamos quedado para hacer el café en su casa, no en la calle donde la gente habría podido escuchar mis divagaciones sin sentido, y había podido vomitar con relativa tranquilidad.

—Vale —respondí, levantándome del sofá con pesadez y nada de ganas—. Si sale positivo, ¿qué voy a hacer?

—Bájale unos cuantos grados al drama, hija, que me estás deprimiendo hasta a mí —me pidió mientras cogía las llaves de su casa y se las ponía en el bolsillo del pantalón.

Así que fuimos a una farmacia que quedaba cerca, compré un test de embarazo que me costó una fortuna, y fuimos caminando hasta mi casa mientras yo me moría de los nervios. Por suerte, no había nadie en casa, así que entramos y respiré hondo cuando llegué a la puerta del cuarto de baño.

—¿Quieres que entre contigo? —me preguntó.

—No. —Negué con la cabeza—. Tengo que hacer esto yo sola.

Cualquiera que nos escuchara pensaría que estábamos hablando de algo sumamente importante, y no de mear en un palito, pero la verdad era que nos iba mucho eso de ser dramáticas, aunque Sandra lo hacía desde el sentido del humor y yo me lo tomaba demasiado en serio.

Entré en el cuarto de baño con el objeto en cuestión entre las manos. Me bajé los pantalones, me senté en la taza, y esperé.

—No tengo pis —me quejé, y escuché a Sandra reírse al otro lado de la puerta.

—¿Quieres que hagamos como en *Juno* y te traiga botellas de litro de Sunny Delight? —me preguntó, y fingí que me reía de forma sarcástica.

—Qué graciosa —contesté en un gruñido.

Así que nos quedamos durante, al menos, diez minutos, en esa situación: Sandra esperando en el otro lado de la puerta mientras me contaba chistes malísimos, y yo sentada en el váter esperando a que me vinieran ganas de mear. Cuando por fin llegó el momento, abrí el test y puse el palito donde tocaba. Lo saqué al terminar y lo dejé en la pica, porque me daba un poco de asco ponerlo en cualquier otro sitio.

—Cinco minutos —le dije a Sandra.

—Pues mira, me da tiempo a hacernos una infusión —propuso—. ¿Quieres?

—No —respondí, porque estaba tan nerviosa que sentía que vomitaría incluso la infusión, y eso me ponía aún peor porque vete a saber si lo que provocaba mis vómitos era... no quería ni decirlo.

Fueron los cinco minutos más largos de mi vida, aunque hay que darle a Sandra el mérito que merece, porque estuvo contándome anécdotas graciosas sobre su prima adolescente durante todo ese rato, y me lo hizo algo más ameno.

Miré a mi móvil y vi que eran las cinco y ocho minutos, lo que significaba que ya había pasado el tiempo que indicaba en las instrucciones del test. Respiré hondo antes de levantarme del váter, donde me había quedado sentada esperando, y cogí el test para mirar cuál había sido el resultado. Mis ojos se abrieron de par en par y ni siquiera me dio tiempo a decir nada, porque rompí en llanto. Sandra se asustó y empezó a decirme cosas que ni siquiera recuerdo. Me senté en el suelo y dejé el test ahí delante mientras seguía llorando, y me tapé la cara con las manos porque no podía más.

Sandra decidió dejar el diálogo y pasar a la acción. Abrió la puerta del cuarto de baño y, cuando me vio tan hundida, se llevó las manos a la cabeza.

—No te preocupes, mujer, que vamos al centro ese al que hay que ir para solicitar cita para un aborto hoy mismo —empezó a hablar a toda pastilla y cerré los ojos porque todo me daba vueltas mientras no podía dejar de llorar—. Te la dan relativamente rápido, mi prima fue hace un par de años y en una semana ya estaba solucionado... A no ser que quieras quedártelo, claro. En ese caso, llamamos a la ginecóloga. Y si no te has decidido, pedimos cita en los dos sitios por si acaso...

—Es negativo —la interrumpí, porque estaba empezando a darme dolor de cabeza—. No estoy embarazada.

Ella se quedó muda unos cuantos segundos, y no vi su cara pero puedo imaginar que era de desconcierto absoluto.

—Eh... —dijo, por fin, al cabo de un buen rato—. Entonces, ¿querías estar embarazada?

—No —respondí, sollozando—. Pero... No lo sé, todo esto es demasiado, estoy cansada de sentirme así. ¿Se me pasará algún día? Estoy harta de esta mierda, Sandra.

—Me habías dado un susto de muerte, joder —se quejó, llevándose una mano al pecho como si le estuviera dando un infarto, y se sentó delante de mí. Respiró hondo, y apoyó una mano en mi rodilla en un gesto reconfortante—. Ojalá pudiera entender lo que estás pasando y poder ayudarte, nena, pero por suerte o por desgracia, nunca me he enamorado. ¿Has pensado en ir a un psicólogo? Puede ayudarte mucho.

—Pero es que no es para tanto. —Suspiré—. Ir al psicólogo por algo así solo me hará sentir más exagerada.

—O hará que te sientas mucho mejor —me contradijo—. No pierdes nada por intentarlo. Además, seamos honestas: has estado en una burbuja todo el verano, pero antes de eso tampoco estabas muy bien. Recuerda todo el tema de Fede... y también llorabas a veces.

—Pero si tenía que ver todo con Max —respondí.

—No lo creo —rebatí ella—. Estabas siempre estresada, incluso cuando ya apenas pensabas en Max.

—Enfermería es difícil —intenté buscar otra forma de justificarlo, pero incluso yo sabía que ese argumento no se aguantaba por ningún lado.

—Julia, tu madre murió y al cabo de un año decías que ya estabas perfectamente —dijo de repente, y se me cortó la respiración—. No has vuelto a hablar de ello.

—Eso... Eso... —empecé. *No llores, no llores, no llores*—. Ya lo tengo superado.

Ella me miró con una ceja levantada y decidió dejar el tema o, al menos, pausarlo. Decidí que al día siguiente iría al médico, porque los vómitos seguían habiendo ocurrido aunque hubiéramos descartado la opción del embarazo. Luego nos fuimos a cenar algo ligero, porque tampoco tenía ganas de volver a vomitar a la mañana siguiente, tomamos algo, y terminé llegando a casa a las dos de la mañana con una idea fija en la cabeza.

Resulta que el día anterior me había comprado un sujetador negro, de encaje y sin aro que me quedaba fantástico. Lo había comprado junto con una camiseta negra con transparencias con la idea de llevarlo a conjunto, pero esa noche decidí ponerme el sujetador con un objetivo muy diferente. Di gracias a que papá estuviera pasando el fin de semana en una casa de campo que tenían unos amigos suyos, y Claudia estaba en casa de su novia —porque sí, tenía novia, aunque nunca hablaba de ella—, y me puse manos a la obra. Me desnudé de cintura para arriba, me puse el sujetador y fui a la cocina a servirme un chupito del tequila que llevaba dos meses en el armario.

Entonces volví a mi habitación, con la valentía reforzada, y le mandé una foto a Max con la excusa de que quería enseñarle el sujetador monísimo que me había comprado. Al segundo de mandarla me dio una vergüenza horrible. Eran casi las tres de la tarde en Auckland, Max estaría ocupado haciendo sus cosas y empecé a sentirme un poco estúpida, pero entonces él apareció en línea, y estuvo así durante un buen rato. Sin decir nada, pero en línea.

Nunca había hecho una cosa así. Ni con Dani, ni con Fede, ni con Max ni con nadie. El sexo a distancia seguía siendo un gran desconocido para mí, pero había tomado las precauciones necesarias, empezando por el hecho de que mi cara no salía en la foto. No es que no me fiara de Max, pero es que podían pasar muchas cosas y esa foto podía acabar en malas manos.

Max seguía sin contestar y empecé a ponerme nerviosa, pero entonces recibí una foto en la que se veía, desde arriba, su torso desnudo echado en la cama y, más abajo... Madre mía. Ese bulto en los pantalones de chándal que tanto echaba de menos. Me quedé un buen rato examinando la foto, acariciando la pantalla como si así pudiera tocar su piel, notar su calor... Y me entró el bajón momentáneamente, pero me recompuse deprisa porque había asuntos de más importancia en ese momento, como por ejemplo la humedad que empezaba a hacerse notar entre mis piernas. Me quité la falda y me eché en la cama antes de escribir un mensaje.

Julia: *Vaya*

Julia: *No me esperaba una respuesta tan rápida.*

Y él no se hizo de rogar.

Max: *yo tampoco esperaba verte en este sujetador tan caliente hoy, pero parece que es mi día de suerte*

Solté una carcajada y me mordí el labio, contenta y excitada a la vez.

Julia: *Yo tampoco me puedo quejar*

Julia: *¿Puedo ver lo que hay debajo?*

Max: *puedes*

Max: *pero yo también quiero verte*

Max: *te puedo llamar?*

Me sonrojé como si acabara de proponerme algo escandaloso, y negué con la cabeza para mí misma.

Julia: *Como me llames, me moriré de la vergüenza*

Ni siquiera estaba a mi lado, pero supe que Max se había reído por mi comentario. Mis sonrojos y mi vergüenza en general le parecían lo más gracioso del universo, a este hombre.

Pensaba que insistiría, que me pediría videollamada de todos modos, pero ni siquiera sé por qué seguía teniendo la manía de pensar que podía entender lo que pasaba por la mente de Max, y me reafirmé en esa idea cuando vi su contestación.

Max: *vale, como te sientas más cómoda*

Y me mandó una foto de su polla. Así, sin más. La vi dura, dispuesta y con la punta roja, incluso algo húmeda, y casi me da un sofoco ahí mismo.

Me giré en la cama, sintiendo la necesidad de moverme, y de rozarme con algo, para darme cuenta de que iba a necesitar ayuda extra. Miré el cajón en el que guardaba el vibrador que me había comprado meses atrás, pero decidí que aún no era el momento. Aprovechando que estaba echada boca abajo en la cama y que eso le daba a mis pechos una pose bastante sugerente, me hice otra foto ahí para mandársela.

Max: *quiero más*

Max: *quiero verlas*

No iba a hacerlo sufrir cuando él me había regalado semejante imagen, así que volví a echarme de espaldas, aparté el sujetador, exponiendo mis pechos, e hice otra foto.

Max: *joder*

Max: *te echo tanto de menos que podría correrme solo con esto*

Me dio un ataque de risa que duró un buen rato, concretamente hasta que recibí un vídeo de Max, en el que se había vuelto a subir los pantalones de chándal y se tocaba por encima. Apenas duraba cinco segundos —y estaba segura de que lo había hecho tan corto expresamente, para dejarme con ganas de más—, pero me encendió tanto que mi mano bajó de forma casi involuntaria a acariciarme a mí misma por encima de las bragas. Aproveché para grabar un vídeo, y para molestar a Max hice que durara cuatro segundos, uno menos que el suyo.

Max: *mujer malvada*

Sonreí.

Julia: *Hombre malvado.*

Max: *quiero tocarte*

Max: *tengo unas ganas de estar entre tus piernas*

Max: *y de besarte todo el cuerpo*

Max: *y de morderte en el cuello, donde a ti te gusta*

Max: *joder, es que no puedo con esto*

Max: *tócate por mí*

Max: *sé mis manos*

Me mordí el labio y presioné a grabar antes de empezar a tocarme, pero esta vez tomándome mi tiempo, acariciando mis piernas, tentándome a mí misma, rozando ligeramente mi clítoris aún cubierto... Me puse tan caliente a mí misma que, sin dejar de grabar, abrí el cajón donde guardaba el vibrador y empecé a masturbarme sin ningún tipo de restricción, sabiendo que Max lo disfrutaría casi tanto como yo. No quise llegar al final, necesitaba más de él, pero cuando mandé el vídeo ya estaba completamente desnuda, sudada y con la respiración agitada.

Julia: *¿A esto te referías?*

Seguí tocándome pero sin querer llegar al orgasmo todavía, esperando a que él terminara de ver lo que le había mandado.

Max: *joder julia pero tú quieres que me muera?*

Max: *cómo puede ser que me pongas tanto???*

Max: *que tampoco me extraña porque eres increíble*

Max: *pero nunca había estado tan caliente por nadie, joder*

Gemí al leerlo, si dejar de tocarme, y dejó de escribir, así que supuse que estaría grabando algo. Me lo mandó unos pocos minutos más tarde, y fue el vídeo más caliente que había visto nunca. Se acariciaba, se tocaba, gemía, y cuando jadeó mi nombre antes de correrse no pude evitar llegar yo también, sin reprimir mis gritos.

Apagué el vibrador y lo dejé caer al suelo, con la respiración entrecortada y el corazón laténdome a mil por hora. Volví a coger el móvil que acababa de dejar sobre la cama para ver si había más, y me encontré con un mensaje de Max.

Max: *no tengo ni idea de cuándo volveré, julia, pero si sigues queriéndome cuando lo haga no saldremos de la habitación en un mes*

Y me reí, aunque volver a leer ese mensaje me haría llorar mucho en las siguientes semanas. Solo quería estar con él, disfrutar de la tranquilidad de después del orgasmo con él, acariciar su piel y dormirme rodeada de su calor, pero no podía tenerlo. Entonces empecé a plantearme que era posible que haciendo cosas como esas solo nos hiciéramos más daño.

Quizás lo más sensato fuera dejarnos ir mutuamente, pasar página y rehacer nuestras vidas por separado.

Treinta y ocho

Ahora sé que Max opinaba lo mismo que yo en cuanto a la poca viabilidad de lo nuestro, pero todo pareció natural, como si fuera algo que tuviera que ocurrir, cuando claramente no lo era. Qué equivocados estábamos.

Empecé el segundo curso de la universidad a finales de septiembre y, para variar, entre eso y el trabajo, además de la poca vida social que conseguía salvar, no tenía tiempo para nada.

Max, por su parte, llevaba ya dos semanas reincorporado en el trabajo cuando yo empecé las clases, y al parecer ya había dejado todo el dolor atrás, y estaba empezando a salir adelante. Prueba de ello era su nuevo hábito de salir de fiesta casi cada fin de semana, cosa que yo sabía por los mensajes que me mandaba a veces, cuando estaba borracho, y por las fotos que Hayes subía a Instagram. Me alegraba que volviera a estar bien, evidentemente, pero al parecer en su entonces fantástica vida ya no había lugar para mí, y en el fondo lo entendía.

La frecuencia de los mensajes, de nuestras charlas y llamadas, empezó a disminuir poco a poco. No pasó nada, no hubo ninguna gran pelea, y creí que Max también pensaba que eso era lo mejor para los dos. O quizás, sencillamente había decidido pasar página. Eso era lo que no podía dejar de pensar. En mi mente no paraba de repetirme que pronto se olvidaría de mí, y que probablemente conocería a otra persona que lo llenara y con la que pudiera tener una relación menos complicada. Era una sensación rara, porque que él estuviera con otra persona me habría dolido muchísimo, pero a la vez me habría alegrado ver que era feliz.

La vuelta a las clases fue mucho menos dura de lo que había pensado, porque estar entretenida era algo que me hacía falta. La resaca de mi verano idílico con Max empezó a curarse gracias a que volvía a no tener tiempo ni para pensar, y todo se hizo más llevadero. Volví a ver a Elisa y María, mis amigas de la universidad, junto con otras, y también me reencontré con Fede después de no haber hablado en casi dos meses.

Pensaba que las cosas con él estarían algo tensas cuando volviéramos a vernos, teniendo en cuenta nuestra última conversación, pero no fue así. Él parecía encantado de verme, y me quité un peso enorme de encima al comprobarlo.

—Estás rara —sentenció Fede un día de octubre, cuando lo mío con Max estaba cada vez más cerca de desaparecer.

Estábamos en el bar del campus, y yo tenía la atención fija en las páginas de una libreta ya llena de apuntes hasta que él dijo eso.

Levanté una ceja.

—Ah, ¿sí? —pregunté con desinterés, sin ánimo de parecer cortante pero con muy pocas ganas de hablar de mi situación emocional, que era a donde veía que iba enfocada esa charla.

—Pues sí —fue Elisa la que contestó a mi pregunta, y me miró con decisión—. En unas semanas es la fiesta mayor de la universidad. Deberíamos ir, te irá bien.

Algo que nunca he comprendido es la manía de mucha gente de pensar que el alcohol y salir de fiesta solucionan todos los problemas, cuando más bien tienen tendencia a empeorarlos. La larga lista de personas que había visto llorando en los baños —o en medio de la pista, directamente—, además de mis experiencias personales, eran testigos de ello. El alcohol no soluciona nada, nunca.

Quería decirle que no, gracias, que pasaba de salir porque estaba ocupada, porque tenía mil cosas en la cabeza y mucho miedo de que salieran todas para fuera si bebía algo, pero habría tenido

que dar explicaciones. No quería decirles que estaba enamorada de una persona que vivía a veinte mil kilómetros, que el trabajo me saturaba, que acabábamos de empezar el curso y ya sentía que no podía más.

Así que simplemente asentí con la cabeza, forzando una sonrisa, y Elisa se lo tragó, pero Fede se me quedó mirando, con una expresión seria, como si no se creyera nada.

Volví a casa en autobús, pensando en las pocas ganas que tenía de entrar a trabajar en menos de dos horas. Me lo pasaba bien en el trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que Adri estaba ahí y le gustaba mucho hablar de cualquier cosa, pero últimamente me estresaba más de lo normal, y empezaba a ser consciente del mucho tiempo que me quitaba para estudiar.

Sorprendentemente, el bus iba casi vacío, así que me senté en la parte trasera, al lado de la ventana. Cerré los ojos al notar el sol en la cara, y respiré hondo.

Me quedé así un buen rato, disfrutando del calor del sol y notando cómo mi cuerpo se relajaba en el asiento. Estaba empezando a quedarme dormida, pero no me lo podía permitir, así que reuní fuerzas para poder abrir los ojos, y cogí el móvil para distraerme.

No había nada. Ninguna notificación, ni un mensaje, nada. Solo mi foto del fondo de pantalla, en la que aparecía el lago en el que había estado más de un año atrás con Max, en Nueva Zelanda. Suerte que él no salía en la foto, porque habría hecho mi día mucho más difícil.

Llevábamos tres días sin hablar. Ni una sola palabra, ni una foto, ni un mensaje de audio a sus dos de la mañana, nada de nada. Volvíamos a lo de un año atrás: no le hablaba porque no quería ser pesada, pero tenía la duda de si él no me hablaba por el mismo motivo. A lo mejor simplemente estaba empezando a pasar página.

Suspiré y decidí bloquear el móvil de nuevo, pero justo cuando iba a hacerlo, me llegó una notificación. “Mensaje de Max”. Me arrepentí un poco de no tener puesta esa opción en la que te salen los mensajes directamente en la pantalla bloqueada, porque no quería mirar el mensaje tan rápido. No quería parecer desesperada.

Me di cuenta poco después de que estaba siendo estúpida, y empecé a introducir el código de desbloqueo cuando una voz me distrajo.

—Julia Santacreu —ese tono despreocupado me era muy familiar, y de hecho no tenía ni que levantar la cabeza para saber quién era, pero lo hice de todos modos para encontrarme con su largo pelo negro y sus ojos azules mirándome con diversión.

—Sofía Pina —contesté usando también su nombre y apellido, y ella sonrió.

Se sentó en el asiento de mi lado sin mediar palabra, y me embargó una sensación extraña, pero no necesariamente incómoda. Era como si no hubieran pasado los años, como si Sofía y yo nunca hubiéramos dejado de ser amigas.

—¿Cómo estás? —le pregunté tras varios segundos en silencio, para sacar algo de conversación, aunque no puedo negar que también había algo de curiosidad. Después de todo, hacía unos tres años que no sabía nada de ella.

—No puedo quejarme. —Se encogió de hombros—. Estoy yendo a ver a mi padre. Ahora vivo con unos amigos en Sants, así que no está mal. Y tú, ¿qué haces?

—Estudiar y trabajar —respondí.

—¿Enfermería? —adivinó, y sonreí.

—Sí —contesté—. ¿Tan predecible soy?

—Hace años, no dejabas de hablar de ello —me recordó, y solté una carcajada.

—Era un poco pesada, sí —admití, asintiendo con la cabeza—. Y tú, ¿estás estudiando?

—Sí —respondió—. Estoy haciendo Ingeniería Mecánica. Es un poco duro a veces, pero me gusta mucho.

Levanté las cejas, sin poder ocultar mi sorpresa. No por nada en especial, no creía que fuera incapaz de hacer una Ingeniería porque siempre había sido muy inteligente, pero pensaba que no le interesaba estudiar en absoluto.

—Sorprendida, ¿eh? —preguntó con una sonrisa divertida, y yo negué con la cabeza, avergonzada porque me hubiera pillado, pero me interrumpió antes de que pudiera decir nada—. No te preocupes, si lo entiendo. No fui la mejor estudiante en la ESO, y pensaba que no quería estudiar nada más, pero mira, aquí estamos.

—Me alegra que hayas encontrado algo que te guste —le dije con honestidad, y su sonrisa se ensanchó.

Abrió la boca para decirme algo, pero luego se escuchó una voz por los altavoces avisando de la siguiente parada, y me miró.

—Me bajo en la siguiente —me dijo—. Oye, voy con mis amigos a una fiesta este sábado, ¿quieres venir?

Me lo planteé durante unos segundos, teniendo claro que era una mala idea, y me incliné por una negativa suave.

—Estoy bastante ocupada, pero si al final puedo te digo algo —respondí—. ¿Tienes el mismo número de siempre?

—Sí —respondió—. Ya me dirás. Ha estado bien verte, Julia.

—Igualmente. —Sonreí cordialmente, y se levantó del asiento en cuanto el bus paró.

En realidad me daba mucha curiosidad salir con Sofía, solo para ver si seguía en los mismos ambientes o había pasado a algo más interesante, pero no tenía claro que fuera una buena idea.

Me olvidé rápido del tema en cuanto el mensaje no leído que tenía de Max volvió a mi cabeza, y saqué el móvil para abrirlo. Eran pasadas sus dos de la mañana, así que como mucho me esperaba un mensaje suyo borracho, pero me encontré con algo con lo que no contaba.

Max: *julia, creo que se acabó*

Noté cómo se me hundía el pecho y mi cabeza se llenaba de tantos pensamientos distintos que se saturó, y no podía pensar con claridad. ¿Se acabó? ¿Qué se acabó?

Tenía una idea probablemente muy acertada de a qué se refería, pero aún así decidí preguntar. Necesitaba una explicación menos patética que esa.

Julia: *¿El qué?*

No tardó en contestar.

Max: *¿te puedo llamar?*

Julia: *No*

Julia: *Estoy en el bus*

Max: *no quiero hacer esto por mensaje*

Me llevé una mano a la frente y me la froté en un intento poco eficaz de relajarme. ¿Que sabía que terminaría pasando algo así? Claro, no era tonta, veía para dónde iba el asunto, e incluso creía que era lo mejor, pero no me sentía preparada para afrontar esa conversación.

Julia: *¿Has bebido?*

Max: *no*

Max: *estoy en casa, llevo horas pensando*

Max: *y no podemos seguir así*

Max: *joder*

Max: *¿puedo llamarte en un rato?*

Max: *no me gusta nada estar hablando esto de esta manera*

Me entraron muchas ganas de llorar, pero conseguí reprimirlo. Aparté la mirada del móvil,

porque solo empeoraba las cosas, y vi que la siguiente parada era la mía. Bloqueé el móvil y lo guardé en mi bolsillo antes de levantarme del asiento. Cuando se abrieron las puertas, me bajé del bus y empecé a caminar. Tenía la mente en blanco, estaba caminando sin fijarme en nada, sin mirar a nadie, por pura inercia.

Noté el móvil vibrando en mi bolsillo un par de veces durante mi caminata, pero no lo saqué. Sabía que debería estar enfrentándome a esa conversación, asumiendo el problema, porque estaba segura de que Max también lo estaba pasando mal y no era justo que lo ignorara, pero necesitaba unos minutos, necesitaba caminar y que me tocara el aire antes de poder hablar.

Llegué a casa y saludé a Claudia, que terminaba de comer con tranquilidad. Ella me contestó distraídamente, con la atención fija en el móvil, y me fui a mi habitación. Dejé mis cosas en el suelo y me eché en la cama antes de sacar el móvil de mi bolsillo, encontrándome con los dos mensajes que me había mandado mientras volvía a casa.

Max: *juls, por favor, no me ignores*

Max: *tenemos que hablar*

Respiré hondo, y contesté.

Julia: *Hola*

Julia: *Perdona, estaba volviendo a casa*

Julia: *Ya sé que tenemos que hablar*

Julia: *Pero no sé qué decir*

Max: *yo tampoco*

Max: *llevo horas pensando en qué debería decir*

Max: *y solo se me ocurre decírtelo sin rodeos*

Max: *te quiero, julia, pero no puedo más*

Max: *siento como si, aunque acordáramos no tener una relación a distancia, lo estamos intentando sin ni siquiera darnos cuenta*

Max: *y no está saliendo bien*

Max: *porque me muero por tocarte pero no estás aquí*

Max: *y cada vez es más difícil de soportar*

A ese punto de la conversación yo ya tenía lágrimas deslizándose por mis mejillas, y sorbí por la nariz antes de contestar.

Julia: *Lo sé*

Julia: *Pero no quiero dejarte ir*

Julia: *Y me siento muy egoísta, pero no sé si podré estar sin hablarte. Sé que será lo mejor, pero tengo mucho miedo. En mi cabeza sigo pensando que estaremos juntos otra vez cuando vuelvas, y no sé si eso va a ocurrir.*

Y entonces vino el mensaje que terminó de romperlo todo.

Max: *es que no sé si voy a volver*

Max: *soy feliz aquí*

Max: *y no quiero que vivas esperándome*

Max: *quiero que seas feliz, julia*

Max: *quiero que seas libre, que no te sientas atada a nadie, que te enamores mil veces más aunque no sea de mí, y que si quieres estar con alguien, puedas. y me va a doler a horrores, pero me compensará saber que estás bien, que tomamos la decisión correcta*

Max: *y aunque me joda, esta es la decisión correcta*

Yo estaba llorando tanto que empezaba a no poder respirar bien. Intenté odiar a Max, enfadarme con él, reprocharle cosas, porque habría hecho ese proceso más fácil, pero es que no podía negar

que estaba en lo cierto. No podía vivir esperándolo, no podía hacerme eso a mí misma, y en el fondo era consciente de ello, pero no había querido aceptarlo hasta ese entonces.

Reuní fuerzas para escribir los últimos mensajes antes de bloquear el móvil y dejarlo en la mesilla de noche.

Julia: *Lo sé, y estoy de acuerdo*

Julia: *Adiós, Max*

Debía de estar haciendo más ruido del que pensaba, porque la puerta de mi habitación se abrió, y Claudia me vio llorando, abrazada a mí misma, en la cama. No dijo nada, no me preguntó qué pasaba ni me miró como si estuviera loca. Solo entró, cerró la puerta con cuidado detrás de ella, se echó detrás de mí en la cama, y me abrazó.

Treinta y nueve

Noviembre

Al final sí que fui a las fiestas de la Universidad. Decidí ir, porque estaba harta de quedarme en casa para sentirme miserable todo el rato, y puede que fuera una mala idea. De hecho, ahora estoy segura de que lo fue.

Lo peor de las malas épocas no es solo el sentimiento en sí, sino también todas las malas decisiones que tomas en esa temporada, y que te acompañan durante mucho más tiempo.

Estaba bailando con María después de haber estado bebiendo un buen rato. Me sentía bien, el alcohol estaba cumpliendo con su función y mi mente estaba nublada, que era justo lo que creía necesitar. Ya no pensaba en él. O, al menos, no de una forma negativa. Me sentía optimista y, tonta de mí, pensaba que todo lo que había en mi cabeza tenía únicamente que ver con Max, por lo que iba a ser fácil de superar. Llevaba casi tres semanas sin hablar con él y había sobrevivido, así que creía que a partir de entonces todo iba a ser un camino de rosas. Qué tonta fui.

Había sido difícil, eso no podía negarlo. Los primeros días me había ido a dormir con el móvil al lado y lágrimas en los ojos, negándome a mandarle un mensaje porque sabía que no era buena idea, pero esperando a que él me mandara uno. Que le diera igual, que decidiera que no podía estar sin hablarme, y me mandara un mensaje aunque supiera que no era bueno para ninguno de los dos. Pero, evidentemente, eso no había ocurrido. A la semana, me había cansado de esperar algo que no iba a ocurrir, pero eso no significaba que el dolor no me acompañara a todos lados.

Por eso, esa noche, me sentía especialmente bien; porque no estaba pensando en él. Estaba viviendo el momento, como tenía que ser, pero puede que lo viviera demasiado.

—Julia —escuché la voz de Fede detrás de mí, llamándome mientras una de sus manos acariciaba sutilmente mi cintura.

No le dejé seguir la frase. No quería que dijera nada más. Llevé mi mano a su mentón, y lo besé.

Cuarenta

Diciembre

Hacer dos cosas a la vez nunca había sido lo mío, pero intenté hacerlo al cruzar la puerta de la facultad mientras escribía un mensaje en mi móvil. Al presionar a “Enviar”, levanté la vista y estuve a nada de chocarme con un chico que me miró con mala cara. Le pedí disculpas apresuradamente y seguí mi camino hacia el bar del campus.

Mi móvil vibró otra vez en mi mano, y en esta ocasión decidí detener mi marcha unos segundos para poder ver qué era lo que me había contestado Miriam. Habíamos estado hablando de quedar esa misma noche para tomar algo, y en su mensaje respondía afirmativamente a mi propuesta de quedar a las nueve y media. Yo terminaba de trabajar a las nueve —aproximadamente—, y ella a esa misma hora salía de la psicóloga, así que nos iba bien.

Era un día soleado, sin ni una sola nube en el cielo y, pese a estar a mediados de diciembre, no hacía demasiado frío. Mira que prefería el frío al calor, pero tampoco me gustaba congelarme.

Ese viernes, estaba contenta, y no tenía nada que ver con la aburridísima clase de tres horas a la que acababa de asistir.

—¡Julia! —me llamó Fede, y lo localicé rápidamente, sentado en una de las mesas exteriores del bar con Elisa, María y gente de su carrera.

Fui hacia ellos con una sonrisa en la cara. Dejé la pesada mochila en una de las sillas libres, y me senté al lado de Fede. Él me dio un corto beso en los labios, y mi sonrisa se expandió.

—Ahora no os volváis una pareja insoportable, por favor —nos pidió Elisa.

—Pero si nunca lo hemos sido —rebatí, divertida—. Admite que te estás quejando por vicio.

—Eso nunca —respondió, cruzándose de brazos, y me reí.

Fede y yo llevábamos un mes juntos, y la verdad es que todo iba sobre ruedas. Al principio había pensado que me estaba precipitando, que estaba intentando hacer eso de sacar un clavo con otro clavo, pero me había dado cuenta de que no era así, que esos pensamientos solo eran para autocastigarme por haber pasado de una relación a otra con pocos meses de diferencia, y eso no era justo para mí.

Me gustaba Fede, me encantaba estar con él, y teníamos una relación estable. Tener algo estable con él me daba seguridad y me hacía sentir cómoda, y no me había dado cuenta de lo importante que era eso hasta que no lo había tenido.

¿Que seguía pensando en Max? Pues sí, a veces, y no tenía ningún reparo en admitirlo. Aun así, ya había hecho las paces con el hecho de que lo nuestro había terminado. Seguía sin tener noticias de él, y ya hacía dos meses que no teníamos ningún tipo de contacto. Creo que el haber dicho “hasta aquí hemos llegado” había sido algo que, aunque había dolido, era necesario. Hacía un año no podía olvidarme de él porque nunca habíamos dejado las cosas claras, y la incertidumbre hace que la mente no deje de imaginar posibilidades; esta vez, el hecho de que hubiéramos dicho “se acabó”, me había forzado a cerrar ese capítulo, y había sido más fácil. Sí, lo seguía queriendo, pero sabía que se me pasaría, y eso ya no me impedía seguir adelante con mi vida.

La única persona que seguía convencida de que no había superado a Max era Fede. Ese era, tristemente, el único problema que teníamos. Lo había hablado con él varias veces, asegurándole que lo mío con Max ya había desaparecido, y entendía perfectamente su inseguridad, pero ya no

sabía qué hacer para que olvidara el tema. Al menos no lo sacaba muy a menudo, que ya era algo, y yo tenía que confiar en que algún día se le pasaría.

Fede tenía una hora muerta antes de tener que volver a clase, así que aprovechamos que vivía cerca del campus para ir a su casa. La verdad es que nos habíamos tomado el tema sexual con relativa calma, porque estábamos explorándonos de otra forma, pero ese día teníamos una hora para aprovechar, y la cosa terminó con una sesión de sexo en la ducha.

Mis manos estaban apoyadas en la pared de mármol cuando Fede acabó con un gemido. Notaba mi corazón latiendo a toda prisa y mi respiración agitada. Él dejó un beso en mi cuello antes de retirarse de mi interior.

—Me gustas mucho, Julia Santacreu —murmuró, besando mi espalda, y sonreí.

—Ah ¿sí? —inquirí, solo para provocar, y me dio un pequeño mordisco en el hombro que hizo que me echara a reír.

Me giré hacia él y apoyé una mano en su mejilla para acariciarla suavemente con el pulgar.

—Tú también me gustas mucho, Federico Acosta —le dije, y él se mordió el labio antes de besarme.

Salí del trabajo a las nueve y cuarto. Tuve que meterle prisa a Adri, porque el hombre iba muy lento y yo iba un poco tarde, así que estuvo quejándose un buen rato, diciendo que lo trataba mal y todas esas cosas que decía de vez en cuando solo para hacerme reír.

Me despedí de mi amigo y empecé a caminar calle arriba hacia el sitio en el que había quedado con Miriam. No pude evitar, antes de girar por la siguiente calle, mirar atrás hacia la tienda.

Llevaba más de tres años trabajando ahí. Se decía muy rápido, pero en ese tiempo se había convertido prácticamente en una parte más de mí. Suspiré, porque iba a tener que dejarlo en pocos meses. A mediados de febrero empezaría las prácticas de la universidad, y compaginar estudios, las prácticas en el hospital y un trabajo de cinco horas cada tarde iba a ser imposible. Se me iba a hacer muy raro no ver a Adri cada tarde, no hablar con él de cualquier tontería, y no encontrarme a Raquel muchos días a la salida, haciendo el loco con la moto para venir a buscar a su novio.

Sentí ganas de llorar, repentinamente abrumada, pero respiré hondo un par de veces y conseguí calmarlas. Era una persona bastante reacia al cambio en general, me costaba salir de mi zona de confort, aún sabiendo que era por un buen motivo.

Miriam me dijo que acababa de salir porque al parecer la sesión con su psicóloga se había alargado, así que fui a buscarla directamente allí. Por el camino pensé mucho en ella, y me supo mal llevar casi un mes sin verla, aunque ella también había estado ocupada con sus estudios de Derecho, que había empezado en octubre. Me alegraba que hubiera empezado a intentar cumplir sus sueños, y la verdad es que su recuperación parecía ir muy bien. Había denunciado a Óscar dos meses atrás y, aunque todavía quedaba tiempo para que fuera a haber un juicio, al parecer todo estaba yendo bien.

La vi de pie delante del edificio en el que estaba la consulta de su psicóloga, y aligeré el paso hasta llegar a ella. Se giró hacia mí y me dio una sonrisa, aunque al acercarme pude ver que tenía los ojos rojos e hinchados, señal inequívoca de que había estado llorando.

—Hola —la saludé, dándole un pequeño abrazo. Me separé y la miré—. ¿Estás bien?

—Ha sido una sesión un poco intensa —admitió, volviendo a sonreír con tristeza—. Pero es bueno. Siento que estoy sacando muchísima mierda de dentro, y ahora mismo me siento aliviada.

—En ese caso, me alegro —dije, dejando una caricia reconfortante en su brazo—. ¿Prefieres ir a mi casa? O, si quieres estar sola, podemos quedar otro día, no pasa nada.

—Estoy bien —me aseguré, asintiendo con la cabeza—. Tengo ganas de ir a tomar algo... O, aún mejor, ¿y si vamos a cenar?

—No puedo decirle que no a esa propuesta —respondí, y ella rio.

—Vamos, entonces.

Estuvimos debatiendo sobre cuál era el mejor sitio para ir a cenar sin dejarnos demasiado dinero, y cayeron propuestas como sushi, coreano, mexicano... Pero nos cruzamos con un bar de barrio de toda la vida, de esos en los que el plato estrella solían ser los bocadillos, y decidimos que era una opción más que viable.

Comimos mucho. Decidimos tirar la casa por la ventana —aunque no era caro, en absoluto— y nos pedimos unas bravas, aceitunas, croquetas, un bocadillo para cada una, y postres. Ah y, cómo no, los Martini del final. Había conseguido aficionar a varias de mis amigas, Miriam entre ellas, a mi bebida alcohólica favorita.

—Así que Fede —me dijo Miriam cuando ya íbamos por el segundo.

Asentí con la cabeza.

—Fede, sí.

—Parece un tío guay.

—Lo es. —Sonreí.

Noté que quería decir algo más, pero se quedó callada durante más de un minuto, mirando al infinito y terminándose la bebida. Finalmente, habló.

—Y... ¿has hablado con Max? —inquirió, y reprimí el impulso de reírme, porque en cierto modo ya me esperaba una pregunta así.

—No —contesté—. Hace ya dos meses que no. Decidimos que era lo mejor. ¿Le pasa algo?

Mi última pregunta salió a raíz del atisbo de preocupación que noté en su voz. Había estado evitando preguntarle a Miriam, Adri, Raquel o cualquiera de sus amigos sobre Max en las últimas semanas porque, aunque me preocupaba por él, sabía que lo más sensato era aislarme completamente de cualquier cosa relacionada con él, al menos durante un buen tiempo. Llegaría un día en el que no me doliera hablar de él o que cruzara mi mente, pero aún me quedaba para poder hacer eso.

—No. —Se encogió de hombros—. Pasa que no sabemos demasiado de él últimamente. No me preocupa, porque de vez en cuando aparece para decirnos que está bien, y seguramente sea porque está ocupado, pero no sé, soy su hermana, me preocupo.

—Es normal —respondí—. Ojalá pudiera decirte algo, pero no sé nada de él. Estará ocupado, como tú dices.

—Está un poco distante —prosiguió—. Creo que no quiere hablar demasiado conmigo porque se piensa que le hablaré de ti. Está haciendo lo mismo que tú: evitar el tema.

—Yo estoy bien —me defendí.

—¿Estás segura? —insistió, y asentí con la cabeza.

Sabía que no estaba intentando meterse en mi mente ni nada de eso, solo se preocupaba, pero me sentí un poco molesta durante unos segundos. Luego, respondí.

—Claro que sí.

Volvimos a casa un buen rato más tarde después de haber hablado de mil cosas. Me habría gustado que Miriam fuera a la misma universidad que yo, al mismo campus, pero estaba en la otra punta de la ciudad, justo en el mismo que Sandra, así que se veían a menudo. Sandra también estaba algo ausente últimamente, porque había empezado a trabajar y, con los estudios,

nuestros horarios no coincidían mucho.

Dejé a Miriam en su casa y me quedé delante del portal un buen rato cuando ella entró. No pude evitar recordar los besos con Max en ese mismo portal, un día que estaba lloviendo a mares y habíamos tenido que correr hasta su casa. Tuve que respirar hondo para poder coger fuerzas, darme media vuelta, e irme.

Cuarenta y uno

Las cosas tardaron tan poco en empezar a ponerse feas que fue hasta sorprendente. Debí haberle dado más importancia a la obsesión de Fede con el tema de Max, pero en mi defensa diré que era un pensamiento al que no quería volver. Cada vez me dolía menos pensar en él, es cierto, pero seguía sin hacerme gracia.

Era un sábado, y apenas quedaban unos días para que terminara el año. Estaba en casa de Fede y, aunque me había echado en la cama poco después de comer, cuando me desperté ya estaba empezando a anochecer. Fue una sensación rara, como las que tienes después de una mala siesta, de haber descansado mal. Me sentí un poco desorientada al despertarme y, por cómo me miraba Fede, que estaba sentado en la silla de su escritorio, supe que algo no iba bien.

—¿Cuánto rato llevo durmiendo? —pregunté, arrastrando cada palabra porque aún me costaba hablar con claridad.

Él tardó unos segundos en contestar, y ni siquiera necesitó mirar el reloj.

—Tres horas —respondió con un tono demasiado neutro para tratarse de él.

—Oh, joder, lo siento —dije, incorporándome hasta quedar sentada en la cama.

Fede no contestó, y ahí fue cuando me di cuenta de que, decididamente, algo iba mal. Quería preguntarle qué pasaba, pero seguía adormilada, así que me froté los ojos para darme un poco de serenidad. Estiré mi cuerpo, notando cómo el entumecimiento hacía que me doliera el movimiento, y solté un gemido. Luego miré a Fede.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —musitó de forma cortante, y fruncí el ceño.

Sabía perfectamente que, aunque estuviera diciendo que todo iba bien, su tono me pedía “sigue insistiendo, que me estoy haciendo el duro”. De verdad que como vuelva a escuchar a alguien decir que las mujeres somos complicadas, le meto un puñetazo.

—¿Estás seguro? —insistí.

Él suspiró y me miró con una expresión que no supe descifrar, pero que no auguraba nada bueno.

—Me dijiste que ya no hablabas con Max —escupió con rabia, notablemente enfadado.

Tuve que reprimir un grito de frustración, porque estaba harta de ese tema, y en vez de eso intenté hacerme la comprensiva una vez más.

—Y no hablo con él —respondí con honestidad, porque era cierto. Llevaba más de tres meses sin tener ningún contacto con Max.

—Ah, ¿no? —inquirió, y pude ver que se estaba enfadando aún más.

Levantó mi móvil de la mesa del escritorio, a su lado, y me lo enseñó, por lo que pude fijarme en que estaba desbloqueado. Fruncí el ceño antes de ver que tenía la conversación con Max abierta, y que había un mensaje de hacía media hora, a sus seis de la mañana. El mensaje era escueto, con un simple “¿cómo estás?”, pero hizo que mi pulso se acelerara durante unos segundos en los que incluso olvidé la situación en la que estaba.

Me sentí indignada, iba a decirle que quién diablos se creía que era para hurgar en mi móvil, cuando yo ni siquiera sabía que tenía mi contraseña, pero él se adelantó.

—Y todas las fotos y vídeos que había antes del mensaje, Julia... Ni siquiera se te ha pasado por la cabeza borrarlos, ¿verdad? —cuestionó, con el dolor tiñendo su voz de colores muy

desagradables.

Mi cabeza era un desastre entre el enfado, la vergüenza, la indignación... Él no tenía derecho a ver esas fotos y esos vídeos. No eran para él. No solo había invadido mi intimidad, sino también la de Max. Quizás no estaba bien que guardara todo eso, pero era mi decisión. No conseguía hilar bien mis pensamientos para contestar algo coherente, así que me quedé con mi principal preocupación.

—¿Cómo sabías la contraseña de mi móvil? —pregunté, resistiendo la tentación de hacer las cosas más fáciles y ponerme a pedir perdón cuando ni siquiera tenía que hacerlo.

—Eso no importa, Julia.

Y me enfadé todavía más.

—Sí, Fede, sí que importa —rebatí, furiosa—. Son cosas privadas mías, no tienes ningún derecho a entrar en mi móvil y dedicarte a mirar lo que te dé la gana.

—Claro, ahora resulta que no tengo derecho, porque tienes cosas que no querías que viera —contestó, enfadado, y tuve ganas de gritar—. Yo no tengo nada que esconderte, Julia, así que me da igual si miras mi móvil. Toma, va, hazlo, míralo.

Se sacó el móvil del bolsillo, lo desbloqueó con su huella dactilar y lo tiró a mi lado, en la cama. Yo me llevé dos dedos a las sienes y las masajeeé, intentando relajarme.

—No has entendido nada —murmuré—. No quiero ver tu móvil, Fede, quiero que no revises el mío. Llevaba siglos sin abrir ese chat con Max, y todas esas fotos son de antes de que tú y yo estuviéramos juntos. No tenías ningún derecho a verlas.

No era del todo cierto que llevara “siglos” sin abrir ese chat, pero no me había parado a mirar las fotos de nuestra última conversación caliente desde que estaba con Fede. Igualmente, estaba furiosa, y lo único que me apetecía era coger mis cosas e irme, porque lo peor era que Fede ni siquiera parecía darse cuenta de que lo que había hecho estaba mal. Seguía entendiendo su inseguridad, pero no justificaba lo que había hecho.

—Ah, ahora la culpa será mía —rebatí—. Eres tú la que tiene fotos de la polla de otro en el móvil, y por si fuera poco, del tío por el que me dejaste en verano.

Cerré los ojos y cogí aire. Ahí estaba el tema otra vez.

—Estoy harta —dije sin ni siquiera pensarlo, pero no me arrepentí—. Estoy harta de este tema de mierda. No te dejé por Max porque no estábamos juntos, y si ahora estamos juntos es también porque tú quieres. No me merezco que me tires el pasado a la cara constantemente. He hecho cosas mal, sí, pero nadie te obliga a estar conmigo si hay cosas que no te encajan. No tienes derecho a torturarme con este tema.

—¿De verdad te vas a hacer la víctima ahora? —preguntó, incrédulo, y esta vez sí que empecé a llorar.

—Me sabe mal, Fede, porque sé que tú no eres así, pero los celos no te dejan ver bien lo que estás haciendo —dije, con serenidad a pesar de que bajaban lágrimas por mis mejillas—. No me hago la víctima, simplemente sé que no me merezco esto.

Me levanté de la cama y empecé a vestirme. Fede me miró como si hubiera enloquecido durante todo el rato. Sabía que estaba volviendo a hacer lo mismo de siempre, huir, pero esta vez era consciente de que estaba haciendo lo correcto.

—No podemos seguir con esto, Julia —sentenció cuando cogí mi mochila.

—No, no podemos —fue lo último que dije antes de irme.

Salí a la calle sollozando como una tonta. Me quedé en el portal de Fede, escondida, porque no me habría importado llorar por la calle si hubiera sido de noche, pero cuando era de día me sentía mucho más expuesta. Me arrodillé en el suelo y desbloqueé mi móvil para encontrarme con la

conversación con Max abierta, cosa que no me ayudó en absoluto a dejar de llorar. La cerré lo más rápido que pude para abrir el chat con mis amigas y escribir un “Reunión de emergencia”. Cinco minutos más tarde ya había conseguido calmarme. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y me levanté, dispuesta a ir a casa de Sandra, como ella misma acababa de proponer. Empecé a caminar y, al girar por la primera calle, me encontré con algo que no me esperaba en absoluto.

—Julia —dijo Marta, examinándome con sus enormes ojos marrones, como si no se creyera que fuera yo.

—Ahora no puedo con esto —me excusé con toda la honestidad que tenía, y estaba dispuesta a pasarla de largo cuando volvió a hablar.

—¿Estás bien? —preguntó, y volví a notar las lágrimas picando en mis ojos cuando la miré.

—No —respondí con la voz rota, y ella respiró hondo.

—¿Quieres hablar de ello?

Y así fue como, contra todo pronóstico, terminé sentada en una cafetería con Marta... Y, por una vez, no me sentía enfadada con ella. Por una vez, solo era Marta, mi amiga de la infancia y, aunque ya no confiaba en ella, se lo conté todo, porque no era ningún secreto, y solo necesitaba que me escuchara.

—Así que al final sí tuviste algo con tu amor platónico —comentó, visiblemente divertida pero con precaución. Notaba que no quería pasarse de confiada, y no sabía si agradecersele o sentirme incómoda.

—No era mi amor platónico. —Solté una carcajada, y ella me miró con una ceja levantada.

—Desde que lo conociste, te ponías como un tomate cada vez que lo veíamos por la calle o en la tienda y te saludaba —me recordó.

—Eso no es... —empecé, pero no tenía sentido negarlo—. Vale, sí, es verdad.

—Y, ¿fuiste feliz mientras estabas con él? —preguntó, y asentí con la cabeza—. Pues deberías quedarte con eso. Puede que no vuelva, pero al menos tienes todos esos recuerdos geniales de todo lo que pasasteis juntos. Eso no es algo que todos puedan decir.

Me la quedé mirando un buen rato. Tenía razón, estábamos de acuerdo, aunque como siempre la teoría era mucho más fácil que la práctica, pero quería hacerle una pregunta. Sabía que no era apropiada, y que probablemente se lo tomaría mal, pero quería hacerla de todos modos. Tampoco es como si fuéramos a ser amigas otra vez, así que en el fondo daba igual.

—¿Tú fuiste feliz con Dani? —La verdad es que mi pregunta no iba con malas intenciones, de hecho casi que me alegraba de que se hubiera liado con Dani, porque el chico era un imbécil y me había ayudado a librarme de él.

A ver, que tampoco iba a ponerme a darle las gracias, porque ella tampoco había actuado de la mejor manera.

Marta abrió los ojos de golpe y me miró con miedo.

—No lo digo a malas —aclaré, intentando sonar amable.

Ella se quedó callada unos segundos, con la mirada perdida en la ventana que había detrás de mí, y casi me sentí mal por haber roto esa especie de tratado de paz temporal que habíamos formado sin palabras.

—No —respondió—. Era un imbécil.

Solté una carcajada.

—Sí, es algo de lo que una suele tardar en darse cuenta —admití, y ella sonrió.

—De verdad que lo siento mucho... —empezó, y negué con la cabeza.

—Ya da igual —la interrumpí, y decidí cambiar de tema—. Y, ¿qué es de tu vida?

Procedió a ponerme al día, y me di cuenta de las muchísimas cosas que pueden pasar en la vida de otra persona sin que tú te des cuenta, y en muy poco tiempo. Sus padres se habían divorciado un año atrás, su hermano mayor se había ido a trabajar a Alemania, y su hermana pequeña ya había empezado el bachillerato. Yo recordaba a su hermana como la típica niña adolescente, e imaginármela a pocos años de entrar en la Universidad me parecía una locura pero, después de todo, hacía más de año y medio que no sabía nada de Marta.

Nos despedimos al poco rato. No hubo ningún momento sentimental, ni un “¿nos volveremos a ver?”, solo una despedida con la mano y el recuerdo de esa extraña pero amena conversación, que por lo visto nos hacía falta a ambas.

Mi idea era irme a casa, pero cuando volvió a cogerme la llorera, decidí ceñirme al plan inicial y fui a casa de Sandra, en la que también estaba Andrea, y habían traído un montón de cosas dulces, porque según Andrea eso lo curaba todo.

Cuarenta y dos

Cada golpe que daba la fuerte música contra los altavoces se reproducía en mi cabeza con muchísima más intensidad. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo, era como si todo diera vueltas a mi alrededor, y lo único que recuerdo con claridad es que me estaba muriendo de miedo.

Me abracé a mis piernas, sentada en la tapa del váter de la discoteca, y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, todo seguía dando vueltas. Los cerré de nuevo, y era como si mi cabeza diera vueltas sobre sí misma.

Estaba empezando a hacerse insoportable. La ansiedad en mi pecho me impedía respirar bien y, cuando empecé a llorar, temí ahogarme. Mi cuerpo reaccionó tosiendo, y el esfuerzo hizo que salieran aún más lágrimas de mis ojos.

Había una discusión en mi cabeza en la que yo tenía poco que ver, y era entre mi parte racional que me decía que las cosas no iban bien, mi parte más extrema que me decía que no podría soportar esto mucho más tiempo, y otra parte que no pude identificar, que me aseguraba que todo iría bien. Casi podía escucharlas discutir, y me entró mucho más miedo.

Mi mente iba a mil por hora, reproduciéndome sin parar imágenes de Max, algunas de los momentos felices, pero sobre todo de los momentos tristes. Eso era gestionable. Entonces las imágenes empezaron a ser de mi madre, desde mis primeros recuerdos de ella hasta los últimos, cuando la iba a ver al hospital, cuando vomitaba delante de mí sin poder contenerlo y luego lloraba y me decía que sentía mucho que tuviera que haber visto eso.

Ahí empecé a tener ganas de gritar, de llorar e incluso de desaparecer para dejar de sentir tanto dolor.

Menuda mierda de manera de empezar el año.

Alguien dio dos golpes contundentes a la puerta, y en mi cabeza sonaron tan fuerte que solté un casi imperceptible sonido de dolor.

—¡Julia! —escuché que gritaba una voz que asocié a la de Sofía—. ¿Estás bien?

—Sí —contesté, y me sorprendí a mí misma al hablar con tanta claridad—. Dame un minuto, ya salgo.

Noté sus pasos alejarse de la puerta del cubículo, pero no salió del cuarto de baño. Se quedó esperando a que yo saliera, así que tuve que darme prisa en espabilarme. Me levanté, respiré hondo y parpadeé varias veces, para ver si así conseguía serenarme. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y carraspeé.

Abrí la puerta del cubículo y salí, poniendo mi mejor cara de “aquí no ha pasado nada”. Sofía me miraba con una ceja levantada, como si no terminara de creérselo.

—¿Un mal viaje? —preguntó, y me encogí de hombros.

—Ni bueno ni malo —mentí, porque no quería que se sintiera con la responsabilidad de lidiar conmigo el resto de la noche.

Ella asintió con la cabeza, mirándome con precaución, y salimos del cuarto de baño al mismo tiempo que tres chicas entraban, una de ellas con lágrimas en los ojos.

Madre mía, el alcohol, la capacidad que tiene para hacer que toda la mierda salga a la luz. Y si encima eres como yo y decides probar el MDMA por primera vez, ya ni te explico.

Había tomado muy poco, lo justo para probar, pero solo con esa pequeña porción ya decidí que no quería volver a probarlo nunca más. También cabe decir que había elegido una muy mala época para ponerme a experimentar, porque mezclar el malestar psicológico con drogas suele ser una idea nefasta.

Hacía solo cuatro días que lo que había entre Fede y yo había terminado, y me sentía tan culpable que apenas podía soportarlo. De nada había servido toda mi valentía para decirle a Fede que hasta ahí habíamos llegado, en ese momento me sentía una mierda. Por no haber podido olvidar a Max, por haber creído que podría tener una relación con otra persona, por haberle hecho daño a Fede... Por suerte, de vez en cuando salía mi parte racional a saludar y a decirme que no todo había sido culpa mía, pero era algo que no ocurría a menudo.

Ese fin de año había decidido ir a la fiesta a la que Sofía Pina, mi amiga de la infancia, me había invitado. Estaban muchos de sus amigos, algunos de los cuales ya conocía. Creo que el salir de fiesta en general había sido una mala idea. No estaba para esas cosas, pero me negaba a admitirlo. Llevaba demasiado tiempo negando demasiadas cosas.

Además, por si fuera poco, conocía ese lugar. Me había dado cuenta antes, pero me reafirmé cuando fui a la barra a pedir agua y allí estaba ella, Gala, sirviendo bebidas con una sonrisa en la cara.

Intenté pasar desapercibida, porque me sentía muy desconectada de la versión de mí misma que había sido en verano, tan alegre y atrevida. En ese momento sentía que solo inspiraba lástima, que llevaba todo mi dolor reflejado en la cara.

No funcionó, porque sus ojos me encontraron y levantó las cejas, sorprendida al reconocermme.

—Julia —me llamó, y vino hacia mí—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondí, fingiendo una sonrisa—. ¿Y tú?

—Ocupada, como siempre. —Gala rio, y luego miró a mi alrededor—. Oye, ¿y tu novio... Max? Volví a sonreír amablemente.

—Se fue —le expliqué, y me sorprendí a mí misma al ser capaz de decirlo sin reparo, al tenerlo tan aceptado—. Vivía en Nueva Zelanda, y volvió.

—Joder, lo siento mucho —me dijo, haciendo una mueca de lástima que no me gustó nada, porque sentía que últimamente todo el mundo me miraba así, aunque podían ser paranoias mías—. ¿Quieres una copa? Invita la casa.

Negué con la cabeza.

—Vengo a por agua —le dije porque, aunque me sentía algo mejor, era consciente de que más alcohol solo empeoraría las cosas.

Ella asintió, y se fue a buscarme el agua. Me quedé quieta, examinando el interior del bar, y todo empezó a darme vueltas otra vez. Me llevé una mano a la cabeza y decidí salir de ahí, porque me estaba mareando y no quería caerme ahí en medio.

Ni siquiera esperé a que Gala trajera el agua, solo me fui, buscando la puerta que conducía al exterior mientras empezaba a tener ganas de vomitar. Estaba sudando, me moría de calor y solo pensaba en salir de ahí. Me choqué contra varias persona, aparté a otras de mi camino de formas no muy amables y, cuando por fin llegué a la puerta y pude salir al exterior, el aire frío en mi cara me hizo querer gemir de placer. Cerré los ojos y me quedé quieta, permitiéndome respirar, sintiendo cómo las náuseas empezaban a evaporarse.

Fui a sentarme al bordillo de un local que había al lado del club, y respiré hondo. Ya se me había pasado lo que fuera que me había dado ahí dentro, pero mis pensamientos seguían siendo demasiado para mí. Ni siquiera recuerdo de qué iban exactamente, solo sé que se empezaban a hacer insoportables.

Saqué el móvil en un intento de distraerme y, casi involuntariamente, terminé abriendo la conversación con Max, en la que su mensaje, el que me había mandado el día en que lo había dejado con Fede, seguía esperando una respuesta.

Max: *¿cómo estás?*

Eran solo dos palabras, pero cada vez que las leía se me removía algo por dentro, no sabía muy bien el qué. Se me escaparon un par de lágrimas que fueron seguidas de muchas más, y decidí contestar.

Julia: *Mal. Estoy mal, joder.*

Julia: *No puedo más.*

Abrí los ojos y tuve que volver a cerrarlos de golpe. No había bajado la persiana de la mi ventana la noche anterior, y había tanta luz que solo dos segundos de contacto con esta me habían dado dolor de cabeza.

Solté un gruñido y me tapé hasta arriba. Una vez tapada, intenté abrir los ojos, pero estaba tan cansada que me costó mucho más esfuerzo de lo normal. Se me cerraban casi automáticamente. Tras varios minutos de intentos, por fin conseguí tenerlos medianamente abiertos, y mi parte masoquista decidió destaparme de golpe y tener que enfrentarme a la luz sin previo aviso.

Cuando por fin dejé de hacer el patético con mis ojos y la luz, me dio por buscar mi móvil para mirar qué hora era. La noche anterior había decidido coger un taxi para volver a casa porque no me veía capaz de volver ni a pie ni en transporte público, y creía recordar haber llegado hacia las cinco. Tras buscar durante un buen rato, encontré el móvil casi a los pies de la cama, debajo de las sábanas. Vete a saber cómo había llegado ahí.

Encendí la pantalla, y lo que vi me hizo olvidarme de mi duda sobre la hora. Tenía seis llamadas perdidas de Max, varios mensajes suyos pidiéndome que lo llamara y preguntándome qué estaba ocurriendo, y luego unos cuantos de Raquel y Sandra.

Fruncí el ceño, porque en un principio no recordaba nada de lo que había ocurrido la noche anterior, solo partes inconexas, pero luego vi los dos mensajes que le había mandado a Max, y entendí que estuviera así de alarmado.

Estaba escribiéndole que no se preocupara por nada, que estaba bien, cuando llamaron al timbre de mi casa. Me sentía incapaz de levantarme, así que agradecí cuando escuché la puerta de la habitación de Claudia abrirse y sus pasos dirigirse a la puerta. Abrió, y no escuché de quién se trataba, pero luego dos pares de pasos se dirigieron de nuevo al pasillo en el que estaban nuestras habitaciones. Pensé que sería su novia, pero entonces se abrió la puerta de mi habitación y apareció Raquel a través de ella.

Levanté una ceja.

—¿Hola? —la saludé en una pregunta, porque no entendía qué hacía ahí. No me había dado tiempo a ver sus mensajes, así que seguramente tenía algo que ver con eso.

—Hija, que pensábamos que te había pasado algo —dijo, notablemente aliviada, y entró en mi habitación como si de su casa se tratara para sentarse en mi cama.

—¿Pensábamos? —inquirí, sin comprender qué estaba ocurriendo—. ¿Te dije algo ayer?

—No, pero le dijiste algo a alguien y el pobre estaba preocupadísimo —respondió.

—¿A quién? —pregunté, porque quizás le había dicho algo a más gente y ni me acordaba.

En mi defensa diré que tenía resaca y un dolor martilleante en la cabeza. Con eso es difícil pensar racionalmente.

—Venga, va, una adivinanza: empieza por eme y acaba por “ax”. —Rodó los ojos, mirándome como si fuera tonta.

Tampoco la puedo culpar, porque últimamente un poco tonta sí que estaba.

—¿Max te lo ha contado? —cuestioné.

—Max me ha llamado hace media hora, estresadísimo porque no conseguía hablar contigo —me explicó, y quise morirme ahí mismo. Odiaba ser un problema, y no me gustaba nada haber preocupado a Max—. Estaba paranoico porque no le contestabas a los mensajes y le habías dicho que estabas mal. Que yo ya le he dicho que probablemente te habías quedado frita, pero él erre que erre, así que aquí estoy. Dile algo al pobre chaval, que son sus dos de la mañana y no debe de poder dormir.

No perdí ni un segundo, porque ya me sabía suficientemente horrible por haberlo preocupado así, y lo mínimo que podía hacer era dejarlo tranquilo. Abrí nuestro chat y le escribí un mensaje rápido, entre todos sus mensajes preguntándome qué ocurría y si necesitaba hablar.

Julia: *Estoy bien, lo siento mucho*

Julia: *Bebí demasiado y me sentó mal, no pretendía preocuparte*

Julia: *Lo siento mucho*

Él tardó poco en contestar, y me hizo sentir aún peor el saber que estaba tan pendiente del móvil por mí, probablemente.

Max: *¿estás segura de que estás bien?*

Julia: *Sí, sí*

Julia: *No te preocupes*

Julia: *Una mala noche, eso es todo*

—¿Va todo bien? —me preguntó Raquel repentinamente, después de haber estado un buen rato callada, algo que no era demasiado usual en ella.

—Sí, ya está —respondí—. Le he dicho que no se preocupe. Ayer me sentó mal el alcohol, y además me había dado por probar el M y no fue una buena idea.

—El éxtasis te puede llevar a hacer cosas muy raras —coincidió conmigo—, pero llevo notándote diferente desde hace semanas, así que repito: ¿va todo bien?

—Claro que sí —contesté con tranquilidad, porque no comprendía de dónde venía tanta preocupación.

Raquel se autoinvitó a comer a mi casa y tardó muy poco en llevarse genial con mi padre y, sorprendiéndonos de todos, incluso Claudia se reía con sus bromas. Teniendo en cuenta lo reservada que solía ser mi hermana, eso era prácticamente un suceso paranormal.

Se fue hacia las cuatro, y en cuanto salió por la puerta yo fui a encerrarme en mi habitación. Me eché en la cama, y me quedé pensando en todo lo que había ocurrido, especialmente en la parte en que Max se veía envuelto, durante un buen rato. No salí de mi cabeza hasta que escuché unos sutiles golpes en la puerta, y a los pocos segundos esta se abrió, mostrando a Claudia, que me miraba con algo de confusión.

Se acercó a mí sigilosamente tras cerrar la puerta con cuidado, y se sentó en la silla que había delante de mi escritorio, girándola para poder mirarme, pero agachó la vista.

—Ayer te escuché llorando, después de que llegaras —murmuró.

Me quedé parada unos segundos antes de reaccionar. Esa parte de la noche sí la recordaba, aunque lo de irme a dormir llorando no era algo nuevo, no en esa época.

—¿Qué hacías despierta a las cinco y pico de la mañana? —opté por desviar el tema hacia una falsa preocupación de hermana, y ella me miró con precaución.

—Estaba mirando pelis en Netflix —me explicó, y me sorprendió que no me hubiera mandado a

la mierda—. Creo que deberías ir a mi psicóloga. Te iría bien.

No era la primera vez que la idea cruzaba mi cabeza, pero no creía que fuera necesario.

—No estoy tan mal —rebatí, soltando una carcajada como si lo que estaba diciendo fuera una tontería, aunque me guardé la idea para contemplarla—. Además, ¿tú no vas por el déficit de atención?

—Sí —respondió ella—. Pero hablamos de muchas más cosas. Todas tenemos cosas que necesitamos superar.

—Yo estoy bien —insistí—, pero gracias.

—Bueno, tú sabrás —volvió a su actitud borde tras esa extraña pausa de amabilidad, y salió de mi habitación.

Cuarenta y tres

Max

Era una noche tranquila, acompañada por una agradable brisa veraniega. Había sido un día caluroso, pero al irse el sol y aparecer algo de viento, se estaba bien. Las estrellas brillaban en el cielo, y entre ellas destacaban especialmente las nubes de Magallanes, llevando mis pensamientos a lugares y tiempos ya lejanos.

Es curioso cómo puedes haber conocido algo durante años pero, cuando lo compartes con una persona, su significado para ti puede cambiar para siempre. No dejaba de mirar los dos cuerpos celestes y de pensar de esa noche, más de un año atrás, en el que se los había enseñado a Julia. La noche en que me había besado por primera vez, en la que todo había empezado.

Llevaba una semana, desde fin de año, sin saber mucho de ella, al menos no por su parte. Habíamos vuelto a nuestra dinámica de no hablarnos, pero muchas veces no podía resistirme a preguntarle a Raquel cómo la veía, a lo que siempre me respondía lo mismo: que ella parecía estar bien, pero se la notaba diferente desde hacía semanas, puede que incluso meses.

Estaba preocupado, no podía evitarlo, y dolía. No diré que ojalá hubiera podido olvidarla presionando un botón, porque no quería olvidarme de ella. Sabía que lo terminaría superando, pero no quería olvidar a Julia ni todo lo que habíamos vivido. La verdad es que hacía ya unas semanas que estaba empezando a superarlo, pero saber que las cosas no le iban bien a Julia me había hecho “recaer”, si es que se puede usar este término en situaciones como esta.

—¿Todo bien? —me preguntó Hayes, cerrando la puerta de la terraza tras él, sin que ni siquiera me hubiera dado cuenta de que había salido.

Me giré hacia él y lo vi encendiendo un cigarro, un hábito que era relativamente nuevo para él.

—Sí. —Acompañé mi respuesta de un asentimiento de cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—Pago el alquiler cada mes, así que me considero con derecho a salir a la terraza —contestó, y rodé los ojos.

Él rio y se sentó a mi lado, dando una larga calada al cigarro. Luego me lo tendió, ofreciéndome sin palabras, y lo cogí de sus dedos para fumar una vez, que fue todo lo que necesité para recordar por qué no me gustaba el tabaco.

—Está asqueroso —le dije, devolviéndole el cigarro.

Él me miró con diversión, pero cuando desvié la mirada de nuevo al cielo, pude notar cómo se ponía serio.

—¿Todo bien? —preguntó, y me encogí de hombros.

—Todo es un poco raro, la verdad —contesté, y él asintió con la cabeza.

—Las rupturas son un asco —dijo él, y lo miré con una ceja levantada.

—Pero si tú has vuelto con Ellie —le recordé—. Además, ya hace más de cuatro meses de lo de Julia, estoy bien.

—Ya, pero cuando rompimos no sabía que terminaríamos volviendo —explicó, mirándose como si fuera idiota—. He estado más de medio año soltero. Ha sido muy raro.

—Pero si has follado mucho. —Reí.

—Sí, pero no es lo mismo —respondió—. Puedes follar muchísimo y seguir sintiéndote vacío.

No pude negárselo, porque tenía toda la razón.

En fin de año, me había acostado con una chica por primera vez desde que las cosas entre Julia y yo habían terminado. Se llamaba Danna, era amiga de Meg, y cuando había ocurrido ya

llevábamos varias semanas hablando y quedando. No parecía interesada en una relación, y yo tampoco lo estaba, así que ya me iba bien. Aun así, al acostarme con ella, la sensación había sido extraña. Había estado bien: había habido sudor, mucho sexo, me había corrido, ella se había corrido, y luego se había quedado a dormir en casa... Pero me habían faltado los fuegos artificiales, la sensación de estar haciendo algo muy íntimo, las ganas casi insoportables de estar dentro de ella, el querer besarla, acariciarla, tocarla toda la noche. Sí, había estado cachondo, y mucho, pero no había sido lo mismo que con Julia. A veces incluso creía que el sexo nunca volvería a ser tan bueno para mí como lo había sido cuando lo hacía con ella.

Luego, al despertarme tarde y encontrarme con un mensaje de Julia diciéndome que estaba mal, mi pecho se había hundido, y en cierto modo lo seguía estando. Me sentía intranquilo. Estar lejos de la persona a la que quieres es una mierda, pero si encima sabes que esa persona no está bien, es aún peor. Sobra decir que no me había creído ni una palabra cuando ella me había asegurado que todo iba bien y que solo había sido una mala noche.

No había vuelto a quedar con Danna. No todavía. No sabía a qué estaba esperando para decirle de vernos otra vez, solo sabía que, aunque ella me gustaba, no me sentía listo.

Busqué mi móvil a tientas, distraídamente, explorando por la superficie de la mesa con mi mano, pero no lo encontré. Entonces recordé que lo había dejado en la habitación, porque necesitaba salir, respirar, aislarme y alejarme de la tentación que me suponía el tener la posibilidad de mandarle un mensaje a Julia.

—¿Cómo está Julia? —Al escuchar esa pregunta salir de los labios de Hayes habría podido pensar que sabía leer mentes, pero no era tan difícil adivinar que estaba pensando en ella.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Raquel dice que no se la ve mal, solo algo extraña.

Hayes suspiró.

—Ojalá supiera qué decirte —musitó.

—Se alegraría mucho de saber que Ellie y tú habéis vuelto —comenté, y él rio.

—Si es que somos una pareja modelo, todo el mundo nos adora —bromeó.

Me reí con él, y la conversación fue perdiendo seriedad hasta convertirse en una retahíla de chistes malos y bromas insultantes entre nosotros. Lo de siempre, vamos. Me gustaba mi relación con Hayes porque los momentos serios solían durar más bien poco, y nos gustaba reírnos de la vida y de nuestras mierdas. De vez en cuando, era un alivio poder hacerlo.

Él se fue, porque había quedado con Ellie para cenar, y me quedé solo en casa. Cociné algo rápido, echando de menos en silencio la comida de mis padres y de mi abuela, y me lo comí mirando una película de Clint Eastwood que echaban en la televisión.

Me fui a la cama pasadas las tres. Me quité la ropa poco a poco, sin ningún tipo de prisa. Era la madrugada de un sábado, así que no tenía nada que hacer al día siguiente. Me gustaba dormir desnudo en verano, y solía serme indiferente usar ropa interior o no. Me metí en la cama y cogí el móvil de mi mesilla de noche para ver si alguien me había hablado, y así poder contestar antes de irme a dormir.

No me esperaba tener un mensaje de Julia. Llevaba tiempo resignado al hecho de que no volveríamos a hablar, así que me cogió por sorpresa, y no sabía cómo sentirme al respecto.

Julia: *¿Estás dormido?*

El mensaje era de hacía quince minutos, y me rompí la cabeza un buen rato buscando una respuesta adiente, ni muy seca ni demasiado entusiasta, hasta que al final me cansé. Era una tontería tener que estar midiendo las palabras con alguien con quien había vivido tanto.

Max: *no*

Max: *¿pasa algo?*

No tardó mucho en contestar.

Julia: *¿Puedo llamarte?*

Mis cejas se levantaron, acentuando aún más la sorpresa que sentía. ¿Que si podía llamarme? Joder, claro que podía. Sentía que llevaba siglos sin oír su voz. En los pocos segundos que pasé pensando en que por fin iba a poder escucharla, cuando mis dedos estaban a punto de volver a tocar la pantalla para escribir una respuesta, llegó otro mensaje.

Julia: *Da igual, lo siento*

Julia: *Estarás cansado, y sé que acordamos no hablar más*

Julia: *Buenas noches, Max*

Suspiré. Por una parte, el hecho de que pensara que yo no quería hablar con ella me hizo sentir un pinchazo bastante feo en el pecho, pero a la vez sabía que ella tenía la manía de pensar que molestaba a todo el mundo, cuando su presencia era lo único que llevaba meses deseando.

Decidí llamarla de todos modos, pero la llamada de WhatsApp fue rechazada casi de inmediato, lo que indicaba que probablemente había apagado el móvil.

Respiré hondo. Este tema me estaba volviendo loco. No sabía qué estaba ocurriendo, y me di cuenta de que estaba quedándome estancado al preocuparme por Julia. Desde el mensaje suyo que había recibido el primer día del año, me había encerrado de nuevo. Podía preocuparme por Julia y seguir adelante a la vez. Tenía que hacerlo.

Así que, tras darle unas cuantas vueltas, a la mañana siguiente le mandé un mensaje a Danna.

Cuarenta y cuatro

Mi pie repiqueteaba constantemente contra el suelo. En esa habitación estrecha, pintada de colores cálidos, no se escuchaba más que el sonido que hacía mi zapato al encontrarse con el suelo.

—Para —me pidió Claudia con contundencia, y le hice caso de inmediato.

Me había sorprendido al acceder a acompañarme. Entendía que no era como si le hubiera pedido que me acompañara al supermercado, a lo que me habría llevado una negativa directa, pero, aun así, era curioso.

Hacía años que no estaba en ese lugar. Concretamente, desde un mes después de la muerte de mi madre. En ese entonces, había ido durante varios meses, un día a la semana, pero pasado ese tiempo yo misma había decidido que ya estaba bien y que no necesitaba terapia, entre otras cosas porque había empezado a trabajar y me mantenía entretenida.

Claudia, en cambio, había seguido yendo. No había ido cada semana desde hacía cuatro años, pero de vez en cuando le decía a mi padre que quería volver a ir, y él no hacía preguntas. También la ayudaba, desde que le habían diagnosticado TDAH dos años atrás, a organizarse mejor para poder estudiar. Ella no sacaba las mejores notas, de hecho solía aprobar las asignaturas por los pelos, pero al parecer los métodos que le daba la psicóloga habían hecho que sus puntuaciones subieran un poco.

Me tomaba mi salud mental demasiado a la ligera. Incluso ese día, en la sala de espera de la psicóloga, seguía creyendo que podría haber superado mi “mala racha” —como yo consideraba esa época— por mis propios medios. Ahora ya sé que estaba completamente equivocada.

—¿Julia? —preguntó una mujer de mediana edad, con gafas y un tono amable, tal y como la recordaba de hacía cuatro años.

—Sí —respondí, y me levanté.

Miré instintivamente a mi hermana y ella me dio una pequeña sonrisa, que le devolví antes de seguir a la señora hasta un despacho sobrio, pero con las paredes también pintadas de colores cálidos.

Me invitó a ocupar el asiento que quedaba mirando a la ventana, y ella se sentó delante de mí, con una mesa separándonos.

—Cuánto tiempo —me dijo y, como no sabía qué contestar, solo le di una sonrisa tímida—. ¿Cómo estás?

Mi primer instinto fue contestarle que todo iba bien y que, de hecho, ni siquiera sabía por qué estaba ahí, pero de repente me sentí sobrecogida por un sentimiento que no supe identificar, que me cortó la respiración, y cuando me quise dar cuenta tenía que estar aguantando las lágrimas.

—No lo sé —respondí con honestidad—, pero no me siento bien.

Cuarenta y cinco

Salí de la consulta de la psicóloga a las seis de la tarde. Había estado años sin saber lo que era poder hacer planes a esas horas, pero tampoco me había costado acostumbrarme desde que había dejado el trabajo.

El cambio había sido duro, aunque significara más tiempo libre para mí. Había estado casi cuatro años trabajando ahí, yendo cada tarde al mismo sitio, y pasando el rato con la misma persona. El hecho de que Adri también tuviera pensado irse lo había hecho algo más llevadero, porque entonces sabía que, de haberme quedado, habría sido sin Adri.

Aunque, honestamente, lo que más echaba de menos era el dinero. A Adri lo veía a menudo. De hecho, había quedado con él, Raquel, Sandra y Miriam —aunque probablemente terminaría uniéndose más gente— en veinte minutos.

La verdad es que eso del tiempo libre era un lujo que iba a durarme poco, porque en una semana empezaría las prácticas. Estaba entre emocionada y muerta de miedo. Tenía muchas ganas de empezar a hacer trabajo de hospital, pero a la vez me asustaba la posibilidad de que se me diera mal, o de que descubriera que no estaba hecha para eso.

Aproveché que tenía diez minutos de margen para ir a cumplir la primera parte de la especie de deberes que me había puesto la psicóloga. Sabía que no había ninguna papelería en mi camino hacia el bar, así que probé suerte en una librería discreta en la que, pese a haber vivido siempre en esa zona, no recordaba haber entrado antes.

Saludé a la mujer que estaba en el mostrador, que me devolvió una sonrisa amable, y me puse a buscar. Vi un par o tres de libros que parecían interesantes, pero tuve que obligarme a centrarme en mi misión. La librería parecía, desde fuera, mucho más pequeña de lo que realmente era. No fue hasta que llegué al final del pasillo repleto de estanterías con libros que encontré lo que buscaba.

Había libretas de varios colores, de series de televisión, películas, sagas... A decir verdad, no me gustaban las cosas demasiado coloridas. Quería algo sobrio, neutro y práctico. Nada más.

Encontré una libreta de un color amarillo mostaza que enseguida me llamó la atención y, aunque en un principio quería algo neutro, el amarillo me pareció adecuado, porque necesitaba esa libreta para ir haciendo listas, cada día, de todas las cosas buenas que me hubieran pasado. Esa era la tarea que me había encomendado la psicóloga y, aunque en un principio me había parecido algo infantil, al pararme a pensar en ello, no era tan mala idea. De hecho, me hacía un poco de ilusión y todo.

Mis amigos solían decirme que era una persona pesimista, pero no me lo tomaba demasiado en serio porque el tono era de broma. Había necesitado las cinco sesiones que ya llevaba con la psicóloga para darme cuenta de que verlo todo tan negro no era sano en absoluto. Que sí, que parece obvio, pero cuando llevas años viendo las cosas así, terminas pensando que es lo normal.

Así que cogí la libreta amarilla, con todas sus connotaciones alegres, y me disponía a irme cuando algo más llamó mi atención. Era un cuaderno más grande, negro, rodeado por una goma elástica. Decidí cogerlo casi por instinto, y ni siquiera pensé en lo que iba a poner en él, solo sabía que necesitaba escribir.

Llegué al bar con las dos libretas en el bolso y la bufanda bien enrollada en el cuello. Que sí, que

me encantaba el invierno, pero esa ola de frío estaba siendo demasiado, aún siendo mediados de febrero. Al menos esa temperatura había conseguido que Sandra y Pablo —que no sabía que también venía hasta que lo había visto— dejaran sus exigencias de fumadores de lado y renunciaran a tomar algo en la terraza del bar, que estaba desierta porque seguramente todo el mundo había pensado lo mismo que ellos: demasiado frío para estar fuera.

—Gente, estoy hecha una porquería —fue lo primero que dijo Raquel al sentarse.

No hacía falta que lo dijera, porque su voz decía “congestión nasal” a gritos. Ay, el invierno y sus resfriados. Adri tampoco estaba muy fino, y sonreí al pensar en que lo más probable era que Raquel lo hubiera contagiado. Tener pareja es fantástico hasta que uno de los dos pilla una enfermedad contagiosa.

Habíamos quedado ese día porque Raquel lo tenía libre. Al parecer le debían muchos días de vacaciones, y se había cogido ese para, según ella, dormir hasta las doce y no hacer absolutamente nada en todo el día. Adri se estaba tomando una especie de mes sabático tras dejar el trabajo en la tienda, aunque ya había empezado a buscar otro trabajo.

—Pero, ¿cómo vas a tener una escalera?! —le gritaba Adri a Pablo media hora más tarde.

Habíamos empezado a jugar a cartas, como era habitual, pese a que éramos plenamente conscientes de que siempre terminábamos todos peleados. Sobre todo Adri, que era muy mal perdedor.

—Y, ¿yo qué sé? —se quejó el atacado, claramente molesto—. Ni siquiera sé jugar a esta mierda de juego.

—Y aun así, has ganado —observé, y Adri se giró hacia mí con una expresión de indignación—. No me mires así, Adrián, que es la suerte del principiante. A la próxima ya ganarás tú.

—Eso, tú trátalo como si tuviera tres años, que cuando se pone así, lo parece —bromeó Raquel, y Adri soltó un gruñido.

Pablo negó con la cabeza y se puso a mirar algo en su móvil. De repente empezó a reírse, y todos lo miramos. Él parecía ajeno al hecho de que había llamado todas nuestras atenciones, porque empezó a hablarle a Adri como si nada.

—¿Has visto lo que ha pasado Max por el grupo? —preguntó, y mi atención aumentó considerablemente.

A veces hablaban de Max, porque obviamente no iban a estar callándose cosas sobre su amigo solo porque yo lo echara de menos. Al principio, meses atrás, omitían el tema, pero después de eso habían empezado a hablar de él con normalidad. La primera vez me había dado un vuelco el corazón, a pesar de que no habían dicho nada relevante sobre él, pero a esas alturas ya no me dolía. Las sesiones con la psicóloga me habían ayudado a aprender a llevar mejor la situación —entre muchas otras cosas— y, aunque la mención de su nombre seguía acelerándome el pulso, no me hacía sentir mal.

—No —respondió Adri, y Pablo giró el teléfono hacia él.

Y sí, yo estaba al lado de Adri, y también vi la foto de Max en la playa, sin camiseta, con una tabla de surf al lado. De repente, a pesar de que hasta entonces había estado bien, empecé a tener mucho calor. Eso era otro tipo de dolor, no emocional: era frustración sexual. Que sí, que llevaba solo dos meses sin actividad de ese tipo, pero echaba de menos el sexo con Max, porque era maravilloso.

Cuando quise darme cuenta, alguien estaba pasando una servilleta por mis labios, y me giré para ver a Sandra mirarme con una sonrisa ladina.

—Es que se te estaba cayendo la baba —dijo, y rodé los ojos mientras el resto de la mesa se echaba a reír.

—Será que no tengo motivos para que se me caiga. —Me encogí de hombros.

—Ya, la verdad es que está para comérselo —Sandra concordó conmigo, asintiendo con la cabeza.

—Calla, tonta —respondí, dándole un empujón, y ella se rio.

—Se ve que se ha pedido una semana de vacaciones para irse a hacer surf con su compañero de piso —comentó Pablo.

—Qué bien vive, el cabrón —dijo Raquel en un suspiro.

Me levanté para ir al baño mientras ellos seguían hablando de él. Me habría quedado a escuchar más, pero era consciente de que no me hacía ningún bien.

Cuando volví del baño, pasé por una especie de biombo que quedaba al lado de nuestra mesa, pero mis amigos no podían verme, y cuando escuché de qué estaban hablando me quedé ahí quieta.

—Las cosas no le van mal —dijo Raquel, y sabía que hablaban de Max porque había escuchado algo de la conversación mientras caminaba hacia allí.

—Parece que no —respondió Pablo—. Creo que se ha echado una especie de novia, o de rollo, o algo así.

Noté cómo mi pecho se hundía de golpe. Era consciente de que llegaría el momento en que Max volviera a estar con alguien, pero pensaba que estaría mejor preparada. No me sentó bien. De repente quería llorar, quería irme a mi casa. No estaba enfadada con él, claro que no, porque tenía todo el derecho a estar con quien quisiera y, además, yo también había estado con otra persona, pero no pude evitar que me sentara mal.

Cerré los ojos y respiré hondo un par de veces mientras escuchaba a Miriam hablar de una chica llamada Danna, con la que Max parecía tener algo. Recordé lo que me había dicho la psicóloga y empecé a centrarme en controlar mi respiración, hinchando la barriga cada vez que entraba aire. No puedo decir que fuera un remedio milagroso, pero me ayudó a recomponerme un poco.

—¿De verdad? —preguntó Sandra, y él contestó afirmativamente—. Vaya. ¿Juls lo sabe?

Elegí ese momento para poner una sonrisa tranquila y empezar a caminar de nuevo, como si no llevara un buen rato de pie, escuchando. Llegué a la mesa y todos me miraron como si los hubiera pillado haciendo algo malo, aunque no quería que supieran que los había escuchado.

—¿Si sé qué? —pregunté, haciendo como si solo hubiera oído la última parte de la conversación. Se creó un silencio algo tenso, mientras todos pensaban en qué inventarse, y fue Sandra la que finalmente habló.

—Que Sofía Pina está saliendo con Albert, el amigo de Adri y Pablo —comentó, y sonreí.

No los culpaba por mentirme. Sabía que solo estaban intentando protegerme, y prefería eso a tener unos amigos insensibles que me soltaran cosas fuertes sin más. Además, no sabía que Sofía Pina, mi amiga de la infancia, con la que había intentado recuperar la amistad yendo de fiesta en fin de año, estuviera saliendo con un chico del grupo de Adri y los demás. El cotilleo era bueno, y consiguió distraerme un poco de lo que había escuchado minutos atrás.

—¿De verdad? —pregunté, sentándome en mi silla y mirándola con interés—. ¿Desde cuándo?

Llegué a casa a una hora bastante decente con una idea muy clara en la cabeza. Papá estaba haciendo la cena, y me ofrecí a ayudarlo pero estaba haciendo algo sencillo, así que no necesitaba una mano. Fui hacia la puerta de la habitación de Claudia y respiré hondo. Tenía que hacerlo. Me era incómodo, y mucho, pero ya había pospuesto demasiado esa conversación.

Llamé a la puerta con los nudillos.

—¿Qué? —preguntó mi hermana con su tono molesto habitual.

—¿Puedo entrar?

—Supongo.

Rodé los ojos antes de abrir la puerta y entrar. Claudia estaba echada en la cama, con el portátil encima, y me miraba con una ceja levantada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Me senté en su cama y volví a respirar hondo.

—¿Te has quedado muda? —insistió.

—Quería hablar contigo —empecé, y su ceja se levantó aún más.

—¿De qué?

—Siento mucho no haber estado ahí para ti cuando murió mamá —solté.

Ella se quedó callada unos segundos antes de volver a hablar.

—Eso pasó hace años, Julia, ya da igual.

—No da igual —rebatí—. Mi forma de gestionarlo fue hacer como si no hubiera pasado nada, y no fue justo para ti.

—Tú lo estabas pasando igual de mal que yo.

—Y lo sigo pasando mal, porque fui una cabezona y no me di cuenta de que evitar un problema es la peor forma de gestionarlo —contesté, jugando con mis uñas de forma nerviosa—. Ya lo estoy tratando con la psicóloga, no lo llevo mejor pero creo que voy por buen camino. Lo que quiero saber es cómo estás tú.

Se volvió a quedar callada, y empecé a pensar que igual no había sido una buena idea, que quizás estaba forzando una conversación profunda cuando Claudia no tenía ningún interés en tenerla conmigo, pero entonces habló.

—Sí que me sentí bastante sola cuando pasó lo de mamá —murmuró—, pero no dije nada porque vosotros también lo estáis pasando mal. No culpo a papá, lo hizo lo mejor que pudo, y no lo hizo del todo mal, ni a ti, porque aunque al cabo de poco tiempo decías que ya lo tenías superado, yo sabía que seguías sufriendo.

—Lo siento mucho —contesté, con la cabeza agachada y la vista fija en mis dedos.

—Yo también lo siento. Siempre te hablo mal, y creo que es porque llevo todo este tiempo creyendo que te habías olvidado de mamá, que no la echabas de menos, y eso me hacía estar muy enfadada contigo.

—No podría olvidarme de mamá ni aunque quisiera —le aseguré—. Nunca me he olvidado de ella. La echo de menos cada día, pero siempre me ha sido más fácil apartar el pensamiento que aceptarlo y tener que gestionarlo. Todavía me duele pensar en ella.

—Con el tiempo y con la terapia he aprendido un poco a que deje de doler —me explicó—. Duele muchas veces, sí, pero intento centrarme en lo bueno. Teníamos una madre increíble, y nos dejó unos recuerdos que le darían envidia a muchos.

Noté las lágrimas acumularse en mis ojos y sorbí por la nariz.

—Sí. —Asentí con la cabeza, intentando recuperar la compostura—. Joder, Claudia, la echo mucho de menos.

Ella solo me dio una sonrisa, no como si se estuviera riendo de mí, era una expresión más comprensiva, porque sabía perfectamente de qué le estaba hablando.

Al final terminamos viendo una película juntas en su cama. Si dos horas antes alguien me hubiera dicho que mi noche iba a terminar así, no me lo habría creído, pero la verdad es que nunca le había propuesto hacer nada a Claudia porque me daba miedo que me mandara a la

mierda, así que ni siquiera había contemplado la posibilidad hasta entonces. Me alegraba haberlo hecho. La película era una mierda, y tampoco es que habláramos demasiado mientras la mirábamos, pero poder hacer algo tan simple con mi hermana era algo muy valioso para mí.

Cuando terminó la película Claudia estaba medio dormida, así que me fui a mi habitación y cerré la puerta. Me sentía mucho más ligera, como si me hubiera quitado un peso enorme de encima, pero los pensamientos negativos no tardaron en hacer acto de presencia, y casi todos estaban relacionados con el tema de Max estando con alguien. Había conseguido apartarlo de mi cabeza, porque la conversación con mi hermana había sido mucho más importante en el momento, pero ahí estaba otra vez. Quise obligarme a calmarme pero no había manera, así que decidí hacerle caso a la psicóloga y sacar mi nueva libreta amarilla del bolso. A ver qué tal iba esa técnica.

Saqué un boli que tenía por ahí y abrí la libreta. Las dos primeras frases de la lista fueron fáciles.

“He hablado con Claudia sobre mamá”

“He visto una película con Claudia”

La facilidad terminó ahí. ¿Qué más podía poner? Tampoco podían pasar tantas cosas positivas en un solo día. Estuve cinco minutos de reloj mirando la página, como si esperara a que algo se escribiera solo, pero no se me ocurría nada. Entonces recordé las palabras de la psicóloga, diciéndome que cualquier cosa, aunque solo fuera mínimamente buena, servía. Empecé a pensar, y decidí apuntar lo primero que se me pasó por la cabeza.

“Esta mañana hacía sol”.

Estuve tentada a tacharlo, porque parecía una estupidez, pero luego me di cuenta de que el hecho de que la mañana hubiera sido soleada me había puesto contenta, aunque solo hubiera sido un poco. Así que decidí apuntar más cosas.

“He comido macarrones”

“Me he tomado un café con caramelo”

“Adri se ha enfadado otra vez mientras jugábamos a cartas, y ha sido gracioso”

“He visto a mis amigos”

“Me he comprado dos libretas”

Cuando quise darme cuenta, la lista ocupaba toda la página. Había, tranquilamente, quince líneas de cosas que, durante ese día, me habían alegrado. Giré la página y seguí escribiendo hasta que ya no se me ocurría nada más. Cerré la libreta, y la dejé a un lado. No, no me sentía fantástica, pero tampoco me sentía mal. Quizá ese ejercicio iba a ser bueno de verdad para hacerme ver las cosas de otra manera.

Entonces me fijé en la libreta negra, que también había sacado con la amarilla, pero la había dejado encima de la mesa. No tenía más cosas que decir sobre ese día, pero sentía la necesidad de seguir escribiendo.

De una forma casi instintiva, cogí la libreta negra y la abrí. Presioné suavemente la punta del bolígrafo en la primera página, y empecé a escribir desde donde todo había empezado: una tarde de lluvia, en la biblioteca, estudiando para la Selectividad, y sin saber lo mucho que iba a cambiar mi vida en los siguientes meses.

Cuarenta y seis

No hacía un día demasiado agradable, pero eso ya no importaba. Las nubes cubriendo el cielo ya no acompañaban mi ánimo, y es que todo iba mejorando cada vez más.

Había costado esfuerzo llegar hasta donde estaba en ese momento, pero todo había merecido la pena. Hacía tiempo que ya no lloraba por las noches. Mi corazón ya no sufría al escuchar hablar de Max, ni de su vida, ni siquiera había dolido cuando, unas semanas atrás, a Miriam se le había escapado el tema de la supuesta novia de Max, aunque al parecer poco se sabía sobre el tema. Ya no sentía culpa cuando veía a Fede por el campus de la universidad. Y, lo más importante: estaba bien como estaba. No necesitaba nada más, había dejado de sentirme sola porque estaba mucho más a gusto conmigo misma.

Estábamos a mediados de abril, llevaba tres meses en terapia, y cada vez lo veía todo más colorido, más posible. Las prácticas iban sobre ruedas y, lejos de hacerme ver que no servía para eso, o cualquiera de las tonterías que había pensado antes de empezar, se me daba bien. Se me daba muy bien.

Salí de las prácticas a las nueve de la noche. Estaba cansada, pero me sentía satisfecha. Sonreí al ver a Miriam levantarse del banco de delante del hospital, donde me había venido a recoger, y venir hacia mí. Nos saludamos con un abrazo, y empezamos a caminar hacia el restaurante en el que queríamos cenar esa noche.

—Al parecer lo entendí mal —me dijo de repente, tras haber estado un buen rato hablando sobre cosas sin importancia, y la miré con una ceja levantada—. Max no está saliendo con la tal Danna. Se ve que tuvieron algo durante poco más de un mes, en enero, y luego nada. Yo pensaba que seguía con ella, pero al parecer, no. Siento si te hice daño al decírtelo.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Miriam, da igual —respondí, y ella levantó una ceja—. De verdad, no me importa. ¿Sabes? Sé que nunca dejaré de sentir algo por él, pero tengo aceptado que se acabó. Creo que solo me estaba aferrando al recuerdo de lo bueno que fue lo nuestro, y eso es lo que echaba de menos. Tu hermano siempre será especial para mí, pero es hora de seguir adelante, y él se merece ser feliz. De hecho, cuando me dijiste que estaba con Danna, me alegré por él. Me dolió, sí, pero sobre todo estaba feliz por él.

Miriam se me quedó mirando un buen rato. Ya hacía tiempo que había llegado a esa conclusión, pero como no sacaba ese tema a menudo, además de que había estado tan ocupada que no la había visto en dos semanas, no habíamos podido hablarlo.

—¿Cómo dices que se llama tu psicóloga? Porque yo también quiero —dijo, y me eché a reír.

—Pero si con la tuya vas genial —le recordé, y ella también rió.

—Ya lo sé —respondió, y me miró con una sonrisa—. Me alegra que estés bien. Me hace feliz que tanto Max como tú estéis bien, porque os vi pasarlo mal a los dos y me hacíais sufrir.

—¿A él le va todo bien? —le pregunté, porque de verdad quería saber si era feliz.

—Sí. —Miriam asintió con la cabeza—. Ahora está en Australia con Hayes, se han ido toda esta semana.

Cené con ella. Hablamos, nos reímos mucho y, sobre todo, comimos un montón. Cuando volvía a casa en autobús, decidí mandarle un mensaje a Max. Quería romper esa regla no escrita de no hablarnos, porque sentía que solo hacía las cosas más raras entre nosotros.

Julia: *Hola, Max*

Julia: *¿Cómo va todo?*

No contestó, seguramente porque estaría ocupado explorando Australia —o durmiendo, teniendo en cuenta su afición por la cama—. No fue hasta que ya estaba en casa, tapada por las sábanas, que recibí su respuesta.

Max: *julia!*

Max: *todo bien, dando vueltas por australia*

Max: *¿tú qué tal?*

Sonreí al ver su respuesta, tan espontánea y tan Max. Al mandarle el mensaje me había dado algo de cosa que pudiera no querer hablar conmigo, así que me alegró ver que estábamos en la misma línea.

Estuvimos hablando un buen rato. Me contó sobre su viaje a Australia: habían ido a ver a la familia de Hayes, y luego se habían dedicado a viajar en coche alrededor de la zona. Yo le conté sobre mis prácticas y mis estudios, y se alegró por mí. Dos meses atrás nunca me habría imaginado conversando con Max con tanta naturalidad, no después de todo lo que había ocurrido, pero ahí estábamos.

Me fui a dormir a las once y media sintiéndome relajada, como si me hubiera quitado un último peso de encima. Había estado escribiendo, tanto en mi libreta amarilla de las cosas buenas como en la negra, la de los recuerdos y pensamientos, mientras hablaba con Max.

En los últimos tres meses había sacado tantas cosas de dentro que había temido no saber dónde ponerlas, pero el aceptarlas me había ayudado a aprender a vivir con ellas. Puede que todo el tema de Max y Fede hubiera sido la gota que había colmado el vaso, pero mis problemas no habían nacido allí, ni por asomo. Venían de lejos.

Todavía me quedaba trabajo por hacer, pero lo importante era que había aprendido a aceptar las cosas y dejarlas ir.

Cuarenta y siete

Mi cuerpo se movía distraídamente al ritmo de la canción que sonaba a través del altavoz. Ni siquiera recordaba su nombre, pero solía ponerme esa lista de reproducción en aleatorio, así que ya la había escuchado antes.

Andrea y Sandra tenían que venir a las once, para lo que quedaban solo quince minutos. El plan inicial había sido ir a cenar por ahí, pero a Andrea le habían cambiado el turno de las prácticas a última hora, así que habíamos quedado en ir a cenar otro día. Esa noche, solo saldríamos por ahí, de fiesta. Miriam, Raquel, Adri, Elisa, Sofía y Albert —porque sí, eran pareja, y al parecer iban en serio, así que los habíamos invitado— vendrían más tarde. Solo había salido una vez desde fin de año, en marzo, y la verdad es que había ido genial, así que tenía ganas de salir esa noche.

Con mi padre, mi hermana y mis abuelos habíamos hecho una comida, y había estado muy bien. Como cada año, había echado de menos a mi madre, pero de alguna forma, al estar toda la familia junta, había sentido como si ella también estuviera ahí.

Me quité la toalla que había enrollado en mi cuerpo tras salir de la ducha, y me miré al espejo. Me miré desnuda durante un buen rato. Mi relación con mi cuerpo iba a épocas. En general estábamos bien, nos respetábamos, y yo era plenamente consciente de que no merecía la pena preocuparse en exceso por el físico, pero a veces solo veía defectos. En esa época, teníamos una relación rara. Normalmente estaba todo bien, pero a veces me sentía algo insegura. Miré el montón de ropa que tenía encima de la cama, ropa que había seleccionado como posible atuendo para esa noche, y me rasqué la nuca.

Fui al baño a secarme el pelo, intentando posponer el tedioso momento de tener que empezar a probarme ropa. No me daría tiempo a estar lista para cuando Sandra y Andrea vinieran, pero tampoco era mala idea, porque así podrían ayudarme a elegir.

Me sequé el pelo, me peiné, me puse algo de corrector para las ojeras, rímel, me hice la raya del ojo, e incluso decidí ponerme algo de colorete y *highlighter*. Una vez terminado, volví a mi habitación para empezar a probarme ropa.

Pasaron quince, veinte minutos y esas dos no aparecían. No era raro que llegaran tarde, en absoluto, y de hecho habían avisado, pero llevaba cinco minutos con el mismo vestido puesto, mirándome al espejo e intentando decidir si me convencía o no.

Al final opté por quitármelo, y entonces sonó el timbre.

—¡Claudia! —llamé a mi hermana a gritos para que me oyera, porque estaba desnuda y no quería salir a abrir—. ¡Abre tú, por favor!

Ella soltó un gruñido, que pude escuchar desde mi habitación, y escuché cómo la puerta de la suya se abría, y salía dando fuertes pasos contra el suelo, como si quisiera que me diera cuenta de que no le gustaba nada mi petición, pero lo hacía por el día que era.

Me enfundé otro vestido, uno negro, corto —pero llevaba medias negras debajo—, de manga larga y con un escote de hombros caídos que la verdad es que no estaba nada mal. Di un par de vueltas sobre mí misma, mirando cómo me quedaba en todos los ángulos.

—Estás preciosa.

Me quedé paralizada en el sitio. Mis ojos se abrieron de par en par y me giré lentamente hacia la puerta, de donde venía la voz. No podía ser. No... ¿Qué estaba ocurriendo? Tuve que resistir el

impulso de pellizcarme para ver si estaba soñando, o teniendo alucinaciones. Pero no, él estaba ahí, mirándome con una sonrisa, aunque podía notar el atisbo de inseguridad en sus ojos, probablemente porque no sabía cómo iba a reaccionar.

—Te voy a matar —murmuré antes de dar dos pasos apresurados hacia él para abrazarlo con mucha fuerza.

Sus brazos rodearon mi espalda y me apretaron contra él, dejándome sentir su tan característico olor.

—¿Estás segura? —bromeó Max, riendo en mi cuello, y tuve que hacer un esfuerzo muy grande para no echarme a llorar ahí mismo.

El abrazo duró mucho, aunque a mí me pareció cortísimo. Cuando nos separamos, lo miré, y no pude resistir la tentación de llevar una de mis manos a su mejilla, y acariciarla con el pulgar.

—¿Qué haces aquí? —consegui articular cada palabra sin deshacerme en lágrimas, aunque la emoción se me notaba en la voz.

—¿Dónde iba a estar en un día como hoy? —preguntó, como si fuera obvio—. Feliz cumpleaños, Julia.

Ahí sí que empecé a llorar como una magdalena. Max sonrió y volvió a abrazarme, cosa que me hizo llorar aún más. A la mierda el rímel, la raya, el *highlighter* y todo.

—Estás loco —le dije entre sollozos—. Te quiero. Te quiero muchísimo. Estás loco.

—Eso ya me lo has dicho. —Rio, y no pude evitar reírme con él. Menudo cuadro deberíamos estar haciendo, sobre todo yo, llorando y riendo a la vez. Max llevó dos de sus dedos a mi mentón y me levantó la cara—. Yo también te quiero, Julia.

Seguí abrazada a él, hasta que un pensamiento me hizo fruncir el ceño, y me separé. Él me miró con confusión. Sí, había aprendido a ser más optimista, pero siempre me iba a quedar algo de pesimismo. No podía ser tan bonito.

—¿Cuándo te vuelves a ir? —pregunté, y él se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió, y noté mi corazón encogerse en mi pecho, pero entonces continuó—. En un año, en dos, en tres... Cuando tú quieras, en realidad, y si quieres. Podemos encontrar un sitio que nos guste a los dos y pasar un tiempo allí. No me gustaba nada estar sin ti, Julia. Las nubes de Magallanes no brillan tanto sin ti. No es el único motivo por el que he vuelto, pero es uno de peso. No quería quedarme con el “qué habría pasado si...”. Creo que nos merecemos intentarlo. Puede que no salga bien, pero...

—Cállate —dije.

Y lo besé. Él me devolvió el beso con aún más ganas, y sus manos se posaron en mis caderas. Una de las mías fue donde siempre, a acariciar su pelo, porque me encantaba y porque lo había echado muchísimo de menos.

De repente recordé a mis amigas, y me separé.

—Mierda, que tienen que venir Sandra y Andrea.

—Julia, Sandra y Andrea no van a venir —respondió—. Era todo parte del plan.

Lo miré como si acabara de decirme que la Tierra era plana.

—Entonces... ¿todos lo sabían menos yo? —pregunté.

—Suele ser el punto de una sorpresa, sí —contestó, divertido—. Los avisé ayer. No se lo había dicho antes porque Adri es incapaz de guardar un secreto y te habrías acabado enterando.

—¿Cuánto hace que sabes que volverás? —pregunté.

—Un mes —respondió—. Mi contrato acabó hace tres semanas, y mi viaje a Australia fue de despedida. De hecho, me quedé más tiempo allí, y he vuelto desde Australia.

Yo todavía estaba alucinando, pero a la vez estaba tan contenta de que estuviera de vuelta que no

sabía ni cómo sentirme. Podría haber explotado, y todo. Cuando lo tuve asimilado, después de pensar unos segundos, me acerqué a él con una sonrisa.

—¿Sabes, Max? —pregunté—. Creo recordar que alguien me dijo que, si lo seguía queriendo cuando volviera, no saldríamos de la habitación en un mes.

Max sonrió, y cerró la puerta.

Epílogo

Cierro la libreta en cuanto escucho a Max llamando a la puerta de la habitación. Pongo la libreta negra de nuevo donde suele estar, en el cajón de mi mesita de noche. Me levanto, lista para salir, y abro la puerta. Él ya no está al otro lado, está dando vueltas por casa, buscando vete a saber qué.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto, en voz alta, porque no sé dónde está exactamente.

Escucho sus pasos por la cocina y voy en esa dirección para, una vez allí, encontrármelo rebuscando en los cajones. Me apoyo contra el marco de la puerta y cruzo los brazos, con una sonrisa bailando en mis labios. A ver qué ha perdido ya.

—No encuentro las bolsas de tela —me dice, concentrado en su búsqueda.

—Tercer cajón —le informo, y él asiente con la cabeza antes de mirar en el sitio que acabo de decirle.

Efectivamente, en el tercer cajón están las tres bolsas de tela que solemos usar para llevar la compra.

—Ah, pues sí que estaban aquí —murmura, rascándose el cuello.

Max es un desastre. Es algo que he ido descubriendo con el tiempo, porque consigue hacer que pase desapercibido pero supongo que, después de casi tres años juntos —ininterrumpidos, esta vez—, es difícil no darse cuenta. Lo pierde todo, se olvida de dónde ha dejado las cosas... Lo que es un milagro es que tenga un sentido de la orientación tan bueno, pero eso es solo en la montaña, o en sitios naturales en general, porque en la ciudad también se pierde fácilmente. Lo que me parecía raro era que su habitación estuviera siempre tan ordenada, pero hace ya un tiempo que me confesó que la recogía antes de que yo viniera. Al menos ahora se esfuerza para mantener nuestro cuarto ordenado.

Cuando ya tenemos las bolsas, salimos del pequeño apartamento en dirección a la calle. Estamos en mayo, pero el aire que corre esta tarde es algo frío. Por suerte, no es tan intenso como otros días. Hay veces en que sopla tan fuerte que pienso que me va a tirar al suelo.

Camino tranquilamente mientras miro algo en el móvil, y de repente noto la mano de Max cogiéndome con suavidad del brazo para tirarme hacia él. Levanto la mirada, y veo que me ha salvado con sutileza de comerme una farola. Suelto una carcajada y Max se echa a reír, aunque no es algo tan extraordinario —porque sí, han pasado cosas parecidas antes—. Los dos tenemos nuestras rarezas, pero lo bueno de conocer las del otro es que puedes salvarlo de situaciones como un chichón en la frente por darse un golpe contra el mobiliario urbano, o de no encontrar las bolsas de la compra.

Llegamos al supermercado y empieza la exploración de todos los viernes. Compramos cosas básicas que se nos han terminado, y miramos a ver qué cosa extraña podemos comprar hoy. Cada viernes, aprovechando que es el día de hacer la compra, Max y yo compramos algo que no hayamos probado antes y que nos dé curiosidad.

—Mira esto —dice él, con una lata en la mano, y me acerco a ver qué ha encontrado.

—¿Bebida energética con mojito? —Arrugo la frente al levantar las cejas, y luego hago una expresión de desagrado—. Tiene pinta de que si me tomo eso, no volveré a dormir nunca más.

Max se encoge de hombros y deja la lata donde estaba, para luego seguir mirando. Parece que

hoy tocará comprar alguna bebida alcohólica rara, porque ya estamos en esa sección, y hay cosas muy interesantes.

Estoy examinando una de las estanterías con la mirada, parándome a leer la descripción de cada una de las latas y botellas, cuando algo llama mi atención.

—Martini con fruta de la pasión —leo lo que pone en la lata, y me fijo en que justo al lado hay el mismo producto, pero en formato de dispensador de dos litros.

—Lo he visto por encima hace un rato y ya he sabido que te interesaría. —Max sonríe, acercándose a leer más detenidamente lo que pone en la descripción del producto—. Tiene buena pinta.

—¿Tú quieres? —le pregunto, y él asiente con la cabeza.

—Claro —responde—. Además, hace mucho que no bebemos, de vez en cuando no está mal.

Sonrío, porque tiene razón. Han sido unas semanas algo estresantes, los dos hemos tenido muchísimo trabajo. Ha habido pasa de un tipo de gripe no muy común en un país cercano estos días, y el hospital estaba lleno de gente asustada, la mayoría de ellos con solo un inofensivo catarro. Max, por su parte, está en una de las partes más complejas de su actual proyecto, una casa completamente ecológica que funciona con energía renovable en las afueras de la ciudad. Cuando lo llamaron para este proyecto, casi se muere de emoción, y sigue gustándole aunque a veces llegue hecho polvo a casa.

El caso es que apenas hemos podido salir, ni juntos ni cada uno con nuestros amigos, porque llegado el viernes por la noche solo queríamos dormir. Han sido un par o tres de fines de semana de relajación absoluta, en los que prácticamente no hemos salido de casa, y la verdad es que no ha estado mal.

Antes de eso, vinieron Raquel y Sandra de visita, así que estuvimos toda esa semana sin parar y, con la energía que tienen esas dos, apenas pudimos descansar.

El sol ya se está despidiendo de las calles de Edimburgo, dejando una última caricia de luz en el suelo, cuando salimos del supermercado. La mayoría de los comercios ya están cerrados, exceptuando el supermercado, que abre hasta más tarde al pertenecer a una gran cadena. Pese a llevar ya más de seis meses aquí, todavía me cuesta acostumbrarme a estos horarios: se come antes, se cena por la tarde, y a las ocho todas las tiendas están cerradas.

Hemos tenido que adaptarnos a comer antes de la una de la tarde, pero seguimos cenando a partir de las nueve. Al principio empezamos a cenar algo más temprano, a las ocho —que aquí se sigue considerando tarde—, pero a las once de la noche ya estábamos muertos de hambre, así que el intento nos duró un par de semanas.

El viento mueve el pelo de Max en todas direcciones. Lo tiene algo más corto que cuando estuvimos en Auckland, hace ya casi cinco años, pero sigue siendo lo suficientemente largo como para que yo pueda enredar mis dedos en él, y eso me gusta. Sus ojos verdes parecen aún más claros cuando se queda mirando el cielo unos segundos, y la escasa luz del sol ilumina sus pupilas. Sonrío al mirarlo, y él me pilla en el acto. Imita mi gesto, y su mano encuentra la mía, que está algo escondida dentro de la manga de la chaqueta. Noto el calor de su piel y mi sonrisa se ensancha.

Estoy muy contenta desde que estamos aquí. Me gusta Edimburgo y, aunque sé que no nos quedaremos para siempre porque el mundo es enorme y queremos ver todo lo que podamos, de momento lo disfruto. El tiempo no es ideal, está constantemente nublado y la gente no es tan abierta como en Barcelona, pero aun así hemos hecho bastantes amigos. El primer mes que estuvimos en Escocia lo pasamos viajando en una autocaravana alquilada, así que hemos visto muchísimas cosas. Luego nos establecimos en Edimburgo, cada uno ya con una oferta de empleo

gracias a la búsqueda de trabajo que habíamos hecho antes de salir de viaje.

Llegamos a casa aún cogidos de la mano, cada uno con una de las bolsas de tela cargadas de comida en el hombro contrario. Ponemos cada cosa en su sitio rápidamente, y Max se ofrece para ser el que cocina esta noche. Yo me siento en el sofá para leer un poco, mientras Max va a la habitación a ponerse cómodo —lo que viene a significar que se quita la ropa y se pone solo unos pantalones de chándal, cosa que a mí me parece fenomenal porque las vistas acostumbran a ser maravillosas— antes de volver a la cocina.

El libro termina aparcado a mi lado mientras chateo con mis amigas. Andrea se queja de su día en el trabajo, Sandra se prepara para salir de fiesta con Miriam, que también está en el grupo, y Raquel tiene una cena con los padres de Adri, de la que no tiene demasiadas ganas.

Hace algo más de un año que Miriam ganó el juicio contra su ex pareja, pero la verdad es que las consecuencias para Óscar fueron más bien pocas. Una orden de alejamiento, una indemnización a la víctima, dos meses en la cárcel y ale, a la calle. Hasta la próxima chica que tenga que sufrir sus maltratos. Yo solo espero que mejoren estas leyes, porque por ahora dan pena, pero lo importante es que Miriam está tranquila. Le daba mucho miedo que no la creyeran, que la tildaran de mentirosa, pero no ocurrió nada de eso. Tenía tres informes con fechas diferentes de lesiones, algunas de ellas graves, y muchos mensajes de Óscar en los que él la amenazaba. Lo guardó todo, y se aceptaron como pruebas en el juicio.

Andrea ha tenido un par de novios en los últimos años, pero no ha salido bien, y siempre se está quejando de que morirá sola. Sandra sigue en su línea: soltera, fiestera y loca perdida. Raquel está como siempre, y su novio tres cuartos de lo mismo pero con un nuevo trabajo en una tienda de ropa en el centro de la ciudad. A Elisa y María, mis amigas de la universidad, no las he vuelto a ver después de que termináramos la carrera, cosa que tampoco me extraña porque no solíamos quedar fuera del horario de clases, a no ser que fuera para salir de fiesta.

Hace un año, Claudia estuvo viviendo unos meses en Francia, donde conoció a una chica y se enamoró por segunda vez en su vida, pero ni ella quería quedarse en Lyon ni la chica quería mudarse a Barcelona, así que simplemente lo dejaron estar. Cuando estaba allí, cada vez que me hablaba de su relación, me recordaba tanto a Max y yo en todos los meses que pasamos separados, que me sentía horrible porque sabía por lo que estaba pasando. Al menos parece que ya ha superado a esa chica, porque ahora está bien, estudiando en Barcelona y trabajando a media jornada.

En cuanto a papá... parece que está conociendo a alguien desde hace unos meses. Sigue siendo un misterio tanto para Claudia como para mí, porque no quiere decirnos demasiado hasta que sepa que va a ser una relación sólida. Poco después de que muriera mi madre, yo no podía ni imaginarme a mi padre con otra persona, pero ahora me alegro mucho por él, porque merece darse otra oportunidad para enamorarse.

Dejo el móvil encima del libro y me levanto del sofá. Max ya lleva un buen rato cocinando, debe quedar poco para que la cena esté lista y me parece un buen momento para probar un vaso de ese Martini que hemos comprado. Entro en la cocina y me lo encuentro moviendo la cabeza suavemente, con los auriculares puestos. En cuanto me ve entrar, me da una sonrisa y se quita uno de los auriculares, para poder escucharme si le digo algo. Le devuelvo la sonrisa, paso por su lado para ir al armario a coger un vaso, y él aprovecha para dejar un beso en mi hombro.

—¿Quieres Martini? —le pregunto, y él asiente con la cabeza.

Bebemos, cenamos, bebemos más, y empezamos a besarnos con claras intenciones sexuales, pero a la que nuestros cuerpos encuentran la cama nos venimos abajo rápidamente, y nos dedicamos a hablar y reír hasta que Max se queda dormido en mi pecho.

Sonrío, y acaricio su pelo. Todo está en su sitio. Todo está bien. Max está aquí, en Edimburgo, en nuestra cama, durmiendo a mi lado. Las cosas llegaron a ser tan difíciles cuando él no estaba que nunca se me habría ocurrido que terminaríamos así, pero no lo cambiaría por nada del mundo.



Agradecimientos

Los días en Auckland fue el primer libro que escribí. Lo hice en 2014, en otro episodio de procrastinación más en mi vida, porque tenía que estudiar para la Selectividad, justo como Julia al principio de la novela, y descubrí que escribir me ayudaba a desconectar —que quizás desconectar tan a menudo era una pésima idea teniendo en cuenta que me quedaba poco para tener que hacer muchos exámenes, pero aprobé, así que supongo que no me fue tan mal—.

Publiqué la primera versión de este libro en Wattpad bajo el nombre Auckland Memories. Tuvo su éxito, y se quedó medio olvidado en mi lista de libros publicados mientras yo me dedicaba a escribir otros. Años más tarde, releí el libro y, también gracias a comentarios de lectoras, me di cuenta de que la relación que describía en él no estaba bien. Anulé la publicación y lo guardé mucho tiempo en borradores, pero me inquietaba saber que mi primer libro había quedado olvidado, así que decidí reescribirlo. Cambié al personaje principal, la relación que tenían los dos, e intenté verter todo lo que había aprendido sobre relaciones en los años que habían pasado desde que había escrito la primera versión del libro.

Quiero dar las gracias a mis lectoras de Wattpad, tanto a las que leyeron la primera versión y me hicieron comentarios constructivos, algo que necesitaba, como a las que encontraron este libro ya reescrito y le dieron una oportunidad. Como siempre digo —porque es verdad—, este libro no habría llegado a vuestras manos sin su apoyo.

También quiero agradecer a Núria, mi prima, por haber ido tomando apuntes mientras leía el libro para hacerme sugerencias e indicarme los errores que había. Mil gràcies.

A Gabriela Rey (madameardent), por haber hecho la increíble portada de este libro. Creo que representa la historia a la perfección, y la gama de colores me tiene enamorada.

A mis padres, por haberme apoyado siempre. Este es el primer libro mío que van a leer, y espero que les guste muchísimo.

Y a ti, lectora o lector, que puede que ya hayas leído este libro antes —o quizás no—, por apoyarme comprando este libro y acercándome un poco más a conseguir mis sueños.

Si te ha gustado este libro, puedes leer más de la autora en [Wattpad](#) o [Amazon](#).

¡No olvides dejar una reseña! Tus comentarios ayudan a los autores a crecer :)